

0/2



3409

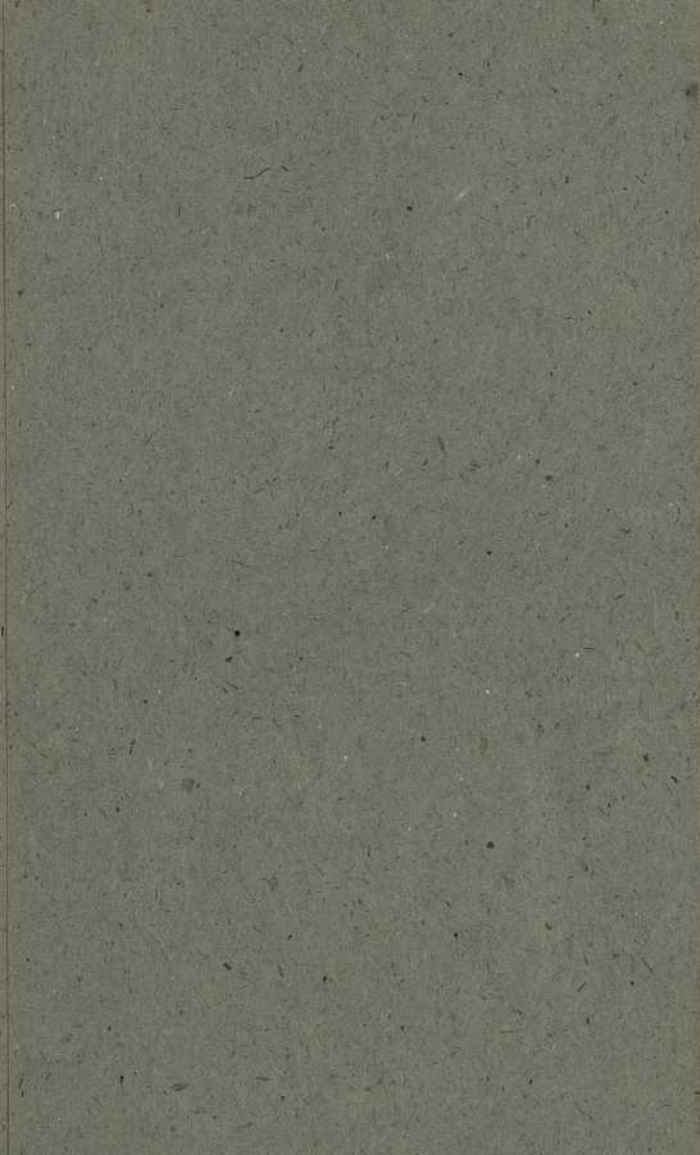
127722 1270/2
1000350286

DEPOSITO



10000350286

1270/2



R. 110959

COLECCION

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

OBRAS
DE
ALONSO JERONIMO
DE SALAS BARBADILLO

TOMO II
EL CABALLERO PUNTUAL
Y
LOS PRODIGIOS DEL AMOR



MADRID
TIPOGRAFIA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
Infantas, 42, bajo izquierda.
1909

NOVELISTAS

3409

3409



COLECCION

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

TOMOS PUBLICADOS

- 1.º—*Romancero espiritual* del Maestro Valdivielso, con retrato del autor grabado por Galbán, y un prólogo del Rdo. P. Mir, de la Real Academia Española. (Agotados los ejemplares de 4 pesetas, los hay de lujo de 6 en adelante.)
- 2.º—**OBRAS DE D. ADELARDO LÓPEZ DE AYALA: tomo I.—Teatro: tomo I**, con retrato del autor grabado por Maura, y una advertencia de D. Manuel Tamayo y Baus.—Contiene: *Un hombre de Estado.—Los dos Guzmanes.—Guerra á muerte.*—5 pesetas.
- 3.º—**OBRAS DE ANDRÉS BELLO: tomo I.—Poesias**, con retrato del autor grabado por Maura, y un estudio biográfico y crítico de D. Miguel Antonio Caro.—Contiene todos sus versos ya publicados, y algunos inéditos. (Agotada la edición de 4 pesetas, hay ejemplares de lujo de 6 en adelante.)
- 4.º—**OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo II.—Teatro: tomo II**—Contiene: *El tejado de vidrio.—El Conde de Castalla.*—4 pesetas.
- 5.º—**OBRAS DE D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo I.—Odas, epistolas y tragedias**, con retrato del autor grabado por Maura, y un prólogo de D. Juan Valera.—4 pesetas.
- 6.º—**OBRAS DE D. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN (El Solitario): tomo I.—Escenas andaluzas.—4 pesetas**
- 7.º—**OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo III.—Teatro:**

- tomo III.—Contiene: *Consuelo*.—*Los Comuneros*.—4 pesetas.
- 8.º—OBRAS DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo I.—*El Solitario y su tiempo*: tomo I.—Biografía de don Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras, con retrato del mismo, grabado por Maura.—4 pesetas.
- 9.º—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo II.—*El Solitario y su tiempo*, tomo II y último.—4 pesetas.
- 10.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo II.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo I. Segunda edición.—5 pesetas.
- 10 BIS.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo III.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo II. Segunda edición.—5 pesetas.
- 11.—OBRAS DE A. BELLO: tomo II.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo I.—Estado de paz.—4 pesetas.
- 12.—OBRAS DE A. BELLO: tomo III.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo II y último.—Estado de guerra.—4 pesetas.
- 13.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo IV.—*Teatro*, tomo IV.—Contiene: *Rioja*.—*La estrella de Madrid*.—*La mejor corona*.—4 pesetas.
- 14.—*Voces del alma*: poesías de D. José Velarde.—4 pesetas.
- 15.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo IV.—*Estudios de crítica literaria*—Primera serie, 2.ª edición.—Contiene: *La poesía mística*—*La Historia como obra artística*—*San Isidoro*—*Rodrigo Caro*.—*Martínez de la Rosa*—*Núñez de Arce*.—4 pesetas.
- 16.—OBRAS DE D. MANUEL CAÑETE: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—*Escritores españoles é hispano-americanos*.—Contiene *El Duque de Rivas*.—*Don José Joaquín de Olmedo*.—4 pesetas.
- 17.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo III.—*Problemas contemporáneos*: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: *El Ateneo en sus relaciones con la cultura española*: *las transformaciones europeas en 1870*: *cuestión de Roma bajo su aspecto universal*: *la guerra franco-prusiana y la supremacía germanica*.—epitogo.—*El pesimismo y el optimismo*: concepto é importancia de la teodicea popular: el Estado

- en sí mismo y en sus relaciones con los derechos individuales y corporativos: las formas políticas en general.—El problema religioso y sus relaciones con el político, el problema religioso y la economía política: la economía política, el socialismo y el cristianismo, errores modernos sobre el concepto de Humanidad y de Estado: ineficacia de las soluciones para los problemas sociales: el cristianismo y el problema social: el naturalismo y el socialismo científico: la moral indiferente y la moral cristiana, el cristianismo como fundamento de orden social: lo sobrenatural y el ateísmo científico: importancia de los problemas contemporáneos.—La libertad y el progreso.—Los arbitristas. Otro precursor de Malthus.—La Internacional.—5 pesetas.
- 38.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo IV.—*Problemas contemporáneos*, tomo II.—Contiene: Estado actual de la investigación filosófica: diferencias entre la nacionalidad y la raza, el concepto de nación en la Historia: el concepto de nación sin distinguirlo del de patria.—Los maestros que más han enriquecido desde la cátedra del Ateneo la cultura española.—La sociología moderna.—Ateneístas ilustres: Moreno Nieto, Revilla.—Los oradores griegos y latinos.—Centenario de Sebastian del Cano.—Congreso geográfico de Madrid.—Ideas sobre el libre cambio.—5 pesetas.
- 39.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo V.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo III, segunda edición (siglos XVI y XVII).—5 pesetas.
- 40.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo VI.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo IV, segunda edición (siglos XVI y XVII).—5 pesetas.
- 41.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo VII.—*Calderón y su teatro*.—Contiene: Calderón y sus críticos.—El hombre, la época y el arte.—Autos sacramentales.—Dramas religiosos.—Dramas filosóficos.—Dramas trágicos.—Comedias de capa y espada y géneros inferiores. Resumen y síntesis.—4 pesetas.
- 42.—OBRAS DE D. VICENTE DE LA FUENTE: tomo I.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón*: primera serie, con retrato del autor grabado por Maura. Contiene: Sancho el Mayor.—El Ebro por frontera.—Matrimonio de Alfonso el Batallador.—Las Herven-

- cias de Avila.—Fuero de Molina de Aragón.— Aventuras de Zafadola. Panteones de los Reyes de Aragón.— 4 pesetas.
- 23.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo V.— *Teatro*: tomo V.—Contiene: *El tanto por ciento*.—*El agente de matrimonios*.—4 pesetas.
- 24.— *Estudios gramaticales*.—Introducción á las obras filológicas de D. Andrés Bello, por D. Marcos Fidel Suárez, con una advertencia y noticia bibliográfica por D. Miguel Antonio Caro.—5 pesetas.
- 25.— *Poesías de D. José Eusebio Caro*, precedidas de recuerdos necrológicos por D. Pedro Fernández de Madrid y D. José Joaquín Ortiz, con notas y apéndices, y retrato del autor grabado por Maura.—4 pesetas.
- 26.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo VI.—*Teatro*: tomo VI.—Contiene: *Castigo y perdón* (inédita).—*El nuevo D. Juan*.—4 pesetas.
- 27.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo VIII.—*Horacio en España*—*Solaces bibliográficos*, segunda edición refundida: tomo I.—Contiene: traductores de Horacio.—Comentadores.—5 pesetas.
- 28.—OBRAS DE D. M. CAÑETE: tomo II.—*Teatro español del siglo XVI*—*Estudios histórico-literarios*.—Contiene Lucas Fernández.—Micael de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.
- 29.—OBRAS DE D. S. ESTÉBANZ CALDERÓN (*El Solitario*): tomo II.—*De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo I.—4 pesetas.
- 30.—*Las ruinas de Poblet*, por D. Víctor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.
- 31.—OBRAS DE D. S. ESTÉBANZ CALDERÓN (*El Solitario*): tomo III.—*De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo II y último.—4 pesetas.
- 32.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo VII y último.—*Poesías y proyectos de comedias*.—Contiene: Sonetos y poesías varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.—El cautivo.—Teatro vivo.—Consuelo.—El teatro de Calderón.—4 pesetas.
- 33.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo IX.—*Horacio en España*.—*Solaces bibliográficos*, segunda

- edición refundida, tomo II y último.—Contiene: La poesía horaciana en Castilla.—La poesía Horaciana en Portugal.—5 pesetas.
- 94.—**OBRA DE D. V. DE LA FUENTE** tomo II.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón*: segunda serie.—Contiene: Las primeras Cortes.—Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor.—Los señorios en Aragón.—El régimen popular y el aristocrático.—Preludios de la Unión.—La libertad de testar.—Epilogo de este período.—4 pesetas.
- 95.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo I.—Contiene: Nacimiento de Jesús.—Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesús.—Racontamiento de la doncella Carcayona.—Job.—Los santones.—Salomón.—Moisés.—4 pesetas.
- 96.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas, por D. Antonio Paz y Melia, tomo I.—4 pesetas.
- 97.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducido directamente del alemán por D. Eduardo de Mier: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pesetas.
- 98.—**OBRA DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO**: tomo X.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo V (siglo XVII).—4 pesetas.
- 99.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas por D. A. Paz y Melia: tomo II y último.—4 pesetas.
- 40.—**OBRA DE D. JUAN VALERA**: tomo I.—*Canciones, romances y poemas*, con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo y retrato del autor grabado por Maura.—5 pesetas.
- 41.—**OBRA DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO**: tomo XI.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo VI (siglo XVIII).—5 pesetas.
- 42.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temim Addar.—Del Rey Tebin.—De

- una profetisa y un profeta.—Batalla del rey Almohalhal.—El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra Mahoma.—El milagro de la Luna.—Ascensión de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati.—De Mahoma y Alharits.—Muerte de Mahoma.—4 pesetas.
- 43.—*Poetas de D. Antonio Ros de Olano*, con un prólogo de D. Pedro A. de Alarcón.—Contiene: Sonetos.—La pajarera.—Doloridas.—Por pelar la pava.—La gallomaquia.—Lenguaje de las estaciones.—Galatea.—4 pesetas.
- 44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.
- 45.—*Poemas dramáticos de Lord Byron*, traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Contiene: Cain.—Sardanápalo.—Manfredo.—4 pesetas.
- 46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: la continuación del tomo anterior hasta la edad de oro del teatro español.—5 pesetas.
- 47.—**OBRAS DE D. V. DE LA FUENTE: tomo III.**—*Estudios críticos sobre la Historia y Derecho de Aragón: tercera y última serie.* Contiene: Formación de la liga aristocrática.—Visperas sicilianas.—Revoluciones desastrosas.—Reaparición de la Unión.—Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV.—Los reyes enfermos.—Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe.—La dinastía castellana.—Falseamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo xv.—D. Fernando el Católico.—Sepulcros reales.—Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión.—5 pesetas.
- 48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último.—Contiene: La conversión de Omar.—La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.—El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaima.—Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar.—Los dos amigos devotos.—El Antecristo y el día del juicio.—4 pesetas.
- 49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte

- de los Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia. tomo II y último, que termina con un índice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira.—5 pesetas
- 50.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo II.—*Cuentos, diálogos y fantasías*—Contiene: El pájaro verde.—Parsondes.—El bermejino prehistórico.—Asclepigenia.—Gopa.—Un poco de crematística.—La cordobesa.—La primavera.—La venganza de Atahualpa.—Dafnis y Cloe.—5 pesetas.
- 51.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo III.—Contiene: la continuación de la materia anterior.—5 pesetas.
- 52.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO tomo XII.—*La ciencia española*, tercera edición refundida y aumentada. tomo I, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde y Ruiz.—Contiene: Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos.—De re bibliographica.—Mr. Masson redivivo.—Monografías expositivo-críticas.—Mr. Masson redimuerto.—Apéndices.—4 pesetas.
- 53.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo V.—*Poesías*.—Contiene: Amores.—Quejas y desengaños.—Rimas varias.—Cantos lúgubres.—4 pesetas.
- 54.—OBRAS DE D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH: tomo I.—*Poesías*, con la biografía del autor, juicio crítico de sus obras por D. Aureliano Fernández-Guerra y retrato grabado por Maura: primera edición completa de las obras poéticas.—5 pesetas.
- 55.—*Discursos y artículos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon.—Un tomo con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: la Metafísica contra el naturalismo.—Fr. Luis de Granada.—José Selgas.—Epopéya^s portuguesas.—Glorias asturianas.—Coronación de León XIII.—El P. Zeferino.—Menéndez y Pelayo.—Campoamor.—Pérez Hernández.—Frassinelli.—Epistolas.—Una madre cristiana.—Una visión anticipada.—El campo en Asturias.—5 pesetas.
- 56.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VI.—

- Artes y letras.*—Contiene: De los asuntos respectivos de las artes.—Del origen y vicisitudes del genuino teatro español.—Apéndice.—La libertad en las artes.—Apéndice.—Un poeta desconocido y anónimo.—5 pesetas.
- 57.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XIII.—*La ciencia española*: tercera edición corregida y aumentada: tomo II.—Contiene: Dos artículos de D. Alejandro Pidal sobre las cartas anteriores.—In dubiis libertas.—La ciencia española bajo la Inquisición.—Cartas.—La Antoniana Margarita.—La patria de Raimundo Sabunde.—Instaurare omnia in Christo.—Apéndice.—5 pesetas.
- 58.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo IV.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Edad de oro del teatro español.—5 pesetas.
- 59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Últimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.
60. OBRAS DE D. J. VALERA: tomo III.—*Nuevos estudios críticos.*—Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El *Fausto* de Goethe.—Shakespeare.—Psicología del amor.—Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa.—Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.
61. OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XIV.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo VII (siglo XIX).—5 pesetas.
- 62.—OBRAS DE D. SEVERO CATALINA: tomo I.—*La Mujer*, con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: octava edición.—4 pesetas.
- 63.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo II.—*Fábulas*: primera edición completa.—5 pesetas.
- 64.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XV.—*La ciencia española*: tomo III y último.—Contiene: Réplica

- al Padre Fonseca. — Inventario de la ciencia española: Sagrada Escritura: Teología: Mística: Filosofía: Ciencias morales y políticas: Jurisprudencia: Filología: Estética: Ciencias históricas: Matemáticas: Ciencias militares: Ciencias físicas. — 5 pesetas.
- 65.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo IV.—*Novelas*: tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez*.—*El Comendador Mendoza*. — 5 pesetas.
- 66.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo V.—*Novelas*: tomo II.—Contiene: *Doña Luz*.—*Pasarse de listo*. — 5 pesetas.
- 67.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV*: tomo I.—Contiene: Revolución de Portugal: Textos y reflexión.—Negociación y rompimiento con la República inglesa. — 5 pesetas.
- 68.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo III.—*Teatro*: tomo I.—Contiene: *Los Amantes de Teruel*. — *Doña Mencía*.—*La Redoma encantada*. — 5 pesetas.
- 69.—OBRAS SUELTAS DE LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo I.—Contiene las de Lupercio: Prólogo.—Poesías líricas.—Epístolas y poesías varias.—Obras dramáticas.—Opúsculos y discursos literarios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.— 5 pesetas.
- 70.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella, y un prólogo de D. A. Paz y Melia: tomo I.— 5 pesetas.
- 71.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VIII.—*Estudios del reinado de Felipe IV*: tomo II.—Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy. Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.— 5 pesetas.
- 72.—OBRAS DE D. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN (*El Solitario*): tomo IV.—*Poetas*. — 4 pesetas.
- 73.—*Poesías* de D. Enrique R. Saavedra, Duque de Rivas, con un prólogo de D. Manuel Cañete y retrato del autor, grabado por Maura: tomo único.—Contiene: Impresiones y fantasías.—Recuerdos.—Hojas de álbum.—Romances.—*La hija de Alimenón*.—Juramentos de amor.— 4 ptas.
- 74.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XVI.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo VIII (siglo XIX). — 4 pesetas.

- 75.—OBRAS SUELTAS DE LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo II.—Contiene las de Bartolomé Leonardo: Poesías líricas.—Sátiras.—Poesías varias.—Diálogos satíricos.—Opúsculos varios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.
- 76.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella: tomo II.—5 pesetas.
- 77.—OBRAS DE J. E. HARTZENBUSCH: tomo IV.—*Teatro*: tomo II.—Contiene: *La visionaria*.—*Los polvos de la madre Celestina*.—*Alfonso el Casto*.—*Primero yo*.—5 ptas.
- 78.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo VI.—*Novelas*: tomo III.—Contiene: *Las ilusiones del Doctor Faustino*.—5 pesetas.
- 79.—PIDAL (MARQUÉS DE).—*Estudios históricos y literarios*: tomo I.—Con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: la lengua castellana en los códigos.—La poesía y la historia.—Poema, crónica y romancero del Cid.—Un poema inédito.—Vida del Rey Apolonio y de Santa María Egipcíaca.—La poesía castellana de los siglos XIV y XV.—4 pesetas.
- 80.—*Salas españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Melia.—Primera serie.—Contiene: Libro de Cetreria y profecía de Evangelista.—Carta burlesca de Godoy.—Privilegio de D. Juan II en favor de un hidalgo.—Carta del bachiller de Arcadia al capitán Salazar, y respuesta de éste.—Sermón de Aljubarrota.—Carta de D. Diego Hurtado de Mendoza á Feliciano de Silva.—Proverbios de D. Apóstol de Castilla.—Carta del Monstruo satírico.—Libro de chistes de Luis de Pinedo.—Memorial de un pleito.—Carta hallada en el correo sin saber quién la enviaba.—Carta de un portugués.—Carta burlesca de Fr. Guillén de Peraza.—Desoendencia de los Modorros.—Carta de Diego de Amburcea á Esteban de Ibarra.—Carta del Conde de Lemos á Bartolomé L. de Argensola.—Carta de Ustarroz al maestro Gil González Dávila.—Epitafios y dichos portugueses.—Carta de un quidam al Castellano de Milán.—Carta ridícula de Diego Monfor.—Mundi novi y diálogo.—Carta sobre el destierro del Duque de Escalona.—Cartas del Arcediano de Cuenca al cura de Pareja.—Nota de las cosas particulares del anticuario D. Juan Flores.—5 pesetas.

- 81.—**OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO:** tomo IX.—*Problemas contemporáneos:* tomo III.—Contiene: Ejercicio de la soberanía en las democracias modernas.—Las revoluciones de la edad moderna.—Clasificación de los sistemas democráticos.—La democracia pura en Suiza.—La democracia del régimen mixto en los cantones suizos.—La soberanía ejercida en Suiza por la Confederación.—El régimen municipal.—La democracia de los Estados Unidos.—El conflicto de la soberanía en los Estados Unidos y en Suiza.—Principios teóricos de la democracia francesa.—Conclusiones.—El juicio por jurados y el partido liberal conservador.—La economía política y la democracia economista en España.—La producción de cereales en España y los actuales derechos arancelarios.—Necesidad de proteger, á la par que la de cereales, la producción española en general.—De cómo he venido yo á ser doctrinalmente proteccionista.—La cuestión obrera y su nuevo carácter.—De los resultados de la conferencia de Berlín y del estado oficial de la cuestión obrera.—Ultimas consideraciones.—5 pesetas.
- 82.—**OBRAS LITERARIAS DE D. MANUEL SILVELA.**—5 pesetas.
- 83.—**PIDAL (MARQUÉS DE).**—*Estudios históricos y literarios:* tomo II.—Contiene: Vida del trovador Juan Rodríguez del Padrón.—D. Alonso de Cartagena.—El Centón epistolario.—Juan de Valdés y el *Diálogo de la lengua.*—Fr. Pedro Malón de Chaide.—¿Tomé de Burguillos y Lope de Vega son una misma persona?—Observaciones sobre la poesía dramática.—Viajes por Galicia en 1836.—Recuerdos de un viaje á Toledo en 1842.—Descubrimientos en América.—Poesías.—4 pesetas.
- 84.—**OBRAS DE D. JUAN VALERA:** tomo VII.—*Disertaciones y Juicios literarios.*—Contiene: Sobre el *Quijote.*—La libertad en el arte.—Sobre la ciencia del lenguaje.—Del influjo de la Inquisición en la decadencia de la literatura española.—La originalidad y el plagio.—Vida de Lord Byron.—De la perversión moral de la España de nuestros días.—De la filosofía española.—Poesía lírica.—Estudios sobre la Edad Media.—Obras de D. Antonio Aparici y Guijarro.—Sobre el Amadís de Gaula.—Las Cantigas del Rey Sabio.—5 pesetas.
- 85.—*Cancionero de la Rosa,* por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo I.—Contiene: Manojó de la poesía castella-

- na, formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, por los poetas de los dos mundos.—Tomo I.—5 pesetas.
- 86.—OBRAS DE ANDRÉS BELLO: tomo IV: *Opúsculos gramaticales*: tomo I.—Contiene: Ortología.—Arte métrica.—Apéndices.—4 pesetas.
- 87.—DUQUE DE BERWICK.—*Relación de la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia*.—*Viaje á Rusia*: Prólogo de D. A. Paz y Melia.—5 pesetas.
- 88.—FERNÁNDEZ-DURO (D. CESÁREO).—ESTUDIOS HISTÓRICOS.—*Derrota de los Gelves*.—*Antonio Pérez en Inglaterra y Francia*: un tomo.—5 pesetas.
- 89.—OBRAS DE ANDRÉS BELLO: tomo V.—*Opúsculos gramaticales*: tomo II.—Contiene: Análisis ideológica.—Compendio de Gramática castellana.—Opúsculos.—4 pesetas.
- 90.—*Rimas de D. Vicente W. Querol*: un tomo.—4 pesetas.
- 91.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo II.—Contiene: *Manejo de la poesía castellana*, formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante el siglo XIX por los poetas de los dos mundos.—Tomo II.—5 pesetas.
- 92.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XVII.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo IX (siglo XIX).—5 pesetas.
- 93.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo V.—*Teatro*.—Tomo III. Contiene: *El Bachiller Mendarias*.—*Honoraria*.—*Derechos póstumos*.—5 pesetas.
- 94.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta, con algunas de sus obras poéticas y dramáticas y la biografía del autor, por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.
- 95.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XVIII.—*Ensayo de crítica filosófica*. Contiene: De las vicisitudes de la Filosofía platónica en España.—De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant.—Algunas consideraciones sobre Francisco de Vitoria y los orígenes del derecho de gentes: tomo.—4 pesetas.
- 96.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española*

- desde 1654 á 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo II.—5 pesetas.
- 97.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el Marqués de Valmar: tomo I.—5 pesetas.
- 98.—OBRAS DE FERNÁN CABALLERO: tomo I. Contiene: Fernán Caballero y la novela contemporánea.—*La familia de Alvareda*.—5 pesetas.
- 99.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo III.—5 pesetas.
- 100.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el Marqués de Valmar: tomo II.—5 ptas.
- 101.—OBRAS DE D. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN (*El Solitario*): tomo V.—*Novelas. Cuentos y Artículos*.—4 pesetas.
- 102.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el Marqués de Valmar: tomo III y último.—5 pesetas.
- 103.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo IV y último.—5 pesetas.
- 104.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro*: tomo I (de 1770 á 1814).—5 pesetas.
- 105.—OBRAS COMPLETAS DEL DUQUE DE RIVAS: tomo I.—*Poesías*.—5 pesetas.
- 106.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: *Estudios de crítica literaria*.—Segunda serie.—4 pesetas.
- 107.—OBRAS DE FERNÁN CABALLERO: tomo II.—*La Gaviota*.—5 pesetas.
- 108.—OBRAS COMPLETAS DEL DUQUE DE RIVAS: tomo II.—*Poesías*.—5 pesetas.
- 109.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro*: tomo II.—5 pesetas.
- 110.—*Ocios poéticos*, por D. Ignacio Montes de Oca: un tomo.—4 pesetas.
- 111.—OBRAS DE FERNÁN CABALLERO: tomo III.—*Clemencia*.—5 pesetas.
- 112.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro*: tomo III.—5 pesetas.
- 113.—OBRAS COMPLETAS DEL DUQUE DE RIVAS: tomo III.—*El moro expósito*.—5 pesetas.

- 114.—**OBRAS DE FERNÁN CABALLERO: tomo IV.—Lágrimas.**
—5 pesetas.
- 115.—**OBRAS COMPLETAS DEL DUQUE DE RIVAS: tomo IV.—**
Romances históricos.—5 pesetas.
- 116.—*Estudios de historia y de crítica literaria*, por el
Marqués de Valmar.—4 pesetas.
- 117.—**OBRAS COMPLETAS DEL DUQUE DE RIVAS: tomo V.—**
Tragedias y Leyendas.—5 pesetas.
- 118.—**OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: Estudios de**
crítica literaria.—Tercera serie.—4 pesetas.
- 119.—*Oraciones fúnebres*, por D. Ignacio Montes de Oca:
un tomo.—4 pesetas.
- 120.—**OBRAS COMPLETAS DEL DUQUE DE RIVAS: tomo VI.—**
Dramas y Comedias.—5 pesetas.
- 121.—*Salas españolas ó Agudezas del ingenio nacional*,
recogidas por D. A. Paz y Melia.—Segunda serie.—Con-
tiene: Diálogo de Villalobos.—Cuentos de Garibay.—
Carta de las setenta y dos necedades.—Cuentos recoge-
dos por D. Juan de Arguijo.—Cartas inéditas de Eugenio
de Salazar.—Carta del licenciado Claros de la Plaza al
maestro Lisarte de la Llana.—Máscara en el convento
de Trinitarias de Madrid.—Memorial al Presidente de
Castilla.—Descripción del Escorial.—Poesía macarróni-
ca á Baldo.—Poema macarrónico de Merlín á la entrada
del Almirante en Cádiz.—Pepinada: Poesía macarrónica
de Sánchez Barbero.—5 pesetas.
- 122.—**OBRAS DE FERNÁN CABALLERO: tomo V.—Contiene:**
Elia ó la España treinta años ha.—*Con mal ó con bien*
á los tuyos te ten.—*El último consuelo.*—5 pesetas.
- 123.—**OBRAS DE ANDRÉS BELLO: tomo VI.—Gramática de la**
lengua castellana: tomo I.—5 pesetas.
- 124.—**OBRAS COMPLETAS DEL DUQUE DE RIVAS: tomo VII.—**
Dramas y Comedias.—5 pesetas.
- 125.—**OBRAS DE FERNÁN CABALLERO: tomo VI.—Contiene:**
Una en otra.—*Un verano en Bornos.*—*Lady Virginia.*—
5 pesetas.
- 126.—**CRÓNICA DE ENRIQUE IV**, escrita en latín por Alonso
de Palencia (*Décadas de sucesos de su tiempo*). Tra-
ducción castellana por D. A. Paz y Melia.—Tomo I.—
5 pesetas.
- 127.—**CRÓNICA DE ENRIQUE IV**, escrita en latín por A. de
Palencia.—Tomo II.—5 pesetas.

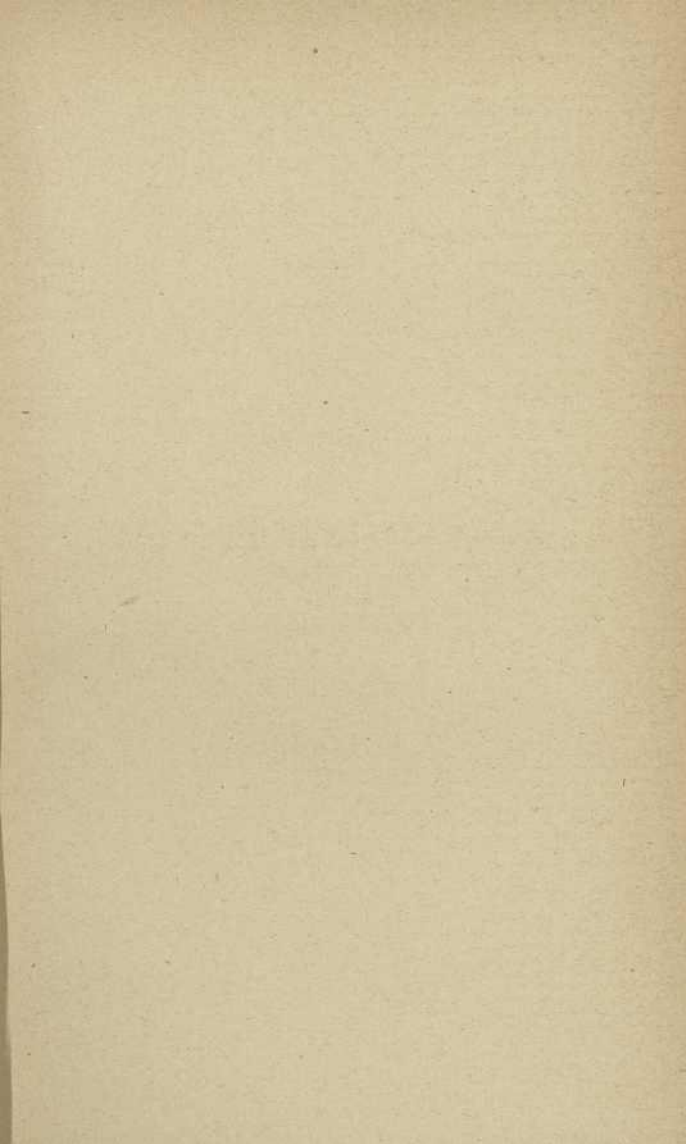
- 128.—OBRAS DE ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO
Corrección de vicios y la sabia Flora Malsabidilla,
tomo I.—5 pesetas.
- 129.—OBRAS DE ANDRÉS BELLO: tomo VII.—*Gramática de
la lengua castellana*, tomo II.—5 pesetas.
- 130.—*Crónica de Enrique IV*, escrita en latín por A. de
Palencia.—Tomo III.—5 pesetas.
- 131.—OBRAS DE FERNÁN CABALLERO: tomo VII.—Contiene:
La Estrella de Vandalia.—*¡Pobre Dolores!*—*Un Servi-
lón y un Liberalito*, ó *Tres almas de Dios*.—5 pesetas.
- 132.—OBRAS DE FERNÁN CABALLERO: tomo VIII.—Contiene:
Simón Verde.—*La Farisea*.—*Vulgaridad y nobleza*.—
Deudas pagadas.—*La maldición paterna*.—*Leonor*.—
Los dos memoriales.—5 pesetas.
- 133.—OBRAS DE FERNÁN CABALLERO: tomo IX.—Contiene:
Estar de más.—*Magdalena*.—*La Corruptora y la
buena maestra*.—*Las dos Gracias ó la expiación*.—*Ca-
llar en vida y perdonar en muerte*.—*No transige la
conciencia*.—5 pesetas.
- 134.—*Crónica de Enrique IV*, escrita en latín por A. de
Palencia.—Tomo IV.—5 pesetas.
- 135.—OBRAS DE FERNÁN CABALLERO: tomo X.—Contiene: *La
Flor de las ruinas*.—*Los dos amigos*.—*La hija del Sol*.
Justa y Rufina.—*Más largo es el tiempo que la fortuna*.
Cosa cumplida... sólo en la otra vida.—5 pesetas.
- 136.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: *Estudios de
crítica literaria*.—Cuarta serie.—5 pesetas.
- 137.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: *Estudios de
crítica literaria*.—Quinta serie.—5 pesetas. —
- 138.—*Guerra de Granada*, escrita en latín por A. de Pa-
lencia.—Tomo V.—5 pesetas.
- 139.—OBRAS DE ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO:
El Cavallero Puntual y Los prodigios del amor, to-
mo II.—5 pesetas.
- 140.—OBRAS DE FERNÁN CABALLERO: tomo XI.—Contiene:
Más honor que honores.—*Lucas García*.—*Obrar bien...
que Dios es Dios*.—*El Dolor es una agonía sin muerte*.—
Sola.—*Dicha y suerte*.—*La noche de Navidad*.—*El día
de Reyes*.—*El Ex-voto*.—*Un vestido*.
- 141.—*La poesía lírica en el teatro antiguo*. Colección de
trozos escogidos.—Tomo I.—4 pesetas.

142.—*La poesía lírica en el teatro antiguo.*—Colección de trozos escogidos.—Tomo II.—5 pesetas.

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas

EN PREPARACIÓN |

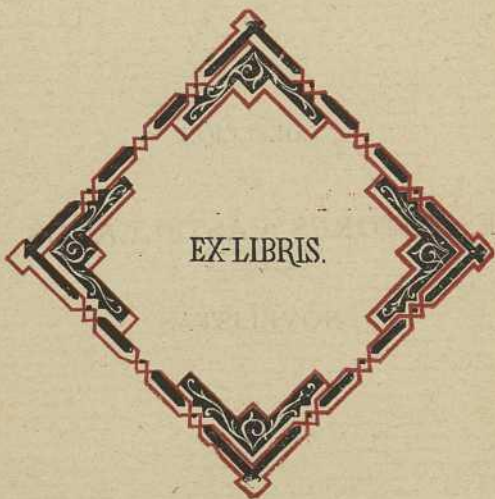
La poesía lírica en el teatro antiguo. Tomo III.
Obras de Fernán Caballero, tomo XII





COLECCIÓN
DE
ESCRITORES CASTELLANOS

NOVELISTAS



EX-LIBRIS.

OBRAS
DE
ALONSO JERÓNIMO
DE SALAS BARBADILLO

TOMO II
EL CABALLERO PUNTUAL
Y
COMEDIA DE LOS PRODIGIOS DEL AMOR

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo, del..	1 al 50
10 » en papel China del.	I al X

COLECCION
DE
ESCRITORES CASTELLANOS

OBRAS
DE
ALONSO JERONIMO
DE SALAS BARBADILLO

TOMO II

EL CABALLERO PUNTUAL

Y

LOS PRODIGIOS DEL AMOR

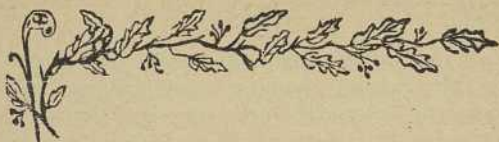


MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
Infantas, 42, bajo izquierda.

1909

NOVELISTAS



PRÓLOGO

ADICIONES Á LA BIOGRAFÍA
DE ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO

CON posterioridad á la publicación del tomo primero de las *Obras* de SALAS BARBADILLO, en donde pusimos su biografía, ha salido á luz el III volumen de la *Biografía madrileña*, del difunto D. Cristóbal Pérez Pastor (Madrid, 1907), que contiene algunos documentos y noticia de otros muy útiles para la biografía de SALAS (páginas 466 á 469).

Refiérense algunos á las personas de sus padres, y, sin duda, por esto no creyó Pérez Pastor de interés extractarlos, limitándose á consignar su existencia en el Archivo de Protocolos de esta corte.

Es el primero la escritura de dote de doña María de Porres, esposa de Diego de Salas Barbadillo, otorgada en Madrid, á 30 de Enero de 1580, ante Cristóbal de Riaño, en cuyo protocolo se halla. El matrimonio se había celebrado por aquellos días; y así queda demostrado que ALONSO fué el primogénito, pues nació á

mediados del año siguiente, según reza su partida de bautismo, hallada y publicada por nosotros en el tomo anterior de estas *Obras*. El apellido de la madre se decía indistintamente Porres ó Porras, como escribe Baena.

La profesión del padre del novelista, ya indicada por Alvarez Baena, se acredita con el poder que Fr. Juan González de Mendoza, agustino, da á Diego de Salas Barbadillo, "solicitador de los negocios de Nueva España en esta corte", para cobrar lo que al fraile le deben y lo que viniere á él consignado en las flotas del mar Océano. La fecha de este documento, otorgado ante Juan de Munilla, es de 19 de Septiembre de 1586.

No carecerán de interés una "escritura del censo de la casa que en la Morería Vieja tienen Diego de Salas Barbadillo y su mujer doña María de Porres", otorgada ante Rodrigo de Vera, en 11 de Marzo de 1588, y una "información pedida por Diego de Salas Barbadillo sobre cumplimiento de las mandas que Pedro de León hizo á María de Porres, su mujer, y María Magdalena de Salas y Porres, su hija". La fecha de esta escritura es de 22 de Septiembre de 1589, y el notario que la autoriza Cristóbal de Cuevas.

En la casa de la Morería Vieja vivió Alonso de Salas algunos años. Su hermana Magdalena tenía solos cuatro años y medio cuando recibía de Pedro de León la manda á que alude el anterior documento.

Otros dos documentos comprueban la fecha que prudencialmente asignamos á la muerte del padre de nuestro novelista. Son el testamento de Diego de Salas Barbadillo otorgado en Valladolid (adonde también supusimos había ido acompañando la corte) el 21 de Agosto de 1603. Por aquellos mismos días expiró en la capital castellana Diego de Salas, como lo prueba el testimonio de “curaduría de los cuatro hijos de Diego de Salas Barbadillo, discernida en favor de la madre D.^a María de Porres” y expedido en Valladolid á 25 de Septiembre de 1603. Fueron otorgados este y el anterior documento ante la fe del notario Francisco de Montoya.

De seis hijos de Diego de Salas dimos nosotros noticia en la biografía citada; y como ahora sólo se nombran cuatro, pues todos eran menores, claro resulta que habían muerto niños, tres de los más jóvenes, que fueron Isidro, Simón y José de Salas, ya que además vivía una hija llamada Isabel, como veremos.

La vuelta de la familia á Madrid, en 1606, resulta también acreditada por la obligación suscrita en esta villa, á 5 de Enero de 1607, ante Antonio de la Calle, por “D.^a María de Porres, viuda de Diego de Salas Barbadillo, agente de negocios de Nueva España, *vecina de Madrid, moradora en la calle de la Morería vieja en casas mias propias* y ALONSO DE SALAS BARBADILLO, su hijo, mayor de 25 años, de pagar á Gonzalo Sánchez, mercader, 17 du-

cados, resto de deuda por un *ferreruelo de paño negro veintydozeno de Segovia, con su cuello de rizo y una ropilla de terciopelo negro dos pelos, con mangas de lo propio, aforradas en tafetán guarnecida con dos pasamanos, todo nuevo, que dél compramos, concertado en 26 ducados.*”

La estrechez á que la muerte prematura del agente Diego de Salas había condenado á su familia, tradúcese en otra escritura de 26 de Agosto del mismo año 1607, en que se obliga “Doña María de Porres, viuda de Diego de Salas Barbadillo y sus hijos ALONSO JERÓNIMO y *Diego Jerónimo* de Salas Barbadillo, á pagar á Domingo Martel y Miguel López, mercaderes de Madrid, 2.200 reales, por lo que hasta hoy han tomado de su tienda para su casa y criados, y que entregarán dentro de dos meses.” (Ante Juan Calvo; 1607, fol. 444.)

Que los dos hijos mayores de Diego de Salas siguieron con su agencia lo demuestran otros dos documentos, que son: 1.º Un poder otorgado en Madrid, ante Juan Calvo, el 5 de Febrero de 1608, por el “Licenciado JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO, *agente de la ciudad de México*, á Sebastián López de Tapia, para cobrar de Juan de Olarte, residente en la Casa moneda de Toledo, 1.728 maravedises que le debe por el poder que tiene de Francisco Serón”. 2.º Una obligación de D.ª María de Porres, viuda de Diego de Salas Barbadillo, de pagar á su hijo Diego Jerónimo de Salas Barbadillo, *agen-*

te de negocios en el Consejo de Indias, 850 reales que le ha prestado. A Pérez Pastor se le olvidó expresar la fecha de esta obligación; pero debe de ser poco anterior á un poder que el mismo Diego Jerónimo otorgó en 8 de Octubre de 1610, ante Juan de Covarrubias, á favor de Jusepe de Embid y Bracamonte, para cobrar de D.^a María de Porres 850 reales que le debe á Salas, y éste á Jusepe de Embid que se los había anticipado.

El mal estado de los asuntos de D.^a María de Porras le obligó, primero, á hipotecar las casas de la Morería Vieja (7 de Octubre de 1610; ante Juan de Covarrubias); después, á otorgar su consentimiento para gestionar su venta (16 de Marzo de 1613; ante Francisco Rodríguez de Salcedo), y, al fin, venderlas, en 24 de Septiembre del mismo año, por escritura ante Francisco Martínez.

Vivía ya entonces D.^a María en la calle de la Flor, "en casa de D.^a María de Coronel". Hízose la venta por trámite de ejecución trabada por el acreedor D. Jusepe de Embid y Bracamonte. Rematólas "el maestro Nicolás de Alba Guadalajara, clérigo presbítero, vecino desta villa de Madrid", en 7.000 reales.

En esta escritura declara D.^a María sus padres, que fueron Pedro de Bolaños é Isabel de Porras, y que las casas dichas se las dió su madre, á la sazón viuda, en dote, cuando la hija se casó con Diego de Salas.

Según una información de abono de Juan

Vázquez Morejón, vecino y regidor de Avila, hecha en Madrid, á 2 de Julio de 1614, era el testigo "ALONSO GERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO, morador en la calle de San Bernardo, en casas de un barbero, antes de llegar al Noviciado de los Padres de la Compañía de Jesús" (Protocolo de Santiago Fernández, 1614, folio 1865).

En 1620 vivía en la calle de las Beatas, "en casas de Antonio González, buhonero"; y cuando murió, en 1635, en la calle de Toledo, "en casas de la Compañía".

De los documentos allegados por Pérez Pastor, los que más curiosidad despiertan son los relativos á cierta herencia en Nápoles, por cuyo cobro tanto luchó SALAS, y cuya pérdida le inspiró las amargas frases que hemos copiado en la pág. CIX de la biografía.

Son los dos siguientes:

I.º "Poder de D.^a María de Porres, viuda de Diego de Salas Barbadillo, al señor Miguel Motlarxa, cónsul de Cerdeña, residente en Nápoles, para que en su nombre, como heredera de su madre Isabel de Porres y del alférez Juan de Seseña, su tío, cobre todos los maravedises que á una y otro se les deba en el reino de Nápoles. Item para cobrar 160 ducados de renta, que dicho Juan de Seseña dejó en el lugar de Cupertino en el dicho reino de Nápoles. Item para seguir el pleito que tiene puesto á D.^a Petronila de Carvajal, viuda de Baltasar de Camargo, en razón de haber poseído de mala fe

los bienes y hacienda que dicho su tío Juan de Seseña dejó en el dicho lugar de Cupertino, al tiempo de su fin y muerte.” Firma ALONSO J. DE SALAS, como testigo, este documento otorgado, ante Antonio Núñez, en Madrid, el 29 de Julio de 1615.

2.º Diez años después se otorga el otro “poder de ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO, ugier de la saleta de la Reina y de sus hermanas D.ª María Magdalena y D.ª Isabel de Salas y Porres, como herederos de sus padres D. Diego de Salas Barbadillo y D.ª María de Porres, y también de su tío el alférez Juan de Seseña, á D. Jerónimo de la Puebla, para cobrar los bienes que dicho su tío dejó en Cupertino y otros lugares del reino de Nápoles. Madrid, 15 de Julio de 1625.”

Este Juan de Seseña sería, pues, el “brazo militar y bizarro que después de haber servido á sus Majestades los señores Emperador Carlos V y Felipe II, en todas las ocasiones honradas que se ofrecieron en aquellos tiempos, murió en Nápoles, alférez de caballos de la compañía del Príncipe de Urbina”, como, no sin orgullo, escribe ALONSO DE SALAS, al hablar de la justicia de la reclamación que tenía emprendida.

Este último documento nos da también noticia de otra hermana de SALAS, que sería la más joven de todos, nacida después de 1594, si no hemos pasado por alto su partida de bautismo, en el examen que hicimos de los libros de la

parroquia de San Andrés, donde hallamos las de los otros seis hermanos.

Aunque de menos valor, no dejan de ofrecer interés otros documentos que presenta el diligente Pérez Pastor, como la obligación contraída en Madrid, en 9 de Junio de 1618, ante Juan de Obregón (folio 487 de su protocolo de este año). En ella "ALONSO DE SALAS BARBADILLO, vecino de Madrid, como principal deudor, y Domingo Navarro, como fiador (se obligan), á pagar al Monasterio del Paular, de Segovia, 655 $\frac{3}{4}$ reales por razón de 61 resmas de papel del molino de dicho convento, á 11 reales menos cuartillo cada una, recibidas del hermano Agustín Pérez, y que se pagarán en dos veces, dentro de los seis y de los doce meses siguientes á esta escritura".

En 3 de Octubre de 1619 y ante Juan Cano López, otorga "poder ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO á Ignacio Martínez, platero, para cobrar de Alonso Pérez, mercader de libros, 300 reales que le debe y que le ha de entregar dentro de dos meses y medio, según escritura, ante el presente escribano. Ha de cobrarlos para sí, por haber prestado al otorgante la misma cantidad".

No es difícil adivinar que el origen de este documento serían los libros de SALAS vendidos y no pagados por el padre del famoso autor dramático Juan Pérez de Montalbán; así como el del antecedente es cuenta de papel para impresión de obras de nuestro insigne novelista,

Al año de 1619 se refiere también otro poder otorgado en 2 de Diciembre, ante Juan de Alayz de Pedrosa, por "ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO, como cesionario de Francisco de Orozco para cobrar en Sevilla".

Y al siguiente una "obligación de ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO, residente en Madrid, morador en la calle de las Beatas, en casas de Antonio González, buhonero (fiador Andrés de Carrasquilla, mercader de libros), de pagar á Andrés de Montaña, 20 ducados, *por razón y de resto de un ferreruelo y sotanilla de paño negro veinte y doseno de Segovia, y de unos valones de paño de mezcla, todo ello nuevo* que le ha comprado. Madrid, 9 de Noviembre de 1620", ante Antonio de la Calle.

A la última época de su vida y relacionado con su empleo palatino pertenece otro poder, suscrito en Madrid, á 8 de Enero de 1633, por "ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO, ugier de saleta de la Reina, á Gabriel López, ugier de cámara del Rey, para cobrar 265 reales que le corresponden de un tercio de sus gajes en la paga general que se está haciendo de los criados de S. M., y ha de cobrarlos para sí, por otros tantos que le ha prestado". (Ante Francisco Galeas, 1633, folio 17.)

De suerte que el sueldo anual de SALAS en Palacio era de unos 800 reales, si el tercio que expresa el poder es, como parece, del total de su salario. No era mucho; pero al morir logró de la piedad del rey D. Felipe IV que conce-

diese á su hermana D.^a Magdalena de Salas una ración ordinaria, como expresa el siguiente documento del archivo de Palacio, donde se llama equivocadamente *viuda* del poeta á su referida hermana.

“Por consulta del Bureo de 13 de Agosto de 1635, hizo S. M. merced á D.^a Magdalena de Porras, viuda de ALONSO GERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO, uxier de saleta que fué de la Reina nra. Sra., en consideración de los servicios del dicho su marido de una ración ordinaria, y en 17 de Septiembre de este año de 1635 mandó á Bureo que se le hiciese aquí su asiento y ha de gozar della desde 8 de Octubre deste dicho año, que fue el dia que constó haber pagado la media annata (Leg. 60).” SALAS había fallecido el 10 de Julio anterior.

Tales son los documentos nuevos (porque otros dos habían sido publicados ya antes) hallados por Pérez Pastor. No aportan hechos ó datos de grande importancia para la vida del autor de *Don Diego de Noche*, pero aclaran, completan y explican algunos de los ya conocidos; tratándose de uno de nuestros más originales y meritorios escritores de la buena época, todos los pormenores biográficos son de grande interés y utilidad. Por eso hemos querido que el extracto de tales documentos preceda al segundo tomo de esta colección de las obras de SALAS BARBADILLO.

E. C.

EL CABALLERO PUNTUAL

PRIMERA PARTE

EL CAVALLERO
PVNTUAL

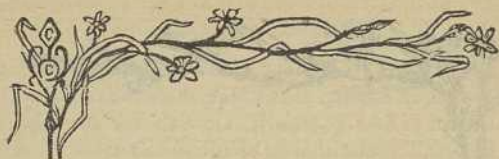
Por Alonso Geronymo de Salas
Barbadillo, vezino y natural
de la villa de Madrid.

*Al Excelentissi-
mo señor Don Luys Fernandez de
Cordoua, Cardona, y Aragon, Du-
que de Sessa, Conde de Cabra, y
Marques de Poza, &c.*

Año (*Un ramo de flores*) 1614

Con Priuilegio de Castilla
y Aragon
EN MADRID

Por Miguel Serrano de Vargas.



Este libro intitulado *El Cauallero Puntual* corresponde cō su original. Dada en Madrid a veynte y dos del mes de Agosto de 1614.

El Lic. Murcia de la Llana.

—
TASSA

Yo Hernando de Vallejo, escriuano de Camara de su Magestad, vno de los que residen en su Consejo doy fee que auindose visto por los señores del vn libro intitulado *El Cauallero Puntual*, compuesto por Geronymo de Salas Barbadillo, que con su licēcia fue impresso: tassaron cada pliego del dicho libro, a quatro marauedis; el qual tiene treze pliegos, sin el principio, que al dicho precio monta cada libro cincuenta y dos marauedis: y a este precio se han de contar los que el dicho libro tuuiere, de mas destos dichos treze pliegos en el principio, tassa y erratas, que hasta aora no se han impresso, y en la conformidad dicha, mandaron que se venda el dicho libro, y no a mas precio: y q̄ esta tassa se ponga en el principio del dicho libro, para que se sepa lo que se ha de llevar, y que no se pueda vender, ni venda de otra manera. Y para q̄ dello conste, di esta fee en la villa de Madrid a veynte y siete dias del mes de Agosto de mil y seyscientos y catorze años.

Hernando de Vallejo.



APROVACION

Por comission y mandado de los Señores del Consejo de su Magestad he hecho ver los cinco libros contenidos en este memorial: no contiene cosa contra la fê, y buenas costūbres antes son vtiles y ingeniosos, y assi se le puede dar licencia al autor para poder imprimirse. Fecho en Madrid, a veynte de Diziembre de mil y seyscientos y treze años.

*El Doctor Gutierre
de Cetina.*

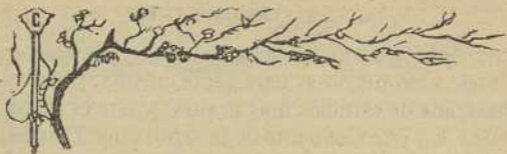
APROVACION

Digo yo el Maestro Fray Manuel de Espinosã, de la Ordē de la santissima Trinidad Redencion de Cautiuos, que por comission de los Señores del Consejo Real, y Supremo, de Castilla. Vi y examine cinco libros intitulados, *El Cauallero Pūtual, La ingeniosa Elena, El sagaz Estacio, Corrección de vicios, y Romancero vniuersal*. En los quales no hallé cosa cōtra el dictamē de nra. santa Madre Iglesia, ni que contradiga a las buenas costumbres, antes con ingenio enseña su autor en ellos las agudezas y engaños de los q̄ son hijos deste siglo, para que nos sepamos librar dellos,

conforme al consejo Euangelico, y me parecen viles, y prouechosas para gente curiosa, y desembaraçada de estudios mas graues, y este es mi parecer. En este Conuento de la santissima Trinidad calle de Tocha de la villa de Madrid, a seys de Enero 1614.

Fray Manuel de Espinosa.





EL REY

Por quanto por parte de vos Geronimo de Salas Barbadillo, vezino y natural de la villa de Madrid. Nos fue fecha relacion que auia descompuesto vn libro intitulado, *El Cauallero Pütual*, el qual era de mucha vtilidad y prouecho para la republica, y estaua aprouado por el ordinario de la dicha villa, el qual os auia costado mucho estudio y trabajo: y porque no lo podiades imprimir sin licencia nuestra, nos pedisteys y suplicastes os la mandasemos conceder, y priuilegio por veynte años, o como la nuestra merced fuesse. Lo qual visto por los del nuestro Consejo: por quanto en el dicho libro se hizo la diligēcia que la prematica por nos sobre ello fecha dispone, fue acordado que deuiamos mandar dar esta nuestra cedula en la dicha razō, y nos tuimos lo por bien. Por lo qual damos licēcia y facultad, para que por tiempo y espacio de diez años cumplidos, primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el dia de la fecha desta nuestra cedula, en adelante, vos o la persona que para ello vuestro poder huuiere, y no otra alguna, podays imprimir y vender el dicho libro, que de suso se haze mencion. Y por la presente damos licencia y facultad a qualquier impressor de nuestros Reynos que nombraredes, para que durante el dicho tiempo, lo pueda impri-

mir por el original que en el nuestro Cōsejo se vio, q̄ va rubricado y firmado al fin de Hernando Vallejo nuestro escriuano de Camara, y vno de los que en el nuestro Consejo residen. Con que antes y primero que se venda, le traygays ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impression esta conforme a el, o trayga ya fee en publica forma, como por el Corrector por nos nombrado, se vio y corrigio la dicha impressiō por el dicho original. Y mandamos al dicho impressor que assi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego del, ni entregue mas de vn solo libro con el original al autor y persona a cuya costa lo imprimiere, ni a otra alguna, para efeto de la correccion y tassa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tassado por los del nuestro Consejo. Y estando hecho y no de otra manera pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el qual inmediatamente pōga esta nuestra licencia, y la aprouaciō, tassa, y erratas, ni lo podays vēder, ni vēdays vos ni otra persona alguna, hasta que el dicho libro esté en la forma susodicha, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha pre-matica y leyes destes nuestros Reynos q̄ sobre ello disponen. Y mandamos que durante el dicho tiempo, persona alguna sin vuestra licencia, no le pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere, y vendiere, aya perdido qualesquiera libros, moldes, y aparejos que del tuuiere, y mas incurra en pena de cinquenta mil marauedis por cada vez que lo contrario hiziere: de lo qual dicha pena, sea la tercia parte para la nuestra Ca-

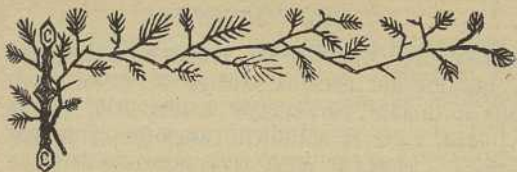
mara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte, para el q̄ lo denunciare. Y mādamos a los del nuestro Consejo, Presidentes y Oydores, de las nuestras Audiencias, Alcaldes, alguaziles de la nuestra casa y Corte, y Chancillerias, y a otras qualesquier justicias de todas las ciudades, villas, y lugares de los nuestros Reynos, y señorios, a cada vno en su juridiciō, assi a los q̄ agora son, como a los q̄ serā de aqui adelāte, q̄ vos guardē y cūplan nra. cedula y merced, q̄ assi vos hazemos, y contra ello no vayā, ni passen, ni cōsiētā yr, ni passar en manera alguna, so pena de la nra. merced y de diez mil maravedis para la nra. Camara. Fecha en Madrid a vente y vn dias de Enero de mil y seyscientos y catorce años.

YO EL REY

Por mandado del Rey nuestro Señor.

Jorge de Tovar.





PRIUILEGIO DE ARAGON

Nos Don Felipe por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Aragon, de Leō de las dos Sicilias, de Hierusalen, de Portugal, de Vngria, de Dalmacia, de Croacia, de Nauarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Cerdeña, de Cordoua, de Corcega, de Murcia, de Iaen, de los Algarues de Algecira, de Gibraltar de las Indias de Canaria, de las Indias Orientales, y Occidentales, Islas y tierra firme del mar Oceano, Archiduq̄ de Austria, Duque de Borgoña, de Brauante, de Milā, de Athenas y de Neopatria, Conde de Aspurgh, de Flādes, de Tirol, de Barcelona, de Rosellon, y Cerdeña, Marques de Oristan, y Conde de Gozcano. Por quanto por parte de vos Alonso Geronimo de Salas Barbadillo, nos ha sido hecha relacion, que con vuestra industria y trabajo aueys cōpuesto cinco libros, todos de mucho prouecho, y vtilidad para la republica, por ser de honesto y apacible entretenimiēto, intitulados *Romancero vniuersal*, *Correction de vicios*, *El Sagaç Estacio*, *la ingeniosa Elena*, y *el Cauallero Pūtual*: y los desseays imprimir en los nuestros Reynos de la Corona de Aragon, suplicādonos fuessemos seruido de hazeros merced de licencia para ello, e nos teniendo cōsideracion a lo

sobredicho, y que han sido los dichos libros reconocidos por persona experta en letras, y por ella aprouados, para que os resulte dello alguna vtilidad, y por la comun lo auemos tenido por bien. Por ende con tener de las presentes de nuestra cierta ciēcia, y Real autoridad, deliberadamente, y consulta, damos licencia, permiso, y facultad, a vos el dicho Alonso Geronimo de Salas Barbadillo, que por tiempo de diez años cōtaderos desde el dia de la data de las presentes, en adelante, vos, o la persona, o personas, q̄ vro poder tuuierē, y no otro alguno, podays, y puedan hacer imprimir y vēderlos dichos libros, *Romancero vniuersal*, *Correction de vicios*, *el Sagaç Estacio*, y *la ingeniosa Elena y el Cauallero Pūtual*, en los dichos nuestros Reynos de la Corona de Aragon, prohiuiendo, y vedando expresamēte, que ningunas otras personas lo puedan hazer por el dicho tiempo sin vuestra licencia, permiso, y voluntad, ni los puedan entrar en los dichos Reynos para vēder de otros a donde se huuieren imprimido. Y si despues de publicadas las presentes, huuiere alguno, o algunos que durāte el dicho tiempo intentaren de imprimir los dichos libros, ni meterlos para vender, como dicho es, incurran en pena de quinientos florines de oro de Aragon, diuidideros en tres partes, a saber es, vna para nuestros cofres Reales, otra para vos el dicho Alonso Geronimo de Salas Barbadillo, y otra para el acusador, y demas de la dicha pena, si fuere impressor pierda los moldes y libros, que assi huuiere imprimido, mandando cō el mismo tenor de los presētes, a qualesquier lugar tinientes, y Capitanes

Generales, Regētes, la Cancellaria, y Portāt vezes de nuestro General Gouvernador, Alguaziles, ve-gueros, porteros, y otros qualesquier ministros nuestros, mayores, y menores, en los dichos nues-tros Reynos y señorios, constituidos, y constituy-deros, y a sus lugares tenientes, y Regētes de los dichos oficios so incorrimiēto de nuestra ira, e in-dignacion, y pena de mil florines de oro de Ara-gon, de bienes del que lo contrario hiziere, exigi-deros, y a nuestros reales cofres aplicaderos, que la presente nuestra licencia y prohibicion, y todo lo en ella contenido, os tēgan y guarden, tener, guardar, y cumplir hagan, sin contradicion alguna, y no permitan, ni dē lugar, a que sea hecho lo cōtrario en manera alguna, si demas de nuestra ira, e indignacion en la pena susodicha no dessean incurrir. En testimonio de lo qual mandamos des-pachar las presentes con nuestro sello Real co-mun en el dorso selladas. Datas en Ventosilla, a veynte dias del mes de Octubre año del Naci-miento de nuestro Señor Iesu Christo, de 1613.

Yo el Rey:

Dominus Rex mādavit mihi don Francisco Ga-sol, Visa per Regi, Vicecancellarium, Comitē ge-neralem, Thesaurararum; Guardiola, Bañatos, Tellada, Fontanet, Martinez, & Perez Manrique, Regentes Cancellariam.



Al Excelentissimo señor don Luys Fernandez de Cordoua, Cardona, y Aragon, Duque de Sessa, Duque de Soma, Duq̄ de Vaena, Marques de Poza, Cōde de Cabra, Conde de Palamos, Cōde de Oliueto, Visconde de Yznajar, señor de las Varonias de Velpuche, Liñola, y Calonge, gran Almirante de Napoles.

Siendo V. Excelencia el vnico Mecenaz desta edad, y el Protector solo q̄ los ingenios gozan en España, cuya virtud admirable es tal, que se precia mas del nombre de sabio, que con tanta justicia le dan todos los que lo son, que del de Principe, que le toca por tantos derechos, bien me puedo prometer lugar en la gracia de Vuestra Excelencia, donde tantos caben, atreuiendome a ofrecelle esta nouela del *Cauallero Puntual*, sino acertada con felicidad, trabajada con cuydado. Suplico á V. Excelencia, ponga los ojos primero en mi desseo, que en el papel, para que por el merezca lo que por si podría perder. Guarde nuestro Señor a V. Excelencia largos y felices años. De Madrid a 24 de Agosto de 1614.

*Alonso Geronymo de Salas
Barbadillo.*



I

Cuéntanse los humildes principios del Caballero Puntual, y la causa de su perdición.



Zamora, ciudad ilustre, famosa y desdichada, por la muerte del Rey D. Sancho, en cuyos muros y edificios viven mucha parte de las nobles antigüedades de Castilla, llegó un muchacho de la Imperial Toledo, sus años tan pocos que no pasaban de ocho, y su nacimiento tan humilde, que no conoció más padres que la piedra de la Iglesia donde los naturales le desampararon. Pobre en el vestido, flaco en el rostro, de pie y pierna público y deshonesto, la cabeza y los hombros libres, ellos de la capa, y ella del sombrero, pero no sé qué fuerza oculta tiene el poderoso natural en cada uno para que no pueda negar su condición, pues en medio desta desnudez y mendigo traje, descubría en el rostro una gravedad superior; daba, con el mirar severo, con el oír atento y con el hablar despacio y poco, señales de ser otro de lo que su pelo decía: y quién duda que no fuese más que posible que (como muchas veces habrá sucedido) en la va-

riedad de casos que el mundo nos representa, hubiese éste nacido de madre ilustre, y conviniese, para conservación de su crédito, hacer con su persona lo que con el otro por quien se dijo:

No se sabe si está cristiano ó moro,
que á una puerta le echaron sin bateo,
por guardar de la madre el gran decoro.

Estos respetos y recelos con que las mujeres viven cuando atienden á sus obligaciones (de las que están en posesión de mujeres nobles hablo) son causa de que se falte á la piedad materna, pues acudiendo á cerrarle todas las puertas al qué dirán, arrojan el fruto de su sangre en poder extraño, y ella, como ilustre y generosa, aunque se vea en humildes puestos, procura darse á conocer. Yo, á lo menos (no me acuséis de juicio temerario, señores, los que presumís más que todos y sabéis menos que muchos) cuando á un hombre de los que están en baja fortuna le veo con el respeto muy alto y las obras que corresponden al respeto, pienso que trae debajo del sayal encubierto el oro de alguna buena sangre desconocida, ya por la razón que atrás queda propuesta, ó ya por otra semejante que fuese suficiente á hacer el mismo efecto, y, por el contrario, todas las veces que un hombre principal se deja arrastrar de la bajeza de algunos vicios sin abrir los oídos al consejo, envejeciéndose en las malas costumbres, juzgo que no es hijo de aquellos padres cuya hacienda y calidad heredó, sino que el ama hizo algún cambio que le estuvo bien á ella solamente en particular, y mal á todos en común. No querría que alguno destes que

se ocupan en marginar libros ajenos y jamás sacan á luz un parto propio, llegando aquí dijese, escribiéndolo de su mano y de su letra: si esta opinión de nuestro autor es verdadera, de treinta años á esta parte pocas amas han sido fieles. No me saldrá á mí tal palabra por la boca, eso dilo tú, hermano, porque aunque se me entiende á mí tan bien como á ti, y aún te hago de cortesía el no decir que mucho mejor, no me quiero yo hacer odioso por un buen dicho. Andaos á decir gracias y veréis cómo os lo agradecen por vida mía, que es oficio provechoso para granjear muchos enemigos. Diferente orden le he dado yo á mi pluma: hela cortado los puntos muy blandos, y así todo lo que escribiere será agradable y corriente.

Acomodóse en el servicio de un hidalgo noble de aquella ciudad, hombre mayor y sin hijos, aunque había acompañado su cama y mesa de mujer honesta y hermosa, á quien ya la tierra poseía; era persona de mucha caridad, y ejercitóla más que en otras en esta ocasión, porque hallando en el mozuelo alguna habilidad y buenos respetos, le puso con maestros donde aprendiese á leer, escribir y contar y algunos principios de latinidad; pareciéndole, y muy bien, que en esto le hacía una obra muy útil y á Dios servicio grato; pero el que se criaba ya para caballero y tenía la mira en ser estimado por gran señor dió pasos flojos en este camino, y así el provecho fué muy parecido á la diligencia que puso, porque se halló muy atrás, cuando fuera justo que estuviera aventajado á sus condiscípulos.

Había él conocido mucha voluntad en su dueño



y entendido que le había de amparar mientras viese como á hijo y después entregarle tan larga parte de sus bienes que no tuviese necesidad de valerse, ya por la pluma, ya por los estudios, y con esto dejaba ya el Arte del latín para sus compañeros todo entero, sin entrar con ellos á la parte, y en esto hacía lo que los más hijos de los hombres poderosos, á quien sus padres les traen á casa los maestros. Más por autoridad y grandeza que á fin de que se aprovechen, y ellos que conocen el intento de los que los engendraron, aprenden aquello que basta para quedarse más ignorantes de lo que fueran si de todo punto no hubieran tratado de letras.» Estudie mi hermano, que es segundo de mi casa (suelen decir éstos) que yo no he menester, gracias á Dios que me dió hacienda y descanso, desvelarme sobre los libros.»

Extraña razón y juicio depravado es el de los tales, pues no conocen que lo menos esencial, que el fruto menos importante que de los estudios se saca es el de la granjería, y que el fin adonde tiran todos los hombres de razón, como á más principal y más verdadero cuando los abrazan y buscan, es á no quedarse ignorantes y bárbaros. ¿Es posible que tan poco amenas son las letras humanas que no merecen ser amadas por el natural gozo y deleite que comunican, y que es fuerza que todos las sigan, los pobres, para pasar con ellas á otros estudios cuyo fruto venga á ser, con el tiempo, socorro de sus necesidades, y los ricos, para tener una ocupación honesta? Fácilmente se deja conocer; pero ¿qué me va á mi en esto? ¿por qué tengo de ser yo el lloraduelos de toda mi aldea? Si ellos

quieren quedarse ignorantes buen provecho les haga, pues, por lo menos con esto, si no acreditan su fortuna, aseguran su acrecentamiento.

Nuestro toledanico se inclinó más á esto de tíreme un tajo, haga un reparo, camine para mí con una estocada, uñas abajo y saque pies con un revés; quería él más la música de los broqueles que toda la filosofía de Piccolomini, y así su dueño, conociéndole la inclinación, para que no se perdiese el habilidad, le buscó personas con quien se ejercitase; llenóse la casa de gente virtuosa que venía á batallar, y entre una y otra herida, lo que sacaban con el sudor por la frente, volvían á meter por la garganta con algunos dulces tragos: en lo uno y en lo otro salió eminente, pareciéndole que no erraba, pues ya entre mucha gente de calidad se dispensaba el beber largo, y que cuando él se durmiese alguna vez sobre los manteles, no sería el autor deste pecado, y llegaría después de muchos á esta venta y paraje.

De toda aquella tierra y ciudades circunvecinas venían á buscalles á la fama de su destreza: y él, hablándoles en lenguaje matemático, se hacía maestro de la filosofía de Marte, prometiéndoles imposibles, con admiración del auditorio pardal; porque muchas veces eran labradores, que oyendo aquello del ángulo recto y obtuso, abrían la boca de un palmo y hacían más espuma que mula de canónigo. Hallábase presente á estos actos el venerable viejo, que mostraba regocijo interior, porque ya le amaba como á sangre propia; y fué este amor tan verdadero, que llegándosele de allí á pocos días el último, le dejó la herencia de algu-

nas tierras y casas, que debían de rentar quinientos ducados, libre y sin vínculo ni condición alguna.

De aquí comenzó la perdición deste mozo. Sería de veinte y un años, de muy buena persona, quimerista en el alma y vanísimo en el corazón. Y como oyese las grandezas de la corte, la estimación de los caballeros, el respeto de los señores, la reverencia de los Ministros, ardía en deseos por verse piedra deste edificio y miembro de aqueste cuerpo; parecíale que allí no es caballero ni hijodalgo el que tiene la ejecutoria en su casa, y es más conocido su solar que el de Laín Calvo, si se va por su pie y desacompañado de la familia, sino aquel que puesto en un caballo ó sentado en un coche camina rodeado de la primavera de sus pajes, vestidos de más colores que las alas del pajarito que dió ocasión á que dijese un poeta grave:

Pajarito jilguero, tiende tus alas
amarillas, y verdes y coloradas.

Porque aunque este tal tenga sangre del caballero Longinos, será respetado, haciéndole todos humilde reverencia, no á la persona, sino á los rocines del coche, á la madera de la caja y á la librea de los pajes. «Esta es buena tierra para mí (decía) donde nada se conoce por la verdad, sino por la apariencia. Por Dios que si yo echo á volar la imaginativa, que arme mejor que el oficial más primo una mentira, y sobre aquélla un millón, tan cumplidas de todo lo necesario, guisando con tantas y tan buenas especias los livianos, que los pasen todos los que los comieren por jigote de

ternera. Aquel sí que es mar ancho donde se nada más bien vestidos que desnudos; pero el mal que hay en ello es, pobre de mí y más que desdichado, que allá quieren lisonjeros, y yo soy lerdo en esta habilidad, porque esto no se ha de hacer tan inadvertidamente que se descubra la hilaza; es menester llevar las tiseras con sutileza y cortar con primor, porque, de otro modo, en vez de medrar gracias y favores, hallaremos quien nos dé con la puerta en los ojos.»

«Pero con todo eso me parece, no sé si me engaña la pasión, propia enfermedad que ha llevado el juicio de tantos hombres cuerdos al hospital, que he de entender la jerigonza, y que en menos de cuatro escaramuzas ganaré fama de buen jinete, porque, á lo que yo juzgo, las lisonjas, para ser bien recibidas y venir á propósito, han de ser como el buen remiendo, del mismo paño; porque no será bien que si yo tengo necesidad del favor de un caballero que pone todo su caudal en ser lindo, y que él mismo confiesa y reconoce que tiene odio y mala voluntad á la sabiduría, que pensando lisonjealle, le diga que es luz de las letras, estando ahí Adonis y Narciso, y otros personajes desta traza, á quien comparar su belleza; que dejarlo de hacer así es como robarlo del Altar. A cada uno se le ha de entrar por la puerta que él mismo abriere, y ponérsele al lado del oído con que más bien oye, porque el que se precia mucho de cazador y de que sabe hacer suertes en la ferocidad de un toro no tendrá oído para escuchar alabanzas de buen músico si en su vida supo qué cosa es templar la segunda con la tercera. Esto se

debe entender en cuanto á tratar de gracias particulares y mercedes concedidas de la liberal mano de naturaleza; pero el que por este camino se hallare torpe y embarazado, y le pareciere que por faltarle esta distinción y conocimiento va por los pasos de su perdición, acójase al sagrado de la regla general, que es engrandecer la alteza y generosidad de la sangre del sujeto á quien lisonjea, que no hay pan que más engorde. ¡Oh, qué bien sabe, y qué aprisa y con qué gusto se comel; porque ya el día de hoy, el que pesa en la tabla de la carnicería, con el mandil delante, publica hidalguía, y todos sus deudos son muy honrados caballeros, sino que á él, desdichas y maldiciones de sus padres, á quien fué inobediente, le han traído á la miseria de tan baja fortuna.»

Estos discursos hacía muchas veces el angelito; pero una noche que, entre otras, andaba más arrasado de sus imaginaciones, sin que pudiese quietarse en la cama, determinó acomodar su nombre con algún apellido ilustre, y la traza de que se valió fué ésta:

A este mozo, cuando entró en Zamora, su amo y padre en los beneficios, sabiendo que se llamaba Juan y que había venido de Toledo, le llamó Juan de Toledo, no por apellido, sino como si dijéramos Juan de Toledo, el que vino de Toledo; con este nombre estaba introducido en la ciudad, y por tal le conocían los nobles y populares; parecióle que no había menester andar por casas ajenas mendigando apellidos, sino arrimarle al suyo un don, pues no hay casa en España que resplandezca con más heroicas virtudes que la de To-

ledo, y así dijo, hablando consigo mismo: D. Juan de Toledo: yo soy D. Juan de Toledo. Pesólo una vez, dos y tres, repítale infinitas, y siempre le sonaba mejor; era nombre que le dejaba llenos los oídos y pasaba hasta el alma con algunas luces de vanagloria.

Levantóse con aquel furor de la cama, medio frenético, y puesto un ferreruelo viejo, sacó de sus calzones un papel, no muy limpio, y buscando un tintero y pluma, que había algunos tiempos que no se usaba, y llegándose á la luz de una lamparilla que estaba ya en la postrera jornada, pudo acabar con él tanto su imaginación, que como si verdaderamente lo fuera, comenzó á firmar «don Juan de Toledo, D. Juan de Toledo,» haciendo unas letras largas y mal formadas, no del todo sin borrones. Habiendo cometido el pecado desta necedad muchas veces, y ocupado la una parte del papel, volvió por la otra y llenóla toda de sobreescritos. «A D. Juan de Toledo guarde nuestro Señor muchos años. Madrid.»

Estas altas contemplaciones le tenían suspenso y elevado, de forma que la luz se murió y él se quedó con el papel, tinta y pluma dormido, hasta que llegó la de la mañana. Este fué el generoso principio del Caballero Puntual, de quien iremos contando aventuras prodigiosas de que se pueden coger juntamente deleite y provecho.



II

El Caballero Puntual llega á la Corte y acomete la aventura del acompañamiento de un entierro.

Hijos son de la fortuna, y muy favorecidos privados, aquellos en cuyos corazones asiste la osadía; una determinación gallarda, una resolución ilustre, los méritos traen consigo, y la probanza hecha para todo buen suceso.

Echaos á dormir, cerrad las ventanas y las puertas, encomendando á todos silencio y quietud, y esperad á que la fortuna os despierte tirándoos de la ropa, y veréis como dormís sin que nadie os hable palabra. Por Dios, amigo, que si vos propio no os madrugáis para coger la mañana y hacer vuestra jornada entera, que os quedéis en la mitad del camino, donde plega á Dios que halléis una venta, que si así sucede, será el trabajo más capaz de consuelo.

Todo lo más substancial de los negocios está en el buen ánimo con que se acometen, y después en la prudencia y templanza con que se guían. Hay algunos majaderos, tales son ellos, y mal haya el

bellaco que les pusiere otro nombre, tan presumidos de sus partes y tan empinados en sus méritos, que creen como artículo de fe, y no bastará á desengañallos toda la escuela de los teólogos, que la fortuna se les ha de venir á sus umbrales, y asida de los aldabones de las puertas, las ha de quebrar á golpes hasta que las abran, y que si ellos fueren tan constantes que la mostraren las espaldas escondiéndose y negándose al premio que viene á traerlos, ella ha de ser tan porfiada que ha de ir á buscarlos á los secos arenales de Libia; pero no se salen con el error de su culpa sin castigo, que á fe que lo pagan con el principal y las costas, pues por la mayor parte mueren en su rincón, sepultura de sus años, de donde los llevan á la que eternamente lo ha de ser de sus huesos. Ha menester socorrerse de su industria y ser el mismo pregonero de sus méritos, cualquiera que quisiere aumentos en su estado y desear ver crecientes la mar y la luna.

Mas ¡ay de aquellos inconsiderados que, sin ningún color ni razón, se atreven! que este género de gente va más fuera de camino que los otros; pero cuando el pedir, discurren, fundados en justas razones, es el parto derecho. Así lo dijo la copla de un romance castellano:

Anímame la esperanza
que me esfuerce y pierda el miedo,
porque á la fortuna obligan
honrados atrevimientos.

Pero, por el contrario, se cansa y enoja de aquellos que con desvergüenza y libertad quieren tre-

par hasta ponerse hombro á hombro al lado del mismo sol, y procuran salir tanto de sus límites, que, mezclándose Esguebilla con Pisuerga á pocos pasos, no se diferencian, y tan Pisuerga es Esguebilla como el propio Pisuerga. Pero la culpa, no es tanto del miserable arroyuelo, que procura enoblecerse, como del hinchado río, que con toda su arrogancia le concede paso y le deja llegar á la conversación.

Vendió, pues, nuestro Caballero Puntual algunos muebles de casa, cobró dos años que estaban caídos de la renta de su hacienda, y juntándolo con un poco de dinerillo que el viejo había dejado en oro, debió de hacer bien cumplidos 2.000 escudos. Con esto salió de Zamora, y por sus jornadas llegó á la villa de Madrid, donde al presente estaba la Corte.

Entró de noche, porque no traía el aparato conforme á la ostentación con que pensaba tratarse, y en apeándose en la posada, dijo á su huésped que él era un caballero de Andalucía, y que por haberle dado el negocio que venía á seguir mucha prisa, no habían podido acompañarle sus criados: y así, que le hiciese placer de buscarle cuatro mozuelos, gente honrada y fiel, escogidos como de su mano, porque los había de vestir de librea, y que el uno de ellos fuese de alguna más edad, de manera que pudiese ceñir espada: y también dos personas de buena disposición, iguales en el cuerpo, para lacayos; y volvióle á encargár que sobre todo diesen fiadores, porque él no quería vestir ladrones que se le fuesen con su hacienda, y le dejasen tan solo que tuviese él mismo necesidad de servirse,

porque, aunque no he estado en la corte, dijo, bien sé que en esto del servicio se padece tanto, que es treta ordinaria, y que si no se acude con el reparo todos quedan heridos en la bolsa. Y á este íten añadió otro, y fué que, sobre todo, tuviese cuidado de hablar á los corredores de caballos, para que, habiendo comodidad de alguno que no tuviese mal talle y fuese bueno para la carrera, se le trajesen, porque él le quería comprar, con satisfacción de todos, pagando de contado, y en moneda de plata castellana; porque para ruar de ordinario por el lugar él estaba esperando un macho bien tratado y muy fuerte de su tierra, de buen talle y mejor pelo. Y fué tan venturoso, que para que el huésped le tuviese en opinión bien diferente de lo que él venía á platicar, entraron, al mismo tiempo que él lo estaba tratando, por las puertas el dicho señor macho y un esclavo á confirmar su verdad; que lo uno y lo otro fueron parte de los muebles que heredó.

El huésped no era nada mudo; tenía, gracias á Dios, la lengua sin tropezones y más sana que la palma. Y así, muy alegre con el Sr. D. Juan de Toledo, le ofreció imposibles, hasta decir que le traería vino de aceitunas y aceite de uvas. Y para que se aficionase más á la posada y á su persona, le contó cuán magníficos caballeros habían estado en su casa aposentados, la puntualidad con que él trató siempre de su servicio y regalo y el cortés agradecimiento con que todos se despedían, dejando siempre una joya de mucho valor, y alguna de tanto precio, que pudo ser, vendida, bastante dote para una hija suya, que

era lo propio que decille, «por aquí van á Santiago.»

Mira, Zayde, que te aviso, *etc.*

Oíale con gusto el Sr. D. Juan de Toledo, y reíase mucho de que el huésped no hubiese conocido que se habían hecho entrambos en una misma horma, y que si él era bellaco y se preciaba de pregonar vino y vender vinagre, que por acá se usaba de la misma frasis.

Recógióse á dormir, por venir cansado, y en el interin Molina, que así se llamaba nuestro honrado albergador, dió prisa á un clérigo portugués, que estaba proveído en la India para un Obispado, á que le desocupase un cuarto de casa luego, pues lo había de hacer dentro de cuatro días, por que no perdiese tan buena ocasión. Era el clérigo tan cortés, como aquel que había nacido noble en Portugal, y tan piadoso, como era menester que lo fuese para el cargo que había impuesto á sus hombros, porque aunque la caridad es virtud que á todos asienta bien, es anillo que se hizo para la mano de los prelados. A ellos les toca más el administrarla y ponerla en uso, y así con facilidad dió oído á los ruegos del huésped, y le desocupó los aposentos.

Este cuarto estaba muy bien aderezado, con buenos tapices y mejores esteras, sillas y taburetes de terciopelo encarnado, aunque tan raído el pelo, que se quedaban en el tercio, y parecía que era aquel el último día de su vida. Estaba entre estas alhajas una cama, tan murada de sus cortinas, que así por esto como por lo grande, podía

competir con Babilonia. Aquí fué acomodada la persona del señor D. Juan.

Los criados, elegidos por la mano de Medina, que salió á su seguridad, siendo fiador de todos, se aposentaron poco á poco en casa, á quien el Puntual vistió de una librea lucida y poco costosa. Compró un caballejo muy gracioso, así en el hollar como en la persona, de medianos alientos en la carrera, y muy mozo, en moderado precio, porque tuvo ventura de que quien lo vendió se hallase con necesidad del dinero, y no reparó en la pérdida. Hizo para su persona dos vestidos muy galanes y señoriles, conforme al traje de Palacio, y procuró aventajar su gala en los extremos, porque en el zapato, en el sombrero, en el cuello y puños se muestra y conoce la curiosidad y aseo de los bizarros que todo lo atropellan y derriban.

Así salió á misa el domingo de la Trinidad al convento de los frailes que de esta sagrada religión hay en Madrid; habiendo estado en casa encerrado ocho días sin salir en público, porque todo este tiempo fué necesario para acomodar estas cosas.

El tenía muy buena persona, iba galán, en buen caballo, cercado de algunos criados, que ya que no eran muchos fueron razonablemente aderezados. No pareció mal al pueblo esta su primera vista; y así, de cuando en cuando no faltaba alguno destes ociosos habladores de la corte que, para tener nuevas que llevar á otra parte, preguntaba:

—¿Quién es este caballero?

Respondían sus criados:

—Don Juan de Toledo.

¡Oh, qué dulce nombre para el Caballero Puntual! ¿Quién podría agora decir la alegría que sentía su corazón? Por cierto que no fueran bastantes todas las lenguas de los sabios que celebraron la antigüedad latina y griega y los modernos que hoy tanto Italia reverencian.

Así llegó á la Iglesia, donde estuvo muy compuesto y grave, sin descoser los labios para hablar con ninguna damisela, haciendo los actos de modestia que pudiera un caballero pretendiente de corregimientos. Colgábale de la mano un rosario muy largo y bien guarnecido, porque él tenía por opinión que era puntualidad de caballero traer por las mañanas el rosario en la mano, desde las diez hasta las doce, y por las tardes el palillo en la boca, desde la una hasta las tres. Ley inviolable fué que siempre guardó, que no era él de los caballeros flojos y descuidados de sus obligaciones; por cierto que cada palabra, cada acción suya era un capítulo del arte de la caballería.

Tenía sus lugares comunes de hablar. Su lenguaje era afectuado y prolijo, y de cuando en cuando decía una sentencia y apotegma, preciándole más de referirla al nombre de un caballero valeroso, excelente príncipe, que ya fuese muerto, que no de sacarla con su autoridad, aunque fuese obra de su ingenio.

Volvió acaso los ojos por la Iglesia; pero con tanta majestad y silencio, que provocó á respeto á la caterva circunstante, aunque más de dos lenguas le sacaron sangre, porque como concurren en aquel templo, aun los días que no son de fies-

tas particulares suyas mucho de lo bueno del lugar, por ser el puesto tan ocasionado, y entonces se había juntado más que otras veces, y reparasen los señores y las señoras mirones en el caballero novato, y advirtiesen el cuidado y atención que tenía para que no se cayese en el suelo un punto de su caballería necia holgáronse con su persona, y dándole al diablo más de una vez (cosa de que él se enfadó mucho, porque le hacían mercedes de lo que él ya tenía por suyo), dijeron donaires y gracias. Y fué el blanco de todos los tiros que hicieron aquel día.

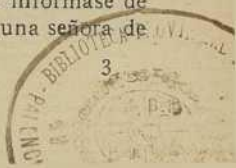
¡Oh, poderoso Dios, y cuánto conceto equívoco llovió sobre su persona, y más que en otra ninguna parte de las de su cuerpo y vestido en unas cademicas que le colgaban atravesándosele por aquel pecho, con tanto melindre, que se entendió y tuvo por cierto que no debía alentar por la boca ni por las narices con el miedo de no romper aquellos sutiles hilos de oro que de su cuello pendían. Por cierto que, según mi sentencia, que les sobró justicia en reirse del traje y reprehender hábito lleno de tanta mohina.

Perdónenme los amigos á quien yo desde aquí pudiera señalar con el dedo sin mudarme de la silla en que estoy ni cansarme en dar muchos pasos. Perdónenme, digo otra vez, que no puedo dejar de escupir y afeár lo que enoja á los ojos de la gente cuerda: pues aun no sólo en los hombres es aborrecido este modo de adorno, pero en las mujeres, con tener tantas licencias y permisiones, cansa. Bueno es que se vaya la señora D.^a Doro-tea á pie, y con verdugado, hecha mostrador de

platero, llena de más dijes y sartas que villana el día de la boda. Y querrá que siendo sus años tantos como los collares, que con esto he dicho que no son pocos, parecernos bien: pues ruin sea yo si no digo della todas las veces que la veo lo que el caballero del zancarrón cantó en alabanza y honra del tocino. Por eso no se descuide, encadénese bien, que la aseguro que somos más de cuatro, y aun póngale un cero, que de cuarenta pasamos los que hacemos entremés y entretenemos al brasero las noches del invierno, y á lo fresco las siestas del verano, con la conmemoración de sus galas, y descubrimos en esto tanto que decir cada día, que ha cuatro años que nos dura la plática, y según nos hallamos de sabrosos, y tenemos el corriente hoy más caudaloso que nunca, parece que comenzamos ayer, pero su merced, por sus pecados ó por los de su marido y deudos que la sufren, es tan necia, que no le dará cuidado.

Aunque estaba tan grave nuestro Puntual que parecía de mármol, en las pocas y bien contadas veces que volvió los ojos por la Iglesia vió en un estrado una señora de buen talle, acompañada de criadas, y rezando en unas Horas, de latín debían de ser, porque siempre nos aficionamos más á aquello que no entendemos, y ponemos la autoridad en muchas cosas que, si preguntamos por qué son buenas, no se sabe más respuesta que disculparse con la costumbre que así las introdujo.

Mandó á un paje suyo que se informase de quién era, y habiéndole dicho que una señora de



título de la casa de Toledo, no le cupo de contento el corazón en el cuerpo: quiso echar por la boca con la fuerza de la demasiada alegría. Llegóse á ella, y después de haberle hecho muchas reverencias, hincando la rodilla, le dijo que su señoría le conociese por criado y deudo suyo, porque él era un caballero del Andalucía, hijo de Fulano y natural de tal parte: y allí de repente, con facilidad, concibió y parió tan bien la mentira, que mal que la pesó, la hizo creer y confesar que era su deudo, y no así como quiera el parentesco, sino tan de las puertas adentro, que le llamó primo: favor que le dejó despulsado y ajeno de juicio á nuestro D. Juan, y se le pudo estimar en mucho que no se le echase por aquellos suelos rompiendo el templo á gritos.

Preguntóle la señora por sus padres, y quejósele mucho de que había mucho tiempo que no la escribían, debiéndole muy buena voluntad y servicios, haciendo tan apretadamente las ceremonias de parienta con estas y otras muchas razones semejantes, que por poco se engañara á sí mismo el Puntual, y creyera ser verdad, con haber sido él propio el autor de la invención y fábrica. Suplicóla que le diese licencia para ir la sirviendo y acompañando; pero ella cortésmente excusó el ofrecimiento y le rogó que la viese en todo caso, porque quería que su marido y un hijo que tenía de edad de trece á catorce años, le conociesen y estimasen por deudo tan principal, y con quien ellos habían de ganar tanto. Con estas y con otras muchas cortesías, no menores, se despidieron.

Entró en su posada el Sr. D. Juan de Toledo, tan admirado del suceso que acaso se le había ofrecido, que le parecía sueño; pero cuando se desengañaba y entendía haber sido verdadero y real, era el gozo de su corazón tan grande y tan superabundante, que, sentando en la mesa, en el corto y breve camino que hay del plato á la boca, se le perdían á la mano los bocados.

Molina, que estaba presente, y de los criados había entendido la conversación que pasó en la iglesia, como aquel que no sabía lo profundo de la materia, andúvose royendo por la corteza, y parecióle que todo aquel éxtasis era pasión de amor: y así, haciéndole chacota y echando toda la casa por las ventanas, le dijo:

—Por cierto, mi sor D. Juan, que si vucé se viene á holgar á Madrid, y trae tan de alfeñique el ánima, que se ha de ver en ocasiones donde le den verdadera pesadumbre. ¡Oh, qué buenol! gorrion es que al primer tiro le derriban del tejado, no me contenta: señor, yo le tengo de decir la verdad, enójese é haga lo que mandare. La vida desventurada de los amantes no es para llegar á nietos. Pobre de mí, aún no asamos y ya empringamos, es hoy el primer día que vucé ha salido á mostrarse al lugar, y no ha dado más pasos que los que hay de casa á la iglesia, que no son muchos, y esos en pies ajenos, y vuelve cojeando. Anímese vucé, y dé del codo á todas esas imaginations, que es mucho más lo que queda por ver: no se diga dél que es tan ruin nadador que se ahogó á la orilla. Y mire ante todas cosas por la honra de la casa en que vive, que por Dios que

me silbasen como á toro, los demás de mi oficio, que están repartidos por esta comarca, si supiesen que recojo huéspedes en mi posada, como vucé, que parece todo muñeca, desde los pelos del co-pete hasta las cintas de los zapatos.

Destas cosas le decía muchas, que el mismo como hombre vulgar, que siempre se pagan de cosas pequeñas, se las reía y celebraba sin esperar á la cortesía de los terceros. Holgábase de oírle don Juan, y la servidumbre mucho más; porque como sujetos, donde era más corto el caudal, les parecía que aquellos disparates eran donaires discretos, y que venían tan á tiempo, como si verdaderamente diera en la coyuntura del negocio, porque ellos también eran en la misma conseja.

Volvámonos á la señora con quien emprimó tan presto, que pienso que está en estado que lo ha menester, y dejémosle con su huésped y criados, que si le aconsejasen que durmiese un poco, le sería provechoso para el mal de los desvanecimientos que trae en la cabeza. Paréceme que habiendo dado cuenta aquel día sobre mesa á su marido del nuevo deudo que Dios la deparó en la iglesia, y pintándole con todas sus buenas partes, la apretó luego un mal tan acelerado, que trujo la muerte en él aparejada ejecución, porque antes de cumplir veinticuatro horas, dió su espíritu al Señor, recibiendo (aunque en tan breve término) el Sacramento de la Unción, que era el que le faltaba, porque aquella mañana había confesado y comulgado con mucho dolor de sus culpas, por ser mujer cristianísima, y que frecuentaba los ejercicios de virtud y devoción.

Causó lástima general á toda la Corte tan repentino y desgraciado suceso. Sólo para nuestro Puntual fué la nueva triste de mucho gusto, porque desta suerte pensaba hacer el cimiento para levantar las torres de sus vanidades.

Envió luego por su sastre, y sacando cumplidísimamente todo el recaudo que era menester para lutos, dentro de doce horas estuvieron él y sus criados hechos, cualquiera dellos un D. Diego Ordóñez de Lara, que como nuestro Puntual se había criado en Zamora, pensaba que no era luto el que no arrastraba hasta los pies del caballo.

Fuése de aquel modo á visitar al viudo, y hallándole en la cama retirado (comodidad que, entre otras muchas, tienen el día de hoy los poderosos introducida, y enseñada de su natural poltronería), después de haberle dado el pésame y ofrecídose á servirle con palabras muy corteses, se le volvió por respuesta con el mismo estilo, que aquella casa estaba siempre por muy suya, y los dueños della. Agradecióle mucho la puntualidad de venirle á honrar con su persona y criados. Y suplicóle que de allí adelante le hiciese merced de comer con él todos los días, pues para consuelo de su soledad sería de mucha consideración ver una prenda tan querida de la Condesa, su esposa, cuya muerte decía que le tenía muy lastimado.

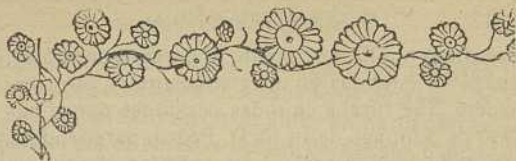
El así quería que se entendiese; la verdad Dios la sabía, porque esto de enviudar, agrada generalmente á todos: y pocos he visto que reciban este suceso con el semblante con que miraba el Rey

D. Juan á D. Alvaro de Luna, de quien dijo la copla:

Con mal semblante le mira.

Comúnmente, digo lo que he visto, todos se regocijan, y ellas hacen lo mismo, y principalmente cuando la muerte del marido no las deja pobreza que llorar ni deudas que pagar: con qué facilidad que se consuelan. Qué poco hemos menester valernos de los términos de la retórica para enjugarles el llanto, porque ya ellas saben que aquella que á ninguno supo perdonar, ni á los Reyes, ni á los ricos homes, aunque estuviesen con su pendón levantado y con su caldera llena, se llevó á sus señores, y esposos, y no quieren ponerse en cuestión con persona tan poderosa que les puede asentar la mano y hacer la misma treta.

Llegada la hora del entierro, por estar el viudo metido entre el silicio de unas sábanas de muy buena Holanda (como se ha dicho), salió un caballero de edad de trece á catorce años á acompañar á la difunta, que era su madre. El señor D. Juan se le puso al lado izquierdo, y fué con él, haciendo cuerpo de entierro, por todas las calles principales del lugar, entre todos los señores caballeros y grandes Príncipes de la corte, de quien quedó aquel día conocido, ofreciéndole todos su amistad, porque, como se decía que era primo de la difunta, y se vió el caso que el viudo hizo dél en ponerle al lado de su hijo, le juzgaban por persona de grande estimación y respeto.



III

Cuéntase la famosa aventura que le sucedió al Caballero Puntual en el generoso convite que hizo á unos caballeros amigos.

YA nuestro Caballero Puntual era en la corte conocido y de todos estimado, porque las obras correspondían á sus deseos. Asíóse tanto al parentesco de su señora prima la Condesa, que llegó á cansar á sus mayores amigos, porque en todas las conversaciones donde se hallaba, viniese ó no viniese bien, procuraba introducir este lenguaje. Si se hablaba de alguna señora que tenía buenas manos, salía él y decía:

— Déjese eso; no se trate más palabra en ese particular; miren que es herejía, porque manos no las hubo, ni las habrá en el mundo, tan bellas como las de mi señora la Condesa, mi prima que esté en el cielo.

Si era la plática de que aquélla se vestía bien, ú de la otra que danzaba con gracia ó hablaba con donaire, daba luego en los ojos de todos con una razón tan pesada, llevando sólo por fin en este intento que el presente auditorio le tuviese por

caballero noblísimo, atento al parentesco titular; juzgo yo este hidalgo muy semejante al otro majadero, que juraba en todas ocasiones por el hábito de Santiago de su tío D. Pedro, pareciéndole, sin duda, que cuando á un caballero le honran con el hábito, le ponen aquella cruz para que todos los de su linaje juren por ella.

El dió tanto garrote con su primazgo, que ya le llamaban muchos por mal nombre: «Mi señora la Condesa mi prima.» Y fueron tantos los que usaron esto, y tantas veces las que lo dijeron, que llegó á su noticia. Y corrido, trató de emendarse, que no le costó pequeña dificultad; verdad es que se despeñó en otro vicio no menos detestable, que fué enamorar todas las doncellas casaderas que había en el lugar con buenas caras, dotes cuantiosos y noble nacimiento, haciendo, para parecelles galán y lindo, tantos visajes con su rostro y meneos con toda la persona por esa calle Mayor, que él paseaba muchas veces cada día, con la de San Jerónimo, sin perder la memoria de los sábados á Nuestra Señora de Atocha, que era risa y entretenimiento de los socarrones astutos que viven de acechar faltas ajenas, y en vez de pudrirse (que esto es necedad sin disculpa) se sirven dellas para su entretenimiento y pasatiempo.

Ya la bolsa se sentía con algunas flaquezas, pronósticos tristes de su muerte desconsolada; pero el ánimo y corazón de nuestro caballero, que había nacido para pasar á cuchillo todos los imposibles, y no se embarazaba de pequeñas dificultades para desmentir las espías, hacía entonces mayores demostraciones, banqueteadando á sus

amigos magníficamente. Y entre ellos regalaba con mayor cuidado á dos caballeros de hábito, y el uno del de Santiago, con quien en particular se señaló el día de Nuestra Señora de Agosto, dándoles á comer espléndida y regaladamente conforme á tal caballero convenía y á la opinión ilustre que de generoso iba ganando; pero hizo aquel día uno de sus mayores desalumbramientos (cuya memoria será eterna), y fué que, como él padecía tentaciones de la vanidad, puerta por donde el diablo se le entraba con facilidad, y zancadilla que le armaba para derriballe en todos tiempos, y tuviese empeñado en su poder un brasero de plata, que de su género era, sin duda, la mejor pieza que había en la corte digna de cualquier poderoso Príncipe, y desease mucho que sus convidados le viesen para dalles á entender que era suyo, buscó medios como esto viniese á propósito, y ninguno le agradó tanto como echarse dos golpes de agua de nieve en vasija, que hacía mediana cantidad, desorden que le reprehendieron mucho todos, diciéndole: que, como sus servidores y amigos, se dolían de su mocedad, y les pesaba de verle hacer atrevimientos que podían costarle muy caros á su salud. Pero él gallardeándose sobre todos, puso debajo de los pies el consejo que le daban, tratándolos de gente de corto ánimo; y al tiempo de levantar los manteles, volvió á pedir de beber, y en aquella vez sola se echó á pechos más cantidad que las dos pasadas. Aquí levantaron todos la voz y dijeron:

-- ¡Vive Dios que le ha muerto; no puede ser menos!

El que estaba en centinela, esperando á oír esta ó otra razón semejante, comenzó con industria, no porque naturalmente pasase así, á temblar un poco, y diciendo que tenía frío, pidió que le trujesen una ropa; acudió su huésped Molina, muy diligente, á hacer el oficio de camarero; y vistiéndosela dijo:

— Quien tal hace, que tal pague. Así, así, pesa á mi ánima; piensan estos caballeros que revientan de confiados, que no hay más de meter los enemigos en casa y echarse luego á dormir.

Púsosele en esto á D. Juan el rostro como un difunto, y sintió de veras el frío. Alegróse interiormente, parecióle que aquella era su mano, y que si la dejaba pasar perdería el juego, y así pidió una capa, que se la echaron sobre la ropa. Y mandó que le sacasen volando el brasero grande, lleno de lumbre. Como los criados le amasen y quisiesen mucho, porque el señor liberal y bien acondicionado hace á los que le sirven fieles y diligentes, y reconociesen la presente necesidad, acudieron á poner tanto calor en la ejecución, que éste bastara, aunque no viniera el brasero, que entró tan presto que pareció imposible que manos de hombres hubiesen podido hacer aquel milagro. Llegáronsele cerca, y aunque él ya no tenía frío, porque sólo verle bastaba á congojar á un mármol, y hacer que sudara un monte seco y áspero, se puso de pies sobre él, como pudiera en los más desabrigados fríos de Diciembre, con ánimo y resolución de dejarse asar como San Lorenzo en las parrillas antes que quitarse de allí; mientras no conseguía el efecto de su invención, llegó la hora

en que Nuestro Señor, por su infinita misericordia, fué servido de apiadarse del mal deste caballero y darle salud en este modo.

Pusieron los ojos los convidados en la riqueza de aquel brasero, encarecieron su valor y celebraron la hechura, sin dejar circunstancia ni cosa en él por pequeña que fuese que no la contasen por de mucha estima. Apenas hubo oído él estas palabras, cuando lleno del calor de la vanagloria, que era la medicina forzosa de su mal, dijo:

—Ya he vuelto á cobrarme, y aun me voy encendiendo; retirad allá esa lumbre y no hagamos de modo que lo que hasta aquí ha sido provechoso, por no usar con templanza su beneficio y tocar en el extremo, venga á ofender y causar daño.

Obedeciéronle sus criados, pero aquellos caballeros les mandaron que (*sic*) porque aún no quedaban los ojos muy deseosos de ver una pieza tan rica. Y no bien satisfecho, después de haberle desocupado de la lumbre le volvieron á traer para consideralle de espacio, por ser rara la curiosidad y artificio de su labor. Eso es lo que se quieren los de á caballo, que les echen arena y les den lugar para la carrera. No pudo decirse cosa más sabrosa para el paladar de nuestro enfermo que cuando le vió volver segunda vez y alabar más que la primera, dió por bien padecido, y juzgó por martirio bienaventurado el inmenso calor que le había ahogado las alas del corazón y casi impedido la respiración vital, pareciéndole que cuando estuviera hecho ceniza y polvos, era pequeño sacrificio considerado conforme la corona de gloria que se le daba.

¿Qué os parece del trabajoso rodeo y peligroso modo con que el Puntual hizo una ostentación de la riqueza ajena? Por lo menos locura semejante, ni la habréis visto, ni hasta agora he hallado escrita. Confesarme debéis, aunque os pese, y darme esta gloria que soy el primer autor que saca á luz la obra nueva, tal y tan buena que, siendo como es también rara y espantosa, á no ser yo hombre cuyo ingenio pasa tanta necesidad de consonantes, pudiera ponella en metro medido, y entregalla á los privados de la vista corporal, para que con un villancico al cabo diera entretenimiento á los labradores que vienen con pan á la Puerta del Sol y Red de San Luis, y á toda la demás gente de sejaez que se aposenta por los mesones de esta comarca. Lindo embuste y digno de alabanza. Mañosa era la imaginación de este mozo, pues en lo más ardiente del verano, cuando más late la canícula y se tuestan los pájaros en el aire, supo también introducir un brasero en un aposento sin que fuese violento ni pareciese cosa fuera de propósito, como aquello que en el verso se llama rípio ó palabra redundante.

Diéronle todos el parabién de la salud recuperada. Y advirtiéronle que viviese de allí adelante con cuidado y no se pusiese en peligros de tanto riesgo y temeridad, donde por lo menos se aventura el precioso tesoro de la vida. Había pasado al ruido un prebendado de la Santa Iglesia de Cuenca, que vivía en la vecindad, hombre de muy alegre condición y de suaves palabras. Y entre todos cuatro, para entretener la siesta, se dió principio á un poco de juego; no lo entendía mal nuestro

Puntual, antes podía dar lición al tahur más cursado en cualquier género de bellaquería, y quien la sabe y tiene necesidad, si no se aprovecha della, dale por necio majadero le puedes llamar aunque haya testigos delante. El juego tuvo diversas fortunas, y el dinero le gozaron diferentes manos; comenzó en una primera y paró en el parar, donde últimamente todos se descuidaron de sus monedas y las olvidaron en casa de nuestro amigo. Y no fueron tan pocas que en las suyas no las echasen menos. Sabe Dios si fué agua limpia todo: yo no quiero hacer averiguación de este delito. Libertad le doy y comisión plena á cualquier lector que fuere criminal, para que lo juzgue como él más se sirviere.

Pagaron la comida los dos caballeros cruzados; pero el venerable eclesiástico, que perdió la mayor parte y no comió hasta agora, se puede quejar con justicia de haber tenido un naípe tan maldiciente. Quedáronse en casa trecientos escudos: que me place digo: con esa pedrada me despierten cada mañana, sea muy enhorabuena, por muchos años, que mientras ellos estuvieren de las puertas adentro, mientras el dinero no faltare, que es la más noble sangre del hombre, bien podrá huestro Caballero conservar su puntualidad artificiosa. Mortal: tú que no heredaste otras armas de tus abuelos sino las del dinero, mientras las pudieres ejercitar con tus manos, blasona con arrogantes bríos, que ellos te sacarán con victoria de cualquier peligro. Todas las virtudes y gracias naturales se las atribuye la opinión vulgar al dinero. Decidme qué no puede, él vive la mejor casa, come

el más sazonado plato, rompe el vestido más curioso, rúa en el caballo más valiente, oye la música más dulce, ve la fiesta más costosa y goza la mujer más bella. Todos le buscan y pocos le hallan, y él busca á pocos y halla éstos á los más que muy singular es el ánimo que le mira con virtuoso desprecio: porque el día de hoy juzgan por más noble al hijo de su dinero que al que lo es de sus virtuosas obras.

Finalmente se despidió luego el prebendado, mostrando en el semblante su disgusto, como el más perdidoso, menos amigo y nada obligado. Agora se verá la puntualidad de nuestro Caballero en todos sus hechos. Consideren atentamente todos los que quisieren profesar la alta orden de caballería, aunque haya sido bajo su nacimiento.

Tenía por regla necesaria, y que nunca la quebrantaba, darles siempre á los convidados una presea de su gusto: y por eso antes del día del banquete, sino no eran personas que había tratado con familiaridad estrecha, se informaba con diligente cuidado de sus inclinaciones, para que su presente acertase con el deseo del que le había de recibir, porque no era persona que gustaba de poner su dinero en ocasiones donde se viese deslucido y despreciado.

Aquí viene como á sentarse en su propio lugar derechamente el cuento de un hidalgo y un letrado de la Mancha, entrambos vasallos de un gran señor destos reinos y pretendientes de un gobierno de los mejores que él proveía en sus tierras. El letrado, rústico en las letras urbanas y políticas, que son las que más enseñan, le hizo un

pesado presente de varios libros, que le estuvo en costa de más de quinientos escudos. El Príncipe, que no era nada émulo de Mecenas, como persona á quien desvelaban poco los ejercicios de las escuelas, los hizo poner en una parte obscura y retirada, allá en lo más oculto de la casa, para que, ya que él no sabía y estaba mal con todo lo que no era ciencia ó arte, se quitase la ocasión á sus criados, porque deste modo todos fuesen igualmente ignorantes. El hidalgo, más sagaz, conociendo la inclinación del príncipe, le presentó dos galgos, de más estima que valor, y éstos fueron dél, porque sabía que en el campo tenían buenas obras, con tanto extremo celebrados, que le hizo en cuanto le pidió merced con liberal mano, y el letrado, después de haber gastado muchos días, muchos dineros y toda su salud, se volvió á su casa enfermo y desesperado.

Este cuento debía de haber llegado á los oídos de nuestro puntualísimo Caballero, y así remediaba el peligro con la prevención. Supo que el uno de sus convidados era muy inclinado á las armas, y el otro á la despertadora de los afetos del alma, á la dulce música, y que cantaba, si ya no muy suavemente, con destreza peregrina, dando mayor adorno á su voz el saber tañer la guitarra, con particular natural. Para el primero tuvo prevenida una espada, que la hoja era de Sahagún, y para el otro una guitarra, tan buena, que á ser en estos tiempos, creyeran todos los estudiosos de esta arte ser de Pablos de Herrera; porque es el hombre más insigne de España, y quien ha excedido á cuantos hoy han tratado la labor de los instru-

mentos. Ya se querían ir; cogiólos por la mano, y llevándolos otra pieza más adentro, abriendo la caja donde estaba la guitarra, dijo al que cantaba:

— V. m. pensará que se nos ha de ir sin pagarnos la comida, pues vive muy engañado; tome y cante, que entiendo que no le ha de pesar de haber conocido al instrumento; y porque ha sido más aceto en el gusto de muchos, me holgaré de que V. m. le dé la última y más verdadera aprobación.

El, después de haberse excusado cortésmente, cantó un par de tonos, que cualquier dellos pareció muy bien, aunque antiguos, á los versos del poeta español, el uno al soneto que dice:

Echado está por tierra el fundamento.

Y el otro á los tercetos, cuyo principio es:

En medio del invierno está templada.

Alabó mucho el instrumento y la mano de tan buen artífice, aprovechó luego la ocasión el señor don Juan, y dijo:

— Razón es que mejore de dueño, donde no esté como aquí ocioso; servíos dél, y poned á mi cuenta este favor, que yo me cargo la obligación en que he de quedar con la merced que en esto me haréis.

Este sí que fué vos, y vos echado á buen tiempo. Aquí de Dios, cómo pasa el mundo por curiosos cortesanos á unos pesados idiotas, que con desvergonzado semblante se atreven á llamar vos á otros que son de mejor calidad, sin haberlos obligado mucho con larga amistad, para que no le reciban tan ásperamente en los oídos. Desenga-

ñaos, que no hay en el mundo cosa tan seca, palabra tan desabrida, razón tan desairada, como el vos de el que por aquel camino se me quiere introducir á igualdad, si ya no se guisa y sazona con la sal de los beneficios, como en lo que al presente vamos refiriendo se platica. El mostró rehusar mucho, pero aunque no aceptó la guitarra, mandó á un paje suyo nuestro sagaz Caballero que se la llevase á su posada. Después, dando lugar á la conversación, volviendo al otro, dijo:

—Señor D. Alvaro (que así se llamaba): ¿canta vuestra merced, mi rey? pero quién duda que tendrá esta gracia entre las demás.

—No, señor, le respondió; en mi vida tuve habilidad para componer una copla, ni para cantalla, y cierto que tengo en el número de los desdichados al que nace sin una de las dos gracias, y en el de los brutos, al que de entrambas no recibe sumo deleite. Muy desfavorecido he sido de las Musas, pero si los hombres nacen á diversos intentos, la inclinación natural que he tenido á los ejercicios marciales me ha dejado poco lugar para tratar de las cosas que entretienen al espíritu.

—¡Oh, qué bueno!, dijo D. Juan, no faltará papel para que v. m. represente su figura, reconózcame esta espada, que me la dió un príncipe de los mayores del Andalucía, deudo mío, que ha poco que fué desta corte, por joya de mucho precio y estima.

Y diciendo estas palabras, le puso en las manos la hoja de Sahagún, que estaba á un lado de la pieza. Desenvainóla D. Alvaro, y hizo con ella las



pruebas ordinarias, y dijo á los presentes las alabanzas que en semejantes ocasiones se dan á las cosas que su dueño las muestra, con intento de que se las alaben, y que ellas por sí mismas las merecen. Este fué camino por donde, aunque él lo hizo sin artificio, vino á sus manos la espada. Al tiempo que por comenzar la noche se acabó la conversación, los dos se despidieron para sus posadas. Y D. Juan pidió á D. Alvaro, que si tenía algún vestido de color, que se le enviase, porque los que él había traído á la corte, en llegando, dispuso dellos entre los hombres de placer, que siendo gente vil y desalmada, pícaros, cuyo donaire consiste en haber perdido la vergüenza, se han acogido al inocente título de locos, trayendo toda su mercadería en malicias necias y pesadas. Este dijo haber menester, porque había de salir aquella noche disfrazado y sin luto. El respondió que tenía uno muy alegre y costoso, el cual le enviaría; pero que era necesario descoserle el hábito, ó que anduviese con cuidado. Replicóle á esto, que no se le diese, que él lo remediaría, sino que se le enviase, con toda brevedad, y quedando deste acuerdo, se despidieron con muchos cumplimientos y cortesías, diciendo nuestro Puntual:

—¡Hachas, hachas, holal encended hachas — y bajando con ellos toda la escalera.





IV

Nuestro Puntual se atreve á salir de ronda con la capa de un amigo suyo, que tenía el hábito de Santiago, y aquella misma noche engaña á un alguacil y á una dama cortesana.

MAL vive, y poco tiempo conserva los alientos y respiración el pez fuera de su patria cristalina, pues para él toda tierra, como no nació en ella, le es extraña. Ama su centro la piedra, y el fuego anhela por volver á su esfera, porque todas las cosas que no están en el lugar que naturaleza les destinó son violentas y corren peligro de perecer con brevedad. De aquí nacia en el alma de nuestro Puntual una inquietud solícita, unas ansias eternas, unos suspiros mortales, dados muchas veces, paseándose por la pieza de su posada, entre paso y paso. No me admiro, antes mucha mayor novedad me hiciera lo contrario. Vive fuera de su región el pícaro, y engríese como caballero. Nació pobre y desnudo, y á costa de su imaginación, que le da las trazas, quiere vestirse y adornarse como príncipe: pues fuerza es que este cuidado traiga en su compañía muchos desvelos. ¡Valga el diablo el ladrón!; apéese, noramala, y acuérdesese de la primera

cama que tuvo en este mundo, que fue una piedra, donde la muy honrada de su madre, que tal debía de ser ella que en esto yo no entro ni salgo, le puso en naciendo, y pues le dieron entonces por lecho lo que agora los Padres Descalzos tienen por almohada, procure parecelles más en la humildad y modestia de la vida. Bueno es que se ande todo el año hecho gavilán, empinándose sobre los aires y buscando la caza de las águilas imperiales, pues, por lo menos, sus amistades estrechas son con altísimos señores, y que pretenda competillos en la ostentación, y magnífico trato, siendo lo que tengo dicho y lo que volveré á referir muchas veces, si no se enmienda. Créame que le aviso lo que le está bien para el sosiego de su vida; pues si se vuelve á buscar el traje con que entró en Zamora, que es el que verdaderamente le compete, gozará de un felicísimo estado. De quien dijo el lírico Liñán:

Tendido boca abajo y boca arriba,
pícaros de mi alma, estáis echados,
sin monja que melindres os escriba.

En cuyo abono también el Príncipe de los cómicos escribe estas palabras:

¿Qué cardenal vive en Roma
seguro como vosotros,
pues nunca á nadie se ha visto
darle veneno en mondongo?

Cuántos de los que por naturaleza son señores y por sangre nobilísimos caballeros, desengañados de las costosas obligaciones en que se empeña

más cada día la autoridad de la gente ilustre, quisieran hallarse picaños, para gozar de su ociosa libertad. Pues tú, amigo, que gracias á Dios te lo hallas en casa, y cuando te calces los alpargates, y te echas la esportilla al cuello, no dirán que te adornas con las plumas ajenas, ¿qué más quieres? ¿quién diablos te engaña?; vuélvete á ser tamborilero, darás con esto de mano á todos los cuidados. Porque los de la profesión y arte que se lee en las escuelas del Rastro, Panadería, plazuela de Santo Domingo, Puerta del Sol y Red de San Luis, nunca andan más vestidos que cuando desnudos, y así jamás les fatigan las cuentas del mercader, y el considerar que se cumplen los plazos y términos, y que puede llamar recio, y entrarse dando gritos por las puertas de casa. La comida, excusando de dar ración al despensero que la compra, robando la mitad, y al cocinero, que muchas veces la guisa mal, y sisa della poco menos que el despensero, se la hallan hecha, y sazónada en un ilustre bodega, ofreciéndoles las tabernas la misma comodidad para la comida. Su cama, que por la mayor parte es el duro suelo, siempre está hecha, y desocupada á todas horas, los recibe con los brazos abiertos. Las damas que ellos enamoran son de nobilísima condición liberalísimas de sus gracias, y tan negro (*sic*) de agradables que jamás su boca supo qué cosa era decir no, antes siendo de la opinión contraria, les tiran á sus galanes de las faldas de la ropilla, porque la capa raras veces la alcanzan, por donde vienen á merecer justamente el título de señoras busconas. Esta vida te pierdes. Sin duda estás achacoso del juicio, ¿cómo

achacoso? enfermo diré mejor, y desahuciado, tú morirás en el agua, como buen nadador, y yo proseguiré tu historia.

El vestido se trujo, y él se le puso en llegando, sin hacerle el reparo contra soplonos, que se le había advertido; porque antes de lo que él recibió mayor gusto y regocijo en lo secreto del alma, fué de verse con el lagarto en el lado izquierdo del pecho, aunque fuese prestado y por un breve límite de tiempo. Calzóse unos guantes de ámbar nuevos, púsose un rico aderezo de espada, zapato blanco, medias encarnadas y ligas blancas, con unas puntas que las hacían personas, (?) y desta forma salió de su posada, sin ningún criado que le siguiese acompañándole.

A este tiempo, los caballeros que habían sido sus convidados se fueron á cenar á casa de cierto príncipe, porque toda la vida eran aventureros de mesa, donde celebraron mucho su condición liberal. Lo bien que los había regalado y festejado, y, sobre todo, con cuánta providencia les había dado á cada uno la joya á su gusto conveniente. Llamáronle espejo de príncipes, escuela de cortesanos y maestro de los buenos respetos. Y últimamente dijeron que enseñaba á vivir á los hombres nobles. Miserable de ti, seas quien fueres, tú que presumes, que en todas las cosas tienes igual conocimiento, vuelve los ojos y verás con cuánta facilidad admite engaño el juicio de los hombres, pues llaman á un quimerista caballero, virtud á la mentira y liberalidad á la industria. Bien haya aquel hombre, ingenioso es y libre de toda objeción el que, por dos niñerías que sabe dar á tiempo,

hace que vayan á pregonar de su casa alabanzas los que habían de llevar quejas.

La noche hacía clara, como el vestido era tan rico, el hábito se descubría en la capa, los guantes daban tan extremado olor, todos los que le encontraban concebían dél mayor posesión de lo que fuera justo, aunque llevaba algún recelo de caer en la ratonera, y así, en viendo luz de linterna, volvía las espaldas al peligro, escondiéndose en algún zaguán, hasta que pasaban los que podían serle de algún daño. Pero á cosa de las once de la noche, ya que estaba el lugar algo más quieto, subiendo por la plazuela de Santo Domingo, que la halló sola y desacompañada, descubrió la luz de una linterna, y á muchos que venían en su seguimiento, y tuvo tan fácil conocimiento, que advirtió que también le habían visto. No se embazó como hiciera otro de menos bríos en el ingenio, antes, animándose, hizo un breve discurso, y no poco cuerdo. «Si yo espero á éstos y alguno me reconociese por haberme visto de día, y poniendo dificultad en este hábito me quisiese prender, mal negocio. Pues si alargó el paso y les parece que huigo y me recelo, la propia sospecha me condena, y entrarán á buscarme en cualquier parte que me esconda.» El decía esto, y ellos se acercaban tanto, que podían oír su voz. Entonces dijo levantándola, apretado de la necesidad, que es maestro colérico, porque enseña en una ocasión lo que no se alcanza con el estudio de muchos años. Vuelto el rostro á una ventana, como dando á entender que debía de estar hablando con alguna mujer. «Bueno es cerrar la ventana y en-

trarse, con decir: quédese vuestra señoría con Dios, y vuelva mañana.» Esto repitió tres ó cuatro veces, y luego, haciendo rostro á la parte donde venían, se fué para ellos, con gallarda determinación, embozado. Paréceme que era la ronda de un alguacil de la villa, el cual, como oyó las razones, vió el hábito en la capa, y se regaló en el olor suave de los guantes, haciendo apartar la luz; de la linterna al corchete que la traía, juzgándole por algún señorazo de título, se llegó y le dijo, quitándose el sombrero:

—Manda vuestra señoría que le vamos sirviendo y acompañando, denos licencia, suplíco-selo, que será hacernos mucha merced.

El, como si hubiera oído la señoría en la cuna, de la boca de su ama, le escuchó, respondiéndole con una gravedad cortés:

—Guarde Dios á v. m. por el buen ofre cimientto á fe que no lo ha de perder, á fe, á fe.

Y la última vez le puso la mano en el hombro y le mandó cubrir, descubriéndose él un poco. El alguacil rehusó, y él le conjuró con su vida y la fe de caballero para que lo hiciese. Era este desdichado, aunque ministro de justicia, uno de los enfermos del hospital de la corte, como si dijéramos en romance, era el pobre pretendiente, y pretendiente pobre; parecióle que se había hallado quien le pudiese dar alma de favor, y así enviando á los demás con la linterna, volvió otra vez á importunar con su compañía, dando por servicio lo que pudiera ser enfado. Fué, aceto su ofrecimiento y su oración oída, por haberse quedado solo y sin luz, y así juntos se llegaron mano á

mano hablando hasta el Prado. En el discurso de la conversación, le dió á entender que él era un señor de título de los más ricos del reino de Granada, y que, agradecido á la cortesía de haberle acompañado, recibiría mucho gusto en que el día siguiente se fuese á su posada por aquel vestido que llevaba puesto. ¡Bueno, por Dios!, hizo merced dél como si fuera suyo; el alguacil se lo creyó, como si le conociera por lo mismo que su hábito representaba; besóle por ello las manos y quísose echar á sus pies, él le detuvo y dijo:

—Para cosas de mayor importancia ha de ser nuestra amistad, deje hacer al tiempo y verá; ¡oh cómo me parece hombre de bien y desenteresado de las civilidades que suelen muchos de su oficio cometer! Jamás creí que en hombre de los de su modo pudiera haber tan honrado término; ahora, señor, yo tengo de dar orden de sacalle deste oficio, porque morirá de hambre quien se precia tanto de cortesía y buena crianza. Por lo menos en una de dos cosas me ha engañado: ó no es tan hombre de bien como agora se pinta, ó no es alguacil y lo ha fingido; pero no me entiendo, qué digo, pues ninguna persona honrada hubiera en el mundo que quisiera fingir aquello, no siéndolo, que, cuando lo fuera, procurara encubrillo con mucho cuidado.

Nunca en todo este discurso el alguacil le pudo ver el rostro, aunque lo deseó; porque él, por el respeto, no se llegaba mucho, viniendo siempre un paso detrás. Y nuestro Puntual, con ocasión de haber refrescado un poco la noche, se embozaba con la capa y se defendía con el sombrero. Llega-

ron deste modo á una casa de una dama de las gallardas de la corte destas de estrados largos, esclavas berberiscas, escuderos y silla. Llamaron á una reja, bien enseñada á semejantes sucesos, donde, después de haber entrado y salido una esclava con diferentes recados, vino ella medio desnuda en manteo, y con un rebociño de terciopelo labrado, aforrado en felpa. El alguacil se llegó, y le dijo la persona que con él venía, encareciendo mucho su cortesía y noble liberalidad, que fué lo mismo que encargarla que abriese el ojo y alargase la mano. Volvióse con esto á él y dijole que aquella dama le suplicaba se acercase más. El lo hizo con su acostumbrada cortesía, y aunque ya se había cerrado la noche tanto que era muy dificultoso verse los rostros, sino era llegándose muy cerca, se guardó él todo lo posible de avecindarse, mientras tuvo quitado el sombrero. Dijola que había muchos días que era muy servidor suyo, y que tenía muchos deseos de besarle las manos y servirla en todo lo que se ofreciese, como era razón que con mujer de sus prendas lo hiciesen todos los hombres que en el mundo se preciasen de tener sangre honrada. Ella respondió otras tantas lisonjas, como quien estaba bien enseñada á oillas y respondellas; de mentiroso á mentiroso iba la pelota. Creedme que se emplearon bien el uno con el otro, y que á ninguno hay que tenerle lástima. El la importunó muchas veces que le pidiese alguna cosa de su gusto, á quien ella, quizá con fin de mayor engaño, que de tal gente jamás presumo virtud, mostró correrse y avergonzarse. El alguacil, viendo que lo rehusaba tanto, la re-

prehendió, llamándola afrentosamente necia, cobarde, 'pues á una persona de tal ánimo como el Conde dudaba en pedir. Y para persuadirla con el ejemplo á los ojos, la dijo que á él sin conocelle ni haberle visto jamás, solamente porque aquella noche le había acompañado dos pasos, le hizo merced de aquel vestido que traía puesto, que valía más de cuatrocientos escudos, y de aquello podía inferir cuán generoso se mostraría con ella, siendo mujer moza, gallarda y hermosa. Pudieron tanto estas razones, el hábito, el vestido y guantes en el pecho de la pobre mujer, que se animó, mandó á una criada suya que le sacase cierta cadena de un escritorio, y tomándola en la mano, le dijo:

— Mi señor: esa labor me ha contentado mucho, por extraordinaria; suplico á vuestra señoría mande se labre otra del mismo modo y con el propio peso, que debe de valer, con la costa, escasos trecientos escudos de oro.

Aquí se le ofreció el conceto á nuestro Caballero que en semejantes ocasiones se usa, diciendo:

— Mayor es la que V. m. me ha echado al cuello, y más pesa. Pero fué tan hombre de bien, que tuvo vergüenza de valerse de una razón tan perseguida. Y así, tomándosela de la mano y besándosela de camino, dijo, echándosela en la fraldiguera:

— Vuesa merced será servida con mucha brevedad en esto y en lo demás que se le ofreciere. Mire si manda otra cosa, que ya se hace tarde.

Palabras de mucho peso y dichas con brevedad. Ella le besó las manos por tan liberal merced, y le suplicó la visitase de día, porque quería

conocer la cara, por ver si era tan hermosa como la condición hidalga. El la respondió que lo uno y lo otro en ella era tal, que le traería muchas veces al umbral de sus puertas, donde tendría por mucha suerte ser admitido. Con este se despidieron y el alguacil le fué acompañando hasta la plaza de Palacio, donde le dijo su posada, no la verdadera, sino señalóle una de un gran señor de la corte, de quien dió á entender que era huésped. Y con esto, sin más preámbulos ni rodeos que decirle: «Bien puede ir á recogerse, vaya con Dios, que tengo necesidad de quedarme solo en este puesto», le descartó rogándole que en todo caso le viese á la mañana, porque habían de ser amigos de veras.

No hubo el alguacil bien desembarazado la plazuela, cuando él dió traspié por otro camino, con mucho recelo. Volviendo el rostro y parándose muchas veces, por si acaso sentía pisadas á las espaldas; porque no hay cosa tan cobarde como el pecado, y él mismo en su inquietud y desconuelo trae el castigo y tormento, la cruz y el azote de la conciencia.

La dama, muy confiada, esperó sus cadenas largo plazo; pero viendo que pasaban muchos días y que nunca llegaba á sus puertas el Conde ni criado alguno de la casa, ya se contentara con la restitución de la que dió por muestra, y perdonara la liberalidad de la otra. El alguacil, en vez de la buena medra del vestido con que él pensó salir á más de un encierro de toros, y dar pavonada en los actos públicos, concertándose con ella, pagó parte, siguiéndosele otro daño mucho mayor, que fué una mala fama, con que siempre

quedó, de que había tenido culpa en la estafa, y aun algunos aficionados suyos afirmaban ser muy cierto que hubiese sido el propio autor de la comedia.

Imposible fué descubrirle á nuestro Puntual, aunque se hicieron todas las diligencias ordinarias y extraordinarias, porque su rostro no se conocía, su nombre se ignoraba, el traje en que fué visto no era suyo, la posada que él señaló por propia, era ajena, y así buscallo en ella fué tiempo mal empleado y mal perdido. Averíguelo Vargas, así se burla á los codiciosos. Olvidóse esto como los demás sucesos de la corte á cuatro días, y en llegando la ocasión acomodada, como no era lerdo, buscó otro amo para la cadena á su tiempo, dando con esto fin á la más bienaventurada aventura que ningún caballero andante acabó.





V

El Caballero Puntual pierde la salud, y procede con tan prolijos términos en su enfermedad, que, ofendidos y cansados sus mayores amigos, hacen plato de sus locuras.

TODOS los desórdenes y atrevimientos que hacemos en esta vida, acá y allá se lastan, porque deste modo nos avisa el cielo la enmienda; pero la rebeldía de nuestra naturaleza, tan amiga de abrazarse con los vicios, luego pone á las espaldas la memoria de lo pasado, y así raras veces son las que usa del escarmiento. Quiso nuestro Puntual, ciego de su vanidad, hacer ostentación del brasero, arrojándose sobre su lumbre, y pagólo del modo que veréis. Otro día, como él se había acostado al tiempo del amanecer, durmió largo rato y dejóse llevar tanto del sueño, que dieron las dos de la tarde antes que despertase, y entonces fué la cabeza muy cargada y dolorosa, extendiéndose este sentimiento por todo el cuerpo, los pulsos alterados, el corazón sepultado en profunda melancolía, y, sobre todo, un vehemente calor que le abrasaba hasta lo más íntimo de los huesos. Condenóse á muerte, y pa-

recióle que aquella era la postrera hora de su vida; pero con todo eso, con el deseo natural que tenemos todos de que no lleguen á desposeernos de esta respiración que nos anima, trató de buscar quien le defendiese y seguir su pleito, pues no todos los que se cuentan por muertos lo son. Y muchos hemos visto cosidos en la sábana de su cama y ya para arrojillos en la casa oscura, volver en sí, porque lo que por ellos pasó fué paraxismo y no muerte. Mandó á su huésped que hiciese con diligencia que le llamasen luego los protomédicos y que se tuviese particular cuidado en excusarle con la mayor parte de las visitas que viniesen, como no fuesen las de los muy de casa, porque él tenía el corazón tan rendido á unas tristezas, y estaba con esto tan abstraído de todas las cosas, que no podría acudir como era justo á las puntualidades de cortesías y cumplimientos, y sería para él mayor mal que la enfermedad quedar en opinión de grosero, título tan ajeno de su condición y hidalgo trato. Fué obedecido su orden y guardado con tanta atención como si el Consejo de Estado la hubiera dado; pero mientras los físicos venían tuvo esta plática con su huésped y criados:

—Amigos: por lo que os quiero os ruego á todos que no hagáis sentimiento de mi mal, que pues la voluntad del cielo así lo dispone, es fuerza que, atadas las manos y los ojos vendados, ofrezcamos la garganta al golpe del cuchillo. Sólo quiero que despertéis para considerar este punto que tanto os importa, que pues la enfermedad no tiene respeto y se atreve á un caballero de mi calidad y sangre, que soy nieto de dos grandes y que

esto no es lo más que ilustra á mi linaje, porque mi casa es tan calificada que los mayores príncipes de Castilla han deseado emparentar con ella, y no todos han llegado á conseguirlo, ¿qué hará con vosotros, pobrecitos y desdichados? Creedme, que de ninguna cosa ya recibiré espanto de cuantas sucedieren en el mundo, por admirables y peregrinas que sean, pues yo estoy en el estado triste que me lloráis. Salid por ese lugar todos, salid y predicad desengaños á los hombres, representaldes el ejemplo de mi miseria, y luego las muchas partes y calidades por donde pudiera engañarme, entiendo que jamás había de llegar á él. Decid en altas voces: «El mayor caballero de España muere en lo mejor de su mocedad y tiernos años; sirva de aviso para que estén en vela grandes y pequeños. Mándase pregonar, por que llegue á noticia de todos.»

Aquí entraron los médicos. Y después de haber sido informados del origen de su mal y examinado el pulso, que le hallaron con una calentura tan furiosa que postrara los bríos y arrogancia de un león valiente, como oyesen algo del discurso, afirmaron que deliraba. A lo cual el huésped acudió con la negativa, diciendo que aquel lenguaje era ordinario en el señor don Juan, aun cuando su merced estaba muy bueno, y que mientras no hallaban otro testigo de su locura le tuviesen por cuerdo, en el modo, se entiende, dijo, que su merced lo solía estar; hicieron junta en otra pieza más afuera, y después de haber hablado cuatro bernardinadas y dado con el remedio menos importante, aunque el mal era de



cuidado, ofrecieron buenas esperanzas de la salud del enfermo, en razón de que se curaba tan en tiempo y que en su mocedad robusta había disposición para hacerle la guerra á fuego y sangre, desjarretándole con sangrías y purgas. Con esto, quitando la gorra con la mano izquierda y torciendo la derecha, recibieron su doblón, y agradecidos á la buena paga, juraron de alargar la cura, aunque se pusiese á peligro la vida del paciente, crimen que le cometen muchas veces, porque como de semejantes delitos no conoce la Sala de los señores Alcaldes, y es esta causa sobre quien ni el alguacil denuncia ni el escribano puede dar una sola plumada, como superiores, usan de la absoluta sin dar residencia á otro juez que al del cielo.

Esto de la satisfacción que se ofrece á los médicos en premio de su trabajo, á quien se paga como al verdugo, porque del modo que él tiene derechos porque azota y ahorca, ellos los llevan porque sangran, purgan, echan ventosas y aplican sucias unturas y emplastos, que no son menores penalidades, me parece á mí que quien quisiere ser bien curado ha de elegir un medio de suerte que no sea tan poca la paga que á la segunda visita no vuelvan y dejen al desconsolado enfermo, ni tan excesiva que, enamorados della, y sabrosos de la conversación, la hagan vida perdurable, que nunca se acaba. ¿Quién podrá contar con particularidad las prolijidades y pesadillas de nuestro Caballero, y del modo que procedió en esta enfermedad? Mandó que en una pieza le armasen dos camas, la una enfrente de la otra, y que sobre un bufete le pusie-

sen muchos vidros, y á los dos lados dél hiciesen dos fuentes artificiales, dando la comisión á un esclavo de administrarles el agua necesaria para que perpetuamente corriesen. Estaba proveído de dulces y conservas, y hacía que todos los amigos que venían á visitarle, después de haber comido algún dulce, se echasen en un vidro de los más transparentes un golpe de agua, diciendo que ya que no bebía en la taberna se holgaba en ella, y que se entretenía mucho con la vista, ya que estaba privado de la obra; pero en medio de esta afabilidad, solía volver el rostro á la pared, y suspirando una y otra vez, dando una coz por un lado y otra por otro, arrojaba al suelo la mayor parte de la ropa. Llegaba luego el huésped, y con mucho silencio pedía á las visitas que le dejasen solo porque ya le había dado la melencolía á don Juan, y que el más eficaz remedio era desocupalle el aposento. Encogíanse todos de hombros, y salíanse uno á uno sin despedirse ni hablarle palabra, procurando pisar sin ser sentidos, y no mover los labios por no ser oídos. Con esto llegaban sus criados, y pasándole en brazos á la otra cama, sin decirle cosa alguna, le cubrían y abrigaban, y luego volvían á componer la que él dejaba en tan mala figura. Padecían los que estaban á su lado, y le servían de enfermeros infinito. Porque, demás de lo referido, les daba pesadumbre por otros caminos: porque si callaban mucho tiempo, se enojaba de que no le entretuviesen con variedad de cuentos para engañar sus dolores y desterrar la pasión de su tristeza, y si hablaban, por muy poco que fuese, los maldecía y tiraba lo que á la mano ha-

llaba con más facilidad, porque le rompían la cabeza. Enjuagábase muchas veces, y era menester que todas le trajesen vasija nueva y toalla limpia, haciendo en este particular más melindres que la dama Valenciana, de quien se cuenta que, aunque fuese cien veces al día, hacía lavar las manos á todos aquellos que le habían de entregar alguna cosa: que si era papel, se le daban mojado, viniendo á ser la limpieza suciedad y demasiada espesura. Acudían muchos músicos á entretenerle al olor del dobloncillo que él les mandaba dar, porque por la mayor parte éstos son gente venal y mecánica. Y él, para celebrar más su melencolía, pedía que le cantasen tonos graves y tristes, cerradas las ventanas de la pieza, como si él hubiera de azotarse y lo cantado fuera el *Miserere mei*.

Aunque se despidieron los médicos y le dejaron bueno de la calentura, él porfió á estarse en la cama con la ocasión de su melencolía. Desearon sus íntimos y estrechos amigos saber la ocasión de su tristeza, y para esto hicieron con él las posibles diligencias, el cual, después de haberlo dilatado mucho, y empañádoles de grandes sospechas, dijo:

—Disfavores y desdenes de su Majestad me tienen del modo que veis, pues siendo yo hijo y nieto de caballeros ilustrísimos que han valido mucho con los Reyes y alcanzado su estrecha amistad y privanza, y no mereciéndolo yo menos, porque mi ingenio es el que habéis experimentado; mi sangre, la misma que ellos tuvieron, y la entereza de las costumbres, tal que los excedo, me veo en un rincón.

Como este disparate recaía sobre tantos, acabaron de conocerle por hombre ajeno de juicio y buena razón, y perdiéndole el respeto, se le riyeron cara á cara, y de allí, sin calentar mucho tiempo las sillas, ni esperar réplicas, ni satisfacciones, se fueron á la puerta de Guadalajara, y calle Mayor á denunciar ante los ociosos y maldicientes del buen humor, para que de allí adelante todos le mirasen á la boca, y no le dejasen caer palabra della sin ponerle ojo á la margen.





VI

Visita nuestro Caballero á unas damas principales, y hállase en un estrecho peligro, de que después sale vitorioso.



grandes peligros se ponen los hombres muchas veces por acometer cosas honradas y donde no pueden mostrar su valor, aunque llevan éste por principal intento. Y cuando los casos son deste género duelen y lastiman en el corazón de quien los pesa y mide con todas sus calidades. Pero, por el contrario, entretienen y sirven de entremés y pasatiempo cuando los padecen personas cuyos sujetos son capaces de toda injuria. Visitaba nuestro Caballero unas damas de calidad y prendas, por tales en la corte respetadas, y habiendo tomado resolución de poner término á sus tristezas y huir la prisión de la cama, determinó que la primera visita fuese á su casa. Eran estas señoras deudas de un caballero regidor y Procurador de cortes de Zamora, persona de muy buen ingenio, excelente gusto y condición alegre, muy amigo de hacer y decir burlas. Había conocido muy bien en Zamora desde sus

principios á nuestro puntualísimo Caballero, y por esta razón, él, que sabía que era deudo de aquella casa donde procuraba autorizarse para unas largas pretensiones de casamiento (bien vana esperanza), se guardaba de no concurrir con él en las visitas y huirle la cara. Hecho muy discreto y muy honrado, tanto, que yo por obra más digna de alabanza juzgo el saber excusar la ocasión que no, después de venida, salir con el buen suceso. Porque lo primero es efeto de la prudencia y cordura del varón sabio, y lo segundo, favor particular de la fortuna. No le fué tan útil esta prevención que bastase á excusarle el peligro, porque contra la determinación de un hado adverso no hay ingenio que prevalezca.

Este caballero andaba de partida para su ciudad por haber cumplido con el servicio de las cortes. Despidióse destas señoras, ya vestido de camino, un domingo en la tarde, y diciéndoles que se partía dentro de dos horas, las hizo que escribiesen. Desto recibió aviso nuestro Caballero por tener dentro de casa la espía de una dueña, bien obligada con regalos y dádivas; oración á que todas las deste hábito se enternecen; no pienso que soy singular en esta opinión, antes entiendo que son muchos los que me acompañan, infinitos se arriman á mi voto. Perjudicial fué el uso de las dueñas, gente en cuyos corazones tantas ruindades y malicias se aposentan. Lo más de la vida son autores de chismes y de mentiras, y, sobre todo, las criaturas con extremo hazañeras; cuando hablan, silban; cuando se ríen, es con visajes; cuando rezan, murmuran; cuando cantan, gruñen; cuando

hacen la reverencia, tropiezan en medio de la sala para que llegue el gentil hombre de buen talle y las socorra dándoles la mano. Su labor es poca y no limpia; su sueño, infinito; sus peticiones, continuas y generales, pues desde el paje más pequeño hasta el mayordomo, y al señor de la casa, persiguen importunando y pidiendo. ¿Qué miseria se iguala á la de su condición? ¿Qué necedad la de su conversación? Sirven de alcaides de las mujeres mozas en las casas de los señores, y son ellas las primeras que vienen en los conciertos y abonan los desconciertos, lo que no saben aseguran, y lo que aseguran es lo menos que saben.

En esta confianza, nuestro Caballero vino el lunes siguiente con intento de hacer una prolija y demasiada visita, creyendo que podía sin recelo; habló todo lo que quiso y más de lo que supo, vertiendo sus flores, y aun aquel día hubo comentario y adiciones; trató de su linaje y decendencia; refirió, con rodeo de palabras, una prodigiosa hazaña de su bisabuelo, que había sido favorecido, privado y regalado amigo del Rey don Juan el primero. No le ofendo el lenguaje, que tales eran sus palabras. Dijo que por dos de sus abolorios era sangre de los antiguos Godos Reyes de Castilla; hizo ostentación del árbol de su decendencia, comenzando desde un disparate hasta ciento; pero todo tan bien guisado, que, á juicio de más importancia que son los de las mujeres de ordinario, se lo pudiera persuadir. Ultimamente concluyó con que él era señor de lugares en el Andalucía, y que pretendía una encomienda, y que la razón de no haberla negociado luego como llegó á la Corte

había resultado de que no estaba ninguna de importancia vaca, tal como convenía á persona de sus méritos y que tenía tan honrados servicios de sus antecesores. Pero entre todo lo que blasonó, ninguna cosa dijo más graciosa que la que ahora referiré. Tratóse allí con ocasión que trujo la plática de un señor de los ilustres y grandes Príncipes del Reino, y preguntáronle si tenía parentesco con él, porque necesitaban de su favor, á lo cual respondió:

—Yo no soy deudo del Marqués, sino el Marqués es mi deudo, porque su casa ha casado dos veces en la nuestra, y la nuestra nunca en la suya.

¡Oh pícaro insolente, desta vez acabaste de descubrir la poca vergüenza que te quedaba; pero no faltará quien me venga de ti, espérate un poco que ya te la tienen armada!

Con estos disparatados discursos se iba despediendo el señor don Juan, mintiendo sin riesgo, á su parecer. Cuando entró vestido de camino el señor don Luis Antonio, que así se llamaba el caballero deudo de casa, cuyas razones fueron éstas:

—Ayer no me fuí, aunque me vine á despedir, porque lo impidieron ciertos negocios de mucho cuidado; agora vengo con tanta prisa, que el detenerme á tomar una silla será imposible. Y por no hacer agravio á la solicitud de mi deseo, que siempre se emplea en el servicio de vuestras mercedes, no quise dejar de volverles á besar las manos, aunque de paso, bien á mi pesar.

Ellas le correspondieron con otras tantas razones llenas de amor y cortesía, renovando lo que el día precedente con él les había pasado.

Esta fué la hora de turbación y desconsuelo para el señor don Juan, triste y desdichado caballero, pues en un paso tan angosto le ha puesto su fortuna. Cogióle de repente, imaginó si había sido concierito y malicia de la dueña, que de semejante canalla no es muy grave pecado hacer tales presunciones, hallóse turbado y triste, y fué con tanto exceso, que sin atender á lo que se hacía, mientras estaban los demás en pie, se cubrió y sentó, volviéndoles las espaldas más cobarde que descortésmente. Don Luis Antonio, que había en él reparado y le conocía desde la humildad de sus principios miserables, entendiendo con engaño que hubiese sido desprecio, se volvió á él y le dijo:

—Pícaro: ¿no sois vos Juan de Toledo, hijo de tan honrada madre que os dió por cuna una piedra luego como nacistes? Pregunto, decidme, porque heredastes cuatro maravedis y os habéis mejorado en la Corte de traje, ¿tenéis licencia de ser descortés con las personas que tan bien os conocen como yo? Por vida del Rey y de mis hijos, que si no respetara la casa de mis primas como era razón, que os matara á coces, infame, sucio, descomedido.

Alteróse el estrado, y echando á rodar las almohadillas, todas aquellas señoras se volvieron contra su primo con palabras llenas de ira, y le preguntaron si estaba loco, acusáronle de temerario, y aun la dueña le llamó entre dientes insolente y lengua de escorpión, pues á un caballero tan principal trataba de aquella suerte. El entonces, como vió que le iban á la mano á la razón que tenía, volvió acrecentado en cólera con mayores bríos, diciendo:

—¿Este es caballero? ¿De cuándo acá, ó cómo diablos, quién le armó? Por Dios, que anda en buenos términos la nobleza si éste se atreve á usurpar tan ilustre título. Caballero de armas blancas debe él de ser, porque yo no sé que él tenga más de caballero que el andar á caballo. ¡Gracioso bergante, por Dios!

Y diciendo esto alzó la mano para dalle una bofetada. Esta fué una de las ocasiones de mayor desnuesto en que nuestro Puntualísimo en todas sus andanzas se vido. Parecióle que había bramado el mar, que los cielos estaban armados de rayos y la tierra, rompida por muchas partes, arrojaba ardientes volcanes. Acogióse al sagrado de la humildad, y, puestas las rodillas en la tierra, le pidió que le perdonase, pues lo que había hecho no fué por desprecio de su persona, á quien tanto estimaba, y que de su casa á la suya había tantas obligaciones, sino que le había dado un repentino dolor que le puso en tan estrecha necesidad que le obligó, por mejorar la salud, á tomar un asiento. Miróle con atención el caballero, y volviéndose á sus primas las hizo una reverencia, y salióse de la pieza, diciendo:

—¡Gracioso pícaro, por vida mía!

Palabra que fué repitiendo toda la tarde por el camino.

Ellas se volvieron á su estrado, y él á su silla; ellas corridas y confusas, y él confuso y corrido; así se quedaron media hora sin hablar palabra, como si estuvieran dormidos ó muertos. Sabé Dios, que es sólo el que reconoce lo más secreto del corazón, la congoja que fatigaba á nuestro

Caballero y cuánto le dolía la vergonzosa afrenta en que se hallaba. Buscábale medios y remedios, ya andaba adelante, ya se retiraba atrás; no sabía á qué parte echarse á nadar, porque aquí hacía pie, y lo hallaba muy hondo, y más adelante, á cuatro pasos, no le cubría el agua los tobillos. Cuando su buen ingenio, después de haber peloteado un rato con la inquieta imaginación, le ofreció uno eficaz y no poco artificioso. Alzó los ojos, cosa que hasta entonces no había hecho, y mirándolas á todas en el golpe de su mayor tristeza, dió una grandísima risada con muy espantosas palmadas, diciendo:

—¡Guárdete Dios, caballero, y qué donaire has tenido para todo cuanto quieres! Está contigo la sal de la tierra; bien has salido con la tuya; ¡oh, qué bueno! ¡oh, qué bueno!

Ellas, admiradas de semejantes razones tan fuera de propósito, le preguntaron:

—¿Es locura? Vuelva en sí, señor don Juan. ¡Jesús, Jesús, y qué fuera de propósito le ha llegado la risa!

Pero él, sin darles respuesta, volvía á decir con las mismas acciones las palabras arriba referidas, una y muchas veces, hasta tanto que le conjuraron apretadamente para que las dijese qué significaban sus preñados discursos llenos de tanta risa y chacota.

—No conocen (dijo) vuestras mercedes á su primo; no saben sus burlas; paréceles que por el parentesco cercano se habían de excusar de pasar por lo que los demás; para la despedida les guardó la cox. Perdónenme, les suplico, el haber yo sido el ayudante.

—¡Jesús, Jesús! (dijo la mayor de todas). A fe de mujer de bien que lo quise decir. ¡Válgate el diablo, bellaco, allá donde vas, y cómo has hecho una de las del año! Yo pondré que el no partirse ayer y haberse detenido hoy fué porque le pareció que pecaba contra su condición si se iba sin hacernos alguna burla.

—Mal se echaba de ver (dijo otra), pues ¿hábiale v. m. de sufrir tan libres y desvergonzadas razones, siendo persona de la calidad que todas sabemos, si no fuera concierto entre los dos hecho y tratado?

¡Qué fácilmente dan crédito las mujeres! Algunos las culpan por ignorantes, y yo las celebro por apacibles y nobles, que el creer es nobleza, y más á la persona que tengo en buena posesión. Y el que miente y engaña comete la ruindad y alevosía. Feas cosas engendra la agudeza de un ingenio mal intencionado.

No dejaron de correrse las señoras, y mucho, porque se picaban de sutiles ingenios, y eran de las que no traen otra masa entre las manos sino uno y otro conceto. Parecióles que era aquel delito hecho contra su corona, y que no permitía la buena razón de estado que dejase de castigarse, aunque fuese en su propia sangre, antes en ella se había de hacer mayor demostración para escarmiento de los demás; y así descubrieron en las razones deseos de venganza.

Al padre Puntualísimo de los demás caballeros desta religión le estuvo de diamantes el conocer esta voluntad, porque para llevar hasta el fin segura esta quimera, que fué la redención de su no-

bleza afrentada, se le abría un espacioso y ancho camino, y así, con blando semblante, acomodó estas razones:

—Señoras mías: como vuestras mercedes me perdonen el haber sido participante en el delito contra sus personas cometido, yo les daré la mano para que suficientemente puedan satisfacerse del agravio, que ya tal vez se ha visto perdonar á un delincuente salteador porque entregue á su capitán, porque en todos los delitos donde hay cabeza se asegura más el remedio comenzando por el castigo. Yo fuí persuadido, yo fuí forzado, y así en esta confianza presento mi discurso. El señor don Luis, para hacer más famosa su burla, se le habrá de comunicar á todos sus deudos y amigos en Zamora diciendo que á las discretazas de Madrid, á lo sutil de los ingenios les echó el agraz en el ojo, y las hizo pasar negro por blanco, porque del fin desta vanagloria le nacieron las alas para su atrevimiento. Y así con todos los ordinarios ha de escribir en confirmación del caso para hacer con las respuestas de vuestras mercedes regalado plato de risa á sus oyentes. Miren qué tal andaría entonces la honra y crédito de sus entendimientos, y qué ancha puerta se les abriría á los murmuradores, bastándoles á ellos, y á cualquier género de pecado, para entrarse el resquicio más pequeño; así lo dijo aquel verso:

Que el vicio sabe entrar por qualquier puerta.

A esta peligrosa herida es menester acudir, volviéndola por los propios filos, para que pensando con la presunción de su agudo ingenio que en

esta burla ha sido la poderosa persona agente, venga a ser la miserable y afrentada paciente, vuestras mercedes no se han de dar por entendidas, antes le animarán soplando el fuego de su intento, hasta que pasados algunos ordinarios, cuando él esté más satisfecho de ver lograda en obras su imaginación, se le envíe una galante carta en verso con un vejamen agudo y gracioso.

—¡Oh qué bien lo ha dispuesto (dijeron todas); á fe que esta vez que va de arriero á arriero, no hay sino manos á la labor, que en las nuestras está el remedio de semejante atrevimiento; y pues que, gracias á Dios, podemos sin ayuda de vecinos, de nuestras puertas adentro, amasar y cocer, saquémosle esta vez al diablo un ojo, pues hacemos suertes en lo que es tan suyo.

Con gallardía ha enmendado el afligido Caballero su afrenta, puso medicina á la llaga y puntales al edificio que venía á estrellarse con la tierra; volverá á dar fruto el árbol que se secaba y verterá luz segunda vez el sol que se escondía. Con esto queda su negocio de todo punto concluso, porque el peligro que se podía seguir de la correspondencia de las cartas de entrambas partes era muy notable. Pues afirmándose muchas veces en lo que dicho había don Luis Antonio hubiera sido inútil lo demás que se había trabajado, que aunque de presente quedaba con remedio su denuesto y agravio, era cimiento falso si lo futuro no se aseguraba con firmeza y estabilidad. El primer ordinario trujo cartas hablando en esta materia, y á ellas se le respondió con el mismo estilo, caminando deste modo á la sorda, sin tocar las

cajas ni sonar las trompetas para darle buen rato y mala madrugada que se le acordase por muchos días. Y para esto no esperaron á que pasase de segunda estafeta, como mujeres al fin, que todas son amigas del súbito y del improviso. Diéronle en coplas una cuchillada de oreja á oreja. Pues lo mismo es y peor una sátira. Dijéronle en ella muchas pesadumbres, y algunas que no quisieran, pero como poetas novicias forzadas en las galeras del consonante por seguirle y obedecerle. Escribieron muchas cosas que sacaban la copla redonda y la razón manca. Amonestáronle que se fuese á ferias donde no le conociesen á vender la mercadería de sus burlas; riyéronse de la torpeza de su ingenio, pues se persuadió que donde le entendían sus flores habían de creer tan atropellado disparate.

Aquí llegó el pobre caballero á perder la paciencia, y estuvo cerca de ultrajar sus mejillas y mondar sus barbas pelo á pelo. Escribió, afirmándose con más de mil juramentos y haciendo extraordinarias locuras, como quien no había tenido intento de burlarse. Su verdad estaba oscura, y cuando lo consideraba, salíase de la razón y daba bravamente espantosos gritos, procuraba desatar el ñudo que las tenía presas, para que conociesen que ni él las había engañado á ellas ni ellas le habían hecho la burla á él, sino á él y á ellas el taño de don Juanillo de Toledo, que como conocía las malas entrañas de su ingenio caviloso, luego imaginó que de allí había saltado la liebre. Pero todo cuanto enviaba á decir era de poca importancia, porque creían, como ya estaba recibido en



la opinión de hombre juglar entre los suyos, que lo hacía de corrido y picado viendo que se había errado su intención.

¡Oh cuánto se destruyen en el juicio popular los hombres nobles que se precian de graciosos y chocarreros, pues pierden el crédito para los negocios de veras! Quien puede quitarle al tiempo en su ocasión las graciosas burlas, más en las palabras que en las obras, entre los estrechos y familiares amigos; pero cosa dura es á la razón, mal recibe este uso la prudencia, que no hagan los hombres distinción de tiempos y lugares. Hombre, no desacredites la virtud de tu espíritu con vanos y continuos juegos si no deseas verte escarnio y mofa del vulgo en las ocasiones de más utilidad, como lo hallas ejemplificado en el suceso presente. Por este camino venció nuestro Caballero tan peligrosa y mal prevenida aventura, que tal vez son preferidas las armas de la industria. Todo esto alcanza un buen ingenio, para mayores cosas es poderoso; aunque desdichado será aquél, no le tengas invidia, hermano letor, que le ejercitare en cosas tan vanas y perecederas.





VII

Llega toda la Corte á conocer á nuestro Puntual, y escríbense los muchos caminos por donde se burlaban de su persona.

Las plazas y públicos teatros perdieron el respeto á nuestro Caballero; él daba provisión con sus cuentos que se traían de corrillo y de casa en casa, pasando de boca en boca, todas las conversaciones del lugar. Los letrados modernos, que con tanta ociosidad pierden las mañanas en el patio de palacio sin dar en todo el año puntada en la obra; los que tratan de negocios en la puerta de Guadalajara, con tanta seguridad de su conciencia, pues abrasados de la caridad socorren á los necesitados, no llevando más ganancia que mitad por mitad. Los hijos de vecino libres, que con su poquito de bigote y su mucho de copete, cuello esquinado y puño godo, ponen banco en la comedia y bajan al río en macho prestado. Los precitos al infierno de la hambre, por otro nombre de escuderos de señores, que después de haber estado arrimados á un tapiz salen á ser adelantados de una silla, lo que no son en las raciones ni en los salarios. Las dueñas gimias y

las doncellas de abuja y dedal, que en lo demás no doy mi parecer porque de las cosas ocultas no juzga la Iglesia. Los que hurtan escribiendo tanto que es imposible escribirse, matantes de papel y valentones de pluma, pues con ella son poderosos á quitar la vida á un hombre. Los alfileres de las plazuelas de Santa Cruz y San Salvador, de quien dijo la seguidilla:

Son los alguaciles
como alfileres,
con el rico se doblan
y al pobre prenden.

Los que por calzar un conceto más justo en la copla que bota en pierna de portugués pierden el sueño de cuatro noches. Todos estados de gentes, toda esta diferencia de trajes y linajes se daba unos toques de nuestro Puntual.

No se tiene por buen moro
el que no le da lanzada.

Descalabráronle con sonetos, alanceáronle con romances y hasta los poetas latinos con epigramas lucidos y curiosos hicieron juego de su vanidad; pero quien más llegó á señalarse fué un ingenio natural de Madrid, que por justos respetos se oculta su nombre, el cual hizo una ficción sutil en este modo. Que don Quijote de la Mancha escribía una carta á nuestro Caballero Puntual con ánimo de ser informado en las aventuras de la Corte, y él, como persona docta y capaz, respondía á la proposición con agudeza y propiedad des-

tos dos papeles, que con tanta razón fueron en la Corte celebrados y bien recibidos. Por hacerte lisonja, merced y buena obra, amigo letor, ó enemigo, que esto será lo más cierto, te pondré aquí la copia en la manera siguiente:

«El muy esforzado en armas don Quijote de la Mancha, Caballero de las Aldeas, al aventajado en sangre don Juan de Toledo, Caballero aventurero de la Corte, salud y vida.

»Nobilísimo señor: el alto nombre de vuestras fazañas, grandes tiempos son pasados, que llegó á nuesa noticia y nos encendió en deseos de conocer á un caballero tan esforzado y de tan alta nombradía, ca cierto que nos ponía grande admiración; hasta agora no nos ha vagado lugar de podernos ir á ver en el espejo de la caballería, que bien saben todos que sois vos, é de verdad, que me tendría por bienaventurado si me llegase á ver de finojos á vuestos pies; por ende os pido humildemente me fagáis avisado de las aventuras de la Corte, e de qué modo sería yo en ellos acertador, guíeme la vuesa enseñanza, que todo ha de resultar en vuesto pro, porque non deseo otra cosa más que verme en alguna holganza en esa tierra adonde no me diesen tantos palos como en ésta, que ya yo, señor, tengo años, é non estoy para semejantes proezas. Dios os dé siempre el su esfuerzo y os mantenga en caballería.

»Vuesto postrado servidor,

Don Quijote de la Mancha.»

«El aventajado en sangre don Juan de Toledo, Caballero aventurero de la Corte, á don Quijote

de la Mancha, Caballero de las Aldeas, salud y vida.

»Señor don Quijote: una de v. m. recibí, y con ella la merced y contento que era justo trujese carta de un caballero celebrado por los chicos y por los grandes y por toda la cristiandad; y á fe de quien soy, que me hallé con necesidad de intérprete, porque entre los caballeros cortesanos que hoy se platican, de quien se hace caso y estimación en palacio, no corre semejante lenguaje, ni tal se permite. Y así lo que más ha menester v. m. es informarse del corriente y hacerse muy señor de la frasis y buen modo de hablar si piensa venir á la Corte; porque en tres cosas principales es conocido el Caballero Puntual.

»La primera, en la persona, talle y disposición. La segunda, en el lenguaje y acciones corporales. La tercera, en el traje y aseo de los vestidos. Aunque si v. m. tomase mi consejo, aunque menor en la edad, por la experiencia que de todas éstas alcanzo con tres años de Corte, mucho mejor le sería no estar en ella ni intentar tan peligrosas aventuras. Pelear con los leones, humillar los gigantes, igualar con la tierra los castillos encantados, degollar ejércitos de caballeros sandios, todo es fácil; no es comparable con las desdichas que por acá se padecen, peleando siempre con la malicia, ira y soberbia de los hombres, que estas pasiones son los más poderosos enemigos. Pero si, no obstante lo propuesto, v. m. se determina á venir y se halla rico de ánimo, que será poderoso á romper y derribar las torres de tantas dificultades, quiero, obediente, ser puntual en lo que me manda,

protestando, como lo hago, que es tan fiel y verdadero el deseo que tengo de acertar en el servicio de v. m., que si en estos avisos hubiere algunos defetos será por culpa de mi poca sabiduría y no de mi mucha voluntad. Todas estas acciones, que abajo irán declaradas, son naturales del Caballero Puntual.

»Oír la misa hablando, hacer mala letra, andar mal á pie, rondar de noche con troquel, pistoletes y espada mayor de marca.

»Tener para las necesidades por conocido un archero, para que, á falta de otro mejor, le alquile su rocín los días de fiesta, en precio moderado.

»Oír en aposento la comedia todos los días que la hubiere nueva, y antes de comenzarse entrar en el vestuario á hablar con las farsantas.

»Poner silla en los sermones y completas de la cuaresma, introducirse á comer con los señores, sacar fiado de los mercaderes, tratar de vos á los oficiales.

»El día que hiciere la parroquia procesión por alguna cosa notable, llevar una de las varas del palio.

»Traer una sortija con las armas de su apellido.

»Mirar con mucha atención en no dar el lado derecho á persona que no fuese de mucha calidad. Y, sobre todo, ser tan buen hijo de la desvergüenza, que, con el tiempo, con los señores de título que tuviere por amigos se trate de vos, y á los demás llame merced, para que deste modo con los unos y con los otros quede igual en las cortesías.

»De otras muchas cosas pudiera advertir á v. m.; pero estos son los principales rudimentos, y la esen-

cial doctrina. Y así, para que desde luego nos embarquemos en cosas mayores, pues los ingenios de tanta calidad y aprobación se les agravia y ofende mucho cuando no se les entrega de golpe la ciencia y los hacen beber en taza penada, abra los ojos, y verá del modo que se debe acometer la aventura del coche, que no es de las menos dificultosas, pero es tanta la gloria y dulce suspensión de que se arrebatara un caballero, después de haberla vencido, que los peligros y trabajos á que se expuso olvida y sepulta entretenido con la contemplación de tan alto misterio.

»El Caballero Puntual ha de ir á visitar á un señor de título á quien ya conozca por haberle hablado, ya en alguna Iglesia, ya en conversación común y entonces, ofreciéndosele por servidor, y que le ha de ir á besar las manos á su posada. Esta visita, que ya caminando por estos pasos entrará con su causa y calor, se la ha de hacer en tiempo que el señor quiera salir fuera, y para ello tenga el coche prevenido á la puerta. Bajará acompañando hasta ella, delante, con mucho respeto, y después de haberle tenido el estribo para que entre, haciendo el oficio de caballero, aunque el señor más se resista, se ofrecerá á servirle y acompañarle, con tan pesadas cortesías, que, no pudiendo menos, le mande tomar un estribo. Este es el primer escalón de la caballería, algo vergonzoso para un hombre de más elevados pensamientos; pero ¿quién puede subir á caballo sin que primero ponga en el estribo el pie? Todos los principios son ásperos en cualquier cosa, y á nadie se le dió corona sin haber peleado. Comenzará á dis-

currir con él en diversas materias, siendo la última de todas tratarle de sus amores, de que le importará tener noticia, diciendo:

—»Créame vuestra señoría, que no he sido yo quien alcanza la menor parte destos negocios, porque en aquella casa me dan mucha entrada, y por vida de quien soy, que he llegado á entender que es bien correspondido, y esto de tan buen original, que podía alargarme, y siempre quedara corto; pero basta por agora aseguralle de que mi señora doña Fulana es gran señora y reconoce el valor de vuestra señoría.

»Sucede en tales casos, con la mucha pasión, alterarse el amante, y con el deseo de hablar largo en cosa que es tan propia, pasar del estribo á la testera, á su lado izquierdo, al Caballero Puntual, diciendo:

—»Páseseme aquí v. m.; más cerca le quiero. ¡Jesús, Jesús, en mi vida he tratado tan buen caballero!

»Ya desta vez va graduado; los pajes lo oyeron, y si lo tomaron en risa, no hace al caso, que á tercera vez les sonará tan bien Lucas Hernández caballero, como don Enrique Enríquez; para semejantes dificultades vino al mundo la costumbre, todo lo puede el uso. Debe en esta ocasión el Caballero Puntual despabilar los ojos, mirando á todas partes, para ver si encuentra amigos ó conocidos, convidándoles á todos con la gorra en la mano á que le vean; y arrojándose sobre las ventanas del coche, poco á poco, al calor de la conversación, le llevará al Prado, ó á alguna fiesta ó regocijo público donde aquel día haya de concu-

rrir toda la Corte para ser allí de todos visto atentamente, con admiración de semejante novedad. Dando risa á los cuerdos y á los necios invidia. Y cuando llegare á partes donde algunas personas le puedan oír en confianza del amistad comenzada sobre tan honrado fundamento como es el de alcahuete, le podrá tratar familiarmente, diciendo:

—»Bien dice, Conde; aquí me tiene muy suyo, descuide y déjenos hacer á mí y al tiempo.

»Los que esto escuchan, como no le conocen, y en la materia de que habla se hallan ignorantes, admíranse y júzganle por un ilustrísimo príncipe, pues puede favorecer á un tan gran señor y le trata con estilo tan superior. Este amigo, bien granjeado y sabiéndole conservar, que es lo que importa, pues adquirir para perder es cierto género de desdicha que no admite consuelo, le irá introduciendo con todos los demás señores y caballeros de la Corte, porque el trato y cortesía con que él le comunicare le darán cuantos fueren sus deudos y amigos. Esto, aunque está aquí dicho, fácilmente se ve de grandes inconvenientes cercado, y ha menester un hombre particular ventura y gracia del cielo, porque sucede muchas veces tan al contrario, que si llega el tal Caballero Puntual á verse en un estribo de un coche déstos, el uno le pisa, el otro gargajea por encima de su cabeza, cual le pone la mano en el hombro, y le dice:

—»Venga acá; dígame por vida suya, ¿conoce á Fulana? Hábleme en ella, que me han dicho que tiene particular gracia; cierto que es donoso.

»Después, al apearse del coche, es con tanta prisa, que le echan al pobre Caballero Puntual á

perder una miserable y portuguesa capa de bayeta, que aunque fué su nacimiento en Sevilla ó Inglaterra, se celebra su fiesta en Portugal. Suben arriba, y déjanle en la sala del recibimiento con los pajes y escuderos, entrándose ellos á la visita. ¡Oh afrentosa aventura! ¡oh mezquino y mal afortunado Caballero! ¿no le tiemblan, señor don Quijote, las carnes? ¿no le parece que es más fácil vencer un ejército de caballeros, aunque sean todos como el de la ardiente espada? ¿Valiera en semejantes ocasiones el esfuerzo de don Belianis? ¿De qué importancia fuera el ardimiento del Príncipe Periano? Dios le libre á v. m. de la descortés soberbia de uno déstos, que es la mayor lanzada, la más peligrosa herida que darle pueden.

»La segunda aventura, y no menos peligrosa, es el introducirse á comer con los señores: cómo esto llega á conseguirse y se hace fácil paso para esta dificultad es en este modo. Debe el tal Caballero Puntual buscar al señor en su posada á la hora del comer, en el tiempo que le lleve la respuesta de alguna cosa de su gusto, que en días pasados le haya encargado, y después de haber hecho las ordinarias cortesías, introducidas por la vanidad y demasía de los hombres, le dirá:

—»Ahora sus, vuestra señoría se quede con Dios, que ya es hora de comer, y yo me voy á hacello; luego me vendré por acá á la tarde y le daré aquella respuesta, que ya la tengo; y á fe que me ha costado mis ciertos pasos, y no lo digo ahora porque son cuentos largos y tenemos mucho que hablar sobre ello.

»Entonces, el tal Príncipe, con el deseo de saber su negocio, le importuna y muele por que se quede á comer.

»Mientras duraren los manjares, ha menester sustentar la conversación con variedad de cuentos agradables, siendo pródigo de cortesías con los Maestresalas, gentiles hombres y demás criados de casa, porque si no, pasa por mil infortunios, padece extrañas injurias y atorméntanle rigurosas calamidades, porque si pide de beber á un paje, en lugar de vino, le traen agua, y esa no de canela y fría como nieve, sino caliente y salobre, en el ínterin acude otro por un lado, y le alza el plato de que está comiendo el Maestresala; no le llega todos los servicios, y si las nuevas que trae no son tan á gusto del señor como él quisiera, se levanta con los demás caballeros que tiene en la mesa, y haciéndose todos un corrillo, le excluyen, dándole más espaldas que un cobarde; bájanse al coche, y déjanle en el zaguán con su lacayo y rocín.

—»¿Qué me dirá á esto v. m? Ya me parece que se contenta con sus aldeas, y reconociendo ésta por la orden recoleta de la caballería no se atreve á pasar á ella por ser tan estrecha.

»La tercera y última aventura de las que platicamos por dificultosa es tener un mercader que fie al tal Caballero Puntual, de adonde pueda sacar sus vestidos y de los pocos y bien contados criados, y tan notados, como contados que trujere. Para esto es necesario haber paseado por delante de las tiendas de los mercaderes; ya en el coche de algún príncipe, y ya á caballo á su lado,

hablando recio por las calles y voseándose con los señores de modo que esté generalmente con los nobles, introducido por noble y reverenciado del vulgo por caballero; podrá enviar á llamar á un mercader, precedidas estas diligencias, en quien se haya conocido flaqueza por la vanidad; y después de haber hablado con él largo en diferentes materias, vendrá á rodear de modo la conversación que, tratando de linajes, le diga que es deudo suyo ú de su mujer en la montaña, y que no es tan poco el parentesco, que si hubiese necesidad de enviar á Roma por dispensación dejase de tener dificultad y costa; en razón desto se le ofrecerá con su persona y con la de todos sus amigos, con tanta cortesía y afabilidad, que el mercader se goce en su ánimo y engendre agradecimiento. Siempre que le nombrare á su mujer será con este término y modo de lenguaje: «mi prima» acá, «mi prima» acullá. «Huélgome de que mi prima esté buena; á prima que le beso las manos.» Y esto tal vez delante de los criados, para que él conozca que aquella estimación no se le dá entre dos paredes, y piense que su fin es honralle en campo raso y á cielo abierto. Con esto, le pedirá fiada una partida de muy poco valor, haciéndole escritura con un breve plazo, procurándole pagar mucho antes que se cumpla; si se le ofreciere algún pleito, que á los semejantes nunca les falta, sacarle ha un papel de favor, dos ó tres y cuantos fueren necesarios de los príncipes que tratare, para el juez de la causa de forma que el negocio tenga buen suceso.

»He aquí, v. m., á nuestro mercader ciego, ya con la vanidad del parentesco, ya con el favor re-

cebido, ya con la puntualidad con que fué pagado, de forma que fiará toda la tienda por diez años, y se sacara los ojos por su servicio. Mas ¡ay! de aquel miserable á quien le caen en la cuenta, pues cuando vuelve los ojos, se halla preso en la cárcel; donde se ve que la caballería fué fingida, pues que lo está por deudas; descúbrense el parentesco, públicanse los enredos, véndese el rocín en pública voz de pregonero, que aun para pagar las costas procesales no hay lo necesario. Huyen los criados; poco á poco se come los vestidos y el que trae en el cuerpo se hace pedazos. En viéndole con semejante traje, le desamparan todos los señores y le dejan como á loco, hácenle causa de embustero, y roto y descalzo le bajan al calabozo, de donde le envían

á que sirva de frisón
en las carrozas del mar.

»¿Qué es esto, señor don Quijote? ¿arquea v. m. las cejas? muérdese los labios? Pues entienda que es oficio para hombres de ingenio y habilidad. Este es el camino por donde todos los caballeros puntuales que hoy están en la Corte han hallado su introducción. Verdad es que yo fuí por diferente viaje; pero, porque por extraordinario es más peligroso, envió éste, á quien ya la experiencia y el trato común de tantos le ofrecen por más seguro; v. m. lo mire bien y se aconseje con su querido Sancho Panza, que yo estoy aquí para servirle en todo; cuya persona guarde nuestro Señor, y prospere en tan afortunadas aventuras como yo deseo.

Don Juan de Toledo.»

Los traslados que destas cartas se hicieron fueron innumerables, con tantas glosas y adiciones, que cada uno ponía según lo que su ingenio alcanzaba, que vino á ser tan bueno lo marginado, tan entretenido y curioso como lo principal del texto. Todos hacían con él oficio de fiscal, y le acusaban de muchas culpas, que sin duda creo que la mayor parte dellas era testimonio. Decían, entre otras vanidades suyas, que un tiempo rabió porque le llamasen señoría, y que para darse un hartazgo por muchos días usó de tres ardidés, que fueron: el uno, dar á todos los pobres que se le llamasen á cuatro maravedís de limosna y á los demás á dos. Lo segundo, irse á vivir á los barrios de Santa Bárbara, destierro de cortesanos, acullá donde pocas veces llegó pie humano. Lo tercero, despedir todos los criados españoles que estaban en su servicio, y recibir en su lugar otros italianos, y tan poco prácticos, que hablasen bárbaramente la lengua castellana.

Fué tan brevemente puesto por obra este capricho, que apenas le imaginó, cuando lo ejecutó. Allí sí que le llenaban las manos de lo que su deseo le pedía, porque como eran italianos, sin haber tenido él necesidad de darles la orden, le llamaban señoría. Así le trataban en la mesa, y con el mismo título le llevaban á la cama. Toda la gente de aquella comarca, como la más es pobre y vive en humildes casillas y míseros bohíos, cuando acudían á representalle sus necesidades, que él procuraba remediárselas á docenas y aun á centenares, le daban con las señorías por aquellos oídos. Siendo con esta generosa acción tirano

de aquellos barrios, y teniendo jurisdicción y meromixto imperio en Madrid á los ojos de su Majestad y de sus ministros; los pobres, en viéndole por esas calles ó al entrar de las iglesias, no baja hambrienta escuadra de palomas con tan precipitado furor sobre los granos de trigo ó cebada como se arrojaban sobre él, diciendo: «Denos vuesa señoría una limosna por amor de Dios»; y esta letra se la cantaban, no á una voz, dos ó tres, sino á veinte y á cuarenta, siendo más sus músicos que los de la Capilla Real; porque todo hermano llagado, cojo, manco, viejo ó ciego respetaba más dos maravedís que se les daban de más á más si llamaba la señoría que á todas las pragmáticas y sanciones: porque semejantes leyes no hablan con la gente bribona, y cuando con todo rigor se ejecuten en ellos, para sus personas no son castigo, pues por lo menos la pena pecuniaria no la han de pagar, porque el que no tiene el Rey le hace horro de alcabala, y el olmo y el álamo jamás ofrecieron sino las hojas solas, porque su naturaleza lleva el no dar fruto. Pues cuando los prendan, es lo mismo que andarse libres por el lugar, porque allí con legítimo título comerán su ración entre los demás pobres de la cárcel; si los destierran en cualquier parte, es una la bolsa de Dios, tan liberal se muestra en los desiertos como en las ciudades; poca pena pueden llevar de la viña que dejan por podar, casa por alquilar ó tierra por labrar.

De aquí nació que, como toda la pobrería de la Corte, juntamente con la servidumbre de su casa y todos los demás estantes en la comarca de su

posada, le llamaban señoría, desvaneciase él en su corazón, reíasele el alma por los ojos; y agora, señores, yo quiero disculpalle, no me espanto, pues los pobres legítimos se la llamaban, que por la parte que tienen de representar á Dios, son mucho más que todos los grandes señores de Castilla y que los príncipes que pisan imperios y atropellan monarquías. ¡Oh qué cuentecillo tan regalado tengo agora aquí tan manual y fácil; que por ser con esto gracioso y de la misma naturaleza de la materia que vamos hablando, quiero sacalle á la vergüenza y adonde cada uno se ría no más de lo que su conciencia le dictare, porque yo no pido que me den más derechos de risas que aquellos que legítimamente por los aranceles me tocan.

Había un pobre socarrón, que iba ya cuesta abajo en la edad, hombre grueso y bien dispuesto, que haciendo pies de un báculo andaba dentro de Madrid leguas y leguas todos los días, porque le daba muchas vueltas. Este era el jurisconsulto de la canalla mendigona, y sin cuyo parecer ningún pobre ni pobra elegían estado. Había tomado el pulso á la condición de nuestro Puntual, y quiso un día (como dicen) dalle con la del pobre. Estaba una tarde en la Compañía de Jesús. Juntó lo mejor y más calificado del lugar á una fiesta solemne, y nuestro Caballero asistía en ella sentado junto á dos señores de título. Y aun los más autores dicen que en medio, cosa que no me hace dificultad, y creo sin resistencia, porque tenía desvergüenza para todo. Llegóse el pobre á ellos, rompiendo por mucha gente, que le oyó después su deprecación, y encarando á los señores de título, dijo:



—Denme vuestras señorías una limosna por amor de Dios, caballeros. Hagan caridad al pobre viejo, que no lo puede ganar.

Y luego, volviéndose á nuestro Puntual, prosiguió en esta forma:

—Mande la vuestra excelencia, excelentísimo señor, que se me dé por el santo nombre de Dios algún consuelo para mi pobreza y trabajo, que me veo cargado de canas y no me puedo valer.

Miróle con una apacible majestad nuestro Puntualísimo, y agradecido al desorden y atrevimiento de sus palabras, consultó con su bolsa la satisfacción de aquella lisonja, y salió decretado que, pues él pagaba las señorías á cuarto, que las excelencias á cuartillo, quedaban con entera satisfacción, sin que pudiesen formar queja de la mala paga. Dió-le con esto ocho maravedís; el pobre abrió el ojo y conoció el buen efeto de su diligencia, y así de allí adelante todos los días se le aparecía de cincuenta en cincuenta pasos, y en cada calle le investía la excelencia, y él le contribuía con su limosna. Pero como una vez llegasen este pobre y otro juntos, el uno con la flor antigua y el otro con la moderna, éste excelencia y aquél señoría, y diese á cada uno la cantidad que le correspondía, y reparase el que le llamó señoría cuán mejorado iba su compañero de limosna, sospechándose luego que en aquello había algún misterio, le persiguió tanto, apretándole los cordeles, que al fin, después de haberle juramentado debajo del secreto, le dijo la causa de su buena fortuna.

—¡Oh pobre de mí! (dijo el otro). Vos veréis cuán buen discípulo haré de aquí adelante; y seré

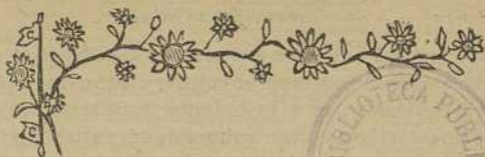
tan agradecido al maestro, que os quiero de cada cuartillo contribuir un ochavo, quedándome yo, cada vez que me diere limosna, con seis maravedís, que me bastan. Y dándoos á vos los dos restantes en señal de reconocimiento, por haber sido el Colón que descubrió estas Indias, cuyas minas deben de ser de cobre, pues sus mayores mercedes son cuartillos. Por Dios, que estoy por llamarle serenidad y alteza, porque la pronunciación y trabajo de la lengua todo es uno, y el beneficio y socorro que siente la bolsa es diferente; pero sabed, padre, que yo no hallo en este hombre color ni razón para dalle la excelencia, lo que la señoría sí; porque yo he oído decir que se la llaman á los limosneros mayores, y si limosnero mayor es el que da más limosna, este Caballero verdaderamente es, pues pienso que no hay pobre en el lugar que no dé cada día, y á muchos dos veces.

—Callad, hijo (respondió el viejo), y no seáis escrupuloso, que daréis que reir al diablo; por esa misma razón le toca también la excelencia: porque si el dar á los pobres, á quien Dios quiere tanto, caridad y limosna, es acto, no solamente excelente, sino excelentísimo, la excelencia le viene como nacida, y sobre llamalle excelencia, me mataré con mi padre y desenterraré los huesos de mi abuelo.

Ved si estaría, hermano letor, bien entretenido el lugar con semejantes novelas, y si bastaban este hombre y sus cuentos con los que los ingenios satíricos le ponían de más á más á despertar risa en los muertos. Muchas más cosas pudiera contaros para entretenimiento vuestro en este particular;

pero el capítulo ha sido largo, y la pluma va tan cansada, que parece que la llevo arrastrando; consolaos con que Dios envía un día tras otro, y que quien os ha dicho lo que habéis oído, á su tiempo no será escaso de lo restante.





VIII

Hállase nuestro Caballero en un convite que un letrado hace en una huerta á los poetas más famosos que entonces estaban en la Corte, y pasa con ellos cuentos de mucho entretenimiento y risa.



A había cuatro años que estaba nuestro Puntual en la Corte y en ella le conocían todos los buenos gustos, como queda dicho, por su singular humor, siendo más solemnes sus locas imaginaciones y obras descompuestas entre los señores que ya le traían á su lado, por el más portátil entretenimiento, y principalmente eran sus disparates celebrados en la casa del titulado, de cuya mal lograda mujer él se había dado por deudo. Hallábase triste por haber gastado todo el caudal que sacó de su tierra y aun mucho más, parte que él conquistó con el juego y otros ardidés (si ingeniosos, no de poco cuidado), parte en que se había empeñado. Para remedio de semejantes calamidades envió á su tierra poder para vender unas casas y viñas y orden para que el dinero que se diese en precio dellas se le enviase con la renta de aquel año. Esto aguardaba cada día con mucho cuidado, porque la necesidad le ponía to-

dos los días á la hora del comer una demanda, y es persona con quien se puede pleitear mal; por ser contrario tan solícito; aparecíasele en varias formas, tal vez en la flaqueza de sus caballos y tal en la impaciencia de sus criados; mal informado estoy de su dura y perversa condición. De ninguna casa se refiere que mucho tiempo la haya podido sufrir, y no me espanto, pues si miramos su parentesco y discurrimos por su linaje, todo es muy malo. Su hija es la hambre, que tiene por hermana á la muerte, de quien aun el nombre espanta y desconsuela. Por esta ocasión, mientras le acudían con el socorro, se comía cada día uno de sus amigos, cosa de que ellos recibían contento grandísimo, por tener el entremés en casa y hacer la comida más gustosa, y entre ellos se señalaba con mayores demostraciones de placer un letrado de los más bien acreditados de la Corte, persona de gallardo ingenio y de mejor gusto, buscándole con grandísima pasión, y porque no se le fuese con otros le convidaba y prevenía de un día para otro, tomando á su cuenta por obligación lo que al Caballero era cómodo para el sustento de su vida necesitada. Rogóle mucho un día de fiesta en particular que se fuese á comer con él á su huerta, que era un sitio apacible y regalado, junto al vistoso prado de San Jerónimo, á cuya petición decretó luego el *fiat*, porque no estaba en tiempos de hacer rostro á la fuerza de su hambre inclemente, no era aquella de las ocasiones donde la resistencia pudiese ser buena para nada.

Con esto se fueron los dos mano á mano platicando en diferentes materias y rodando por todo

el mundo sin dejar estado que no censurasen, porque la conversación de los discretos nunca se satisface de solo un manjar, es banquete de muchos platos y gusta de picar en todos un poco, sin dejar ninguno de que no alcance un bocado.

A la puerta de la huerta hallaron que los estaban esperando todos los mejores ingenios de España, destos que comen del sudor de sus coplas, á quien el vulgo desvergonzado é ignorante llama trovadores, y la antigua verdad, con respeto y veneración, poetas inmortales. Saludáronse en verso con risueños semblantes, haciendo más alegre salva la armonía de los consonantes que la de los tiros y trompetas en las armadas reales cuando se dan el parabién por el nacimiento del sol y destierro de la noche. ¡Pobre de ti, Caballero, y en qué manos has venido á caer! Ahora es menester el esfuerzo y valor de tu invencible pecho; avisa á tu gallardo corazón que se ponga en pie y tome las armas. Entre poetas estás; no salgo yo por fiador de tu vida; apareja los oídos y llama á la paciencia, porque si te enojas, son muchos y saldrás mal de la pesadumbre; si te corres, quedarás avergonzado; si no lo sientes, juzgaránte por necio. ¡Qué duros partidos, qué dudoso está el consejo; la resolución necesita de brevedad, y parece imposible elegir resolución!

Era ya hora de comer; porque como este sitio está lejos del lugar, y hubieron todos de oír misa por ser día de obligación, no se pudo llegar antes. Sentáronse haciendo una rueda, y sobre la verde hierba tendieron manteles blancos en parte donde comieron gozando de la natural música de las aves

y de una fuente que en un pedazo de jardín había á un lado de la misma huerta. Gracias dijeron los poetas que no las sufre la pluma, porque pecaron en la murmuración de negocios graves. Bien las reían ellos y celebraban; quizá aprendieron á reír y murmurar á un tiempo de la vecindad de la graciosa fuente. ¡Qué mal dije!; yo me acuso deste disparate. El murmurar es antiguo en los hombres, tanto, que hasta agora no hemos podido descubrir con diligencias humanas quién fué el Adán de los murmuradores; y tan de atrás como esto viene el ser su compañía la risa y mofa descomedida: de una edad son, y en un día nacieron, para mayor desdicha nuestra. Llegaron al capítulo de sus amores, y cada uno habló según el uso de su lenguaje, y así se les hizo el trato en la comida; porque á los poetas moros de Granada, que sirven ya á Celinda, ya á Daraja, les quitaron el vino y el tocino, mandando á los que servían que mientras durase el banquete no se les diése; y á los poetas pastores que lloran desdenes de Isdaura, Nise ó Belisa les acudieron con sus mismos manjares, migas, leche y queso, y para beber

El agua dulce de esta clara fuente,

¡Oh lo que celebraba esta burla, y con cuántas risadas la encarecía el letrado á quien ayudaban los demás circunstantes, por parecerles que habían dado la cuchillada y sacado el ojo al maestro; pero ellos con poéticos gritos, con voces rabiosas de su misma hambre, no consintieron que pasase adelante, diciendo y alegando en su favor un dato importantísimo, y tanto, que por él se

revocó la sentencia, y fué, jurar que ellos siempre, siendo esta ceremonia muy antigua y heredada de sus mayores, en viendo los manteles renunciaban la parte que tenían de las Musas, y quedaban hechos unos hombres particulares, porque, de otro modo, el sustento se les fuera de las manos, como á Tántalo de los labios las manzanas burladoras. Y así, atento esta razón, pidieron y suplicaron humildemente que los admitiesen á la comunidad de los manjares, y los pusiesen en el pueblo de los otros convidados. Feliz fué su petición, pues siendo aceta y escuchada, comieron regalada y espléndidamente con tanta abundancia y diversidad, que los admiró el ánimo generoso. Hubo regaladísimos vinos, frutas muchas y las más sazonadas, y, sobre todo, se bebió tan frío, por haber llevado una acémila cargada de nieve, que cuando no hubiera tenido el banquete otro regalo sino éste, bastaba á hacerle solemne. Después de haber satisfecho á esta ordinaria necesidad, se levantaron todos para entretener los sentidos de la vista y olfato, discurrendo por el ameno y pequeño jardín, no olvidándose los más mozos de hacer algunas travesuras graciosas y muy convenientes á los pocos años, debidas á la edad moderna. Cuál, trepaba animoso por los derechos árboles; cuál, arrancaba con poca consideración los frutos, antes que la sazón del tiempo los hubiese dispuesto para este efecto; cuál, excusaba el trabajo de regar la huerta al cansado animal, condenado á los rodeos de la noria, llevándolos á ellos su engañado gusto á este penoso y bestial ejercicio; cuál, con liberal ingenio, decía versos de

repente, y cuál, refería aquellos que había escrito, encubriendo con el afeite de las acciones y buena pronunciación muchos yerros que se descubrieran, si sólo el papel mudo, que ha menester valerse de voz ajena los mostrara; pero los que con más general aplauso de todos fueron celebrados son los que aquí pondré para divertir el cansancio de la prosa á los que, siendo más aficionados á la suavidad de los versos, en ellos solos descubren deleite y entretenimiento. Y porque aunque las obras son tales, que nombrándolos por sus propios nombres á los autores, sería dejarlos más acreditados, me valdré de los que ellos usaban en sus versos, por particulares respetos que á ello me obligan.

Jacinto, nacido en el Betis, y trasladado en sus tiernos años á Henares, donde dió hermoso fruto de sus estudios, recitó este soneto, cuyo asunto fué la corrección de un pensamiento altivo.

¡Oh! loco pensamiento, que atrevido
 El cielo tantas veces intentaste,
 Y con vanos discursos te juzgaste
 Ya sobre las estrellas admitido!

La memoria empleada en el olvido
 De la razón, á Venus la entregaste,
 Y con guerras buscadas alteraste
 El triste pecho donde habías nacido.

¿Dónde te lleva mi enemiga suerte?
 A hacer la voluntad de un fácil viento,
 Inobediente á tantos desengaños.

Si vas corriendo en busca de la muerte,
 Basta, desesperado pensamiento,
 No tomes tú el cuidado de los años.

Belisardo, inclinado por oculta causa á la soledad y verdadero amante de la quietud y descanso, que se goza mejor que en las soberbias ciudades en los retirados desiertos, despertado de su naturaleza y hablando por boca de su deseo, dijo así:

Amiga soledad, ¡qué buenos días
Con estas fuentecillas he pasado,
Adonde cuidadoso y descuidado
Gozo de tus seguras alegrías!

En el silencio destas noches frías,
En la cama común del verde prado
Duermo entre los pastores y el ganado,
Obras de Dios y posesiones mías.

Aquí, por ley humana del sosiego,
Están sin ejercicio las espadas;
Razón conoce el ánimo más ciego,

Las burlas hace amor menos pesadas,
Que aunque es verdad que no es menor el fuego,
No vienen del engaño acompañadas.

Alcino, ingenio admirable por la copia y espantoso por la facilidad en todo género de verso, refirió estas redondillas, escritas al favor de unos claveles.

Destos claveles quisiera
celebrar el bien que gano,
porque con su blanca mano
me los dió la Primavera.

De mis esperanzas fieles
ya el estado se mejora,
si en su campo verde agora
me nacen estos claveles.

Su color miro, y rendido
suelo decir y admirarme:
«Sin duda quiere abrasarme
un favor tan encendido.»

Pero el temor me detiene,
y dice como temor:
«Poco promete favor
que tanta vergüenza tiene»

Su vergüenza conocí,
justamente la mostró,
pues de Anarda se partió
á depositarse en mí.

Quedo muy agradecido,
señora, así lo entendáis,
de haber visto que me dais
un favor tan bien vestido.

Pues los claveles dichosos,
en quien mi vista se emplea,
se visten de la librea
de vuestros labios hermosos.

Mis ojos viven atados
al gusto y gloria de vellos,
sólo porque ven en ellos
vuestros labios retratados.

Suele el alma recelarse,
y grave pena le da
ver que este favor está
á peligro de secarse.

Mas yo le ofrezco al amor
que estará en vuestra amistad
muy verde la voluntad
aunque se seque el favor.

Porque aunque intenten enojos
marchitarla, Anarda mía,
la regaré cada día
con el agua de mis ojos.

Albanio, humilde pastor de Manzanares, felicísimo y desdichado, felicísimo en la elección y desdichado en la pérdida de Belisa (1), como aquel que siempre meditaba melancolías, refirió un poema grave suyo, intitulado el «Escollo», y dijo así:

En contrario elemento, en reino extraño
Con tu enemigo habitas, piedra dura,
Cuya corriente bárbara procura
Romper sus olas por hacerte daño.
Cuando en flores envuelto nace el año;
Cuando cano de nieve después muere,
Siempre rompen furiosos y atrevidos,
Combaten siempre en ti los bravos vientos,
Siempre constante, al fin siempre violentos.
Debes quejarte á la Naturaleza,
Que el topacio, el diamante (¡oh ley del hado!),
Tan piedras como tú, se han destinado
Para corona á la imperial cabeza.
Tú, el intratable enojo y aspereza,
Padeces de Neptuno; tú las iras
De la fortuna vaga y arrogante,
Y en ti no dejan diferencia alguna
Los golpes de la mar y la fortuna.
Pudieras tú en la cumbre de una sierra

1. Aquí se coloca á sí mismo Salas, á juzgar por el nombre y circunstancias que hemos declarado en la biografía puesta en el primer tomo de esta colección de novelas.

Ser nacimiento claro de una fuente,
Que ennobleciera el campo su corriente
Y alentara los partos de la tierra.
Si al Sol, cuando confuso el mar le encierra,
Ves nacer y morir en solo un día,
Morir también allá y nacer le vieras,
Allá dieras alivio al pasajero
Y acá pones horror al marinero.
Si te favoreciera la escultura,
Pudieras tú á la puerta del avaro
Representar soberbia. El mármol paro,
En que vencerte, ni igualar procura;
Hallan más fortaleza y hermosura
En las soberbias torres que las gentes
Levantán sobre el campo de las nubes.
¡Oh estrellas, oh deidad, oh Sol, oh Luna,
Que hasta á una piedra agravie la fortuna!
Presumo que pudiera compararte
Con la noble virtud de mi paciencia,
Que hace á tantos agravios resistencia;
Que el cielo, el impío cielo la reparte,
No le ha dado á la ira alguna parte;
De la noble razón siempre invencible
Se ha mostrado al desprecio de los hados,
Si acaso fué la voluntad del cielo
Que los dos nos sirvamos de consuelo.
Mas ¡ay! que aquí te han puesto justamente,
En pena de que al viento ha pretendido
Obligarle con votos, y atrevido,
Con frágil leño, estorba el mar valiente.
Triste mísero aquel que vanamente
Deja en su patria el bien seguro techo,
Si tú le pones término á la vida,

Antes que á su codicia la fortuna,
A quien con vanos ruegos importunas.

Todos celebraron el lírico poema y admiraron el asunto; pero volviendo la plática á Cardenio Marcial, de nuestra edad, y no menos sutil y compendioso que el que celebró Roma, pues en dos redondillas castellanas hacía epigramas admirables, disponiendo en la primera el caso y aplicando en la segunda el conceto, le rogaron que refiriese algunos de memoria para que, viendo el modo, se animasen los demás á imitalle. Excusarse quiso aquel valiente ingenio, y procurando divertir la conversación atravesando otras materias, les procuraba hurtar el cuerpo. Pero viendo que sus ardidés se descubrían y que era fuerza inclinarse al ruego de tantos amigos y compañeros, dijo:

—De los que yo he escrito diré hasta una centuria, que se me acuerda, y consolaos con que no son otros tantos los que se me olvidan.

Y luego comenzó así:

EPIGRAMA I.º

A Dafnes y Apolo.

Apolo á Dafnes seguía,
(Fabio) que árbol se volvió,
y á la sombra le dejó
que con las hojas le hacía.

A su sombra el sol se asombra
de mirar su proceder:
ésta sí que fué mujer
que al sol le dejó á la sombra.

EPIGRAMA 2.º

A Hero y Leandro.

Hero y Leandro, notados
de locos por tanto amor,
dieron el corte mejor
para verse disculpados.

Sus muertes, Fabio, fué traza
que disculpó sus excesos,
que ella mostró tener sesos
y él que no era calabaza.

EPIGRAMA 3.º

A Celio, astrólogo.

¿Por qué consultas mi vida
tanto, Celio, á las ¡estrellas,
aunque en parte penda de ellas
el ser ganada ó perdida?

Deja al sol, deja á la luna;
no pierdas tiempo con ellos,
que no quiero ser de aquellos
que acechan á la fortuna.

EPIGRAMA 4.º

A Clito, capón.

¿Cómo siendo tu capón,
Clito, persuadirme quieres
que te tienen las mujeres
una notable afición?

Pues sé yo que cualquier dama,
aunque sea más traviesa,
quiere un capón en la mesa
mucho más que no en la cama.

EPIGRAMA 5.º

A Celio.

Después que por desdichado
de Belisa el bien perdí,
darme la muerte escogí,
Celio, por medio acertado.

Sólo por pesado y fuerte
aquel mal se ha de tener,
adonde es forzoso hacer
medicina de la muerte.

EPIGRAMA 6.º

A Fabio.

¿Quieres ser prudente, Fabio?
Tus obras te harán prudente:
jamás mientas, que el que miente
hace á su vergüenza agravio.

Sea mucha tu amistad
y muy pocos tus amigos,
no armen á tus enemigos
yerros de tu liviandad.

EPIGRAMA 7.º

A Albanio.

Celio, que á niños quería,
de mujeres olvidado,



porque á tan sucio pecado
 le llamaba niñería,
 tanto, Albanio, dió en quererlos,
 que, aunque se le murmuró,
 aun el día que murió
 murió abrasado por ellos.

EPIGRAMA 8.º

A Gerardo.

Casó Antón con Blasa bella,
 (Gerardo) y cuando casó,
 á sus suegros prometió
 no poner manos en ella.

Mas como es villana y tiesa
 y le hundía siempre á voces,
 cánsese, dióla de coces,
 y así cumplió la promesa.

EPIGRAMA 9.º

A Silvio.

El mismo sol que inclinado
 á Dafne la bella estuvo,
 cuenta, Silvio, que aún no tuvo
 estrella de ser amado.

No hizo más caso de él, ella,
 que si fuera un caracol:
 ¡Vive Dios, que á ser yo el sol
 que me vengara en la estrella!

EPIGRAMA 10.

A Tirsi.

Antes que Venus naciese
del mar, mientras que engendraba
y el ser perfecto aumentaba
de adonde amor procediese,
Tirsi ¿cómo el mar salado,
pudo tener con sosiego
tanta agua con tanto fuego,
la carne con el pescado?

EPIGRAMA 11.

A Clito.

Ya se ha visto en qué paró
la fortuna de Vireno;
de tantas riquezas lleno
me cuentan que ayer quebró.
Clito: está recién casado
con una hermosa mujer.
¡Triste de ella! ¿qué ha de hacer
con su marido quebrado?

EPIGRAMA 12.

A Celio.

Celio: á un mozo principiante
en oficio de ladrón
le metieron en prisión.
¡por Dios que era un ignorante!

Tuvo la prisión por vicio,
mudó el pesar en placer,
que allí acabó de aprender
á poca costa el oficio.

ÉPIGRAMA 13.

A Montano.

La mujer del volador,
Montano, en tu gusto hermosa,
ya es de sí tan generosa
que á todos hace favor.

Hoy, aunque tengo que hacer,
á verle me he de llegar,
que por ver á un buey volar
todo se puede perder.

ÉPIGRAMA 14.

A Anfriso.

De tu primo la mujer
(en buena hora sea mentado,
que eres tú también casado)
trabaja para comer.

El Lucindo es quien la abona;
con razón se satisface,
pues todo cuanto ella hace
es ponelle una corona.

EPIGRAMA 15.

De Orlando y Angélica.

Persuadirme á mí que Orlando
nunca, Angélica, os gozó
y entre tantas no os halló
alguna vez deseando.

Decir que vuestro desdén
siempre le perdió el decoro,
eso créalo Medoro
que es al que le está más bien.

EPIGRAMA 16.

De Saturno.

Contáronme cierto día
(yo, cuanto me cuentan, creo)
que Saturno, bruto y feo,
Fabio, á sus hijos comía.

Y en esto á mi parecer
ser muy discreto mostraba,
que él comía, y se excusaba
de buscarlos de comer.

EPIGRAMA 17.

A Lucio.

Pierdes el tiempo, haces mal,
Lucio, en sólo componerte,
pues no respeta la muerte
el hábito principal.

¿Piensas que está el ser honrado

en el traje? Vas perdido:
sabe que el primer vestido
se nos dió por el pecado.

EPIGRAMA 18.

A Jacinto.

Porque te ha puesto en cuidado
la que jamás le ha tenido,
dejas tu espada al olvido
Jacinto. No has acertado;
que de armas se satisface
Venus; entre ellas habita:
su amigo las ejercita
y su marido las hace.

EPIGRAMA 19.

A Ardenio.

Dos veces nos han penado
por llamarte á ti excelencia
á mí y al Conde. Paciencia:
basta, Ardenio, lo pasado.
No esperes, por vida mía,
ya excelencia de los dos,
que hasta merced te hizo Dios
en hacerte señoría.

EPIGRAMA 20.

A Lucio.

No te admires, Lucio; más
de verme tan humillado,

pues sabes que estoy casado;
cásate, y amansarás.

Podrás de un ejemplo ver
que no es esto desatino:
hasta el agua amansa al vino
por ser ella su mujer.

EPIGRAMA 21.

A un escudero que se aderezaba las manos.

Es ya vulgar opinión
de todos los cortesanos
que te comen esas manos
mucho más que tu ración.

Pues tanto goza en mirallas,
tu dueño, muy bien podrás
pedille otra ración más,
Clito, para sustentallas.

EPIGRAMA 22.

Siempre esta verdad creí,
jamás me dejé engañar;
que es mejor desesperar,
amor, que esperar en ti.

La razón es superior:
quien espera desespera,
y quien desespera espera
pasar á vida mejor.

EPIGRAMA 23.

Celia, que ardiendo en deseo
de Anfriso, cayó en sus lazos,

muere por verse en sus brazos
en santa paz de Himeneo.

Y porque él amor la cobre,
ella adorna su belleza
con aseo y con limpieza,
que son las galas del pobre.

EPIGRAMA 24.

A uno de la ley de Moisés.

Cuéntanme, Samuel, que ayer
estuviste á visitarme,
y cansado de esperarme
te fuiste al anochecer.

Mucho fué sin negociar
írte y vencer tu deseo;
¿quién creyera que un hebreo
se cansara de esperar?

EPIGRAMA 25.

Aliéntase en su pobreza
mi cobarde y fiel deseo,
bella Lisi, cuando veo
de tus dientes la riqueza,
porque la razón me enseña,
que á mi gusto el texto aplica,
que una boca que es tan rica
hará mal si es pedigüeña.

EPIGRAMA 26.

De aquel barbero de enfrente,
vecina, la del corral,

tanto cuanto afeitá mal,
es su mujer maldiciente.

Rapara más á placer,
según ella corta y raja,
si trajese por navaja
la lengua de su mujer.

EPIGRAMA 27.

Cuando tu boca habla más
tierna y suave conmigo,
Celia, á Fabio mi enemigo
haciendo del ojo estás.

¿De qué sirve en mis enojos,
si no es de afrentosa mengua,
lisonjearme con la lengua,
murmurarme con los ojos?

EPIGRAMA 28.

Fabio piensa que Camilo,
porque César le mató,
ser menos bueno mostró.
No guarda Marte ese estilo;
porque si anduvo animoso
el muerto, y riñó igualmente,
no será menos valiente,
sino menos venturoso.

EPIGRAMA 29.

Si el que goza de Moisés
tanta sangre, se ha casado
con tu dama y te ha privado,
Jacinto, del mayor bien,

por lo que ya se pasó
melancolizarse es yerro:
dale con un palo al perro,
pues la carne te llevó.

EPIGRAMA 30.

Antonia: esa condición
á hablar con todos dispuesta,
con ser tú limpia y honesta,
manchas pone en tu opinión.

Necio estilo te disfama,
tenerte lástima es justo,
pues no logras en el gusto
lo que pagas en la fama.

EPIGRAMA 31.

A Fabricio, mancebo vicioso.

No envidia á tu mocedad
¡oh mal regido Fabricio!
si estás sirviendo á tu vicio
porque lo manda esa edad.

Ya pasé por esos daños;
no te envidia, tal no creas,
que en los años mozo seas
para serlo de los años.

EPIGRAMA 32.

De Sancho y Urraca.

Sancho y Urraca rigieron,
siendo él Rey y Infanta ella,

á Castilla hermosa y bella,
que un tiempo coronas fueron.

Ved qué gobierno, ó qué haca,
don Juan, en Castilla, habría
si el pobre reino tenía
tordo el Rey, la Infanta urraca.

EPIGRAMA 33.

De Vellido Dolfos.

Cuando el traidor de Vellido
al Rey Sancho muerte dió,
(don Pedro) la ejecutó
de un venablo prevenido.

Dejadme que me provoque
á risa este pobre diablo,
que impertinente venablo,
pues le matara un bodoque.

EPIGRAMA 34.

*A una dama, su nombre, Esperanza;
su condición, mentir.*

Todo el tiempo que he perdido,
Esperanza, en tu afición,
siguiendo tu inclinación,
me has engañado y mentido.

Por mi estrella rigurosa
esta desdicha me alcanza,
pues nunca tuve esperanza
que no fuese mentirosa.

EPIGRAMA 35.

A una dama interesable y afeitada.

Compras, Celia, del tendero
la belleza de tu cara:
esta culpa te bastara
sin vendella por dinero.

Aunque si tú de la tienda
la compraste, y fué pagada,
belleza que fué comprada
no me admiro que se venda.

EPIGRAMA 36.

A un alguacil vinoso.

A prender un tabernero
fuiste, Arnaldo, y él te dió
tanto licor, que libró
su cuerpo del carcelero.

Viste luego mil candiles,
hablaste poco y mohíno:
no hay alguacil como el vino,
pues prende á los alguaciles.

EPIGRAMA 37.

Jamás verdad has hablado,
Inés; tu amor es fingido:
bien sé de lo que ha nacido;
tu interés te lo ha mandado.

Que, como á las galas precias
y en ellas pones tu honor,

á la verdad y al amor,
por desnudos, los desprecias.

EPIGRAMA 38.

Luego que te vi, te amé,
y aun no bien te poseí,
Fili, cuando aborrecí
el bien que tanto busqué.

Que amor que sin la razón
corre sólo á sus antojos,
su nacimiento es los ojos;
su muerte, la posesión.

EPIGRAMA 39.

Habló mal de un escribano
el moro, tu esclavo, ayer,
y él, que lo llegó á saber,
asentó sobre él la mano.

Ya esta guerra es muy osada,
don Luis, que no fué por yerro:
siempre muerde al gato el perro,
y él le pega manotada.

EPIGRAMA 40.

Sacarte ese diente hermoso
á todos nos ha dolido;
sólo el barbero atrevido
tuvo suerte y fué dichoso.

Mas paga no pedirá
si él es, Isdaura, prudente;
basta que se lleve el diente,
que una perla llevará.

EPIGRAMA 41.

Al fin la morisca gente,
 don Diego, se quiere armar
 y á la española negar
 el vasallaje obediente.

Guerra entre estas dos naciones
 fábula de Hisopo encierra,
 pues será ver una guerra
 entre perros y leones.

EPIGRAMA 42.

A los azotes de una hechicera.

Milagros en nuestra edad,
 Lisardo, habemos de ver;
 ya no tienes que temer
 hambre, peste y mortandad.

Que Dios en esta ocasión
 habrá su enojo aplacado
 sólo con haber sacado
 aquel cuerpo en procesión.

EPIGRAMA 43.

Tanto porfía la suerte
 en darme vida afligida,
 que si me quita la vida
 hará un milagro la muerte.

Adónde llega mi mal
 puedes, Gerardo, entender,
 pues milagro he menester
 en lo que es más natural.

EPIGRAMA 44.

Celio: esta noche soñaba
que una espada te había muerto,
desperté, y supe por cierto
que tu padre te casaba.

Si durmiendo te lloré,
despierto es más mi dolor,
pues fué el peligro mayor
de lo que yo le soñé.

EPIGRAMA 45.

¿A qué entraste por las puertas
de palacio, don Andrés?
Mucha tu desdicha es,
pues nunca á mentir aciertas.

¡Oh, que necio has de morir!
¡muy pobre te han de enterrar!
¿Por qué pretendes medrar
si no estudias en mentir?

EPIGRAMA 46.

Don Diego: aquel tu pariente
en quien labras amistad
tanto sabe de verdad
cuanto goza de valiente.

Sus labios siempre mintieron,
su espada vivió encerrada,
que su verdad y su espada
jamás en carnes se vieron.

EPIGRAMA 47.

¿De un hombre tan hablador,
del pueblo risa y espanto,
la palabra estimas tanto?
Notable es, Celia, tu error.

¿Tu engaño, ciega, no ves?
Tiempo es que los ojos abras,
que hombre de tantas palabras
de su palabra no es.

EPIGRAMA 48.

De tu patria te partiste
á la guerra á ser soldado,
de tu prima enamorado,
don Juan, y un ojo perdiste.

De tu desdicha reniego,
y en cuanto puedo me enojo,
pues vuelves tuerto de un ojo
y fuiste de los dos ciego.

EPIGRAMA 49.

Contra dos, de una mujer,
Celio, rescaté la vida,
y ella, al fin reconocida,
me lo supo agradecer.

Parió un hijo de mi nombre
después de estos desatinos,
que por entrambos caminos
di muestras de ser muy hombre.

EPIGRAMA 50.

Celia: á vuestro esposo Arnaldo
su fin aún no le llegó;
ya sabéis que hoy merendó,
harto os he dicho, miraldo.

Como él duerma, yo os empeño
mi fe que se halle mejor;
no le llamen al Dotor,
su médico será el sueño.

EPIGRAMA 51.

A una dama amiga de perros y de afeite.

Doña Ana: el verte besar
esos perrillos me enfada,
que, dama tan emperrada,
muy cerca está de ladrar.

Dame admiración tu trato,
y aunque me admiro, no yerro,
si en tu mano traes un perro
y en tu cara la del gato.

EPIGRAMA 52.

¿Para qué finges niñez,
anciana y sabia Lucinda,
pintándote hermosa y linda,
si está en casa la vejez?

No pediré en tu provecho
á Dios con ruegos extraños
que te guarde muchos años,
porque sé que ya lo ha hecho.



EPIGRAMA 53.

Dice, y niégalo su talle,
ese tu huésped, vecina,
que es sangre del de Medina
y del gran Marqués del Valle.

Mas según su trato es
(sus obras te lo dirán),
ni es en la bondad Guzmán,
ni en la crianza Cortés.

EPIGRAMA 54.

Quísome un ladrón cortar
la bolsa, mas yo acudí,
y en la mano recibí
la herida que le iba á dar.

Y fuera el daño mayor,
don Juan, que siempre llorara
si la bolsa me cortara,
que esta es la mano mejor.

EPIGRAMA 55.

Lelio: no quiero servir
en palacio, aunque el Marqués
me dé el mayor interés
que el mundo pueda pedir.

Antes haré en una peña
desierta mi habitación,
que no tengo condición
para hablar con una dueña.

EPIGRAMA 56.

Fili: de tus dos parientes,
el que más gusto te da,
limpio de zapatos va
y muy sucio de los dientes.

Sucio á las derechas es,
pues lleva (¡oh limpieza pocal!)
sucio lo que está en la boca,
limpio lo que va en los pies.

EPIGRAMA 57.

A Juan, hipócrita.

Juan: aunque más te entristeces
y suspiras devoción,
te adivino la intención:
hipócrita me pareces.

Si eres santo, allá te abraza
con un desierto remoto,
què yo nunca fuí devoto
de los santos de la plaza.

EPIGRAMA 58.

Doña Ana: oírte cantar
roba la melancolía;
pero los gestos querría,
que haces cantando, excusar.

Usa de modos modestos,
no pongas rostro feroz,
que, aunque eres ángel en voz,
pareces diablo en los gestos.

EPIGRAMA 59.

El nueso alcalde de hogaño
salió tuerto y codicioso,
y aunque todo es bien dañoso,
lo segundo es mayor daño.

Bras: no juzgues que es malicia;
desde hoy no pienso pleitear,
porque ya no puede andar
á derechas la justicia.

EPIGRAMA 60.

Tu primo me preguntó
por ti, Ardenio, esotro día,
y como quien burla hacía
con un palo me pegó.

Yo, que no pude sufrillo,
tiré un ladrillo, y no malo,
que á una pregunta de palo
responde bien un ladrillo.

EPIGRAMA 61.

Reirme, Camilo, quiero,
y esto será muchos días.
¿Por qué tu secreto fías
de un chocante y palabrero?

Tu secreto confialle
no me parece razón,
porque tiene un corazón
más público que la calle.

EPIGRAMA 62.

Con rabia tan inhumana
la verdad sueles morder,
que un ciego echará de ver
que mientes de buena gana.

Lino: la palma te den;
bien coronarte podrás,
que aunque otros mintieron más,
tú lo acertaste más bien.

EPIGRAMA 63.

A Martín Francés, menor.

Martín: en la edad presente
la ciencia está destruida,
y la virtud, ofendida,
injurias y agravios siente.

No te precies de estudioso,
mira que es temeridad;
esconde tu habilidad,
que es culpa ser ingenioso.

EPIGRAMA 64.

Hace, don Luis, tu vecina
mucha fuerza en que es doncella,
y yo no acierto á creella
ni á tal mi estrella me inclina.

Alumbra más que la esfera
de diamantes adornada:
calle tan bien empedrada
sin duda que es pasajera.

EPIGRAMA 65.

La poesía donosa,
Gerardo, de tu pariente,
aunque es muy poco excelente,
es con extremo preciosa.

No hay precio que la dé alcance;
el humano valer pasa
si el oro y perlas se tasa
que destruye en un romance.

EPIGRAMA 66.

Pedro Rodríguez, aquel
que siempre á vino sabía,
ya no le hace cortesía,
y es del agua amigo fiel.

Y porque viva premiado
desta virtud el buen hombre,
le mudamos, Celia, el nombre,
y se llama Pedro Aguado.

EPIGRAMA 67.

Con ser noble y bien nacida
te das, Alcina, por precio,
y en lenguaje infame y necio
pasas triste y torpe vida.

Huye tan bajo ejercicio
excusando su vileza,
y lo que es naturaleza
no lo trates como oficio.

EPIGRAMA 68.

Claudio: el ser tan arrogante
y colérico amador
nos pregona que en amor
sois moderno platicante.

Moderaos, por vida mía,
y vestid otro lenguaje,
porque hace amor su viaje
en pies de la cortesía.

EPIGRAMA 69.

Si no premias tu letrado,
Calixto, liberalmente,
verás tu pleito doliente
y morirá mal logrado.

Sus derechos y provechos
es sólo el bien que conquista,
que cuanto estudia el jurista
es todo por los derechos.

EPIGRAMA 70.

Con el que es de fealdad
monstruo, Isdaura se casó,
y en él, Octavio, empleó
de sus ojos la beldad.

Y como la causa enojos
siempre que á miralle viene
la pobre señora tiene
mala vista y buenos ojos.

EPIGRAMA 71.

¿Por qué fías, don Fernando,
tanto honor de tu sobrina?
Corre un poco la cortina
y ve por la tierra entrando.

Que, aunque con rostro severo
se turba si á hablar comienza,
bien puede en la desvergüenza
competir con un cochero.

EPIGRAMA 72.

No temas, Belisa mía,
decretos de las estrellas,
que el autor y dueño dellas
se los rompe cada día.

Que Dios es tan poderoso
que contra el hado pelea,
y le fuerza á que no sea
lo que había de ser forzoso.

EPIGRAMA 73.

De cuatro que han pretendido,
Porcia, tus bodas hermosas,
por estrellas rigurosas
el más necio fué elegido.

No vistas por eso luto,
en la desdicha te esfuerza,
que, siendo Porcia, era fuerza
haber de casar con Bruto.

EPIGRAMA 74.

Celio, aquel que sabe honrar
tanto el fruto de la viña,
en viendo cualquiera niña
se le procura juntar.

Que se pegue no me espanto,
Lisis, si lo considero,
porque es natural del cuero
pegarse á la carne tanto.

EPIGRAMA 75.

Con resolución honrada
de hacer cara á tu enemigo
le diste, Fabricio amigo,
ayer tarde una puñada.

Tan valeroso andúviste
que, á lo que el caso declara,
no sólo le hiciste cara,
pero se la deshiciste.

EPIGRAMA 76.

Ya vienes á molestarme,
don Juan, con tu cortesía,
pues cualquiera niñería
te humillas á suplicarme.

Abrevia las oraciones,
que no me fatigues quiero,
que pareces alojero
con tantas suplicaciones.

EPIGRAMA 77.

El hijo de aquel en quien
hace la potra armonía
cantó en el potro, y podía,
callando, sonar más bien.

El uno Silvio, y el otro
hace música que espanta;
la potra al padre le canta,
y el hijo canta en el potro.

EPIGRAMA 78.

Boticario: por mi vida,
que á Dios dejes de votar,
que no es mucho no ganar
tienda tan mal proveída.

No traerás tus hijos rotos
si de todo te previenes
y, como te he dicho, tienes
más botes y menos votos.

EPIGRAMA 79.

Tu mudo puedes llevar,
don Juan, que no me recrea,
porque, aunque por señas sea,
me cansa tanto hablar.

Que, notable moledor,
no hay quien su corriente ataje,
¡vive Dios, que en su lenguaje
el mudo es grande hablador!

EPIGRAMA 80.

A los poetas, Inés,
les pides sortijas de oro;
¿no ves que nuestro tesoro
como el de los duendes es?
¡Qué lenguaje tan perverso!
Desde hoy te notificamos
que nosotros no alcanzamos
más oro que para el verso.

EPIGRAMA 81.

*A don Juan de la Cueva, General de tierra
firme.*

Señor don Juan: bien podéis
al mar castigar sus bríos
cuando entre sus campos fríos
como el sol amanecéis,
porque para Capitán
General del mar undoso
ya está dado por dichoso
este nombre de don Juan.

EPIGRAMA 82.

A don Francisco Gasol.

Señor: destierra el cuidado,
que ya es antigua esta pena
que el dichoso en causa ajena
sea en la suya desdichado.
No es mucho que para ti

te falten trazas y modos,
que el que es bueno para todos
siempre es malo para sí.

EPIGRAMA 83.

Boca á boca los hallé,
y aunque los hablé y los vi,
dice Inés que no fué así,
don Luis, y que me engañé.

Con la boca me ofendió
dos veces, y está probado,
pues con ella hizo el pecado
y con ella le negó.

EPIGRAMA 84.

Para la merienda di
doce escudos, y aún no basta;
mi pobre hacienda se gasta,
enójaste contra mí.

Bueno es doce, Anarda mía;
doce di, no me hables mal,
pues que no es más liberal
el reloj al mediodía.

EPIGRAMA 85.

¿Para qué andas de valientes
todo el año acompañado,
si don Juan está guardado
de amigos y de parientes?

Si es que le quieres matar,
don Sancho, saber procura

el médico que le cura,
que este es el buen negociar.

EPIGRAMA 86.

Aunque ha dado en ladroncillo,
don Francisco, ese mulato,
no te espantes de su trato
ni trates de corregillo.

Quiere á su padre imitar
en muerte y en ejercicio,
que tuvo tan bajo oficio
y murió en alto lugar.

EPIGRAMA 87.

Presté el coche y denunció
un ministro del pecado,
y así el coche condenado
á los infiernos bajó.

Vendióse, y del interés,
sin ser sus intentos vanos,
llenó el alguacil las manos
y yo me quedé sin pies.

EPIGRAMA 88.

¿Por qué me sirves á mí
el plato de adulaciones,
que estudiadas oraciones
pierden sus fuerzas aquí?

Si pretendes mi amistad,
Julio, clara y transparente,

como el agua de la fuente
me da á beber de verdad.

EPIGRAMA 89.

Como tú, que siempre fuiste
de ánimo sencillo y blando,
contra el cielo blasfemando
el respeto le perdiste,

habla de hoy más con recelo
y teme al cielo, Pelayo,
porque tal vez suele un rayo
volver por la honra del cielo.

EPIGRAMA 90.

Solamente por cumplir
conmigo, que soy tan poco,
siguiendo un consejo loco
sueles Fabricio, mentir.

Estima la autoridad
más de la verdad, amigo,
no por cumplir conmigo
hagas falta á la verdad.

EPIGRAMA 91.

A los que me han preguntado
por tu casa, Magdalena,
por excusarles, la pena,
de compasión obligado,

como nunca te veo estar
en casa, y sé lo que pasa,
les respondo que tu casa
son las calles del lugar.

EPIGRAMA 92.

Tu estilo me vuelve loco
y tu modo de interés,
pues cuantas veces me ves
me pides, y siempre poco.

Menos veces pedirás,
y más cantidad, Leonora,
y de este modo, señora,
pedirás menos y más.

EPIGRAMA 93.

De la viuda, tu parienta,
cuentas hazañas de honor,
y que jamás por amor
ha resbalado en la afrenta.

Haces gala de servilla
diciendo que es muy honrada.
Carlos: yo no digo nada,
hablen sus mozos de silla.

EPIGRAMA 94.

Hombre loco eres, Antón,
y pienso que no muy poco,
porque dicen que eres loco
de todo tu corazón.

Tus relámpagos y truenos
confirman esta verdad:
ella es una enfermedad
de que han muerto muchos buenos.

EPIGRAMA 95.

Dos veces salió á torear
mi esclavo, ¡quién tal creyera!
como si una bola fuera
el toro le echó á rodar.

El anduvo desdichado;
Claudio, su estrella condeno;
para período era bueno,
porque fuera muy rodado.

EPIGRAMA 96.

¿Al médico que está herido
la sangre vas á tomar?
dejale, Alférez, bañar
el lecho en que está tendido.

¿Qué importa que se desangre
por los pies y por las manos,
si él ha muerto más cristianos
que tiene gotas de sangre?

EPIGRAMA 97.

Al tiempo que el escribano,
señor cura, ayer murió,
el tabernero expiró,
que no era menos tirano.

Afirma un autor moderno,
y yo lo creo por Dios,
que se llegaron los dos
mano á mano hasta el infierno.

EPIGRAMA 98.

Si con lenguaje atrevido
tu suegra quiso infamarte,
Belisa hermosa, y quitarte
lo que darte no ha podido,
no te ofende en un cabello;
déjala con su pecado,
que el diablo tendrá cuidado
de darle gracias por ello.

EPIGRAMA 99.

Lloviendo amaneció ayer
y así entonces no colgaron
al morisco, que esperaron
tiempo en que poderlo hacer.
A la tarde el sol salió
(Lauso), y pagó su malicia;
éste fué sol de justicia,
pues por él se ejecutó.

EPIGRAMA 100.

De Antonia hermosa arranqué
la flor de virginidad;
más de un niño la beldad
luego en su jardín planté.
Juzgue un jardinero honrado
que sepa de plantas, Bras:
¿cuál es lo que monta más
lo arrancado, ó lo plantado?



EPIGRAMA 101.

Para ti no quieres nada,
para mí lo quieres todo,
quien te oye hablar de este modo,
Nise, tu trato le agrada.

Mas, llegado á averiguar
el favor, mucho me ofende,
que el todo y nada se entiende
en materia de pesar.

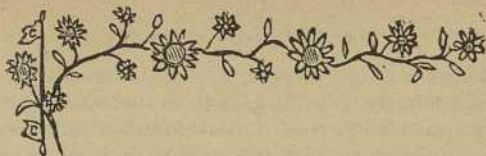
—Siempre los nobles dan más que prometen —dijo Albanio—, pues estos epigramas, si yo no me engañé en la cuenta, son ciento y uno, y tú ofreciste decir una centuria. Dos coronas te debe España, peregrino Cardenio: la una, por ser el primero que en nuestro natural lenguaje, sin ser hurtado ni traducido, escribiste este género sutil de poesía; la otra, porque, no sólo has igualado (aunque pese á todos los gramáticos del mundo, porque sólo ellos tendrán desvergüenza para contradecir mi opinión) la gracia y donaire del sutil Marcial, pero en muchos dellos le has excedido, dando con esto confusión á los que estamos tan lejos de imitarte. Y mucho más dijera en tu alabanza; pero espero ocasión y lugar donde se oiga con menos invidia, que aquí somos todos de un oficio, á más de alguno habré cobrado por enemigo quejoso de haberme visto hacer tantas espaldas á la verdad.

Así platicaban, así discurrían y así engañaban al tiempo.

Y el letrado, que fué el autor de la fiesta, los escuchaba con atención, porque era hombre que

jamás dejó de bailar al són de las Musas, posponiendo á esto las más graves ocupaciones, porque decía que para la tristeza de su corazón eran más alegres que las esmeraldas, y más confortativas que cuanta manteca de azahar se vende en la mayor de las ciudades, en la gran Sevilla. Pero como cargase la fiesta y el cansancio con ella trujese sueño, de que todos daban indicios y señales manifiestas en los bostezos y cabezadas, retiráronse á una sala baja y fresca, que había en el jardín, en medio de la cual, con agradable música, corría una fuente, á cuyo regalado són, cerrando las ventanas de la pieza y acomodándose cada uno en dos sillas, trataron de cumplir con el sueño y defenderse del calor.





IX

Hacen los Poetas una comedia de repente, y en ella le dan parte á nuestro Caballero, de donde se le sigue una burla tan pesada, que, afrentado, huye de la Corte y muere del sentimiento.

Como las sombras comenzasen á extenderse por el jardín y huerta, y el sol de todo punto desocupase aquel sitio, avisados del jardinero, que tomó por su cuenta este cargo, volvieron nuestro Puntual y todos los demás que le cercaban con mucho cuidado, sin perdelle jamás de vista, á visitar las flores y á gozar las fuentes; deseaban metelle en plática, y el letrado, más que todos, buscaba rodeos, porque como su fiesta principal era oírle, y á ese fin había trazado aquella comida en el campo, con intención de gozalle todo un día, sentía mucho que se le hubiese pasado dél la mayor parte sin tocar pelota. Y porque las pocas horas que le quedaban no se les fuesen tan á la sorda como las pasadas, le arrojaba todas las capas, para ver si acometía. Al fin le pegó fuego, y como era todo pólvora, le voló tan alto, que en breve instante le perdieron todos de vista.

No soy yo tan loco que me atreva á referir, por lenguaje tan disparatado, los desvanecimientos de nuestro Caballero, lo que él habló, lo que

él encareció, y, finalmente: lo que él se perdió en el camino de la mentira; cuántas invenciones sacó de visajes en el rostro, hasta entonces nunca vistas; cuántas acciones descompuestas hizo, ya con los pies, ya con las manos. Celebróse por el hombre que más bien torneaba y jugaba las armas en toda la cristiandad, haciendo sin razón ni ocasión, para dar muestras de su habilidad, todos los meneos y circunstancias que en tal caso se requieren; y esto, con tan mal aire y fuera de tiempo, que parecía más danzante de la danza de espadas que diestro jugador de las armas. Quiso hablar por lenguaje matemático de medios y enteros círculos; pero salióse mil veces de los términos, llamando al ángulo recto, obtuso, y al obtuso, recto. Cierto que no me espanto, yo los tengo por disculpados á los hijos de Apolo en la travesura que aquel día acometieron, y por más dignos de honrado premio que de reprehensión y castigo. Entre ellos, uno más bellaco, mayor socarrón y de mejor gusto, le ayudó á desvanecer, diciendo que era lástima digna de llorarse entre los hombres que veneraban al honor sobre todos los demás dones de los mortales, que siendo tan célebres los hechos de sus pasados, y principalmente los de su abuelo, que él decía llamarse Sancho Díaz de Toledo, estuviesen oscuros y maltratados del olvido por falta de plumas que se acordasen de tales espadas, y así, que si él le daba licencia, que desde luego quería escribir, por servirle, los gloriosos actos en caballería por su abuelo obrados, haciendo un poema heroico, al cual, imitando á Virgilio, que á su obra llamó *Eneida*, por ser el prin-

cipal autor Eneas, pensaba intitular *Sanchina*, pues la persona de quien había de cantar era Sanchito. Y éste, después de acabado y perfecto, determinaba dedicarle á la sombra de su virtud y valor, por ser rama de árbol tan ilustre; y para proponelle con esto un espejo delante de los ojos, donde viese las hazañas de sus mayores, á quien siempre debía imitar. Palabras fueron estas que, llenas de fuego, se le entraron por los oídos y le abrasaron el alma. Quedó en éxtasis, ajeno de la razón y discurso, y ausentes los sentidos, de tal modo, que por largo espacio de tiempo no pudo formar una sola palabra, llena del agradecimiento de que á tal oferta era deudor; pero ya que le dió lugar la vanagloria, después de haber hecho impertinentes y descortesés cortesías, porque cuando son muy prolijas y pesadas, de manera que llegan á cansar al oyente, tal título lo merecen, le ofreció mil escudos para el escote de la impresión, y que se obligaría con todas las condiciones y fuerzas necesarias por escritura. ¿Posible es que sean tantos los caminos de la perdición del hombre? ¿Adónde vas despeñándote agora, desventurado? Presto verás cuán cerca está el castigo de tus desvanecimientos; mil escudos ofreces cuando menos. Pero con todo esto, aunque sea en vano, te lo quiero agradecer, por el buen ánimo con que lo dices, que te prometo que si todos los príncipes fueran de tu condición, que hubiera más ingenios premiados y menos hazañas olvidadas.

Ancho campo me abría esta materia; pero pienso ser sucinto, por ser yo el único destes tiempos que ha puesto más el premio en la fama.

Cansados ya de sus impertinencias, determinaron hacerle una burla digna de un loco, que tuviese mucho de afrenta y nada de peligro, aunque para los cuerdos éste es el mayor; pero lenguaje semejante no hablaba con él, por no ser persona de maduro y prudente discurso; consultáronla entre todos, y después de haber peleado con variedad de opiniones, determinaron elegir el parecer del Letrado por el mejor. Y fué que, para pasar un rato de la tarde con menos molestia y entrete-ner el tiempo que desde allí á la noche les queda-ba, les satisfizo hacer una comedia de repente, holgura muy ordinaria entre los hombres de in-genio y el mejor engaño que hacen al tiempo, y el día de hoy se les puede venir á oír de muchas leguas, porque concurren para este acto hombres de singular gracia y donaire. Instáronle á él mu-cho que entrase en ella, diciendo lo que ordinaria-mente en aquellas ocasiones se suele, que allí no había de haber figuras mudas y que ellos no admi-tían en su conversación hombres pintados que so-lamente miraban y callaban. No se pudo excusar, ni quiso, antes concedió luego, porque como era tan afectado caballero y había visto que los tales el día de hoy se precian de saber hacer una copla, tuviérase por muy culpado si huyera el cuerpo en esta ocasión, antes la recibió con buen rostro, por-que él era vano en cualquier materia. Y vivía tan satisfecho y enamorado de todas sus acciones, que le parecía que en todo lo que intentaba, aunque no fuese de su profesión, era el primero, y el que con más justo título se alzaba con las voluntades y hacía dueño de los corazones de los presentes.

Procuraron vestirse todos los interlocutores de los mayores andrajos que pudieron, y de tal suerte, que ganara aquel día un ropavejero, des- tos que alquilan ropas viles, un tesoro si se hallara en el vestuario de los contenidos, porque ellos procuraban que el traje y las razones conformasen tanto en el desaliño que se diese lo uno á lo otro la mano igualmente para provocar á risa, que este es el premio, corona y palma que de semejantes actos se pretende. Púsose nuestro Puntual entre mucho trapajo una capa parda y vieja del hortelano, tan rota, que metiendo los brazos por los dos lados, por dos agujeros, que entre otros muchos se halló hechos, pareció servirse della á un mismo tiempo como de capa y ropa, con que salió á echar la loa, después de haber cantado los que tenían por su cuenta la música de aquel día. Comenzóse la comedia, y en él hizo el papel que le tocaba, que era el de un traidor que, imitando la infame hazaña de Vellido, en un campo desierto mataba á su rey á lanzadas. El cual, después, viniendo á ser puesto en prisiones por los del reino, le condenaban á muerte afrentosa para castigo suyo y escarmiento de los demás. El sacó para este efecto, en vez de la lanza, un asador cubierto de hollín y pegajosa grasa, representando su parte con tanta frialdad y desgracia, que por frío y desgraciado hizo reir más que pudiera, aunque hubiera resucitado en él el donaire del celebrado Cisneros. Con aquel mismo traje como estaba, con el aseo y aliño que habéis oído, sin mudalle ropas nuevas ni limpiarle las que llevaba cubiertas, le pusieron sobre un ju-

mento humilde, que era del hortelano, aderezado á fuer de honrado pollino, con su albarda pajiza y su cabestro labrado en la ciudad de Esparta. Atáronle de pies y manos, como á delincuente que iba á morir y era menester llevarle con esta seguridad. Así comenzaron á caminar con él hacia el lugar que estaba señalado para el castigo, acompañándole todos delante y á los lados. Unos haciendo el oficio de pregoneros, que publicaban la bajeza de su delito, y otros el de religiosos, que le consolaban y animaban para aquel último paso. Iba él con mucho gozo y alegría en el semblante, como hombre que, preciándose mucho de cortesano y buen compañero, era enemigo de que por él se aguasen las conversaciones, y como quien con ánimo inocente estaba seguro de las cautelas de sus enemigos, que ya le tenían armado el lazo y echada la red. Nadie es tan sabio ni ha llegado á tan alta eminencia de conocimiento que pueda librarse de las asechanzas que le ponen los suyos, porque como no vive dellos sospechoso ni se recata de sus manos, con facilidad le roban los cofres y aun le desnudan las paredes. De los enemigos domésticos, que andando á mi lado como espíritu malo no los veo, éstos me libre la mano poderosa de Dios, que de aquellos que me la juran y echando retos llenan el lugar de sus amenazas ya yo los conozco y sé hasta dónde llegan con sus tiros y cuántos pasos tengo de retirarme para andar seguro de su artillería. Así le llegaron hasta la puerta de la calle, que estaba cerrada, donde emparejando con ella, y haciendo cierta seña que se había concertado, la abrieron luego cuatro mo-

zuelos que estaban por defuera, hijos de los hortelanos de aquellas huertas convecinas, con sus garrotes en las manos, alpargatas en los pies y monterillas en las cabezas, pagados é industriados para lo que habían de hacer. No fué bien abierta, cuando el jumento, que estaba deseoso de pasarse un rato, embocó por ella con aquella graciosa figura, y sin que él pudiese defenderse, por ir atado de pies y manos, comenzaron los muchachos á dar de palos al desdichado animalejo que le llevaba, guiándole hacia los vistosos álamos del Prado, que, por ser aquel día fiesta solene, estaba lleno de toda la bizarría de damas y caballeros de la Corte, diciendo á voces:

—Guarda el loco, guarda el loco.

A esto se juntaron otra infinidad de mozuelos hábiles y que aprendieron luego la misma canción. Y todos haciendo una música endiablada, se la cantaban en desentonados gritos.

Desengañaos que todo vulgo es malo; pero el de los muchachos, entre los demás, el peor de reducir y el más duro de gobernar. Metiéronle entre todo el corriente y concurso del pueblo, sin que nadie le pudiese ir á la mano, paseándole por medio de los coches y caballos una y muchas veces á vista de aquellos con quien él tanto se había desvanecido y caballereado, que luego como le conocieron causó á todos en un tiempo risa y admiración. Los muchachos crecían en la persecución; los hombres, en la risa; unos le tiraban barro á la cara, y otros, palabras injuriosas á los oídos. Por velle desampararon sus tablas los turroneiros, sus cántaros los aguadores. Los caballeros que profe-

saban autoridad y se ensayaban para ministros alargaron el paso y le siguieron á galope. Las señoras más graves se arrojaron por los estribos de los coches, y casi le gritaran si el natural respeto no las corrigiera.

Todos acudían á cercalle como á cuerpo santo; era la miel destas moscas y el cebo destes peces. Y el miserable, corrido y afrentado, decía preciosas locuras, sin haber nadie que dél se pudiese doler, porque la pueril canalla estaba superior.

En este intervalo de tiempo, en esta disgresión y largo paréntesis, el hortelano echó menos á los pies de su noria, y preguntando por ellos, un paje del Letrado, andaluz y natural de Córdoba, que para asegurar que no era necio no es menester presentar otros papeles, deseoso de tener parte en la persecución del pobre Caballero, queriendo ser uno de los verdugos de su locura y ministros de Satanás, le dijo que un hombre le llevaba hurtado su jumento hacia el Prado, y que le avisaba por hacerle buena obra y dolido de su pobreza, que fuese luego en su seguimiento, porque era persona que estaba enseñado y no era la primera vez que ponía en cobro á una vuelta de ojos la hacienda de todo un barrio.

Como esta gente rústica es incapaz de razón y tiene corto discurso, dando crédito á lo que se decía, fué en su busca ciego de cólera, previniéndose primero de un garrote muy bien apersonado, y hallándole donde le habían dicho, si los muchachos le llamaban loco, él comenzó á decirle en grandes voces:

—Sois un ladrón, que me traéis el jumento;

apeaos, doy os al diablo, que no parió para vos la burra.

Y diciendo y haciendo detuvo al animal, y comenzó á desatar al afligido y desconsolado don Juan. El cual, como estaba tan bien en los puntos de caballería y leyes del duelo, cansado de que tantas veces le llamase ladrón delante de tan honrados testigos, pareciéndole que era menester dar una satisfacción tal como convenía, mirando al rostro del grosero gañán, le dijo:

—Mentís como vil villano.

Y acometió á él, asiéndole del garrote que traía y dando manifiestos intentos de querer quitársele para hacer más segura su venganza. Pero como para esto llegasen á los brazos, y el labrador fuese tan robusto como grosero, que con esto queda dicho que era el más robusto del mundo, á pocos lances dió con la vana torre de nuestro Puntual en el suelo, donde le sacudió algunas coces tan buenas que se siguieron tras un nublado de mojicones que sobre él se había descargado, que si al ruido no llegaran dos alguaciles de corte, y apartando los muchachos se le sacaran de entre sus bestiales pies, fuera aquel el último día en que tuvieran fin tan engañados desvanecimientos.

Fué imposible hacer allí la averiguación de la causa, porque todo era grito y rumor confuso; crecía la borrasca de la gente que, con una y otra ola, los unos á los otros se ahogaban. Y así, volviéndole á encaballarar sobre su jumento, dieron vuelta á la huerta, que ya la hallaron desamparada del Letrado y demás secuaces, porque luego, como no eran de los que se maman el dedo y co-

men las sopas habadas, vieron en lo que había de parar la boda de Inés. Allí llegó nuestro caballero con más alivio. Diéronle un poco de agua, limpiáronle el rostro y dijéronle palabras de mucho consuelo, para que, al calor dellas, cobrase esfuerzo y ánimo. Donde, acabándole de conocer uno de los alguaciles, que era de buen gusto y sabía trabajar en las necesidades una copla, porque había sido motilón y hermano compañero de uno de los héroes poéticos, apenas pudo estorbar la risa; pero esforzándose animosamente para la disimulación, le oyeron con atentos oídos él y sus compañeros la miserable relación de su desdicha, que, después de haber acabado, no fué menos dificultoso mostrar compostura y serenidad en el semblante; pero con las mejores razones que ellos pudieron adquirir y juntar allí de repente le vistieron sus vestidos, quitándole aquel maldito ropaje, y enviaron por una silla para llevarle á su casa, aconsejándole que á su reputación convenía no querellarse de aquel suceso, sino callar y echallo á cuestras un monte, porque, de otro modo, quedando escrito, sería dar parte á la posteridad de su afrenta, rodando de siglo en siglo, y pasando de hombres en hombres. Este es el primer consejo bueno que han dado alguaciles, esta es la primera vez que trataron de echar agua al fuego y no de atizar la llama. ¡Oh singular milagro, oh nueva maravilla, digna de vivir iguales siglos con la eternidad! No hay cosa por mala que sea de quien de todo punto pueda desconfiarse, ni por buena y segura, de quien á ojos seguros deba confiarse. ¡Veis aquí piedad en el infierno y misericordia en

la espada de la muerte! A él le pareció que le aconsejaban lo que le importaba, y así bajó el cuello y obedeció la sentencia, dándoles gracias infinitas como á restauradores de su vida y honra; y suplicóles que le llevasen hasta su posada y no le dejaran solo en el camino, porque no se daba por bien seguro de sus enemigos, de quien aún recelaba mayores daños. Con facilidad consiguió dellos lo que les pedía, porque le pareció que, como ministros de justicia, corría por su cuenta la seguridad de la vida de aquel hombre que habían tomado ya á su cargo el defendelle. Acostáronle en su cama, y ofreciéndole que volverían á visitalle á la mañana, mandaron á su huésped y criados que le guardasen el sueño con mucho cuidado, y que en ningún modo le dejaran visitar de persona alguna, porque para su salud y vida convenía así. Ellos quedaron bien advertidos y determinados á obedecer el orden, y así le velaron hasta las doce de la noche, con no poca admiración y espanto del nuevo suceso. Echaban sus juicios, y el huésped sobre el canto llano de los demás, su contrapunto. Pero como los escribanos no se vayan más derechos al infierno que ellos daban en la verdad del negocio, el cielo estaba poblado de plumas. Cada uno decía su disparate, y el que pensaba que estaba más cerca del lugar, iba más fuera de camino. Mas ya cansados de quebrarse la cabeza y llamados del sueño, pareciéndoles que estaba la tierra segura y que el enfermo dormía, trataron de recogerse; pero apenas hubieron ellos retirádose, cuando el triste y malafortunado Caballero despertó abrasado de congojas, y

lleno de tristes y rabiosas ansias se comenzó á vestir muy aprisa, y con todo el silencio que pudo, no llevando consigo más que doce reales, saltando por las tapias de un corral, sin tener determinada voluntad, sino sólo forzado de la pasión, volviendo de una en otra esquina, y pasando de una en otra calle, se halló á la puerta de Toledo, de donde, prosiguiendo con la misma ceguedad y confusión de espíritu, cogió el camino de aquella ilustre ciudad en que había nacido, porque

al cabo de los años mil
volverán las aguas por do solían ir.

¡Cuántos suspiros arrancabal ¡cuántas lágrimas vertía! Infamaba á la fortuna y desafiaba á las estrellas. Ya quería suspenderse de un árbol, imitando la muerte del despensero calabrés, y ya entregarse á la corriente del primer río, pidiendo á los convecinos de su ribera que le ofreciesen al fuego después de muerto, para gozar deste modo de todos los elementos, pues había nacido en la tierra, vivido en el viento, muerto en el agua y sepultádole en el fuego. Los remedios hallaba dificultosos y sólo le agradaban los abrazos de la muerte. La noche caminaba aprisa, y él mucho más, con tanto esfuerzo y coraje, y tan libre de sujetarse al sueño, que parece que por él se dijo:

mal reposa un agraviado.

¡Cosa admirable, extraña fuerza de un furor frenético! ¿Qué no puede un ánimo desatinado? Pues otro día, á las dos de la tarde, sin haberse pa-

rado en ningún lugar ni mesón á dar alivio al cansancio, ya pasando algunas horas en la cama, y ya comiendo algo que le fomentara las fuerzas del cuerpo y del espíritu, entró en Toledo en menos de catorce horas. ¡Un hombre que se había criado en la poltronería de tantos vicios y que le solía cansar todo lo que no era caminar en literal! Pero como la imaginación le había dado tanta prisa, y todas las ventanas y puertas del alma estaban cerradas, de modo que era imposible entrarle un rayo de la luz del consuelo, ya ahogado de la pena, ya vencido del cansancio, le dió una mortal y rigurosa calentura que, como creciese aprisa, le obligó á valerse de la caridad común y entrarse por las puertas del hospital, donde, sin ser los beneficios poderosos á defendelle, quedó la muerte por vencedora de sus años.

¡Ay, hermanos y queridos míos en Cristo, los que andáis ciegos en esta Corte con no menores vanidades, y muchos con peor título, y quién le hubiera dicho á nuestro Caballero aquellos primeros días que pisó la corte, cuando estaba con flor la fruta de su caballería, haciendo banquetes suntuosos, dando ricas libreas, ruando en valientes caballos, voseándose con los señores, y enterneciéndose con las señoras:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte,
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando!

Para que agora, viéndose morir entre las mantas de un hospital, desconocido y olvidado, sin amigos que le acompañen ni criados que le sirvan, justamente prosiguiera:

¡Cuán presto se va el placer;
cómo, después de acordado,
da dolor:
cómo, á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor!



EL CABALLERO PUNTUAL

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE
DEL CAVALLE-
RO PVNTUAL, Y LA CO-
media de los prodigios
de amor.

AL EXCELLENTISSIMO
señor Duque de Cea.

AVTOR
ALONSO GERONIMO DE SA-
LAS BARBADILLO

EN MADRID
Por Francisco Abarca de Angulo
CON PRIVILEGIO
Año de 1619.

*Acosta de Andres de Carrasquilla
Mercader de libros.*

Vendese en la calle mayor, junto a la
casa del señor Iuan de Frias.



TASA

Yo Diego Gonzalez de Villaroel escribano de camara de su Magestad, de los que en su consejo residen, doy fe que habiendose visto por los señores del un libro intitulado, Segunda parte del *Caballero Puntual*, que con licencia de los dichos señores fue impreso. Compuesto por Geronimo de Salas Barbadillo, tasaron cada pliego de los del dicho libro á quatro maravedis, y á este respeto mandaron se vendiese y no mas, y que esta tasa se ponga al principio de cada libro de los que se imprimieren. Y para que de ello conste de mandamiento de los dichos señores del consejo, y de pedimiento de la parte del dicho Geronimo de Salas doy esta fé en Madrid á once dias del mes de Mayo de mil y seiscientos y diez y nueve años.

Diego Gonzalez de Villaroel.

Tiene 26 pliegos, monta conforme á la tasa 3 reales y dos maravedis.

ERRATAS

Fol. 36. pag. 2. lin. 10. honres, y diga honores.

Fol. 38. pag. 1. lin. 8. jurispecia, y diga jurispericia.

Fol. 46. pag. 1. lin. 1. un. en, diga en un.

Fol. 54. pag. 1. lin. 3. do, lease de.

Fol. 70. pag. 2. lin. 19. leucha, lease lengua.

Fol. 125. linea ultima, herma, lease hermano.

Este libro intitulado segunda parte del *Caballero Puntual*, con estas erratas corresponde con su original. Dada en Madrid á 4 de Mayo 1619.

El Licenciado Murcia de la Llana.





PRIVILEGIO

EL REY

Por quanto por parte de vos Alonso Geronimo de Salas Barbadillo, natural y vecino de la villa de Madrid, nos fue fecha relacion que habiais compuesto un libro intitulado *Caballero Puntual* segunda parte, de mas de la primera que con privilegio nuestro teniais impresa, suplicandonos os mandasemos dar licencia para que pudieseis imprimir la dicha segunda parte, y privilegio por veinte años, ó como la nuestra merced fuese. Lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la prematica por nos ultimamente fecha sobre la impresion de los libros dispone, fue acordado que debiamos de mandar dar esta nuestra cedula para vos en la dicha razon, y nos tuvimoslo por bien: por la cual os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes que corran y se cuenten desde el dia de la fecha de esta nuestra cedula en adelante, vos, ó la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podais imprimir y vender el dicho libro que de suso va fecha mencion, por su original, que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado, y firmado al fin de Diego Gonzalez de Villaroel nuestro escribano

de camara de los que en el residen. Con que antes que se venda la traigais ante ellos juntamente con el original, para que se vea si la dicha impresion está conforme á el, ó traigais fé en publica forma como por corrector por nos nombrado se vio, y corrigio la dicha impresion por el dicho original. Y mandamos al impresor que ansi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego, ni entregue mas de solo un libro con su original al autor ó persona á cuya costa lo imprimiere para efecto de la dicha correccion y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro este corregido, y tasado por los del nuestro consejo, y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y seguidamente ponga esta nuestra cedula, y la aprobacion que del dicho libro se hizo por nuestro mandado, y la tasa, y erratas, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en las leyes, y prematicas de nuestros reinos que sobre ellos disponen. Y mandamos que durante el tiempo de los dichos diez años persona alguna sin la dicha nuestra licencia no pueda imprimir, ni vender el dicho libro, so pena que el que lo imprimiere, ó vendiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldes, y aparejos que del dicho libro tuviere, y mas incurra en pena de cincuenta mil maravedis, la tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare. Y mandamos á los de nuestro Consejo Presidente, e Oidores de las nuestras Audiencias, alcaldes, aguaciles de la nuestra corte, y chanci-

llerías, y á todos los corregidores, asistentes y Gobernadores alcaldes mayores, y ordinarios y otros jueces, y justicias cualesquier de todas las ciudades, villas, y lugares de los nuestros reinos y señoríos, y á cada uno en su jurisdiccion, guarden, y cumplan esta nuestra cedula. Fecha en Madrid á trece dias del mes de Marzo de mil y seiscientos y diez y nueve años.

YO EL REY

Por mandado del Rey nuestro señor.

Pedro de Contreras.





APROBACION

He visto este libro del *Caballero Puntual*, segunda parte, y la comedia que va en el, compuesto por Alonso Geronimo de Salas Barbadillo, y no he hallado cosa alguna que contradiga á la verdad de la Fé, ni ofenda á la piedad de las buenas costumbres, sino una lecion ingeniosa, agradable, y util, en quanto pertenece á la parte del honesto entretenimiento, no olvidada, ni estimada en poco de los instituidores, y prudentes gobernadores de las mejores, y mas felices Republicas y por todo no solo bien admitida, sino necesaria en ellas. En lo inventado, dispuesto, y razonado del Puntual, muestra el autor su ingenio, doctrina, y discrecion. Y en todas las partes de la comedia (donde la antigüedad no le excede en el arte, ni iguala en los numeros, y pensamientos colocados, y dichos con subida elegancia) se mira á mas luz, y no sin envidia la gallardia de un ingenio culto, y feliz como el de su dueño. De mas que todo ello va sembrado de hartas cosas que pueden servir de aviso, y provecho. Por lo qual me parece que se le puede dar muy bien la licencia que pide para imprimirle. En Madrid á 27 de Enero de 1619.

Don Luis Varona Zapata.

APROBACION

Por comision y mandado de los señores del Consejo de su Magestad he hecho ver el libro contenido en este memorial, que es segunda parte del *Caballero Puntual*, y no tiene cosa contra la fé ni buenas costumbres, antes por su buen lenguaje y puntualidad se debe imprimir. En Madrid á 29 de Enero de 1619.

El Licenciado Alonso Illescas.



Muy poderoso señor:

Por mandado de V. Alteza he visto este libro intitulado segunda parte del *Caballero Puntual*, compuesto por Alonso de Salas Barbadillo, y me parece que asi por no tener cosa que ofenda, y ser del mismo lenguaje, ingenio, y prudencia del autor, que debajo de dulce y gracioso entretenimiento, comprehende materias de tanta sciencia y curiosidad, se le puede dar la licencia y privilegio que suplica. En Madrid á once de Febrero de 1619.

Tomás Gracian Dantisco.

Al Excelentissimo señor don Francisco de Sandoval y Rojas, Duque de Cea, Gentilhombre de la camara de su Magestad, y Clavero de la Orden y caballeria de Calatrava.

Ofrecco á V. Excelencia la segunda parte del *Caballero Puntual*, reconociendo en lo que puedo lo que á la grandeza de tan illustre principe se debe: en darle yo, y en recibirle V. Excelencia, se acreditan mi eleccion y su piedad: resplandeciendo tanto mas en esto la accion de V. Excelencia, quanto la suya fué liberalidad, y la mia interes propio: si ya no lo es de los pechos generosos hallar ocasiones en que exercitar esta virtud, en es.

tos tiempos tan desconocida, y por eso las veces que la hallamos tan admirada. Satisfecho estoy de que he asegurado mis alabanzas con tan alto patrocinio, y deseoso de hacer de mi pluma mejores empleos, en las que se deben á los heroicos progenitores de V. Excelencia, á quien desde hoy con más agradecimiento que osadia me consagro. Guarde nuestro Señor á V. Excelencia largos, y felices años, como sus criados deseamos, y hemos menester. De Madrid á trece de Mayo de 1619.

*Alonso Geronimo de Salas
Barbadillo.*





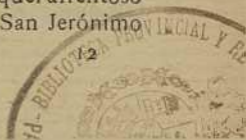
SALE NUESTRO PUNTUAL DE SEVILLA
PARA MADRID.

I

*Resiérnense los sucesos del camino,
y último fin de la jornada.*

Todos dicen que soy muerto,
no debe de ser sin causa,
que aunque pienso que estoy vivo,
alguna sombra me engaña.

Con igual queja y no menor razón que la de este célebre poeta se podía endechar nuestro puntualísimo Caballero, porque siendo en la verdad vivo y sano, más de sus miembros que de su juicio (que siempre tales sujetos ponen mayor cuidado en la conservación de lo que importa menos), hicimos plato al pueblo de su muerte, experimentando con esta nueva falsa los amigos (pocos verdaderos en tales tiempos), porque raras correspondencias llegan hasta los umbrales del sepulcro, que ya en el que muere, sino antes, al mismo tiempo, expiran la vida y la memoria. Es el caso que él se retiró á Sevilla después de aquel afrentoso paseo, cuando siendo el Prado de San Jerónimo



el teatro fué fábula de la Corte, en día por festivo para él tan infeliz, que aun en parte tan sola tuvo más testigos de su desdicha que los álamos y fuentes, como si éstos, sabiendo murmurar y reir, no te bastaran para verdugos; pero á los desdichados en su daño todo se les concierta, como se vió en éste, que halló aquel campo, solo otras veces, convertido en Calle Mayor, cuando le importara, si en ella le sucediera, que la Calle Mayor estuviera más desierta que el campo. Los émulos, que aun de tan pequeñas fortunas se tienen en el mundo, sembraron la voz falsa de su tránsito, y yo, historiador poco curioso, seguí el corriente del vulgo sin hacer más examen de la verdad (error que otros que tiran gajes habrán cometido en materias más graves), cuyo castigo es el premio y cuya reprehensión la alabanza.

En ciudad tan insigne, que tiene méritos para desvelar á la envidia y ocupar á la fama, halló amparo y purgó las fantasmas de sus melancolías que le tuvieron en los últimos términos. Y empezando á desenfadarse por el juego, en cuyo estudio había conseguido sutiles novedades, hecho un Abril de los tahures y siendo en él las flores más tempranas que en el almendro, con estas mismas fué el cierzo de las bolsas de los amigos, saqueó en poco tiempo á cuantos tahures indios habían llegado en aquella flota, en tanta cantidad, que podía competir con los más ricos peruleros. Reverdeció su espíritu altivo con la riqueza, y volviéndose á realzar en las ideas de su vanagloria, apeteció otra vez la Corte, pareciéndole que con la eminencia que tenía en aquella

facultad, que se reduce á la lección de solo un libro, no se vería en necesidad de mendigar á las puertas de los avaros, que con sus propias riquezas compran el odio del pueblo y muchas veces su muerte. Alentábale infinito considerar que otros de mayores obligaciones hacían de una baraja ganzúa y hallaban la renta de cada año más segura en ella que en las hierbas de Alcántara, y que él no introducía el vicio, sino aumentaba el número. A la reprehensión que tal vez le hacía su entendimiento, porque intentaba proponerse lucido á los mismos ojos que le vieron infamado, respondía con el ejemplo de muchos, que sus vicios y afrentas en el mismo lugar les habían sido méritos para conseguir honores, de más de que en la Corte no había tiempo pasado, sino presente, porque como los sucesos de ella son siempre tan admirables, de la representación de los unos nace el olvido de los otros; de donde infería (como era verdad) que estaba tan olvidado como aquel á quien trataban como á muerto. Y últimamente se resolvió á decir, para que su discurso no le replicase, que él tenía desvergüenza para todo, con que la plática interior enmudeció, y él puso manos en la ejecución de su jornada.

Partió, pues, de Sevilla, martes de Carnestolendas, rico de joyas y dineros, copioso de galas y criados. Salieron delante seis acémilas de su recámara, á quien él, quedándose una jornada atrás, seguía en una litera, que todos los de su familia cercaban. Iba un trompeta manifestando la grandeza de este príncipe y previniendo silencio y admiración en los pasajeros. El aposentador caminaba con la

recámara con tanto cuidado, que cuando se llegaba á las posadas estaba ya dispuesto el aposento. Comíase regalado y brindábase frío, sin que la ostentación vana por falta del menor de estos accidentes descaeciese. El día que entró en Almagro halló que se paseaba por la plaza un camarero de Su Santidad, que, habiendo venido á traer el bonete á un Cardenal, que entonces se crió en España, quiso, antes de volverse á la romana corte, visitar unos deudos que tenía en aquella villa y renovar las memorias de la sangre. Holgóse de verle, y en apeándose en la posada, haciendo elección del criado de más autoridad, le envió á visitar, significándole el gusto que con su vista había tenido, y que si no hubiera llegado con tanto cansancio, fuera en persona á besarle las manos, pero que lo haría antes de partirse del lugar. Obligóle con esta cortesía tan prevenida y adelantada á que él viniese luego en persona. Las ceremonias y halagos con que le recibió le admiraron, con venir de una Corte donde el que más de esto alcanza mayor sabiduría posee. El discurso abrazó varias materias, y el último pasaje de nuestro Caballero fué darle á entender que era persona á quien Su Majestad llamaba para ocuparle en la embajada de Roma, y que se detendría allí dos días, como lo hizo, para que instruyese en muchas cosas necesarias á la buena dirección de sus aciertos, aun antes de la partida, para que Su Majestad se agradeciese á sí mismo por aquellos principios tan buena elección y levantase sobre estos fundamentos torres de inaccesibles esperanzas. Afectaba el lenguaje y las acciones de modo que el pobre

caballero (gran flaqueza) se rindió á creerle, si ya no fué prudencia, por llegar más aprisa al descanso del ánimo, que entre la duda y el crédito batallaba. Comieron juntos aquel día y los otros dos siguientes, renovando siempre la misma plática, y dejándose monseñor llevar dulcemente del fabuloso chocante, á quien presentó reliquias de suma veneración, y él, agradecido, sabiendo que tenía suspensa su jornada por falta de caballería, le dejó su litera y se puso en un macho regalado en que venía su mayordomo, con que dándose estrechos abrazos se despidieron entrambos contentos y entrambos engañados, porque nuestro Puntual, de tal modo se transformaba en lo que decía, que él mismo que formaba la mentira era el primero que incurría en la culpa de creerla, tanto, que aquellos días para sí tan embajador fué en Roma como en su tiempo el ingenioso y gran caballero don Diego de Mendoza. Duróle el deleite de esta vanidad todo el camino, dándole algunas veces arrobos tan eficaces que le enajenaban una y dos horas, que los dulces éxtasis de la caballería en los que siguen su vocación no hacen menores efectos. Llegó á Getafe, donde, viéndose ya en los arrabales de Madrid, pidió á su camarero su vestido verde, que para esta ocasión había hecho en Sevilla, costoso, galán y lucido. Traiale éste un criado que se había quedado en Almagro esperando una instrucción escrita de mano de monseñor, porque cuando se despachó la recámara aún no había salido de las manos de los sastres y no pudo venir con ella.

Con que se resolvió á que la entrada en Madrid

fuese de noche y á estar escondido mientras el criado llegaba. Ejecutólo, durando su misión dos días, que fueron los que tardó el ministro, á quien reprendió el descuido, pues pudiera haber dejado aquella comisión á otro de sus compañeros. Templóle la cólera la romana instrucción, y como si se hallara ya con las espuelas calzadas para aquella Corte, cabeza de la Iglesia y del mundo, la pasó muchas veces por los ojos y la hizo en las márgenes algunos, si no curiosos, ridículos apuntemientos.

Con esto entretuvo el día, y á la noche se volvía á salir, á la sorda, á Getafe, con su recámara y criados, para hacer, el día siguiente, la entrada en público; avisó con un criado á los amigos más confidentes para que le previniesen el recibimiento á la mañana, y comiendo en Getafe á las once, salió de él á la una, después de haber reposado, tan lucido y galán, que, puesto sobre un caballo brioso y regalado que para este efecto trajo, era digna suspensión de los ojos de la Corte.

La tarde se mostraba apacible, porque, siendo el día pardo, excusaba la molestia que suele dar el sol por Marzo, cuya fuerza aumentó un refrán á la lengua castellana, que dice... mas él es tan vulgar, que ya le sabréis sin que os le refiera.

Empezó á caminar seguido de los suyos, y la recámara delante, lo que bastaba para que la vista la pudiese descubrir, de modo que ella no la ofendiese con el polvo que levantaban las acémilas. Todos los criados llevaban tanto adorno y brío, que parecían que copiaban gentileza y osadía del espíritu de su dueño.

Volvió él los ojos al salir del pueblo, y aunque concibió desvanecido deleite con su vista, reparó el caballo, á cuya imitación, haciendo todos lo mismo, enmudecieron, y él delató el alma en estas razones:

—Amigos: más deseos de vuestro aumento que del propio me llevan á la Corte; piedad, no ambición, hace que me niegue á la quietud de mis paredes. Ya estamos á la vista de los antiguos muros de Madrid (asiento de Filipo), mientras más caídos, más dignos de ser venerados. Si queréis pagarme en obediencia lo que debéis á mi voluntad, vivid, si no honestos, modestos, afectando tanto el ser humanos, que jamás vuestra cortesía sea la segunda, porque en ella daréis la mejor prenda de vuestra sangre y el testigo más cierto. Respetad á la justicia y sus ministros como á imágenes de la persona real, primera causa de esta virtud, tan necesaria al buen gobierno de las repúblicas, y sufriendo con tolerancia las necesidades que os ocurrieren, esperad su remedio en el fin de mis pretensiones. Respetad á los superiores, amad á vuestros iguales y amparad á los ínfimos, que con estas acciones de mi imitadas, aunque entráis en nombre de criados, seréis amados como hijos, crecerá la gloria de todos en común y la de cada uno en particular, con que, ya que de la Corte no saquemos cargo ni oficio, llevaremos buen nombre y juzgará el pueblo sernos debido, aunque nos sea negado (premio, si no el más útil, el más honroso).

Así dijo; pareciendo en esta oración en partes cuerdo, y en partes confesando la flaqueza de su vano sujeto.

Prosiguió su camino deseoso de concluirle con el aplauso que él se había prometido. Empezó el cielo á enmarañarse con algunas nubes, y por ser fines de Marzo y principios de la primavera, murmuraron mansamente, como quien, tratando de enojarse, no se determinaba. Así anduvieron dudosos, sin tomar resolución, hasta que, un cuarto de legua de Madrid, cuando le parecía á nuestro Puntual que ya le asía con las manos y le gozaba en bonanza, ejecutaron los cielos sobre él su ira con un golpe tan grande de agua que, á no ser tan breve como furioso, imitara en la muerte á Leandro, que, si no le igualara en la gloria del asunto, en la fama no fuera menos memorable. Reconciliáronse los vientos, y limpiando el cielo de las nubes, dejaron el paso libre al sol, que le salió á la entrada del lugar, tan claro y hermoso, como el que se aparecía después de la tempestad. Volvió los ojos á sí nuestro desdichado caballero y contemplando en el estrago de sus galas el deslucimiento de sus prevenciones, se determinó á entrar, como lo hizo, en el primer mesón, hasta que la noche cubriese con sus sombras las afrentas que recibió del día.



II

Nuestro Puntual se retira á su posada, y en ella á la cama, donde entretiene la noche, oyendo una prudente y sutil novela.

LLEGÓ antes que anocheciese al mesón un coche de unos caballeros andaluces amigos, y recogiendo en él la persona de don Juan de Toledo, caminaron á su posada, que era en los barrios de Santo Domingo el Real, que por más nobles, más años y más bien edificados, decía haberlos elegido; alababa el agua de Leganitos y celebraba la vecindad del campo de doña María de Aragón, alcázar de la primavera y dulce tirano de los sentidos. Llegó á ella en los últimos pasos del día, donde halló para la vista adorno y para su cansancio comodidad, porque todo estaba tan prevenido que no tuvo que mandar, con ser oficio que le hacía con eminencia. Acostóse luego, y en la cama le sirvieron la cena con tanta limpieza y puntualidad que admiró á los circunstantes, á quienes él dijo con sereno semblante:

—No me aojéis este mayordomo, que me hallo dél bien servido, y recelo que venga su ruina en vuestra alabanza.

Alguno sintió tentaciones en la risa; pero detu-
vola por no perder la esperanza de cosas mayores.

Y él dijo:

—Entren los músicos.

—Aquí están, respondieron los mozuelos; que el uno de ellos tenía en las manos una guitarra y vestían la misma librea que los pajes.

—Canten, replicó él.

Luego, obedeciendo ellos, empezaron.

Las voces eran buenas, los tonos y el aire como de aquellos que no habían aprendido en la escuela de la Corte.

Apenas nos regalaron con la primera copla, cuando él, por hacerse muy entendido en todo (vicio arraigado en los príncipes), dijo, bien fuera de ocasión:

—Juanillo, rapaz: ¿no te he mandado que no desentones?

Replicó el muchacho, y era verdad:

—Cierto, señor, que no desentoné ahora.

Todos los circunstantes le ayudaron con razones concluyentes; y él entonces acudió diciendo:

—Mayordomo: quitadle la ración á ese mozuelo, porque desentonó.

Replicóle el mayordomo así:

—Advierta V. m. que dicen estos señores todos que no desentonó.

—Para que vos hagáis lo que yo os mando, dijo él, no es menester que realmente haya desentonado, sino que yo lo entendiese así.

Opúsosele el mayordomo de este modo:

—Para que V. m. conozca cómo ello fué se le han dado bastantes razones.

—¡Oh!, volvió él á decir entonces, muy enojado; haced lo que os mando, porque los hombres

de sangre tan generosa como la mía no pueden ir contra su concepto.

Calló el mayordomo y los presentes se rieron á medio tono.

Prosiguieron con esto los músicos, y al tiempo que el contralto iba á correr un pasaje, dijo:

—Hola, no gargantéis.

Preguntó él:

—¿Por qué, señor?

A quien él acudió así:

—Porque os coméis la copla, y en casas donde se dan las raciones tan puntualmente como la mía parece más vicio que buen modo de cantar.

Aquí empezaron á templar la guitarra, y dijo él:

—No templéis.

—¿Por qué, señor?, preguntaron.

A quien respondió, muy enojado:

—¡Groseros!: porque es muy gran desacato templar dentro de mi propia cámara; salios donde yo no os oiga y volved después.

Iban á obedecerle, cuando uno de ellos al salir de la puerta del aposento, estornudó.

Dijo él entonces:

—¿Qué es eso?

Respondió:

—Señor: estornudé.

—¿Cómo que estornudastes?, replicó muy furioso. ¿No tengo yo mandado que en mi casa no se estornude?

El criado, muy humilde, acudió con esta razón:

—Prometo á V. m. que no pude menos.

—¿Cómo que no pudiste menos?, salió él muy precipitadamente. ¡Amigo soy yo de desobedien-

cias! Mayordomo: despedidme este criado que me marea, y sea luego.

—Haráse así, respondió el mayordomo.

Y con esto alzaron los manteles y retiraron la mesa, cuando dijo:

—¡Hola! Llamadme aquí á Juanillo para que lleve un recado.

—Advierta V. m., dijo el mayordomo, que le ha mandado despedir.

—Verdad es, respondió él; pero mi intención no fué despedirle en cuanto á la parte de las embajadas y mensajes, que en ésa quiero que me sirva. Y así vaya luego, y afeadle mucho (como que sale de vos) esto del estornudar, y hacerlo por mi vida, que recibiré de ello gusto.

Salióse el mayordomo á prisa para poder reirse sin peligro de ser castigado, quedando los caballeros andaluces que le asistían haciendo lo posible por esforzar la simulación, que hallándose ya deseosos de ir á parte donde se lograrse lo que allí les había sucedido, se despidieron cortésmente, ofreciendo que el día siguiente, que era Domingo de Ramos, vendrían por él y le llevarían en su coche á oír misa donde fuese servido.

Quedó con esto la casa en silencio; pero como se había recogido tan temprano, no pudo tan fácilmente dormirse, y así, para adquirir el sueño dulcemente, mandó á Salazar, que era un criado ingenioso y elocuente, que, acompañado de muchas letras y virtud, por último desprecio le había puesto la fortuna en su servicio, que le refiriese alguna curiosa y sutil novela; y él, obediente, previniendo la memoria, formó estas razones:

Después que los godos ultrajadores del romano Imperio, y occidente del sol de su monarquía, entre otras cervices, sujetaron la de los invencibles españoles: invencibles, porque jamás los ánimos se rindieron por legitima sucesión, reinó en ellos Gundamiro, príncipe que, siendo amante de las virtudes, por su particular provecho, hizo de ellas ostentación para el común ejemplo, que los que son caballeros de los principados han de tener luz comunicable y no avarienta, transfiriendo sus más perfectas obras á los corazones de los súbditos, para que los amen y los imiten.

Crióse desde los primeros años con Atanarico, nobilísimo caballero de su misma sangre, engendrando así el deudo, como la comunicación, amor generoso y fiel correspondencia. Apenas heredó Gundamiro la corona, con aplauso y bendiciones del pueblo, que con ruegos y deseos había comprado la gloria de tan feliz día, cuando encomendó el gobierno de sus ejércitos al valiente Atanarico, ya aprobado para tan alto lugar, así por las obras de su entendimiento como por las de sus manos, en las unas prudente y en las otras valeroso; elección de que se satisfizo el común, porque en él se prometió el amparo de la patria y la firmeza de su Imperio. Empezó á servir en diferentes ocasiones, igualando las obras á las esperanzas que de él se habían concebido, ganando en breves días tantas fuerzas en Africa, que siendo horror de sus naturales, se vieron las banderas de los godos tratar con un respeto que tocaba en veneración y reverencia. Dejando las cosas puestas en tal estado, pudo volverse á España á cobrar el premio de sus

victorias, porque sólo el crédito de nombre, que se había hecho formidable á los enemigos, bastaba á tenerlos en la última miseria, que es la sujeción sin esperanza de libertad. Hallábase ya en edad que no sufría dilatar las bodas un hombre de su calidad, que en persona de otras prendas no pareciera que se tardaban. sujeción grande en los nobles y accidente infeliz en la fortuna de los ricos, que mientras mayor, les da más prisa para que sean padres de los que engendran, más para verdugos que para hijos.

El rey, que, como era justo, se hizo dueño de esta acción, le dió de su mano esposa ilustre y señora de poderosos estados, en quien la belleza podía alentarle más á la codicia de la generación y la virtud asegurarle de tanta hermosura, sujeto tal, que pareció suficiente precio de sus hazañas. Vivió en su compañía amado y amante, de quien tuvo el primer año un hijo varón, que la hizo más amable; su nombre, Recaredo; sus costumbres, las que adelante diremos. Retirado ya de la guerra, empezó á tratar las materias del gobierno con tanto conocimiento de ellas, que cuando el rey por amor no deseara darle la mano en todas, por necesidad había de buscarle. Adquirió opinión de severo, recto y desinteresado. Aumentó el número de sus amigos con pérdida de su hacienda, desvelándose tanto en el beneficio del real patrimonio, que sólo se gastaba en el servicio de su Príncipe y en el premio de los dignos. La justicia se administraba con entereza. Los ejércitos y armadas se proveían en tiempo con tanta abundancia, que las necesidades, estando tan prevenidas,

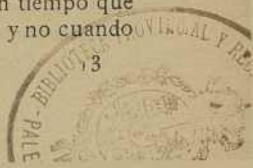
no podían llegar á ser experimentadas. Dudaban los hombres de su mortalidad y esperaban dél algún exceso sobrenatural, pareciéndoles que estas obras preferían los efectos de la común naturaleza.

Corrió el tiempo sobre los años de Recaredo veloz, pues hallándose ya de más de veinte, en todo verdadera copia de su padre, orgulloso é impaciente le ofendía la blanda paz, y se juzgaba como hombre de aquellos que son número y no importancia en las grandes cortes. Inquietaba mucho á sus padres el brioso espíritu de este caballero, y deseaban algún medio para su sosiego. Su madre le aconsejaba que sirviese alguna dama en Palacio, pareciéndole que, divertido en las fatigas de amante, si una vez se abrazaba con ellas, no buscaría más guerra; tantas veces le propuso este intento y le aventuró en las ocasiones que se ofrecieron, que el mancebo, obediente en su daño y mal aconsejado por bien querido, se rindió á la hermosura de Florisbella, entre las damas de la Reina, la más perfecta; y aunque en lo público ocupada en servilla, en la verdad y en lo secreto, hija natural y única del Rey, en quien sola miraba las esperanzas de la sucesión de su sangre; osó el mancebo la empresa, mientras más alta con mayor ánimo, alentado en la privanza de su padre y en la industria de su madre; él al lado del Rey, y ella al de Florisbella; sirvióla con muchas demostraciones públicas y diligencias secretas; eran sus partes amables á los ojos de todos, y aun á los oídos, porque su fama le conquistó muchas voluntades. Mal podía entre tantas resistirse la de

Florisbella, condenada á amar por bien entendida y á elegir por desdichada en él; bien que la persona de mayores méritos la que pudiera causarle daños más graves, obligábanse todos en estas bodas, y parece que, como interesados las solicitaban, cada uno quisiera hallarse con la acción de padre de aquella señora para entregarla á un caballero que por tantos títulos heredados y propios, tenía derecho á cualquier asunto generoso. El Rey, cuyo ánimo siempre fué remiso, no tomaba resolución en esta plática, antes parece que daba muestras de entretener por algunos particulares fines, que de aceptar los ruegos de tantos. Gastóse la paciencia en los amantes, y precipitólos á una elección desesperada y terrible. Robó Recaredo á Florisbella, que en hábito varonil le siguió animosa. El caso, que indignó al Rey, alabó la plebe, pareciéndole que aquel caballero y su padre estaban agraviados en tanta dilación (tan desenfrenadas son las resoluciones del vulgo). Siguiéronlos con tan solícito cuidado que los volvieron presos á Toledo, donde entonces estaba la Corte; causó común desconsuelo este caso, y mayor cuando vieron que el Rey descubría ánimo sangriento, pretendiendo que esta causa se pusiese en las rigurosas manos de la justicia, cerrando los oídos á la piedad y clemencia. Atanarico, acompañado de otros grandes señores, tan fieles amigos, que eran compañeros de su dolor y pérdida, se entró al Rey, á quien dijo con valerosa constancia:

—Señor: no vengo á disculpar la acción inobediente de mi hijo ni quiero que descaezca la voz

grave con que infamáis su libertada osadía, porque sería indignar más vuestro ánimo, justamente ofendido, y hacer de peor condición el delito de aquel miserable mancebo; en vuestro sentimiento cabe toda queja, porque si os consideráis como padre, os halláis agraviado, y si como Rey, agraviado y desobedecido. Si consultáis á la cólera presente que os rige el ánimo, ¿quién duda que os aconseja cuchillo y sangre, y que le parece á vuestra venganza pequeña satisfacción la de dos vidas? Dos dije, señor; pocas son, pues en la menos amada de ellas acabarían tantas, y entre ellas la mía la primera, correría veloz á tan arrebatado fin. Para esta ocasión he guardado tantos servicios en paz y en guerra de vos tan alabados y de mí apenas referidos. Africa, sujeta por mi valor, y España, gobernada por mi consejo, sean intercesores y abogados. Solía ser ordinaria queja en vos de la fortuna porque no os daba caudal suficiente para premiarme, agradecerle debéis esta ocasión á Recaredo, pues halláis en el perdón de su delito lo que buscastes en ella. Hijo es único, y en tiempo que me veo tan lejos de tener otro, que en su muerte quedarían burladas las esperanzas de mi sucesión. Cuánto su valor generoso podía ser útil á esta corona díganlo sus naturales, que le aman de modo que se previenen para su defensa. Ved cuán lejos estará la enmienda de los otros mancebos en la caída de su cabeza, si está el pueblo en estado que, esto que es justo castigo, lo llama tiranía, con que podría causar su muerte sedición y no ejemplo. Haced esto en tiempo que lo podamos atribuir á vuestra piedad y no cuando



se os pida por partido, y se vea que pudo más en vos la conveniencia que la misericordia.

Hasta aquí corrió el discurso del gallardo aunque anciano caballero, á quien el Rey, con brevedad, respondió que la autoridad Real estaba agraviada y era forzoso que en la voz pública quedase satisfecha.

Y con esto se retiró, dejándole admirado y tan ofendido, que en su silencio y obediencia se hizo entonces la última prueba de su lealtad. Los que le acompañaron dijeron razones que pudieran encenderle en mayor indignación contra su Príncipe, ofreciéndole sus haciendas, vidas y honras en defensa de la libertad de su hijo, á quien él templó con palabras llenas de agradecimiento y modestia. Mas al tiempo que salían de Palacio llegó un recado del Rey, en que le mandaba que viniese allí el día siguiente acompañado de Ataulfo y Clodoveo, que siendo en el Reino señores grandes, lo eran mayores en la amistad de Atanarico. Suspensos estuvieron los tres, y discurrieron variamente sobre el intento del Rey, bien que se afirmaban en el miedo, recelándose de que los querían prender: al uno, por padre del delincuente, y á los otros dos, por ser sus mayores amigos, para embarazarle con esto los que podían ser ministros de su redención, si su vida se viese en el último peligro. Así estuvieron dudosos, hasta que el leal y no vencido ánimo de Atanarico los esforzó y dispuso para que se acudiese á la obediencia del Príncipe, que declarándoles su ánimo, fué su intento hacerlos jueces del delito de Recaredo.

Quisieran excusarse todos, y más el anciano pa-

dre; mas siendo imposible, votó el primero Ataulfo que se debía la vida del mancebo á las victorias africanas, porque era indigna cosa que acabase entre las manos de un verdugo infame el heredero de tan ilustres proezas; que para que la justicia y autoridad real se viese menos agraviada en la remisión de su castigo, se entregase por prisionero á persona que le dejase huir, sobre quien cargase la queja; que el mancebo se fuese á Francia y desde allí solicitase la intercesión de aquel monarca, para que de esta suerte pareciese que había sido perdón forzoso, y que le había conseguido más por su felicidad que por la facilidad del Rey en absolver delitos graves; que en tal caso podía Su Majestad casarle con su hija y hacerle General en las fronteras de Africa, donde esperaba que daría tales muestras de su valor, que el mismo castigo haría loable el delito que le puso en tan gloriosas ocasiones.

Alabó Clodoveo mucho este parecer, y tanto, que sin querer discurrir más en la materia, dijo que no tenía otro sentimiento.

Gundamiro estuvo atento á las razones y casi resuelto á seguirlas, mas no quiso declarar su ánimo hasta que Atanarico dijese, que, grave y severo, empezó así:

— Despreciada se hace la Majestad cuando consiente delitos que tocan á su misma persona. Si las injurias hechas á los menores ministros de la justicia, por ser dependientes del Rey, no se deben pasar en silencio, fuerza será que con mayor aparato de pena se castigue la que, no sólo toca á sus miembros, sino á su misma cabeza.

¿Podrá sufrir la casa Real tan grave afrenta, sus paredes rompidas y su honestidad violada? Si este crimen se absuelve, los ciudadanos, ¿qué seguridad endrán en la integridad de sus hijas? y los manebos lujuriosos, ¿qué freno? Arderíase España en torpezas, y será entonces ejemplo lo que bien castigado podría servir de escarmiento: con los Reinos confinantes perderemos el crédito de justicieros, por donde vendremos á caer en su desprecio, y aun en su ira. De aquí les nacerá á todos los demás señores bríos para no consentir el castigo, pareciéndoles que cuando esto se perdona que de todo deben ser absueltos. Con esto crecerá la fuerza y la autoridad de los vasallos y descæcerá la dignidad Real, tanto, que poco á poco se atreverán al robo de las vírgenes recogidas los más viles de la república. En este perdón ó castigo está la enmienda y perdición del reino. Con esta poca, aunque noble sangre vertida, se previenen todos los estragos y ruinas de nuestra patria. Levántese el teatro de esta tragedia; desnúdese el cuchillo y caiga la cabeza que osó temeridad tan grave. Dése en precio á la satisfacción pública y al decoro de la virginidad, para que así lave la sangre del delincuente las manchas del honor de su príncipe.

Con tanto espíritu y animoso corazón dijo estas palabras, que ocupó con miedo y horror á los presentes.

Lleno el Rey de mayor admiración que todos, rompió el silencio con esta pregunta:

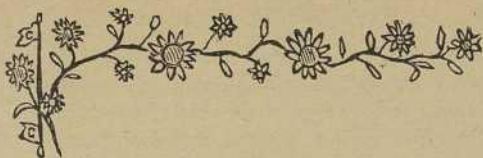
—¿Eres tú quien ayer defendiste con tanto esfuerzo la vida del mismo que hoy ofreces al cuchillo?

—Yo soy, respondió; pero advierte que ayer hablé como clemente padre en defensa de mi hijo, y hoy, como juez, condeno al delincuente.

Abrazóle el Rey, y dándole nombre de consejero leal, siguió el voto de Ataulfo. Entregaron el mancebo á persona que le dejó huir de la carcelería, y acogiéndose al sagrado del rey de Francia, por su intercesión, pasó de la muerte á las bodas, del cadalso, al tálamo. Alegróse el pueblo, reverdeció el amor en los nobles; crecieron en el padre las obligaciones, á la madre se le enjugaron las continuas lágrimas. Florisbella cobró su amante, España su héroe, y Africa de nuevo entregó la orgullosa cerviz á la extranjera servidumbre.

—Precio sea esta pobre sortija de la ingeniosa novela, cuyo artificio y elegancia pagaré siempre en perpetuas admiraciones, dijo don Juan de Toledo á Salazar, dándole de tres que tenía en los dedos si no la más rica, la más curiosa.

Agradecido le besó la mano y se despidió, corriéndole las cortinas de la cama. Acción fué esta en que nuestro Puntual excedió sus obligaciones y doctrina, que debían imitarla los Príncipes, que ya no sólo premian, más persiguen á los virtuosos ingenios, quizá porque ven que con mayor grandeza de ánimo que la suya desprecian su rudeza idolatrada del vulgo.



III

Convida el Puntual el Jueves Santo á comer unos amigos, y ellos le pagan el regalo en una graciosa y aun pesada burla.



QUELLOS caballeros que la noche pasada habían ofrecido venir á festejar con su coche á nuestro incorregible don Juan, se excusaron con cierta ocupación que dijeron tener, por un recado que enviaron: él, con esta ocasión, alargó la rienda al sueño, y oyó las once en la cama: vistióse con diligencia y fuese á buscar á misa á Nuestra Señora del Buen Suceso, en una carrocilla curiosa cuanto pequeña, que estrenó aquel día. Apenas hubo quien le reconociese, porque con el tiempo que él había faltado de la Corte estaba en la mayor parte diferente; bien es verdad que después, poco á poco, halló muchos coronistas de su vida que le desconsolaron y aun pusieron temor. Cortés y humilde granjeaba con la gorra baja muchas lenguas que en su afrenta pudieran verter veneno, aunque no todas, porque algunas son tan viles que se desobligan con la misma cortesía y hacen la propia correspondencia al beneficio que á la injuria. Llegóse el día de Jueves Santo, en que él, haciendo de la devoción vanidad, quiso á la noche andar las Estaciones

llevando una cruz, y que le alumbrasen los caballeros andaluces, con quien él tenía estrecha amistad. Concedieron todos con mucho gusto, y previnieron túnicas, hachas, rosarios y guantes, tan conformes que hiciesen gala y correspondencia. Por llevarlos más gustosos los convidó á comer aquel día que, con ser de pescado, fué abundante y regalado cuanto se sirvió á la mesa; podíalo hacer esto con mucha facilidad, porque, demás de los adornos de casa, que eran los bastantes para acompañar las paredes de cualquier noble caballero, sacó de Sevilla en dinero y en letras diez y siete mil escudos, con que, vírgenes y intactos, entró en Madrid, de que no perdió en muchos tiempos, antes hizo siempre gruesas y aventajadas ganancias. Bebióse muy frío, y esto no bastó para que él no hiciese muchos extremos con lo caliente de la bebida; reprehendió á los criados y culpó su mal servicio; encareció mucho el regalo que Madrid tenía gozando nieve todo el año, y alabó con amor y reverencia al ingenioso catalán Pablo Jarquies, por cuyo medio, artificio y industria gozaba la república de este singular deleite y beneficio, pues había enseñado la experiencia que era la más eficiente medicina contra las fiebres ardientes, tanto que, después que por darse tan barata se comunica á todo género de gente, parece que en ella ha venido la salud común y la ociosidad de los médicos.

Acabada la comida, se fueron á ver las dos procesiones que salen en aquel día: la una de la Trinidad y la otra de la Pasión. Parecióle á nuestro Puntual que era acto de caballero llevar

en una de ellas el estandarte, y así lo intentó y consiguió con gusto suyo, aunque le dejó más cansado de lo que convenía para las Estaciones de la noche; pero él se recogió luego á su posada, y echándose sobre la cama, reposó hasta las diez, que fué la hora en que estuvieron juntos los amigos, y vestidos, y entre ellos don Rodrigo Riquelme, caballero de excelente gusto, como se verá cuando llegemos al fin de este capítulo. Hicieron, pues, colación, y después, entre diez y once horas de la noche, empezaron su romería.

Salieron doce, de seis en seis, las hachas, negras; los guantes y puños, muy blancos; las túnicas, largas; los talles, armados; los rosarios, de cocos; el brío, español; la vanidad, despierta, y la devoción, dormida. Seguíanlos nuestro Puntual con una cruz que parecía que su peso pudiera rendir las fuerzas de un gigante, y era el artificio tal con que estaba hecha, que un rosario que llevaba al cuello pienso yo que le daba mayor fatiga (tan leve penitencia fué la que cargó á sus hombros). Caminaron á Santo Domingo el Real, que era la iglesia más vecina de su posada, y arrimando la cruz á la puerta, en cuya guarda quedaron los criados de don Rodrigo, entró haciendo ostentación de las luces. La oración fué breve, y no por eso devota, porque registró todo el templo. Volvió á salir muy aprisa, y apenas se entregó otra vez al leño de nuestra salud, cuando presumió que todo el cielo había caído sobre él.

Dió los pocos pasos que hay desde Santo Domingo á los Angeles de modo que parecía que iba rendido á la muerte (tan perezoso y

desalentado caminaba). Llegó, no poco admirado, donde, arrimado á un banco, alargó más el discurso que en la precedente iglesia, haciendo de la suspensión alivio de su cansancio. Al fin se esforzó, y volviendo á salir, halló el peso de la cruz tan suave, que le pareció podía llegarse con ella hasta Jerusalén; caminó tan brioso y alentado, que se paraban reparando en su gentileza cuantos le encontraban. Así fué hasta San Martín, donde concluyó con brevedad; pero apenas puso los pies en la calle y la cruz sobre los hombros, cuando desconfió del poder (con ser pequeña tanto la distancia) llegar con ella hasta las Descalzas: animóse, pareciéndole que sería flaqueza explicar su sentimiento: allí reposó más despacio, y si él pudiera huir el cuerpo á los que le acompañaban, lo hiciera; pero hubo de volver á salir para su consuelo y admiración, porque, ofreciéndose otra vez al sacrificio, se halló más ligero que un pájaro, y le pareció que llevaba sobre sus hombros una pluma. Empezó á discurrir sobre la materia y sospechó que se hacía (como era verdad) alguna pesada burla (aquí sí propiamente pesada); determinó entrarse siempre con la cruz, y no soltarla, con lo cual comenzó á navegar, seguro de las asechanzas de sus enemigos, hasta San Felipe. Era el caso que don Rodrigo había hecho hacer otra maciza del mismo tamaño y color que la hueca, tan parecida, que era imposible que la vista pudiese juzgar en su distinción, y dado orden á sus criados que se la diesen á veces para llevarle de esta suerte confuso. Viéndose, pues, los caballeros descubiertos, y á su pesar entendidos, y que ha-

bían logrado menos de lo que creyeron la pesadumbre de nuestro Puntual, desearon dejarle castigado y corrido, y él les ofreció con facilidad el modo, porque después de haberles hablado claro y dicho que estaba muy bien advertido en su malicia, les rogó que le esperasen un poco mientras hablaba al padre sacristán, que era su estrecho amigo, y con esto caminó á la sacristía sin soltar la cruz de los hombros. Parecióles no dilatar más sus pasos á aquellos señores, y mucho más cuando volvió á decirles, y no les engañaba, que él se hallaba tan cansado, que se pensaba dejar allí la cruz, pues en templo tal quedaría con la debida decencia: entonces, matando don Rodrigo su hacha y imitándole los demás, dijo que causaría notable escándalo en el pueblo cristiano si en noche de tanta devoción acompañasen tantas luces á quien no iba haciendo alguna pública y ejemplar penitencia, que sería dar ocasión á la justicia para que los reconociese, y presumiendo de aquella acción más vano que devoto intento, los afrentase con alguna reprehensión grave; que otra vez no empeñase la autoridad de amigos tan principales en aquello que no pensase conseguir honrada y gloriosamente; que midiese su vanagloria con las fuerzas corporales y restauraría las pérdidas de su crédito, tan desestimado entre las personas de estimación. Con esto, haciendo su reverencia al altar y á él ninguna, le dejaron abrazado de un mortal veneno que engendraron en su corazón las palabras ignominiosas.

Redújose otra vez á la sacristía, y dando algunos pasos largos y desordenados, y con ellos tam-

bién ciertos suspiros desiguales en tono; unos más altos y otros más bajos, puso en cuidado á un anciano y devoto sacerdote para que procurase informarse del origen y accidentes de su pasión.

Reconocióle el Puntual porque con él solía confesarse en Sevilla, y le tuvo por padre, amigo y consejero, así en las materias espirituales como en otras graves que entonces le ocurrieron. Con encubrirsele más tiempo no quiso agraviar al amistad pasada; y así, dándose á conocer por las palabras, ya que no podía por el rostro, le dijo quién era y el estado de su desdicha; significó mucho las malas correspondencias de sus amigos, y principalmente la ingratitud de aquellos que agravieron su decoro y autoridad; dióle cuenta del caso, con no pequeña ponderación, retándolos de alevos y amenazándolos con campal y sangriento desafío.

Estos despeñados errores engendraron poca admiración en el venerable sacerdote, que le oía porque estaba enseñado á su lenguaje inútil; sólo extrañó que hubiese hecho aquella noche medio de su vanidad la penitencia; y así, encendido en santa cólera, y tomando por su cuenta volver por la honra del que la da con la vida, dijo:

—Si los extremos de vuestra ignorante presunción, aun cuando se quedaban en las cosas humanas, ofendían los juicios modestos y templados, ahora que os atrevéis á las divinas, ¿quién habrá que os sufra? Ved cuán lejos estáis del arrepentimiento, si siendo vuestro mayor pecado la vanidad, la ejercitáis en la misma penitencia, haciendo en vos culpa la propia acción que en

otros fuera realzado mérito; la cruz de Cristo, cátedra en que él nos leyó lecciones de humildad cayendo con ella de ojos en la tierra cuando pudiera pisar los resplandecientes del cielo ponéis en el número de vuestras ostentaciones, y queréis valeros de ella, siendo la misma verdad, para instrumento de vuestro engaño; hacéisla hueca y sin peso para vuestros hombros, y pesada y grave en la opinión de cuantos llegan á verla, intentando satisfacer los ojos del vulgo sin volverlos primero al respeto del cielo. En nada ha descubierto más las fuerzas de su ingenio el enemigo del linaje humano que en poner en el mismo antídoto el veneno. Vos, miserable mártir suyo, le habéis sacrificado la luz de 12 hachas, siendo él rey de tinieblas, y el peso de entrambas cruces, con ser la insignia de que más se espanta, haciendo que esta vez, por vuestro vicio, estén de su parte las mismas armas con que los demás fieles le ponen en huída (señal de que con ellas fué vencido). Abrid las puertas á la luz de la razón, y veréis que para condenaros os valéis del mismo instrumento con que Dios os salvó. Sin duda que os previene el cielo grave y ejemplar castigo, tan arrebatado y preciso que espero ver en él su venganza antes que llegue la próxima luz del día, para que así en vuestro ejemplo amanezca primero el desengaño de tantos.

Estas fueron las graves razones con que reprehendió aquel sacerdote ejemplar á nuestro Puntual, que, sin poderle responder, aunque lo intentó muchas veces, se retiró dél lleno de suspensión y melancolía.

Oyó del reloj de Santa Cruz las dos, y pareciéndole que en la soledad enmendaría más bien la culpa, que entonces conoció, caminó á su posada.

Era de su naturaleza imaginativo y con extremo tímido, aunque los exteriores arrogantes prometían lo que jamás cumplieron. Empezó á discurrir en la reprehensión y cargó el entendimiento sobre las amenazas, pareciéndole que estaba ya castigo tan justo en su cabeza. Acertó á encontrar en la calle de Preciados un penitente que arrastraba unas cadenas, y aunque las luces que venían acompañando á otro le desengañaron (porque sospechó que era fantasma), no sosegó, entendiendo que aquéllos serían anuncios del mal que le esperaba; perdió en el rostro los colores y en la tierra muchos pasos, y aumentó el recelo tanto cuanto se acercaba al desengaño, porque en él mismo le recibió mayor; estuvo algún tiempo suspenso y tiranizado del miedo, hasta que se restauró para más grave pérdida, porque apenas pasó los umbrales de su casa, cuando, así don Rodrigo como los demás que le habían acompañado, que le estaban esperando, sin formar alguna palabra, por no ser conocidos, le tendieron sobre una manta y quisieron castigarle en la vanidad, aunque desesperados de la enmienda. Pero él, que traía presentes las razones que el sacerdote le había dicho en San Felipe, y tanto como ellas el penitente de la calle de los Preciados, á quien él juzgó visión mortal ó inmundo espíritu, apenas sintió asirse, cuando, creyendo que había llegado el cumplimiento de la profecía, y haciendo miste-

rio de lo que el otro dijo, acaso entendió que le arrebatában todas juntas las legiones de los países bajos; exclamó al cielo con tales voces que, oyéndole sus criados, bajaron con una luz al socorro y le hallaron solo y casi desiertos los pulsos del calor y movimiento natural. Trataron de llevarle sobre sus hombros, cuando él, abriendo los ojos y respirando aliento de vivo, dió señales de su miedo á los presentes, que con el acto que á éste se siguió lo confirmaron más, y fué que él había traído un esclavo de Sevilla, negro en el color y tan feo en las facciones que pudiera ser idea á los pintores para copiar en su rostro lo más horrible del infierno; vicioso y osado, y las veces que se dejaba poseer del vino, que no eran pocas, temerario. Estaba aquella noche con su achaque el hermano moreno, porque las reliquias que habían quedado en las cantimploras, como el banquete había sido solemne, bastaron á enajenarle; él bajaba por la escalera y su amo subía, y entrambos, aunque por diversas causas, faltos de lo más importante; su dueño, como tenía tan presente el espanto y todo cuanto aquella noche veía se le antojaban visiones (aun con menos ocasión), volviéndole las espaldas y diciendo

—¿Hasta aquí me persigues, sombra infernal?—
corrió por la escalera.

Como el etíope no estaba en tiempo de hacer distinciones, siguióle los pasos, y, alcanzándole antes que los demás se le pudiesen sacar de entre las manos, le castigó tan rigurosamente, que vengó bien sus afrentas, para que todas las calamidades viniesen juntas, que el mal siempre trae

consigo compañeros, y el último da el mayor golpe, sino es que esto sea engaño nuestro, porque él hace el efecto más grave, respecto de hallar más tierna la disposición del sujeto.

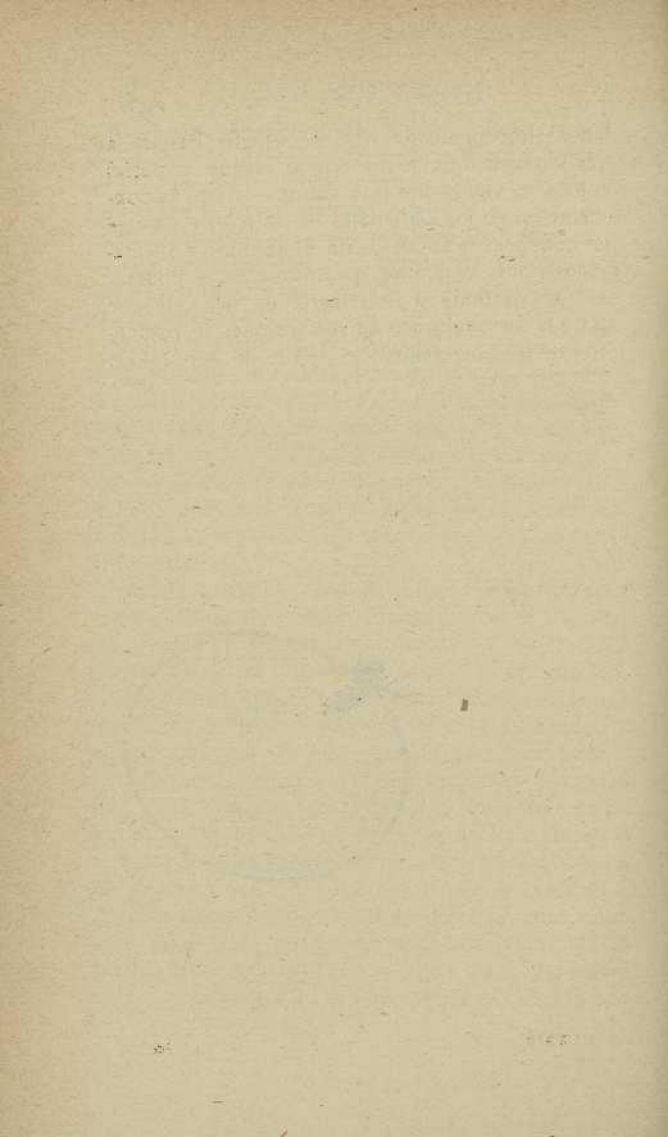
Así, lastimado el rostro y lleno de golpes el cuerpo, le pusieron en la cama, donde al cansancio, entonces causa eficiente de su sueño, debió la paz de su espíritu.

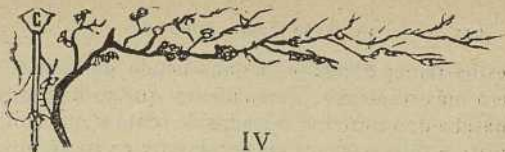
Martinillo, que así se llamaba el esclavo, fué castigado con todo rigor, mas en tiempo que no se podía esperar de él fruto de enmienda, por hallarse en tan miserable estado que tenía cerradas todas las puertas á la razón, con que entonces fué sólo pasto de la crueldad de aquellos ministros de su amo, que, por tenerlos ofendidos con su soberbia, á vueltas de las del señor, vengaban las injurias propias.

Nuestro ultrajado caballero durmió con recelos y sobresaltos, rompiendo muchas veces el silencio, porque los sueños le usurpaban á la quietud, por ser todos tan espantosos como las imaginaciones precedentes. Otro día fué visitado de los agentes de la burla, á quien él encubrió el suceso, pareciéndole que sería mengua de su reputación no haberle acuchillado con las infernales escuadras; y para dar causa á las señales que tenía en el rostro, dijo que había rodado la escalera de su casa por haberla subido sin luz; pero ellos, que la tenían mejor de todo el suceso, en vez de lástima se provocaron á una risa mal digerida, que de muy honesta se les quedó entre los labios, temiendo lastimarle más con ella que los golpes del esclavo. Pasó entre las sábanas hasta el Domingo

de Cuasimodo, siendo para él aquella Pascua la más señalada que había tenido (según él decía) en toda su vida, y era que entonces fijaba la consideración en los cardenales de su rostro, sin hallar consuelo á su desdicha ni término á su melancolía obstinada, que, haciéndose en él poderosa, fué bastante á desterrarle de la Corte por algunos días, faltando en sus acciones la risa común de los cortesanos y el deleite de la nobleza.







IV

El Puntual deja la Corte por la villa de Alcalá, y en ella se hizo más célebre por la graciosa invención de un nuevo embuste.

RESTITUIDO ya don Juan á la salud, y viendo su rostro limpio de aquellas afrentosas memorias del atrevimiento de su esclavo, trató de venderle, y no hallando quien se aficionase á sus partes, le dió libertad, pareciéndole que en ella aseguraba su vida y la de su familia, con que Martinillo mereció por mal servicio el premio que se habrá negado á muchos buenos á quien los señores tiranos oprimen con esclavitud igual á la vida. El uno se partió para Sevilla, y el otro para Alcalá: el esclavo á ejercitar libertades, y el señor á despedir melancolías, eligiendo cada uno sitio conveniente.

Estaba ya entonces aquella escuela con pocos estudiantes, por ser el tiempo de las vacaciones, sólo de aquellos acompañada á quien detenía, ó el haber empezado tarde el curso ó el mucho amor á las letras (bien que éstos eran los menos).

Pasó los primeros días en visitar los colegios y conventos, dando á entender á todos que era muy deudo del señor Cardenal don fray Francisco Jiménez de Cisneros, porque siempre observó esta costumbre, hacerse en cualquier ciudad ó villa de

estos reinos donde se hallaba deudo del que allí era más respetado. Persuadióles que su hacienda pasaba de veinte mil ducados de renta y que tenía muy nobles vasallos en Cataluña y en Italia, que siempre acudían al sagrado de lo más lejos, porque no fuese tan fácil la averiguación. Como la opulencia y aparato de su casa no le desmentía, se empeñaban los oyentes con facilidad en el crédito y le permitían deleitar en el vicio de sus embustes.

Dilatábase él allí más en la prosa fantástica, gozoso de poseer, mientras no le conocían, capaz teatro de sus tramoyas, y por no perder la ocasión, ejecutó una el segundo día de Pascua de Espíritu Santo, digna más de reirse que de imitarse. Propuso este día un lucido y generoso banquete á los hombres más eminentes en letras de aquella Universidad, así de los colegios como de los conventos, regalándolos con liberalidad y halagándolos con industria, que de esto segundo procedía en él lo primero, porque de su naturaleza no era magnánimo. Estando ya en el último estado la comida, que se le había pasado en hablar del Cardenal su señor, al tiempo que se levantaban los manteles, el ruido de un postillón los inquietó, y saliendo á las ventanas vieron que entraba en la misma casa, y con él un hombre de buen talle y adorno, que le seguía en otra posta. Apenas puso éste los pies en la sala y los ojos en nuestro Puntual, cuando, entregándole en las manos un pliego y hincando las rodillas, le dijo:

—Deme Vueseñoría albricias de la merced que su Majestad nos ha hecho á todos los que somos suyos, dándole un título.

El, entonces, echándole al cuello los brazos y una cadena que traía debajo de la ropilla, dijo:

—Gracias á Dios que su Majeſtad ha conocido que no era conveniente á su servicio tener descontento á un vasallo de tantas prendas como yo; sombra es de premio y merced que en otros tiempos la rehusaron mis abuelos éſta que hoy me hace; pero es fuerza acomodarnos con el corriente y rendirnos á la fortuna, obedecida y aun adorada de los más, y no me alargara cuando dijera de todos.

Abrió luego las cartas, y fingiendo leerlas y que de lo que en ellas venía se aseguraba de la presente nueva, recibió de todos festivos parabienes, que fueron tantos en dilatándose la voz por el lugar, que ni en las escuelas ni en la villa quedó persona de consideración que no acudiese, porque en cualquier parte adquiría la gracia del pueblo por la prontitud que tenía en la gorra y en la risa, aun para con los más pequeños, que el conquistar con la cortsía los ánimos es una granjería grande y á poco precio.

A la noche pusieron voluntariamente luminarias en los colegios y en la mayor parte de las casas del lugar, prosiguiendo con la misma demostración los dos siguientes, aventajándose la última, porque hubo en ella una máscara, si no lucida por la ostentación del aparato, ingeniosa y alegre.

Corrió la voz á Madrid y á Guadalajara, de donde enviaron á visitarle algunos señores y caballeros con criados suyos, á quien él regalaba y recibía con tanto agrado que mentía el título de modo que parecía verdad. Deleitábase él en este

embuste, que le alentaba mucho el adorno de su casa, en cuyas piezas había puesto muy ricos doseles, que para esto tenía prevenidos, tanto, que hasta en el zaguán hizo que estuviese uno de terciopelo anciano y caduco, que le compró en una almoneda, y aunque se le reprehendió, dijo que los señores que no lo hacían así tenían titulillos, pero que el suyo era titulazo, que arrastraba hasta los zaguanes y caballerizas.

Creció la vanidad altísima, y persuadióle á que de cada oficio eligiese un oficial, el mejor, para su servicio; y éstos pusiesen á sus puertas el escudo de sus armas, intitulándose criados suyos; que, ejecutándolo, puso en todos los de aquel pueblo respeto y veneración.

Hallábanse entonces en el lugar dos caballeros hijos de grandes, con quien se trató igualmente, y sabiendo que tenía la misma pretensión otro hijo segundo de un señor de título de los más calificados de estos reinos, por excusarse de que ó el otro le dijese merced, ó tratarle él de señoría, negoció por internuncios que se llamasen de vos, pareciéndole que de este modo se mediaba más bien la cortesía.

La noticia de este caso llegó en Madrid á los ministros supremos, que, llenos de confusión, se preguntaban los unos á los otros por cuya mano había pasado aquel despacho, tanto, que les obligó á enviar persona para que supiese dél mismo el origen de donde había procedido aquella voz tan esforzada. Para todo halló puerta por donde huirse, porque respondió que un potentado de Italia le había enviado un título, de que mos-

tró recados, sino bastantes, tales, que lo parccieron. Con esto volvió aquel personaje á Madrid satisfecho, aunque le dejó en Alcalá muy desacreditado, donde él había dicho ser el título que tenía de Marqués, dado por el Rey nuestro señor en España y en Cataluña, en un lugar que poseía en el Condado de Ruisellón. Lo cierto es que ni aun lo segundo de que quiso valerse era verdad, y que cuando salió de Madrid dejó aquel entremés trazado con el que vino á traerle la nueva por la posta, á quien hizo, por que fuese cómplice, un regalo, que él agradeció con hacer luego pública confesión del delito común de dos, y despertar la risa de los cortesanos, que ya con su ausencia dormía.

La escuela se agravió de la burla y le pareció que le corría obligación de satisfacerse. Los de las luminarias daban la vaya á los de las máscaras porque fueron los que se empeñaron en gasto y ostentación, y estotros se la daban á ellos porque fueron los primeros que con fácil credulidad dieron principio á la celebración del título vano. Los caballeros que le habían llamado hasta entonces señoría no se resolvían en el trato para lo de adelante, y dudaban así en la mudanza como en la perseverancia; pero, al fin, eligieron lo segundo, para que desde entonces se hiciese con risa lo que antes con veneración.

Estos tumultos no se hacían tan secretos que no llegasen á su noticia; pero él tenía esfuerzo y ánimo para hacer cara á cualquier rostro de la fortuna, y decía consigo mismo, ó engañándose con estos consuelos ó burlándose de sí propio, que

las mercedes de honores fantásticos que los reyes hacían, cuyo deleite estaba en la imaginación y no en el sentimiento de nuestra carne, cada uno podía gozarlas como se persuadiese á que las poseía; que en esta vida todos éramos representantes á imitación de los de las comedias, haciendo unos los papeles más largos y otros más cortos, y que si á él le había durado tan poco tiempo el señorío y el título de Marqués era por no haberle cabido el papel breve, porque muchas veces sucede, cuando se reparte mal una comedia, dar el más sucinto al que más bien recita, con agravio de la obra y de los oyentes; que muchos humildes nacían con espíritus generosos, y muchos generosos con espíritus humildes, y que él más quisiera lo primero si le dieran á escoger, por ser más honrado que lo segundo, con ser más útil. Estas imaginaciones revolvía en su ánimo, no sin algunos suspiros y congojas ardientes, á quien Salazar procuraba divertir y alentar, aconsejándole lo conveniente con persuadirle á que saliese luego de Alcalá y escapase como pudiese de las olas y perturbaciones que levanta la gente que con pocos años se cría en la libertad de una escuela, y hiciese escarmiento en los daños ajenos, pues sabía que en manos tales peligran muchas veces aun los ministros severos de la justicia; pero como luego le visitasen algunas personas nobles, y conformándose con lo que entre ellos tenían capitulado, prosiguiesen en la estimación y reverencia que hasta entonces de su persona habían hecho, engañóse á sí mismo y perseveró esperando á recibir el desengaño de quien se le vendiese á precio más costoso.



V

Los caballeros de la escuela y de la villa hacen una graciosa burla al Puntual, y él se retira á la soledad de una aldea.

No se hallaban quietos los ánimos de los ofendidos, antes parece que cada día se empeñaban más en la injusticia y suspiraban por la venganza que, sin pretenderla, se les ofreció, como adelante se dirá. Era entonces en aquella Universidad el caballero más ingenioso don Juan Fernández de Angulo, docto, aunque en tiernos años, en la jurispericia, y en las letras humanas ingenio superior, estudio que, aunque se toma por accesorio, socorre y alienta mucho al principal, dando generosos bríos al que le posee en las ocasiones públicas para ostentar con mayor lucimiento. Este hizo un banquete á la nobleza de la Universidad y de la villa, siendo el que en él ocupó el primer lugar nuestro aéreo y ventoso Caballero, que sazonó la comida discurrendo con variedad en diferentes casos, porque él fabricaba, según la materia que le ofrecía, altísimos edificios, deleitando los oyentes, y aun no bien satisfaciendo al insaciable apetito de su vanidad. Enmudeció breve tiempo, y aprovechando la

ocasión de sus criados, que cantaban el que más bien lo hacía, moviendo las cuerdas de un instrumento y la voz, dijo así á las exequias de un león muerto:

El más noble irracional,
á quien dió naturaleza
la corona de los brutos
y el imperio de las fieras
es cadáver en un campo,
donde, aun muertos, representan
sus miembros ya divididos
la imagen de la soberbia.
La cabeza coronada,
bien que no en todo desierta
de la majestad, declina
de aquella augusta grandeza.
Su sangre real generosa
por los campos vaga y yerra,
por quien ya púrpura visten
las africanas arenas.
El que en su celeste imagen
la dignidad aposenta
de la mayor luz, jamás
volverla á gozar espera,
que entre sus triunfos la muerte
igualmente arrastra y lleva
las pieles de los leones
como las de las ovejas.
El que de un bramido solo
hizo, turbando las selvas,
desalentar á los aires
en su lozana carrera;

aquel á quien el manchado
tigre obedece y respeta,
y el que las dulces fatigas
saltea de las abejas,
con quien no son comparables,
aunque briosos lo emprendan,
aquellos hermosos partos
de las andaluces yeguas;
éste, pues, entre las sordas
cenizas se escribe y cuenta,
y es parte del polvo humilde
con que el viento burla y juega.
Sin pompa funeral yace,
y todo bruto se alegra,
que en la muerte de un tirano
son festivas las exequias.
¡Oh, caduca Monarquía,
toda sombras y apariencias,
vano resplandor que engaña
el apetito que ciega!
¿Qué bien tienes estimable,
suspensión de las potencias,
si no eres contra la muerte
sagrado asilo y defensa?
¿Qué importa que por los aires
dilate, ensanche y extienda
sin límites, vago imperio,
águila hermosa y soberbia
¿y que aquel noble linaje
que sobre las nubes vuela,
tan conforme como fiel,
la aclame señora y reina,
si entre los cercos del sol,

cuando divide sus hebras,
con sus alas halla entrada
la muerte para vencella?
En la patria de los peces,
que azul y plateada cerca
cuanto coronan los cielos,
cuanto se extiende la tierra,
el noble Oriente del ámbar,
la jurisdicción suprema
goza sin que se la turben
las armas de las tormentas,
y á quien el Delfín amante
de la lira y de sus cuerdas,
obedece la malquista
muerte embiste y atropella.
Que la tierra, el aire, el agua,
sus tres monarchas entregan
á este monstruo, á este gigante,
contra quien no hay resistencia.

El tono, la voz y la gravedad del asunto del romance admiraron y suspendieron, dando ocasión á los oyentes para que tratasen de la gallardía y ferocidad del león. Encarecióse cuán grande hazaña consigue un hombre cuando le vence y mata por sus propias manos. Nuestro Puntual, que hacía reputación de todas las acciones humanas y quería ser en todo el primero de los demás hombres, dijo con semblante despreciador:

—Ya yo he muerto un león.

Volvieron todos los rostros, espantados del golpe grande de la voz con que lo significó, y él prosiguió formando la mentira de repente, y ca-

yendo por esta causa en mil ridículas imperfecciones. Refirió, pues, de esta suerte:

—Caminaba yo á Castilla la Vieja, y al subir del Puerto de Guadarrama, hice que toda mi familia se adelantase, que por salir poco gustoso de la Corte me cansaba la compañía de los criados. Llegué á la cumbre á los primeros de Abril una hora antes que anochebiese, cuando, al volver los ojos, vi un valentísimo león, tal como son siempre los que se crían en aquella sierra.

Mucho fué que los oyentes no diesen lugar á la risa oyéndole decir semejante desvarío; mas déjaronle libre el paso, y así él se fué despeñando con más fuerza en este modo:

—Así como me vió el valiente animal, se puso en pie, y estirándose de todos sus miembros, abriendo la boca con grande ferocidad, sacudió las guedejas y miróme, á mi parecer, con arrogante soberbia y osadía. Yo, que jamás he consentido á nadie semejante atrevimiento, me corrí de que un bruto me negase el respeto que me da el hombre, y así, determiné castigarle; mas por no entrar con él en la batalla aventajado, que me pareció bajeza indigna de mi animoso corazón, porque él estaba á pie, me apeé de un generoso caballo en que iba, que me había costado en Córdoba mil y trescientos escudos, y poniendo mano á mi espada, tercié mi capa y me fuí para él con valeroso espíritu. Bien vi yo al león en la cara entonces que quisiera no haberme dado aquella ocasión; pero, como aunque es animal, verdaderamente tiene honra, vino para mí con tanta fuerza, que arrojándole yo la capa á los pies, tropezó

y cayó, que fué suma desgracia, á quien, saltándole sobre la cerviz con mi acostumbrada ligereza, degollé con un cuchillo de monte que llevaba conmigo. Cuando, al volver de los ojos, vi á mis espaldas otros cuatro ferocísimos leones que venían á ayudarle; pero encomendándome yo á la Virgen del Socorro, hice tal destrozo en ellos, que los dos maté y los dos huyeron; yo, deseoso de alcanzarlos, subí en mi caballo, y corriendo en su seguimiento aquella noche trece leguas, no pude.

Así decía, cuando, levantando los manteles por ser acabada la comida, un capigorrón, criado del señor de la casa, comunicándolo con su dueño y los demás circunstantes, le armó una graciosa burla, y fué que, yéndose á la posada de un autor de comedias que estaba entonces en el lugar, le pidió una cabeza y piel de león de aquellas que ellos usan en los teatros para el adorno de sus comedias.

Hizo efecto con facilidad su petición, y volviendo con toda diligencia á su casa, se la vistió, y saliendo á la pieza donde el Puntual y los demás se hallaban, por ser muy ligero, saltó sobre un bufete que estaba puesto delante del mezquino farfante que, con el repentino espanto, haciéndose atrás, cayó con la silla. Ayudándole los demás á levantarse, le dijeron:

—Ea, caballero: matadnos este león, por vida vuestra.

Mas él, que, ya ciego del miedo, no discurría; sin poder penetrar la malicia ni conocer que era burla, cogió la puerta, y corriendo con toda velocidad hasta su posada, se encerró en ella, donde estuvo

suspenso del temor todo lo que duró el día; y á la noche se salió de la villa á la ligera, á la más vecina de las aldeas de la comarca, donde, entretenido algunos días en la caza y otros en la pesca, por tener el sitio comodidad para todo, se divirtió de los grandes temores en que le puso el león fingido.

Salazar le variaba las noches, recitándole algunos papeles de su ingenio, y la última le refirió este diálogo, intitulado *La Lonja de San Felipe*.

DON PEDRO y DON FERNANDO, *caballeros cortesanos*.

DON PEDRO

Ya para la comedia será tarde.
Esta lonja que veis, de San Felipe,
teatro es de apacibles entremeses.
Como vos corrijáis con la prudencia
vuestro furor colérico y terrible,
os prometo un buen día.

DON FERNANDO

He conocido
que en todo sois prudente y advertido.

DON PEDRO

Oid, por Dios, que viene aquí Manrique.

DON FERNANDO

¿Quién es?

DON PEDRO

Cierto soldado mal trapillo,
que anda siempre envuelto en malos trapos;
que sabe más de embustes que de hazañas;

que ha quebrantado el quinto mandamiento
 en calles, en esquinas, en tabernas,
 mil veces, y ninguna con espada,
 ni con daga, ni abuja, ni guijarro,
 ni con boca de fuego.

DON FERNANDO

Caso grave;
 pues al no matarás ¿cómo le ofende?

DON PEDRO

Es de la lengua espadachín este hombre.
 A mis manos se viene gentil rato;
 ¡por Dios que he de serviros un buen plato!

MANRIQUE

Salud, paz y concordia entre los fieles,
 amigos caros.

DON PEDRO

¡Oh, señor Manrique!
 Lo que para los príncipes cristianos
 pide la Iglesia, implora por nosotros.

MANRIQUE

Yo que he pasado trances de la guerra,
 y sé cuánto fatiga la milicia,
 imploro paz, ninguno de mi tiempo
 sirvió al Rey en mejores ocasiones,
 fui gran persona de asaltar murallas.

DON FERNANDO

Si iba tan ligero como ahora,
 hazaña es que se debe al mal vestido.

DON PEDRO

Calla, primo, por Dios.

MANRIQUE

Gracia ha tenido.

Siempre mis generales me estimaron;
y el buen Conde de Fuentes, que Dios haya,
lucido capitán, por mi consejo,
hizo notable estima de mis prendas.

DON FERNANDO

El Conde á San Francisco imitaría,
pues, según miro en vos, altos y bajos,
las prendas que estimaba son andrajos.

DON PEDRO

¡Oh, qué terrible primo; oh, qué pesado!

MANRIQUE

Antes tiene razón en lo que dice;
si es gracia natural, su estrella siga;
pensaréis que me ofende, antes me obliga.
Serví de embajador algunos años
allá en Constantinopla, al gran Filipo,
y el persiano señor de aquella tierra
se fiaba de mí, sin conocerme.

DON FERNANDO

¿Cómo en Constantinopla está el persiano?
¿No ve que aquella es corte del Gran Turco?

MANRIQUE

¿Cómo del Turco?

DON PEDRO

Es cierto; equivocóse.



MANRIQUE

Que no me equivoqué; ¡qué bueno es esto!
¿Soy hombre yo que puedo equivocarme?

DON PEDRO

Pues ¿qué fué, por mi amor, señor Manrique?

MANRIQUE

Yo imagino, señores, que he mentido;
cosa es que ya otra vez me ha sucedido.

DON PEDRO

Otra vez, caso raro y espantoso.

MANRIQUE

En esto de mentir soy animoso.

DON FERNANDO

¿Animo puede haber en tal empresa?

MANRIQUE

Sí, porque el tiempo está muy á propósito,
tanto, que con mediano ingenio y arte,
puede un hombre mentir en cualquier parte.

DON PEDRO

¿Dónde se ha de mentir con más cuidado?

MANRIQUE

Entre mujeres.

DON FERNANDO

¿Cómo entre mujeres?

MANRIQUE

Allí es donde yo andar sutil codicio,
porque son las maestras del oficio.

DON FERNANDO

¿Por qué tanto en mentira se ejercita?

MANRIQUE

Porque es el buen mentir gustoso y útil.

DON PEDRO

¡Por Dios!, ¿pues cómo es útil y gustoso?

MANRIQUE

Gustoso, por el gusto que se saca
de engañar con sutileza y arte;
y útil también, porque en la edad presente
aquel medra más bien que más bien miente.

DON FERNANDO

Y habrá vuestra merced ya con el tiempo
conseguido en esta arte gran destreza.

MANRIQUE

Muy bien puedo, señores, no lo duden,
según me hallo ya diestro mentiroso,
ser mayordomo de un señor tramposo.

DON FERNANDO

Piérdese con el mundo mucho crédito,
y así, al hombre que en esto se ejercita
mentiroso le llaman comúnmente;
nombre odioso y infame entre la gente.

MANRIQUE

Esos serán los viles y vulgares;
con más veneración hablan los cultos;
que al que bien miente llaman de otro modo.

DON PEDRO

¿Y cuál es?

MANRIQUE

Caballero de inventiva,
que el ingenio con fábulas cultiva;
esténme vuesarcedes muy atentos,
que hoy miento con más gusto que otros días.

DON PEDRO

¿Por qué nace en su alma ese deleite?

MANRIQUE

Por ser en un lugar que es tan notorio
y tener tan ilustre el auditorio.
He sido con las damas felicísimo
porque en servir las siempre fui constante,
he sido el mismo amor.

DON FERNANDO

Y aun lo es ahora.

MANRIQUE

¿Cómo?

DON FERNANDO

Porque el amor anda desnudo.

MANRIQUE

Pues no es por imitarle este ropaje.

DON PEDRO

La causa y la razón saber quería.

MANRIQUE

Es por no poder más, ¡por vida mía!,
porque tengo empeñados mis estados.

DON PEDRO

¿Cuáles?

MANRIQUE

¡Jesús, y qué adelante pasal
los estados de un pozo de mi casa.
Padece aquí un soldado gran miseria,
con quien andan los hados ingratisimos,
y porque el pobretillo está en la cama
le pienso hacer merced...

DON PEDRO

Diga, no dude.

MANRIQUE

Diránme que soy bárbaro y perdido,
merced le pienso hacer de este vestido.

DON PEDRO

Acabe, no sea pródigo.

MANRIQUE

Sí quiero,
que he de hacer siempre como caballero;
y advertid que por loco se condena
el que dispensa en él hacienda ajena.

DON FERNANDO

¿Estuvo en Flandes vuesarced?

MANRIQUE

Estuve,
y allí me acuchillé con cierto duende
que andaba enamorado de mi dama.

DON FERNANDO

¿Luego vuestra merced tiene creído
que hay duendes en el mundo?

DON PEDRO

Es cierta cosa:
Primo, no lo dudéis.

DON FERNANDO

Mucho lo dudo.

DON PEDRO

Dénos su parecer; ¿por qué está mudo?

MANRIQUE

¿Creer hanme esta vez?

DON FERNANDO

Con gran llaneza.

MANRIQUE

Lléguenseme más cerca; más, más digo,
pues yo, el mismo que ven, maté una noche
un duende en el estribo de su coche.

DON FERNANDO

¿Cómo que hasta en los coches van los duendes?

MANRIQUE

Sí, porque hay muchos.

DON PEDRO

¡Oh notable exceso!
Esos coches serán espiritados.

MANRIQUE

Sin eso están los más endemoniados.

DON FERNANDO

¿Cómo pudo matarle siendo espíritu?

MANRIQUE

¿Que no pude matarle?

DON PEDRO

Era imposible.

MANRIQUE

Pues de lo dicho no me desconsuelo,
para mí ello pasó, no hay desatino
que no den por verdad, si lo imagino.

DON FERNANDO

Prosiga vuesa merced la infiel historia;
que aunque es infiel, es digna de memoria.

MANRIQUE

Después salí de Flandes y fuí á Génova.

DON PEDRO

¿Llevaba este vestido?

MANRIQUE

Mejor ropa.

DON PEDRO

Hizo bien, que si allá con él le hallaran,
para el papel que hacen le embargaran.

MANRIQUE

Señores: por allí viene el ropero
que me vendió fiado este vestido,
y antes que me vea quiero irme.

DON PEDRO

¿Compróle nuevo?

MANRIQUE

Nuevo de la tienda.

DON PEDRO

¿Y nunca le ha pagado? ¡Extraña cosa!

MANRIQUE

Pues no se asusten de eso vuesarcedes,
porque en esta materia de vestido,
en mí, si no es loable, es muy antigua
costumbre, y con que vivo muy holgado.

DON PEDRO

¿Cuál es?

MANRIQUE

Primero roto que pagado.

DON FERNANDO

¡Vuelva por Dios! que ya se fué el ropero.

MANRIQUE

¡Con cuántos sustos vive un caballero!

DON FERNANDO

¿Cuáles deudas le dan mayor cuidado?

MANRIQUE

Las que debo, señor, á los figonés
que de Santo Domingo la plazuela
habitan.

DON FERNANDO

Esos son bodegoneros.

MANRIQUE

Ya sé yo que ese título les toca;
mas fianme su hacienda, y quiero honrarlos;
figones, vive Dios, he de llamarlos,
que de boca de un noble caballero,
para la gente pobre, en ocasiones,
moneda suelen ser buenas razones.

DON PEDRO

Qué entretenido sitio es esta lonja;
por allí un coche va con diez mujeres.

MANRIQUE

Muy espantado estoy; ¿cómo no hacen
los coches como casas de la plaza
con seis ó siete altos y se alquila
de por sí cada cuarto?

DON PEDRO

Ese es arbitrio
en daño de Madrid y de sus casas.

MANRIQUE

Sí, porque fueran luego inhabitables,
que hay mujer en Madrid que más se holgara,
que vivir los palacios de Amaltea,
morir de un coche de estos la azotea.

DON FERNANDO

Por allí va un capón enamorando
á una dama de hermoso talle y brío.

MANRIQUE

Apacible y donoso desvarío.
Si hubiera quien hiciera á los capones
barbas, como á los calvos cabelleras,
fuera ganancia de infinita suma;
porque, mirando bien, señores míos,
capones de cabeza son los calvos,
como calvos de barba los capones;
y quien viste de pelo una cabeza,
sin ser ya prodigiosas maravillas,
pudiera empeluzar unas mejillas.

DON PEDRO

¿No le parecen bien cabezas calvas?

MANRIQUE

Antes, noble señor, me mortifican.

DON PEDRO

¿Cómo le mortifican, diga el modo?

MANRIQUE

Porque cabezas calvas bien miradas,
calaveritas son disimuladas;
y así, cuando yo á un calvo considero
junto á otro que tiene pelo ralo,
presumo que le dice el de la calva:

Tú que me miras á mí
tan calvo mortal y feo,
mira pecador por ti,

cual tú sin calva me vi,
verte has como me veo.

DON PEDRO

¡Por Dios, que está el discurso muy gracioso!

MANRIQUE

Espérenme, que aún es más ingenioso.
Si los predicadores enseñaran
en vez de calavera á todo el pueblo
una cabeza calva, es cierta cosa
que se enmendara mucha gente noble:
porque un cristiano honrado más temiera
volverse en calva vil, que en calavera.

DON FERNANDO

¿Cuál tiene vuesarced por mejor gente
en el mundo, los calvos ó capones?

MANRIQUE

Los capones, señor; no admite duda,
porque esos con la voz suave y clara
enmiendan el afrenta de la cara.

DON PEDRO

Los capones ¿qué son en este mundo?

MANRIQUE

De la naturaleza son crepúsculos,
que como aquélla es una luz confusa,
que ni bien es de noche ni de día;
así ellos, cuando tú, señor, atento,
á contemplar sus obras te pusieres,
verás que ni son hombres ni mujeres:

un hombre honrado puede consolarse
 á ser capón, señor, mas no á ser calvo,
 porque un calvo, demás de aquella afrenta,
 cual todos de mujeres necesita
 que le cocan, le burlan y desprecian,
 y un capón (¿qué más bien buscarle quieres?)
 puede pasar la vida sin mujeres.

DON FERNANDO

¡Notable indignación contra los calvos!

MANRIQUE

Si estuviera en la mano de los jueces,
 como á galeras condenar á calvas,
 de vicios, de maldades, de traiciones
 esta patria común libre se viera,
 porque nadie tener calva quisiera.
 No es tan infame un mísero galeote
 porque llueve sobre él eterno azote,
 sino porque anda siempre el miserable
 de barba y de cabeza tan rapado,
 que es del calvo y capón el fiel traslado.

DON PEDRO

¿Qué le dice, señor, aquella dama
 que en aquel coche aquel perrito lleva?

MANRIQUE

Que es vieja en años y en la corte nueva
 ¡oh tiempo para perros felicísimo!,
 no sé cómo las damas los estiman,
 porque por la memoria de los muertos
 habían de aborrecer mucho los vivos;

y así es locura y manifiesto engaño
amar el mismo agüero de su daño.

DON PEDRO

¿Qué os parece, señor, de aquella vieja,
que es del consejo de una moza verde,
que está lo que ella gana en que la pierde?

MANRIQUE

¿Ella es su hija?

DON PEDRO

Sí.

MANRIQUE

Pues no me admira.

DON PEDRO

¿Por qué?

MANRIQUE

Daré razón muy suficiente:
porque si una mujer, porque son suyas,
puede vender su manto y su basquiña,
siendo su hija no me admira tanto,
que más suya es su hija que su manto.

DON PEDRO

Anda la hija ahora en altos precios.

MANRIQUE

Culpa debe ser de algunos necios;
que por alguna vana competencia
hacen que se encarezca (no hay sufrillo)
lo que había de salir al baratillo.

DON PEDRO

Es la pobre muchacha una cordera
y con besos de paz siempre la vende.

MANRIQUE

Qué tal es la viejota, bien se entiende,
pues del modo que Judas fué el primero
que con besos de paz vendió un cordero,
así ella es quien vende la primera
con el beso de paz una cordera.

DON PEDRO

Dicen que trata ahora de casarla.

MANRIQUE

Allá en el Rastro puede acomodarla,
que intentarán que sea el buen marido
cordero en condición, no en apellido,
porque así le conviene á su persona
un marido tusón si ella es tusona.

DON PEDRO

¿Quién es aquel que allí pasa?

DON FERNANDO

Es un hombre
que mohatrero dicen que es su nombre.

MANRIQUE

Mal hacen en llamarle mohatrero;
los tales son rufianes del dinero.

DON FERNANDO

Esa dificultad saber querría.

MANRIQUE

Fácil exposición daros podría.
Dicen, señor, que siempre los rufianes
á sus amigas, que es lo que más quieren,
las ponen á ganar para sí mismos;
así los mohatreros, que es la gente
más miserable que conoce el mundo,
aquel mismo dinero en quien adoran
le ponen á ganar para sí propios,
y así con gran prudencia considero
que se llamen rufianes del dinero.

DON FERNANDO

¡Por Dios que está muy bien considerado!

MANRIQUE

Pues aún pienso ponerlo más delgado:
sabed, señor, que son los mohatreros
corsarios que en Madrid andan en corso;
sucédeles mejor á los rufianes,
que como se convierten sus amigas,
si no esta Cuaresma, la siguiente,
ellos suelen con ellas convertirse;
mas como al oro nadie le predica,
y por esta razón no se convierte,
así cualquier asunto mohatrero
muere siendo rufián de su dinero.

DON FERNANDO

¡Bien, por mi vida!

MANRIQUE

Hallo por mi cuenta
que son los mohatreros como brujos,
y aun pienso, y no me engaño, más dañosos.

DON FERNANDO

Decid, que os escuchamos muy gustosos.

MANRIQUE

Si se untan los brujos, también ellos
 con el dinero, que es unción süave;
 y si vuelan después de haberse untado,
 ¿quién puede volar más que un mohatrero
 con las veloces alas del dinero?
 Si ellos chupan la sangre de los niños,
 estotros en la plata y en el oro,
 adquiriendo de brujos más renombres,
 chupan la mejor sangre de los hombres.

AGUACIL

Téngase á la justicia.

MANRIQUE

Escuche, amigo:

¿quién es?

AGUACIL

El aguacil de vagabundos.

MANRIQUE

¿Qué me quiere?

AGUACIL

Prenderle.

MANRIQUE

¿Por qué causa?

AGUACIL

Porque aquí pasa ocioso todo el día.

DON FERNANDO

Perdónele, porque es melancolía;
tome con que se alegre estos ochavos,
que tanto se los doy por verle pobre
como porque me cansa el traer cobre.

AGUACIL

¡Favor al Rey; notable desvergüenza!

DON PEDRO

Vámonos deslizado poco á poco,
que nada ganaremos con un loco.

MANRIQUE

Yo no pienso tratar de resistencia;
meterme quiero en esta iglesia santa.

AGUACIL

¡Por Dios que se ha valido por la planta!

La agudeza y donaire del papel celebró don Juan, aunque no dijo en su alabanza tanto como Salazar esperaba, antes bien, quedó algo suspenso y triste, porque le pareció que en la figura de aquel soldado intitulado Manrique había hablado con su misma persona y burlándose en aquel sujeto fingido de sus embustes y patrañas; pero el consuelo y el olvido de esta verdad le llegó muy aprisa. Teníale ya la aldea ofendido con su prolija soledad y sentía mucho gastar entre rústicos el caudal rico de sus desvanecimientos, y así determinó volverse á Alcalá: incitábanle á esto muchas cartas de los caballeros de la Universidad y de la villa, que con sumo arte se excusaban de



tratar en ellas del afrentoso y miserable suceso del león, que le dió tan mal postre en tan buena comida, de que se siguió parecerle, ó que aquello estaba olvidado, ó que por él no había sucedido, que éste y mayores engaños cabían en las imperfecciones de su vano discurso. Con esto, inobediente al consejo de Salazar y esquivo á los ruegos de los labradores, dejó la quietud del aldea, tan inquieta para aquellos que sólo en la inquietud establecen su sosiego.





VI

Vuelve nuestro Puntual á Alcalá, en cuyo asiento reposa breve tiempo, obligándole á dejarle el verse acometido con segunda burla.

RENOVÓ don Juan con su presencia en la Universidad y en la villa el gozo de los ánimos, corriendo á visitarle de entrambas partes lo más noble y lo más docto, que, aunque de lo uno y lo otro hay mucho en aquel pueblo, goza de lo segundo admirable abundancia, porque allí, más que en otra parte de España, las letras se fertilizan y los ingenios producen prodigiosos portentos. El, naturalmente esparcido, con alegre semblante correspondía á las voluntades que de nuevo se le ofrecían, estimando mucho el verlos tan perseverantes en llamarle señoría, alabando á Dios de que algunos que él tenía por desvanecidos, se la diesen descansada sin llevársela por rodeos, molestia que él había visto padecer con maravillosa constancia á otros señores titulados.

Vivía sospechoso y prevenido, notando con los ojos las acciones de todos y alargando los oídos por descubrir sus fines y últimas resoluciones;

pero ellos, con tanto arte se defendían de sus asechanzas, que, no sólo les penetró sus intentos, antes bien, asegurándose más, se dispuso él propio, con su confianza, á padecer cualquier engaño. Solicitaban muchos hacérsele, y deseaban que fuese tal, que le doliese ásperamente en la bolsa, por ser tanta su avaricia, que á no ser mayor su vanidad, que era la que le disponía á comprar el aplauso de la plebe con los gastos públicos, sin duda faltara aun lo necesario para la conservación y aumento de su vida.

La burla estaba ya estudiada por todos, y entre muchos elegida la que pareció más conforme á su natural, y que, por esta razón, sería de él abrazada con menos resistencia, que yo, por no darla penada, me iré embarcando en su narración con toda brevedad.

Las riberas de Henares, en todo tiempo conversables, convidan (ó por mejor significar su efecto) dulcemente fuerzan en los meses de Abril y Mayo á que las visiten, deseosas de mostrarnos que merecen confinar con las de Jarama, que con iguales flores, aunque en menos tierra, se oponen á las del Tajo (justa empresa, aunque parece atrevimiento). En este sitio fué convidado nuestro ínclito don Juan para una merienda, donde se le regaló con abundancia y curiosidad, haciendo él algunos melindres y desprecios, principalmente en la bebida, que daba á entender, aunque la hallaba helada, que para él estaba muy caliente, acto de gran príncipe y demostración verdadera de una poltrona grandeza. Aquí se discurrió en varias nuevas que de la Corte se avisaban, refiriendo, en-

tre muchas ciertas una falsa, para que en su compañía viniese muy acreditada, y fué decir que Su Majestad pedía á los señores el servicio que tienen obligación á hacerle de las lanzas.

El oyó atento, y lleno de la vanagloria que con el calor de los manjares tocaba en el más supremo grado, dijo que se compadecía tanto de las necesidades de Su Majestad, que acudiría á esta obligación el primero, siempre que le fuese ordenado. Afirmaba esto con muchos juramentos, y era cierto que lo sentía en su ánimo del modo que con las palabras significaba, porque como él se transformaba con tanta facilidad (como atrás queda referido), en sus mismos deseos, por lo menos todo aquel tiempo se enajenó de sí propio y se persuadió á creer que era un señor de título palpable y no imaginario y fantástico. Medida aquella ocasión con el intento, se halló justa, y así procuraron volverse al lugar con diligencia.

Nuestro Bóreas, ventosísimo y caprichoso más que otras veces, no se acertaba á desasir de la plática del servicio de las lanzas, y juraba que las que á él le repartiesen habían de ser las mejores, así en los caballos como en las armas y plumas; cuando á la puerta del lugar se vino para él un hombre que parecía ser correo de á pie, y dándole un pliego de cartas, le dijo que un secretario de Su Majestad le había despachado desde Madrid para su señoría. Abrióle, y halló dentro, á lo que parecía, recados bastantes por donde él se reconoció obligado á servir luego al rey nuestro señor con seis lanzas. Alegróse sumamente con aquella nueva, porque le pareció que la ostentación había

de ser pública, y que ninguna, en toda su vida, se le podía ofrecer de mayor lucimiento; cerró los ojos al discurso con los que otros le abrieran, y veneróse en sí mismo, ya que no pudo con la boca, con el corazón, por verdadero señor titulado.

Los artífices del juego con simulado semblante mostraron pesarles del nuevo gasto, y le ofrecieron dar seis personas muy á propósito, valerosas en el ánimo y gentiles en los talles, que él aceptó con mucho agradecimiento.

Ocupados en esta plática llegaron hasta la puerta de su posada, donde él se despidió de todos, enviándolos muy gozosos de ver en excursión su burla; mas como él durmiese sobre el caso, y después, á la mañana, despertase algo refriado en los ardores de la magnificencia, reconoció que en aquello había cautela y que era necesario escaparse de ella con término ingenioso. Tentó la dificultad y halló todos los pasos por donde quería escaparse ásperos y casi inaccesibles, hasta que, consultando el caso con Salazar, fiel criado y consejero seguro, le dijo que ofreciese por respuesta, así al correo fingido como á los autores de la ficción (dándose por desentendido del engaño), que aquellos despachos se habían errado, porque él era señor de título de Cataluña, y que allá los talles no hacían aquel servicio que á él se le pedía, no obstante que por el de Su Majestad acudiría siempre que fuese necesario con su propia persona, imitando en esto á sus pasados, que de su sangre hicieron tantas veces precioso desprecio.

Aceptó el arbitrio y ejecutóle sin alterarle en

nada, causando mucho pesar á los que creían haber hallado puerta para su venganza. Ellos no desmayaron en tan descubierta contradicción de la fortuna; antes se previnieron con mayor coraje, haciendo del gusto interés y del entretenimiento porfía. Teníanle puestas espías dentro de su casa, y de éstas supieron que Salazar le había disuadido y aconsejado y así tuvieron medio para enviarle del lugar por algunos días, mientras se ejecutaba el segundo golpe, creyendo facilitar su pretensión de este modo. Apenas él estuvo ausente, cuando ellos tocaron segunda vez al arma, hallándose el camino dispuesto, entregándoles él mismo la ocasión en las manos con apacible y amigable facilidad.

Leíase una tarde en su casa una comedia de muchas que andan impresas, y en ella, entre otros pasos, había uno, en el cual se aparecía, en virtud de una excelente tramoya, un bisabuelo á un biznieta suyo entre sueños, procurando esforzarle con ejemplo de sus pasados á la gloria de generosas empresas. Hallábase presente un crítico que, con impertinente, y aun maliciosa censura, mordía todas las acciones ajenas, las más injustamente, y las que con razón, con tanta imprudencia, que más parecía su intento de ofender, que de corregir, éste dijo ser aquella visión más ridícula que verosímil, y despreció con nombres afrentosos al poeta inventor de aquella fábula. Puso la defensa de esta injuria á su cuenta aquel ingenio volatín, nuestro don Juan digo, eterno hospedador de los vientos, siendo su cabeza de ellos el más verdadero alcázar, y de este modo se encendió en

su abono, que dijo, afirmándolo con muchos juramentos, que á él le había sucedido lo mismo con su bisabuelo el señor don Diego Antonio de Toledo, ya por dos veces; que la última fué en la jornada de Inglaterra. Uno de los presentes se opuso, diciendo que, computada su edad con el tiempo que había que pasó la ocasión que él decía, era imposible haberse hallado en ella. El, empuñando la espada, y ciego de un coraje bárbaro, dijo:

—¡Vive Dios, que no sólo me hallé en ella; pero que de veinte y cinco que se ahogaron en el galeón que yo iba, fuí yo el primero!

Ocasión les dió bastante para reirse un desvarío tan ignorante; pero como su intento aspiraba á mayores fines, guardaron la risa para mejor ocasión, y con la presente se previnieron para tentar segunda vez la fortuna. Confinaba la pared del aposento donde él dormía con la casa de un hidalgo de la villa, osado é ingenioso, y que era uno de los conjurados: éste, un día que don Juan y sus criados, por haberse ido á caza, le dejaron desamparada, rompió un pedazo de la pared, en la cantidad que bastase á caber en ella un hombre, dejándola después con tal artificio cubierta, que aquella parte se abriese y cerrase con mucha facilidad. Hecho esto con diligencia por él solo, y á satisfacción de todos juntos, esperaron á que llegase la noche, y con ella el cazador infausto, que le valiera más haber sido segundo Marqués de Mantua que restituirse á sus paredes con vida para su afrenta.

Volvió, pues, á su casa, muy cansado, y todos

los de la familia de la misma suerte: verdad es que él traía el ánimo más rendido que el cuerpo, porque como era tan aprehensivo, se le fijaron por ciertas é infalibles en su pecho las dos apariciones de su bisabuelo, y quejoso en cierto modo de que hubiese mucho tiempo que no le visitaba, dando con esto mejor disposición á lo que le estaba prevenido, se durmió con el cansancio, y lleno de esta fantasía, soñó que el señor don Diego Antonio de Toledo le hablaba. Y despertó diciéndolo á grandes voces, según contaba después un pajecillo de cámara, que dormía en el mismo aposento: éste, aunque muchacho, procuró desengañarle para que se quietase; pero apenas lo hizo, cuando retirándose sin mucho rumor, el pedazo de pared que atrás dijimos se descubrió en aquel propio lugar el mismo capigorrón que le hizo la burla precedente, vestido á lo antiguo, y con una barba y cabellera entrambas canas y entrambas muy largas: al ruido que hizo, aunque pequeño, al dividirse la pared, despertaron así el dueño como el criado, y la luz que estaba en el aposento les puso luego los ojos en aquella admirable figura: el rapaz concibió miedo, por ser la visión desusada á su vista, y el amo deleite, por ver ejecutado el asunto de su arrobada idea, incorporóse en la cama, y el bellacón que estaba en la pared soltó la voz en estas razones:

—No temas, generoso descendiente; yo soy don Diego Antonio de Toledo, de ti y de la antigüedad tan venerado. A reprehenderte vengo la flojedad que pones en el servicio de tu Rey; no dudes de obedecerle en cuanto te mandare, aunque no te toque, si no intentas, degenerando de mi sangre,

ofender mis huesos en el sepulcro donde mi fama los depositó con tanta gloria.

Con esto se retiró atrás, y el pedazo de pared, con suma velocidad, volvió á juntarse. Pasó don Juan las horas que restaban hasta la mañana admirado, y apenas los resquicios de las ventanas fueron los primeros anunciadores de la luz, cuando, vistiéndose, acudió inocente á referir el suceso á los mismos inventores, y temiendo que dudasen, por ser tan peregrino, lo confirmaba y afirmaba con maldiciones y juramentos, y ellos, artificiosos, para esforzar la simulación, mostraron en parte dudarle, y después, para conseguir su efecto, dieron á entender que les parecía cosa verosímil y posible, entrando en esta parcialidad el riguroso crítico, que con esto se dieron los últimos nudos al engaño.

El dijo que no podía ya dejar de obedecer el precepto de su abuelo, y juntamente acudir al servicio del Rey Católico, rogando mucho á aquellos caballeros le diesen las personas que le tenían ofrecidas, porque era necesario que fuesen tales como ellos se la habían significado. Estaban seis mancebos gallardos para esto prevenidos, elegidos entre muchos. Quiso despachar á Madrid un criado para que comprase las armas y caballos; pero don Juan Fernández de Angulo, por excusar nuevos inconvenientes, dijo que él despacharía persona inteligente, y se ofreció á hacerse dueño de este cuidado. El, agradecido, le entregó en letras el dinero bastante para lo que se pretendía, con que antes de ocho días estuvieron las armas en Alcalá para los seis mancebos robustos, y con

ellas seis valientes rocines. Junto ya todo este aparato, eligió el próximo domingo para su ostentación, y convidando á toda la nobleza que le acompañó, salió á caballo con sus seis ahijados, y llevando un trompeta delante paseó toda la villa, y los llevó hasta la puerta de Madrid, donde con una oración elegante y breve se despidió de ellos, volviendo á su posada, vaporando vanagloria hasta por las puntas de los pelos de la cabeza. Dulcemente se entretuvo en este engaño muchos días, hasta que Salazar, volviendo de la jornada, le purgó con el desengaño de aquellos vanos humores, y le redujo á que dejase la Universidad, donde en cuatro meses de asistencia se hallaba con gasto de muchos dineros, aunque había, como en todas partes, desplumado á los mejores tahures; pero viendo que aun en Madrid estaban muy frescas las memorias de sus pasados errores, decretó irse á Toledo, no para ver la piedra, su origen y verdadero solar, sino para emprender nuevos desvaríos. Llegó á la imperial ciudad un sábado ya tarde para todo, donde se le tenía prevenida muy buena casa. Cenó y acostóse luego, y Salazar, así por entretenerle, como por granjearle el sueño, leyó un papel suyo intitulado «El curioso»; escucháronle atentos y gustosos el señor y la familia.

EL CURIOSO

Después que Trajano Bocalini, curial del Parnaso en la corte de los venecianos, expuso al juicio del mundo las relaciones que de sus corres-

pondientes tenía, hallando la mayor parte de ellas tanta duda en el crédito de los sabios como admiración en la rudeza de los vulgares, yo, que nací con una estrélla curiosa de penetrar las cosas grandes, y adelanté mi codicia á la de los otros humanos, poniéndola más á desentrañar los tesoros de la naturaleza liberal que en solicitar los vanos que la tierra con tanta avaricia nos defiende, osé emprender jornada tan dificultosa y admirable, como fué visitar la corte del rey de los planetas y planeta de los reyes, fiado en que ya se habría hecho más comunicable aquel camino, por donde tantos correos ordinarios y continuas estafetas venían al referido autor. No me pareció que iría bien desabrigado de intercesiones, porque en las cortes de los príncipes, aunque sea en la de Apolo, presiden á los méritos y tienen mejor acción para las dignidades y cargos públicos, medio por donde se tiraniza á los dignos su premio y á los súbditos su buen gobierno, con que los unos y los otros justifican su queja: hallábame entonces con mucha riqueza de amigos en Italia, que me negociaron cartas del Bocalini para Cornelio Tácito, á quien él se persuadía tener muy obligado, por haber hecho de sus discursos políticos libro de su devoción y fiado de ellos todo el crédito de su alma y en él á ella, por no reservarse nada para mejor dueño. Puse en ellas tantas esperanzas de mi aumento, que las asperezas del camino y fatigas de la empresa me parecieron amenas selvas y deleitosos países; pasando por este engaño (tan familiar á todos los hombres), porque siendo yo un sujeto en quien se hallaban tantas desdi-

chas singulares y hasta entonces desconocidas no era bien (según el proceder de la fortuna) que me librase de aquellas comunes, sino es que como la naturaleza hermosea sus obras con la variedad, hubiera querido hacer mis sucesos parte de su belleza, ya maravillosa con daño mío, y adquiriendo alabanzas á costa de mi paciencia, porque aun la soledad en el bien es desdicha, llegué á los confines del principado de Apolo, cuando Marzo da al suelo de los campos vestido y esperanza dél á los árboles para el siguiente mes, aunque los de aquella provincia, siempre ricos de hierbas, hojas y flores, nunca experimentaron las injurias de la pobreza, asiento debido al rey de las luces, en cuya corte y palacio hallaron los sentidos cada uno conforme á su objeto, tantas admiraciones, que divididos de sí y desamparando al alma, en lugar de ella hicieron centro de su mismo deleite, hasta que la fuerza del trato halló estas cosas menos admirables, y aun algunas de ellas tal vez con la continuación las entregó al desprecio.

Busqué la casa del Tácito, que yo en mi idea había fabricado humilde, y hallóse desmentida en los ojos que descubrieron ser su habitación un palacio de los más insignes de aquella corte ingeniosa, porque, como á príncipe de los estadistas, se le trataba con tan alta veneración, á pesar de Tiberio, que decía haber afeado con profunda malicia más de lo justo sus acciones, sacando á luz muchas veces el parto de sus pensamientos muy diferente de lo que él le había concebido, achaque antiguo en los historiadores, que quieren hacer de sus discursos evidencias, con ser siempre

en daño de terceros, y éstos las más veces grandes príncipes. Procuré hablarle, siendo introducido para ello por un portero, á quien yo doré las manos, que antes eran de hierro, para defenderme la entrada. Paseándose estaba por una galería con Salustio, que había venido á verle, procurando cada uno disimular en el semblante la mala intención que para con el otro tenía en el ánimo, por ser entrambos competidores del principado de la historia. Dile mis cartas, y habiéndolas leído, me respondió severo y breve: «Si en vuestras propias virtudes no traéis mejor amparo, el de esta intercesión pudiera ser vuestro cuchillo, porque os aseguro que estoy muy ofendido de este hombre que hace de sus chismes abono mis autoridades. Volveos por acá en tiempo que yo tenga ocupación menos legítima y vos estéis más descansado de tan largo camino, que entonces, en lo que yo pudiere, les daré á vuestros deseos con las obras toda satisfacción.» Con esto me salí agradecido al mal que dejó de hacerme, y, desesperado del bien que me prometía, admirando lo primero y asegurando lo segundo en mi fortuna. Habíase establecido nuevamente en aquella corte un tribunal, que se llamaban los que en él asistían jueces de residencia del vulgo, repartidos en tantas salas como naciones contiene el mundo, y en cada una de ella era constitución que los que juzgasen fuesen de la misma naturaleza de los juzgados.

No quiso Apolo dar esta judicatura á los legisladores, porque allí se habían de tratar, no materias de Hacienda, sino reformación de costumbres, y le pareció que mientras no empezaban por las suyas

no era justo encomendarles las ajenas, porque es grave error que un juez enseñe con su mal ejemplo lo que reprehende con el castigo, y así puso en esta ocupación á los poetas, hombres tan virtuosos cuanto desinteresados, aunque algunos decían disculpándole con la misma culpa, que la pasión de padre les había cegado en esta elección. Eran jueces de España los ilustres ingenios Garcilaso, Boscán y el divino Figueroa; fiscal, Pedro Liñán de Rianza, y relator, Miguel de Cervantes, cuyos felices espíritus vincularon su alabanza en sus mismas obras, dejando al tiempo en su fama materia de aumento y no de gasto, que con ser tanta, nunca llegó á sus méritos.

Aquí se encendió mi curiosidad en deseos de inquirir los secretos que en este tribunal pasaban, inquietándome con tanta fuerza, que, estudioso mi ánimo, solicitaba satisfacer á este apetito de mi ingenio, encomendando á la diligencia todo lo que fabricaba la industria; una, sutil en pensar, y otra, pronta en obedecer.

Murió en aquel tiempo un español casado, que servía el oficio de portero en la sala de los jueces de la misma nación, cargo que yo codicié mucho; di á la majestad serenísima de Apolo mis memoriales, y, entre otros servicios, le referí: que siendo él dios de los gentiles y yo cristiano, le había invocado en mis versos con toda reverencia; halléle sordo, y así procuré ayudarme con mi dinero, en ocasión que supe que se daba á más costoso precio, porque Febo había hecho merced dél á la viuda para que la desenviudase. Corría en las lenguas de los cortesanos su opinión, no con buen

sonido, porque, aun examinada con cuidado, en lo importante era honesta; los exteriores libres la disfamaban por mala educación de su madre, que la puso en estas costumbres, admirando mucho que ella no se hubiese despeñado en otras peores; no me atreví yo aún á la plática de semejantes bodas por no dar materia á los discursos satíricos de los cortesanos, que ocupando mesas ajenas, solicitan la risa de los poderosos, con lo que disfamán á los humildes; y así traté servir el oficio en el ínterin que hallaba ella persona que fuese á propósito para entrambas cargas, y por conseguir lo que deseaba, antepuse sus comodidades á las mías, haciendo precio de mi sudor la revelación de los secretos que en aquel tribunal se trataban, cuyo gobierno era en este modo. Sus ministros paseaban todas las provincias del mundo, y de ellas traían á las salas que les tocaban sus habitantes á ser residenciados del tiempo que habían vivido hasta entonces, y según el arbitrio de los jueces, que para esto no se consultaban otras leyes, eran absueltos ó castigados.

Un lunes, que fué primero día de Mayo, di principio con el mes y con la semana á mi ocupación, quedando de lo que allí vi más aficionado que antes para proseguir en tan curiosa fatiga.

Hasta aquí llegó Salazar, y volviendo los ojos á su dueño y viendo que se dormía, suspendió el proseguir la lección para tiempo más oportuno.

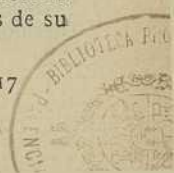


VII

Un mesonero de la Corte hace un sutil embuste contra nuestro Puntual, que le deja, aunque muy corrido, no muy desengañado.

PASE don Juan en Toledo, otro día domingo, lo principal de la ciudad á caballo, porque sus calles estrechas no todas son capaces de un coche, de más de que la ostentación de su gala y persona se hacía así más pública, y quería, por tenerla buena, granjear con la primera vista las voluntades de todos; oyó misa en la Iglesia mayor, sirviendo de inquietud al pueblo, porque, el ser forastero, y en tan buen hábito, mudó la devoción en curiosidad, y atendieron más á la censura de sus partes que á la obligación de la misa, recibiendo él con esto el premio de sus desvelos, y, en parte, satisfacción su elevada vanagloria.

Por el parecer de Salazar, aunque con grave dolor de su ánimo, se degradó de las órdenes titulares y renunció la señoría, guardando los doseles para mejor ocasión, y vistiendo las paredes de su casa de paños menores.



Los ingenios de Toledo, privilegiados del cielo entre los de España, como se ve hasta el sexo menos perfecto, cuya agudeza tanto mayor alabanza pide cuanto más lejos se halla de ser imitada, reconocieron al artificioso, pasando la voz por toda la Iglesia; quien con más brevedad afinó este desengaño fué una dama que le había visto en Madrid, con quien armó conversación para su castigo, porque, como saliese acompañándola, al llegar á la piedra donde echan los niños, bien olvidado él de semejante principio, agradecido de que ella entonces le descubrió el rostro, cosa que hasta aquel lugar no había querido concederle, dijo exclamando:

—¡Oh, qué buena obra le debo á esta piedra!

Respondió ella, muy falsa:

—No es la primera.

Fué tan breve el dicho y la suspensión que él tenía en mirarla tan arrebatada, que no reparó; mas Salazar, que de sus criados era quien le seguía más cerca, penetró la malicia y con interior alabanza veneró la agudeza.

Llegaron de este modo hasta salir de la Iglesia, donde ella no consintió que prosiguiese, mas como él porfiase tan tenazmente que apenas la pobre señora podía defenderse, le dijo (como quien era, un salero de donaires):

—Por el siglo de su título, que Dios perdone, que no me persiga.

Conoció el altivo amante este segundo golpe, como era más descubierto, y pareciéndole que aquél era puesto peligroso para un soldado tan bisoño, se retiró con mucha prisa, más corrido

que enamorado, y protestó excusar ocasiones con gente que se hálle siempre aventajada para decir una pesadumbre, porque el sufrirla es gran dolor, y el responder á ella, grosería. Volvióse con este mal despacho á su posada, donde comió con poco gusto; mas como el cielo muda con la variedad de sus operaciones los sucesos de los mortales, y á la tarde tuviese muchas visitas, introdujo un poco de carteta en la conversación, y aunque á los principios se vió anegado, restituyéndosele en los fines su felicidad, ganó más de mil y trescientos escudos, con que alegró el ánimo y el semblante, siendo este suceso venturoso causa de ser más murmurado, porque los interesados pretendían satisfacer las pérdidas de sus bolsas con morderle en la reputación. Mayor venganza les disponía el cielo piadoso, más que con ellos, con el mismo castigado, si hubiera recibido su enmienda de tan rigurosa corrección.

Vivía en Madrid, en la calle de Atocha, un mesonero llamado Molina, mulato en la color del rostro, negro en el alma, y sólo en la cabeza blanco, librea que, á su pesar, le vistió el tiempo para calificar su ingenio. Hizo en su niñez sus caravanas en la compañía de Cisneros, donde sirvió de mozo de hato; en esta escuela se adelgazó, recibiendo en ella la última perfección para intentar y conseguir cualquier burla ingeniosa; tenía en su casa una moza de buen parecer, socorro de pasajeros, briosa y entendida: para todo hábil. Vistióla en hábito de viuda principal, y alquilando una litera la puso en ella; ocupó luego un coche con otras seis mujeres, las dos en hábitos de dueñas, y

las cuatro en el común que usan las mujeres mozas; él se transformó en hábito eclesiástico con su muceta y anillos, imitando aquel que traen los abades en Italia y Cataluña, y entrándose en otra litera hizo que le siguiesen á mula seis socarrones discípulos de su facultad, tan abonados como el maestro, que hacían el papel de criados; púsose en el pecho doscientos escudos en oro para los gastos de la jornada, que empezó partiendo de Madrid para Segovia; la causa de su fuga procedía de que él había gastado con los excesos de una mocedad viciosa infinita suma de hacienda, y hallándose con muchas deudas, y que algunas de ellas se le podían pedir por delito criminal, considerando los plazos próximos y su peligro en ellos, quiso volverles el rostro antes que sus golpes se le deshiciesen.

La razón de ir en aquel modo se asentaba sobre un delgadísimo fundamento, porque fingiendo, por saber con mucha propiedad la lengua toscana, que era abad en Italia y que aquella señora que le acompañaba era su hermana y titulada en Alemania, iba pidiendo limosna con esta feliz industria, decía que su esposo, católico cristianísimo caballero, había sido cautivo en una batalla en que fué sirviendo al César contra el Gran Turco, y que en el ínterin, los herejes de Alemania, sus descubiertos enemigos, por el celo con que defendía la religión romana le habían ocupado sus estados, obligándola á ella á ocurrir al favor de su hermano, á quien halló tan empeñado, que no pudo ayudarla para el rescate de su marido con más que acompañarla en su peregrinación para

crédito de su honestidad; que esto la forzó á pasar á España, significando en el traje el interior desconsuelo, para que de este modo se alentase más la liberalidad de los naturales de esta invencible provincia al remedio de su necesidad. Esta oración la hacía en lengua toscana, porque la tenía muy bien estudiada, y la acentuaba con mucha propiedad, y para excusar que no se descubriese con la conversación larga su artificio, en acabándola, aunque la preguntasen, no respondía, y para disimular mejor, lloraba, como quien estaba divertida sólo en su pena. Socorríala luego el monseñor fraterno con mucha copia de palabras baldías, que disparaba al aire confundiendo y embarazando los discursos. En Segovia, que como tengo dicho, fué su primer paraje, hicieron fertilísima cosecha, recibiendo limosna de los cabildos de la iglesia y ciudad, y después de los oficios, que repartiendo un tanto por cada cabeza, juntaron una gruesa partida. De este modo pasaron á Valladolid, Zamora y Burgos, donde, aunque no hallaron igual acogimiento, salieron aventajados y lucidos. Alentados del buen suceso, les pareció que en el reino de Toledo, como tierra más rica y no menos piadosa, robarían con las voluntades las bolsas, y así se fueron volviendo á largas jornadas. Pasaron por Madrid, donde entraron de noche y salieron antes que el día, y caminando con diligencia á la más noble población de España, gozaron de los aires del Tajo, y llenos de admiración de su grandeza, concibieron mayores esperanzas, juzgando (y no con engaño) que los ánimos de los dueños de aquellos edificios serían tan generosos como

sú fábrica. Mas como los castellanos modernos no son tan sanos como los de la anciana Castilla, y principalmente los de esta nobilísima ciudad, burlando de su proposición, satisficieron á las lágrimas de la bellissima dona con gracias y donaires sutiles, porque dudaron mucho de la verdad de aquella demanda y rconocieron ser embuste. Mal ferido y bien doliente se halló con el inopinado suceso monseñor reverendísimo Abate di Ravena, que así se intitulaba Molina, viendo que peligraba si se detenía en Toledo, y que salirse de él sin hacer alguna facción lucida era descrédito de su ingenio y riguroso castigo de su bolsa, quando sabiendo que asistía en el lugar don Juan de Toledo, de cuyos vanos asuntos estaba bien instruído, le pareció que era cobardía no emprenderle, y así, entrándosele por las puertas con toda aquella comitiva, hizo que su hermana le hiciese una particular oración en toscano, y apenas concluyó, quando monseñor de Ravena, transfiriéndola al español, dijo:

—Ilustrísimo señor: á vuestros pies llega la nobleza de Italia necesitada; una mujer y señora titulada soy del potentísimo reino de Nápoles, casada en Alemania con tal esposo, que por defensa de la religión, aún debajo del poder tirano de los turcos, que le tienen preso, pasa gozoso cautiverio; en los ánimos de muchos señores de esta corona han sido bien recibidas mis lágrimas; enjugándolas con su liberalidad; mas como el precio del rescate que se pide sea tal como la avaricia sedienta de aquellos bárbaros, es fuerza que el socorro sea grande; las nuevas de vuestro corazón

magnánimo pasaron á Italia, y ellas solas bastaran á traerme con firme confianza á España. Sino fuera demasía, queremos hacer sólo dueño de tan costosa acción, basta que en ella tengáis parte, y ya que la acatéis, que no lo dudo, sea de modo que sienta yo con la experiencia las fuerzas de vuestra admirable piedad, sino es que á ella, que jamás conoció límites, se los ponga hoy mi escasa suerte, para que de este modo reconozca el mal suceso (si le hubiere) de mano de mi desdicha, autora de mi peregrinación y lágrimas.

Enternecióse el Caballero de la vana conquista (así le llamo, porque su empresa era parecer príncipe á los ojos de los que le vieron en principios tan descalzos). El, pues, considerando que aquella era ocasión pública, y que había de sonar la demostración que en ella hiciese por todo el mundo, estimó en mucho que se le hubiese venido á las manos lo que, según su opinión, lo había de haber comprado con pasos y diligencias. Consoló con palabras corteses á la señora, y, pidiéndole con reverencias muy bajas perdón de su cortedad, la dió mil escudos en oro.

Fuéronsele á echar á los pies la bellissima dona y monseñor Abate, pero aquel alentado y nunca vencido caballero excusó la prolijidad de tan devoto agradecimiento; con que ellos, tan gozosos cuanto no seguros, salieron veloces de su casa, y, sin volver á su posada, con el mismo paso, de la ciudad.

No le dilató mucho su buena suerte la recuperación de aquel oro tan mal vertido, porque la noche siguiente y muchos días hizo tan largas

ganancias que puso en miedo y cuidado á la infame comunidad de los tahures, gente las más veces de buena capa y de costumbres vilísimas. Desvanecido, tanto con su felicidad y prósperos sucesos, cuanto con el generoso dón, juzgaba indignos de su conversación y lado á los más nobles y á los más sabios; esto era en lo interior, porque en lo público procuraba resfriar estos ardentísimos afectos, como aquel que conocía el peligro que se le podía seguir en su conocimiento. Por esta causa, una tarde que se le encendieron más los humos de la fantasía, razonaba así consigo, sin más oyente que su mismo corazón, hallándose á un propio tiempo en sola su persona el representante, el pueblo y el teatro. Decía, pues, que la plebe toledana era más á propósito para castigar vicios con sus murmuraciones que para remediar miserias con sus liberalidades, que las provincias de Italia y Alemania, la una antigua y la otra moderna silla del Imperio, le venerarían por la fama de limosna tan generosa y cortés, siendo el solo crédito y blasón de su patria que había dado con este ejemplo ánimo á los gallardos espíritus del reino para que le imitasen con gloria suya y de ellos y utilidad de la señora necesitada; que pensaba desocuparse y visitar toda la Europa, no para enmendar sus costumbres, antes bien, por que en ellas aprendiese lo mejor de esta más ilustre parte del mundo, perfección de cristiandad y nobleza.

Así se despeñaba el juicio destemplado de nuestro Caballero, cuando Salazar entró por la puerta con tres hombres que le acompañaban, que en el

traje mostraban ser forasteros. El uno traía los instrumentos de aguacil en la mano, y el otro los de escribano en la pretina: era el caso que, habiéndose entendido por los superiores Ministros de la Corte el delito de monseñor Abate y de la mal doliente dona, enviaban en su seguimiento. Vinieron á que dijese su dicho y á ver si quería querellarse, para hacer mayor el cuerpo de la culpa.

Recibió grave pesar y dolor de verse engañado; mas, recuperándose con brevedad, y reparando en el sutil artificio y osada resolución del amulado hospedador, dijo, mostrándose en esta acción (yo se lo confieso) gallardo:

—Tan lejos estoy de querellarme, que antes alabo el primor de esta obra, y estimo en mucho que me haya salido tan barato el conocer un buen ingenio. Si hasta este punto fué hurto lo que de mis manos recibió, yo quiero que de aquí adelante sea premio de su habilidad, y que posea como dádiva lo que tiranizó con robo.

Los señores comisarios se volvieron admirados y corridos y confirmando la opinión que de hombre incapaz tenía.

El fin de este discurso le dió á la luz del cielo, llegando la noche lluviosa y oscura, tanto que, por no darle lugar á salir de casa á buscar el entretenimiento, acudió al que en la suya tenía, mandando á Salazar prosiguiese con la lección del papel, que él mismo había interrumpido los días atrás con el sueño, cuando el obediente y agradecido dijo así:

RESIDENCIADOS DEL LUNES

Amanece en el Parnaso muy temprano, porque sus campos y las celestiales luces obedecen á un mismo rey, cuyo suelo, ya cielo, en vez de flores, engendra estrellas, correspondiendo el fruto á la naturaleza del sitio. Por esta causa, se juntaron aquellos generosos ingenios á las cinco de la mañana, y esta costumbre guardan todos los tribunales de aquella corte. Ocuparon los asientos según su antigüedad: Garcilaso en medio; á la mano diestra, el divino Figueroa, y á la siniestra, Pedro Liñán, no con pequeña admiración de mi ánimo, que no hallaba mejor alabanza de lo que gozaba que dudarle, poseyéndolo, cuando entró por la puerta una mujer de buena disposición, cubierto el rostro; causó su vista rumor en los presentes, que con brevedad quitó Miguel de Cervantes, que poniendo la intención en los jueces y los ojos en el papel, empezó así:

—Ingeniosísimos señores: esta mujer, su nombre la Interesable, y sus costumbres peores que su nombre, da residencia de cincuenta y dos años de vida mal empleados cuanto bien lucidos. Entró en el oficio de ramera antes de los doce, ó dispensó la naturaleza con ella, ó fué atrevimiento de su apetito, y lo segundo hallo más verosímil. Dió satisfacción más á la torpeza de los poderosos que á la de los Narcisos de su tiempo, porque, aunque su lujuria fué insaciable, tuvo mayor estómago su codicia, méritos justos para el renombre con que la intitulan; gastaron más apriesa sus libertades

que sus años su belleza; pero ella trató luego de cobrar en la hermosura ajena lo que perdía en la propia, siendo pública corredora de sus amigas, de cuyos sudores vive, debiéndoles á sus pasos y á su lengua lo que antes á su cara y brío. No se ha satisfecho con acabar de perder á las que de su naturaleza lo estaban, sino que ha intentado, y tal vez (¡gran dolor!) lo ha conseguido, contrastar el armado recato de algunas mujeres honestas en la condición y en la sangre ilustres, infamándolas en los ojos de las gentes, sólo con haber pasado sus pies sus umbrales; para esto, donde no basta su lengua (artífice de engaños) á mover los ánimos, ha solicitado el favor de las sombras infernales con las supersticiones de sus hechizos. De sus efectos (por su desdicha), más cree que consigue. Por su causa se ha visto ya un lecho conyugal manchado con sangre de la ofensora, en cuyo delito tuvo más culpa el inducimiento de ésta, que aquí está viva, que la ejecución de la que murió. ¡Cuántos hombres por su ocasión han perdido, unos sus haciendas, y otros, honrados puestos en la república! Aun ella misma ignora el número. La común voz de la plebe se presenta por testigo de estas culpas, que afirma y aborrece, pidiendo satisfacción en su castigo, de la que la ofende con su mal ejemplo.

Aquí acabó de hablar el relator, y el fiscal no empezó, aunque le tocaba, pareciéndole que allí sobraban sus acusaciones.

Esperaban los jueces que la residenciada hablase, cuando ella salió diciendo:

—¡Gran testimonio, gran maldad!

Y rompiendo en lágrimas alteró los corazones de los presentes, que creyeron estaba en alguno de aquellos delitos inocente, porque nada padece mayor engaño que la opinión pública; mas la prosecución de su plática trajo su desengaño y admiración, porque levantando más la voz, dijo:

—¿Quién fué el falso testigo que osó afirmar que yo tengo cincuenta y dos años, si no he cumplido treinta? Ingeniosísimos señores: no quede sin castigo un testimonio tan notorio; todo lo demás confieso, sólo esto niego, advirtiéndome que no es razón que una mujer tan honrada como yo se le haga semejante agravio.

Mudó en los semblantes de los jueces la severidad en risa su vano sentimiento, viendo que ponía la calificación de su persona en el número de los años y no en la perfección de las costumbres, sacando de su mismo dolor el modo de su castigo, porque mandaron que estuviese puesta un día en la plaza de la ciudad donde tenía su residencia, con un pregonero que dijese:

—Esta mujer es mayor de cincuenta y dos años.

Notificósele la sentencia, y pudo tanto el horror, que murió del espanto.

Ved lo que sienten las mujeres que les apuren la edad, y más aquellas en cuya juventud y belleza consiste su conservación y aumento.

Ocupó un hombre de buena persona en semblante y traje, el puesto, cuando el ingenioso y celebrado autor de *Don Quijote*, dijo con términos breves, sustanciales y elegantes:

—Felices espíritus de Apolo: este que viene á ser juzgado de vuestra piedad ha dado risa á su

patria con sus obras tales, que ha merecido ser llamado por ellas, el Aparente, título que sin contradicción posee. Siempre ha vivido más con los de la calle que con los que están dentro de sus puertas. Tan escaso en el ordinario de su persona y familia, cuanto en los banquetes públicos pródigo. Bien quisto con el aura popular y odiado de los nobles y sabios, estima lo primero y se consuela en lo segundo. Galantea á las mujeres, más por la opinión común que por su propia elección, queriendo conseguir en ellas la estimación ajena y no su gusto. Festejaba un gran señor á una hermana suya y llamábale á él de vos, y aunque ninguna de las dos cosas era para agradecer, puso la fuerza de su queja en la última. En estas vanidades ha pasado cuarenta años de vida tan pertinaz en ella, que es vana esperanza la de su enmienda.

Rióse el Presidente de la sala, y el osado en su respuesta dijo:

—Vosotros, al fin poetas satisfechos por vuestra misma inclinación de vivir envueltos en malos trapos, despreciáis el adorno y culto exterior, estableciendo la felicidad humana en el deleite de vuestras vanas fantasías; culpa es de Apolo, y culpa grave, que violentando vuestros corazones os trasladó desde el teatro cómico al tribunal jurídico.

Así decía cuando los porteros y copioso número de oyentes que ocupaban la sala acudimos á vengar con nuestras manos razones, tanto más licenciosas cuanto vecinas á la verdad; más el Presidente no dió lugar, porque reprehendiendo nues-

tra descomposición, excusó su mal tratamiento, y llamándole á parte, le dijo:

—¿Es verdad que el aguacil que fué á prenderos, sobre quereros resistir ensangrentó sus manos en vuestro rostro?

—Sí—respondió.

Y replicó el Juez:

—Pues ¿cómo, os pregunto, habéis hecho mayor sentimiento de mi risa que de sus puños?

Y entonces acudió con estas breves palabras:

—Lo que pasó entre mí y el aguacil, aunque caso tan grave, fué secreto, y lo que con vos me ha sucedido, aunque ofensa leve, tuvo por testigo la publicidad de muchos.

Si antes fué uno el que se había descompuesto, entonces todos los jueces, conformando en la risa, burlaron de su talento, y declarándole por loco, mandaron que, de allí adelante, este achaque en los juicios se tuviese por especie de bufonería generosa, reservada sólo para el entretenimiento de los entendimientos profundos.

Apenas la ausencia del Aparente hizo soledad á los ojos, cuando la presencia de otro reo sirvió sus veces, y luego el que cantó los amores de Galatea, cuanto allí dulce amante aquí fiel relator, empezó así:

—Clarísimas luces ante vuestros rayos parece el Afeminado; sábese el número de sus años y no el de sus locuras; el de ellos treinta y cuatro, y el de ellas infinito. Más le acusa su traje, que las muchas hojas de este proceso, aunque todas hablan en su daño; entre los sastres y mercaderes ha destruído un riquísimo patrimonio, con que la for-

tuna le dió en él materia para descubrir su ignorancia y no alivio en los comunes daños de la vida; hace consuelo de esta pérdida el título que de galán adquiere en las bocas de aquéllos que ó con ignorancia le admiran ó con malicia le desprecian. Por haber puesto la última felicidad en ser visto, ha sido el hombre más público de su tiempo; femenino en todas sus acciones, ocupa en las visitas, más las almohadas en los estrados que las sillas y taburetes. Aquel color de rostro bien se ve que es adquisición del arte con que le solicitan las mujeres, á quien en ésta como en otras partes, iguala. Hecho aparador de platero, se carga de bríncos de oro, peso, aunque el más noble, no el menos molesto. Sírvenle los búcaros de instrumento para la bebida y de manjar, con que de este modo come de aquello mismo en que bebe. Los melindres y ademanes que en ellas son arreos, y en él defectos, ejercita en todas ocasiones. El trueno de un arcabuz le desmaya, y una espada desnuda, aunque sea en manos de un amigo, le hace perder pasos en la tierra y color en el semblante. Sírvese del abanico y del regalillo en sus tiempos, y aunque esta es comodidad que debiera ser común á entrambos sexos, singularizarse en su imitación, más castigo que reprehensión merece. Tan fácil al llanto como á la risa, suele equivocarse estos sentimientos; para todos los ejercicios de varón inhábil, desmiente á la barba que le adorna el rostro, porque niega en ellos lo que en ella afirma, sobrando ella en él todo lo que en él faltan ellos.

Hasta aquí Cervantes. Esperaban los jueces que se disculpase, y él, dando mano, y aliñándose el

cabello, bañó el rostro de colores y de lágrimas; y los magníficos ingenios pronunciaron este auto: Que sirviese cuatro años en las herrerías de Vulcano, porque entre el espantoso forjar de los rayos de Júpiter, ó perdiere tantos melindres ó acabase con ellos la vida.

Ocupación dió al discurso de los jueces la culpa de este miserable, y extendiéranse en la plática, si no los suspendiera el nuevo residenciado los ojos, y el ingenioso relator los oídos, cuyas palabras y acciones admiraron, y yo de entrambas cosas trasladé al papel la primera, que fué la que mejor pude, y más convenía, que pasó en este modo:

Ministros de Apolo y jueces de la provincia de España: aquí residenciáis de sesenta y dos años de vida á este llamado el Artificioso.

Levantando la mano y la voz el fiscal, dijo:

—¿Cómo no acaban de gastar los tiempos la casta de tales hombres, producidos de una vil y torpe naturaleza? Estos, ocultando en los rostros el sentimiento de sus corazones, hablan contra lo mismo que entienden: hasta el mover de los pasos hacen con particular estudio, y ninguno dan que no le encaminen á su determinado fin. Risueños en los semblantes y humildes en las reverencias, halagan entre los brazos al mismo que despedazan con los dientes, y esto con tanto arte, que las injurias cuentan por servicios, y adonde se les debe castigo piden premio; empiezan sirviendo para acabar mandando; polilla de los palacios de los príncipes, por adelantar sus intereses, dejan atrás la reputación de su grandeza, y levantándose en la caída ajena, tanto se ufanan

del mal que han hecho, como del bien que gozan. Aconsejando en el daño de otros su misma utilidad, guían sus intentos con tanta industria, que hacen que les importunen con lo mismo que desean, y la plebe ruda, creyendo que se mortifican en aquello que se deleitan, alaba su vicio, que con título de virtud recibe para ellos; el más poderoso es el más bueno, á cuyos ojos celebran la humildad, porque metiéndole á él en ella, se introducen con menos violencia en su poder. La ambición de éstos, insaciable, amenaza la ruina de los imperios. No tienen condición propia, porque, ajustándose á la del que han menester, viven con las de todos y sin ninguna. Quieren que sus secuaces juzguen de sus cosas, no como ellas son, sino como ellos se holgaran que fueran, intentando (duro dominio) reinar hasta en los entendimientos y limitarles sus discursos, haciendo stratagemas contra todos los sentidos para perturbarles la sanidad de su juicio y conocimiento. De esta suerte sujetan en esclavitud los albedríos que aun Dios, con ser dueño de todo, para con él mismo quiso que fuesen libres, ofensa tan larga, que alcanza al Criador y á las criaturas, siendo él dos veces ofendido, porque la que á ellas se les hace no la juzga como ajena. Muera, muera éste, y su castigo enmiende ó atemorice los profanos, profesores de tan mala arte.

Hasta aquí corrió el ingenioso Liñán con la indignación, y el reo, humillando el alma en los ojos, pidió á los jueces oídos, que concediéndosele, empezó así:

—Sutiles y piadosos varones: han empobrecido

tanto á la naturaleza sus muchos y continuos gastos, que el mundo, pendiente de ella, padece en la mayor parte de sus criaturas gravísimas necesidades. El poco tesoro que le ha quedado, repartido entre los más indignos los hacen avaros, ó porque son poseedores de lo que no merecen, ó porque, como ignorantes, no se levanta su ánimo á la ambición de mayores riquezas. De aquí nace la común miseria de los hombres, que los vierte en tan varias ocupaciones y ejercicios. Rompiendo unos la mar y otros la tierra, éstos con los arados y aquéllos con los remos, siendo de ellos los que van á mayor peligro los más felices, porque acaban con la vida ó con la necesidad, ofreciéndoles uno de estos dos remedios (cualquiera de ellos bueno), el agua más piadosa que la tierra, con ser su madre, porque hasta en esto se prueba la ingratitude de la patria. Más despiertos los ingenios de los mortales fabricantes de nuevas industrias, dan tantos rodeos con la imaginación, que, ó cae rendida, ó descubre sutiles caminos para su defensa. Los hombres de ánimo cándido sólo pueden vivir en la honrada pobreza de las religiones, donde, satisfechos con lo poco, se hacen con el desprecio dueños de todo aquello que no desean, afrentando con su libertad á la imperiosa fortuna, que los mira fuera de su obediencia. Los demás que vivimos en el trabajo de las cortes, academias de la lisonja, habemos de elegir muerte y desprecio, ó artificio y industria. Si esto segundo es forzoso, bien se deja inferir de lo primero si lo aprobáis; los que lo obramos con mayor sutileza no seremos más culpados sino mejor advertidos, por-

que atribuir, no á la misma cosa el daño, sino al primor de ejercitarla, sería reprehender al ingenio siempre digno de alabanza; si os ofende este género de vida, ó el perdón ó el castigo ha de ser general, ó si queréis con el de pocos dar escarmiento á muchos, no se han de elegir éstos del número de los más sutiles, por no enseñar al vulgo la culpa de que está ignorante, con que en vez de quedar enmendado le dejaréis más perdido, advirtiéndole que el día que vedéis á los hombres este medio con que buscan su vida, les habéis de dar otro despiciente, porque á no hacerlo así, más sería de verdugos de los súbditos que corretores de sus costumbres. Este á vosotros toca el buscarle y á nosotros obedecerle. Enmendad el daño en su principio, y mientras no lo hacéis culpado vuestra remisión y permitid tan costoso refugio á nuestra miseria.

Después de haberse cobrado los jueces de una larga suspensión en que estuvieron, decretaron. Que como no fuese en ofensa de la religión y grave escándalo de las costumbres, cada uno viva como pudiese en las cortes y palacios, considerando que siempre los que sirven (aun los que con muchas ventajas) vienen á ser los engañados.

La gravedad de las oraciones pasadas tradujo en risa el Censor lego con su rostro, en quien la naturaleza había formado un entremés gracioso, porque su tez, huyendo lo negro y no alcanzando lo blanco, se quedó hecha crepúsculo, siendo un descolorido dudoso, sin saber cuál color descoloría al otro. Pudiérase hacer en su cara los viernes de la Cuaresma la estación de las cruces, porque

aún pasaban el número para esta devoción determinado. Cervantes, que siempre tuvo sazonado el gusto, ayudado del semblante del residenciado y de la disposición que halló en los jueces, con mucho donaire dijo:

—Este mal teñido pobrete, en cuyo rostro los dos mayores enemigos, noche y día, se conformaron, da residencia de sesenta años de vida prodigamente parlados; su nacimiento fué en el Perú; sus padres, el varón, negro, y la madre, india; jamás ha faltado la primavera en su lenguaje, de cuyas flores ha cogido frutos para sustentarse y vivir. Hecho portanuevas de los garitos de la Corte, preside entre sus tahures, que hallan en oírle, y aun en mirarle, entretenimiento. Aquí lego en todas las facultades la censura. Las Cuaresmas, en vez de oír los sermones para su enmienda, le sirven de mayor perdición, porque se desvanece, creyendo que puede ser juez de su elegancia, y se olvida de coger el fruto importante de su doctrina, atendiendo al púlpito con la misma intención que al teatro. Débele de parecer que tal cara como la suya es digna del infierno, y así no quiere que por las obras lo pierda. Algunos discurren que trata más de encaminarse á él que al cielo, por irse adonde tiene mayor número de deudas, y que el día que en él entre será lo mismo que en su casa, que ninguna tiene más propia. Pasado, pues, el tiempo santo de la Quincuagésima, concurre con el demás pueblo en las comedias, donde él, antes y después, hecho tirano de las conversaciones, se alza con todo aquel imperio, sin partírle aun con el más amigo; verboso y pesado, latiniza

sin haber llegado aún á los principios de la gramática, porque, cansado de apurar á su lengua materna y no pudiendo descubrir novedad en sus términos y frases, mendiga á las puertas de aquella que aun por el nombre no conoce, y es de modo que por no suspenderse en el corriente de su plática hace una miscelánea de mal latín y afectado romance, de donde se sigue que, embarazado con dos lenguas de los yerros que comete en entrambas, forma otra nueva, tan dilatada y extendida, que puede, si no satisfacer á sus deseos en ella, necesitar menos que en otras. Recita versos ajenos con más espíritus que sus dueños mismos, y aunque no sean expósitos, los prohija, por mejorarse en hijos todo lo que á ellos los empeora en padre. No contentándose con ser censor universal de todas las artes y ciencias, muerde, aun en los defectos naturales; por estas causas le han puesto tantas veces en el rostro la insignia en que no creyeron sus abuelos, y temo que el día de su muerte ha de ser aquel en que falte cara en que darle; mas ¿cuándo podrá verse en necesidad semejante quien tiene tantas, y ninguna mejor que la que nos enseña, con que se encarece bien su fealdad? Algunas de estas injurias ha padecido por ser embajador de amores, que igualmente le tienen en la presente fortuna.

Hacer placeres y decir pesares.»

Tales fueron del Relator las últimas palabras, y este el decreto del Tribunal (sentencia en que conformaron todos los Jueces, y el pueblo la aprobó con su aplauso). El Censor lego se quede en el Parnaso y tire gajes de la cámara de Apolo,

con título de maldiciente público, porque más errores y liviandades reprime en una república en la gente noble una lengua desenfrenada, que la severidad de las leyes.

Algún breve tiempo estuvo suspenso el Tribunal, y tanto que se creyó no haber más culpados, cuando los desengañó un hombre que, puesta la capa á lo zurdo y mirando á los pies de todos, sin levantar el rostro, entró haciendo música con las prisiones, y esto con tanto brío, que más parecía tener con ellas entretenimiento que disgusto. Ocupó el lugar que le tocaba, y, sosegando el orgullo de los pies, el Relator ejercitó la lengua con estas palabras:

—Los verdes años de este gavilán vienen á ser residenciados tan verdes que aún le faltan seis meses para cumplir veinte y siete. Su nombre, Buenas manos; las obras por donde le mereció diré sin agravio suyo y con admiración vuestra. Apenas cumplió los ocho de su edad cuando, entrándose por los templos en los mayores concursos, sutil hacía presa en las bolsas más recatadas, porque siempre es lo mejor lo más escondido. Ejercitaba esto con manos tan mudas que, aun contando el dinero dentro de la fraldiguera ajena, no eran sentidas. La causa de hacerse contador era porque, conforme á la cantidad, tomaba y dejaba, para que, si acaso el triste á quien había lastimado, metiese la mano con algún recelo, sintiendo el toque del dinero se asegurase, excusando con esto la alteración del despojado y su evidente peligro, considerando también que era como dejarlo en depósito para otra vez; y así vol-

vía con la misma seguridad á buscarlo que pudiera á un escritorio suyo, donde lo hubiera puesto para el tiempo de la mayor necesidad. Creció en años y atrevimientos, y mudando tierras y no costumbres, en todas dejó miedo y cuidado su nombre, porque con ingenioso artificio, cansando más al entendimiento que á los pies, ha robado á fuerza de industria y no de brazos (el delgado estilo merece alabanza). Haciéndose con una pluma pintor excelente, copia las firmas de todos los poderosos tan naturalmente usurpadas, que sus dueños, negando á un mismo tiempo haberlas hecho, las reconocen por propias, reprehendiendo la obra y celebrando el modo. Mide los talentos y ánimos de los hombres, y aprovechándose de su ignorancia y pusilanimidad, saca de entrambas fruto. Delitos de sangre se han hecho muchos por su orden, porque tiene algunos valientes á su devoción, á quien siempre trae ocupados, aunque sea en negocios fuera del lugar donde asiste, que son muy buenas comisiones; verdad es que tal vez se pierden en ellas, porque, dando en los lazos de la justicia, cuáles van á Galilea, cuáles hacen otra jornada que, con ser más larga, se anda en menos tiempo, pero nunca se vuelve. El se consuela con facilidad, porque de ruin mercadería nunca se anega tanta como se halla, y mientras más modernos estos oficiales, obedecen con más diligencia, por introducirse en su crédito y secretos, que se los esconde con toda vigilancia, no descubriéndoles más de aquella parte que es necesaria para la ejecución de lo que han de hacer. Porque las veces que fueren canto-

res contra su albedrío y elección le pueda tocar poco ó nada de semejante música. Si ellos por voluntad de otros acometen algunas empresas, no se da por entendido, por no hacerse delincuente en lo que no ha de tener provecho.

Juega, y dicese que trae naipes tan aventajados, que se puede temer más una baraja en sus manos que una escopeta llena de munición. Su liberalidad ciega los ojos de los mirones, que con la esperanza del barato que les reparte ayudan con su simulación á su ganancia. A los mismos á quien ha despojado, si sabe que han de tener con qué pagar, presta, quitándoles con esta industria aun lo que se dejaron en su casa. Para asegurar su fortuna, tal vez pierde con arte, aumentando en su opinión lo que en su bolsa mengua, que el siguiente día lo cobra doblado. Como su generosidad hace á todos interesados en su dinero, aun los ministros de la justicia le ayudan, y aun pienso que es su mayor razón de estado la conservación de tributarios tan ciertos. Con estos artificios ha llegado á ser éste tan dichoso en su infelicidad, que roba con aplauso de la plebe, y casi hace en la opinión de los que le siguen derecho de lo que es hurto. A los ilustres solicita damas, y á los viles festeja con banquetes, que con Venus y Baco granjea igualmente á la nobleza y al pueblo. De este modo triunfa, defendiéndole los mismos que más le culpan. Hase visto en estrechas cárceles, donde hasta los Alcaldes le han obedecido. Todos le aman y le temen. El amor nace del bien que él les reparte por sus propias manos, y el miedo, de lo que puede obrar por medio de las ajenas; enla-

zado entre los grandes y pequeños, le juzgan por tan necesario en sus correspondencias, que no se atreven á perderle. Los poderosos le quieren para ministro de sus venganzas; los facinerosos, para que les dé en ellas en qué ejercitar su inclinación. Las mujeres que viven con libertad, para tener en él resguardo contra todos. Pudiera, agradecido á tales fortunas, retirarse á tiempo, porque aunque es con extremo venturoso, no sufre apurarse la felicidad; el que poniéndose en muchos peligros quisiere saber hasta dónde es bienaventurado, alguna vez se hallará perdido; pero él prosigue y porfía, hasta que vuestra corrección ó castigo, cuál enmiende sus costumbres ó cuál ponga término á sus años.

Robados de la admiración los superiores ingenios á quien tocaba el juicio estuvieron largo tiempo, y al fin con este decreto rompieron el silencio, si no conveniente, bien estudiado y prevenido.

Que, pues, hombre de semejante vida se conserva en las repúblicas cristianas donde hay tanta justicia, se presume que le guarda el cielo para algún fin misterioso, que aún no ha llegado su tiempo, el cual no quieren impedir ellos con su anticipado castigo, y así le mandaron soltar libre.

Hallábanse tan entretenidos los altos discursos con este ejercicio en que se descubría la variedad de las condiciones humanas, que con haber corrido todas las horas determinadas para su duración, gustaron de proseguirle. Presentóse á sus ojos un hombre anciano, y apenas puso los pies en el suelo, cuando el que dió fin á su vida con la

de Persiles, movió los ánimos diciendo en altas voces:

—¡Hijos del mayor planeta, volved los ojos con piedad á este caduco miserable, que ha setenta años que pena en el purgatorio de palacio; rompáos el corazón tanta lástima y desdicha; si á vuestra severidad se le pueden atrever las lágrimas, en ningún tiempo tendréis más segura la disculpa. Si queréis acreditar la parte que gozáis de divinos, haced señales de compasión y ternera.

Cubriéronse los ánimos de los presentes de espanto, y él, más animoso, prosiguió con su narración elegante:

—Este, cuyos padres y abuelos sirvieron en la casa de uno de los mayores príncipes de España, heredero del mayorazgo de la servidumbre, apenas tuvo la edad suficiente para mover los pies, cuando lo hizo, obedeciendo la voluntad ajena, y así viviendo en lo más peligroso del siglo, ha cumplido con este voto, que los religiosos, entre los tres que guardan, juzgan por el más difícil, fineza sólo á Dios debida, y que no se había de ejercitar con otro. Mas ¿qué nõ violenta la necesidad? ¿qué no arrastra? Los años de su niñez y juventud fué paje, aprendiendo en semejante escuela á ser vano en la pobreza y presumido en la ignorancia, que son los primeros rendimientos de su doctrina. Empezó á mentir por el ejemplo de sus mayores. Conservóle después en este vicio la costumbre. Hallándose con tan buen despidiente para no embarazarse, que la falsedad del alma en las apariencias del rostro y afectuosas razones se encubría. Su amo, que tenía muy buena elección en saber

dar á los criados los puestos para que eran convenientes, conocimiento en que consiste ser un señor bien servido, le miró con ojos de buen sujeto para mayordomo, ocupándole luego en este cargo, en que, para conseguir su gracia, aventuró muchas veces la reputación y su alma no pocas, pues, obediente y puntual en el cumplimiento de sus órdenes, ejecutaba más presto aquello que en el entendimiento hallaba más difícil, porque no lo pusiese á peligro el dilatarlo, y la perseverancia en la consideración. En el tiempo de las mayores necesidades ha hecho de las piedras dineros, buscándolo con arbitrios y astucias, que, aunque de presente remediaban, prevenían para lo de adelante mayor daño, de que él ha salido siempre con más pérdida que ganancia. Sabe elegantísimos caminos para entretener á un platero y suspender á un mercader, y el término sutil por donde, sin pagarles las deudas antiguas, se introducen en otras nuevas. Con todos aquellos que se ocupan en cuantos oficios sirven á la necesidad humana, ha llegado á tener correspondencias, de cuyos precios, después de justificadas las cuentas, les ha quitado la mayor parte, en que ellos han consentido, juzgándolo por menos pérdida que pleitear con hombre tan astuto. Ha padecido largas prisiones muchas veces por haber fiado á su dueño en cantidades de dinero que, cuando se tomaron, no eran necesarias, y se gastaron viciosa y superflua-mente, y cuando se pidieron, pudieran con facilidad pagarse, graduando su príncipe en mejor lugar el precio de sus vicios y deleites que el de su libertad. Jamás escarmentó en las asperezas de con-

dición tan dura, y obstinado en su mayordomía, fué siguiendo por diferentes caminos y jornadas al autor de su perdición. Sin querer dar oídos á otros modos de vida que se le han ofrecido, donde era menor la fatiga y más seguro el acrecentamiento, y esto en el tiempo que pudo salir de lo uno y entrar en lo otro, que después se halló tan rodeado de inconvenientes que, aunque deseó ejecutarlo, no halló la disposición conveniente para hacerlo. La insolencia y tiranía ejercitada con los súbditos le ha granjeado muchos enemigos domésticos, siempre imperioso y siempre descontento, y por mayor desdicha, siempre mal intencionado, adulaba al superior con las faltas de sus compañeros, que, en su boca referidas, caminaban más al fin de su destrucción que de su enmienda, renovando cada día la casa de diferentes sujetos, conservando en ella sólo á aquellos que por su condición vil no tenían ánimo para hacerle rostro; con que del todo se despeñó su dueño, porque él jamás tuvo valor para hablarle verdad, y le quitó del lado aquellos que pudieran decírsela (ofensa tal que no bastaban á recompensarla todos los servicios que le tenían hechos). Ultimamente, después de haber gastado su patrimonio y el dote de su esposa, que siendo mujer noble y criada en abundancia experimentó en su poder miserias y necesidades, la edad le hizo inútil, y la pobreza, despreciado. Venganza que les llegó tarde á sus innumerables ofendidos, y no fué tanta como ellos le deseaban ni él les merecía. En este tiempo, cuando esperaba él mayor amparo de aquel por quien estaba perdido, y parecía puesto en razón, se vió depuesto de su oficio y se

le mandó que se retirase á su casa con unos gajes inciertos, librados, en parte, donde no cabe la paga y suena la merced, obligándole á que sea fuerza agradecer lo que no goza. Valióse del medio de algunos religiosos graves para la satisfacción de su agravio, y aunque ellos han cumplido con lo que deben, el que ha de hacer entretiene con promesas vanas, tanto más lejos de cumplirse cuanto dichas con más afecto. No se atreve á intentar el remedio de la justicia, ó por no desesperar de la piedad del que así le tiene, que aun da crédito á sus palabras, ó por reconocer que le faltan fuerzas y vida para tanta empresa. Mucho más me pudiera haber extendido en esta materia si no la hubiera medido con el tiempo, que ya el que se sigue os llama el descanso de tan largo juicio.

La determinación que en este caso se tomó fué con brevedad, y no por eso me parece que dejó de acertarse; sus palabras son éstas:

Vaya á costa de este tribunal un varón sabio á la corte de España, y de su parte lleve al príncipe á quien sirvió este residenciado alabanzas, porque sola esta ingratitud que con él usa pudiera haber sido castigo suficiente de las muchas maldades que por su causa cometió; de donde podrá seguirse escarmiento útil á los que aventajaban el gusto de los príncipes á su reputación y vida.

Pusiéronse luego en pie los jueces, y saliendo delante los ministros que allí estábamos, ellos ocuparon la carroza del que presidía, y yo seguí en sus ruedas la obligación de mi ejercicio.

Con sumo silencio escuchaban á Salazar los oyentes, y en esta ocupación los cogiera la auro-


ra; mas como fuese noche en que se partía el ordinario de Italia y don Juan tuviese una vana correspondencia en Roma con el camarero de Su Santidad, que encontró en Almagro, por entonces rompió la lección, previniendo con mucho gusto día para que se prosiguiese.





VIII

Despierta nuestro Puntual con un vano recelo á un ingenioso toledano, para que le arme una burla graciosa y fácil que resultó en su peligro.

 **EL** FEBRÁBASE en Toledo la astuta resolución de monseñor Abate, y agradecíanse los ingenios de aquella felicísima ciudad el haber sido profetas de sus invenciones, porque fuera indigna acción del crédito que en todo el mundo poseen resbalar en este engaño. Nuestro caballero, alentadísimo en todos los infortunios, despreciaba el suceso, y en las ocasiones que se le revocaban á la memoria, en vez de enmienda, engendraba mayor espíritu, sin rendirse á las reprehensiones de los prudentes ni á las tretas de los ingeniosos, abriendo con esto á los segundos más puerta. Publicóse á los fines de aquel año un pronóstico ó lunario para el próximo (autor un doctísimo catalán); éste hacía, como suelen comúnmente, un juicio universal de los sucesos, y entre ellos decía que aquel año peligraba la vida de muchos hombres nobles, y entre éstos, más aquellos que tuviesen por ascendente á Géminis en tantos grados, que era en la misma posición del nacimiento de nuestro Puntual; como él vivía tan en-

gañado consigo mismo y se juzgaba por hombre de sangre generosa, concibió miedo, y fué tanto, que empezó á retirarse de las conversaciones públicas, tratando de mucho recogimiento y devoción con personas virtuosas, como aquel que se prevenía para el último golpe, bien cuidadoso en las cosas de su alma. Hallábase embarazado con la materia de la restitución, porque el posible era poco para cumplir con tanto, y eso poco estaba ya tan hecho carne y sangre, que no se podía deshacer de ello, ó no acertaba. Dábase él propio plazos y dilataba lo que entendía convenirle tanto. Corrió la voz de su melancolía en la ciudad, y con ella su origen, nueva risa de todos y esperanza segura de armarle una graciosa burla. Enamoraba él pared y medio de su posada á una señora, tan noble en sangre que la sobraba la belleza, y tan bella que su hermosura la pudiera ennoblecer cuando hubiera nacido humilde, y estas dos partes eran pequeñas respecto de la grandeza de su ingenio.

Hizo en los principios entretenimiento escucharle desconocida por falta de experiencia de las altas osadías de los locos que, altivos, intentan; licenciosos, prosiguen, y casi sacrílegos quieren profanar lo más recatado, lo más divino. Cansábase de sus demasías y deseó verle castigado. Servíala al mismo tiempo un caballero estudiante, cuyo ingenio, vengador de la injuria común, halló la materia dispuesta y aplicó el fuego. Dormía don Juan en unos aposentos bajos que tenían ventana á la calle, que para mayor seguridad de ella y de ellos, la rodeaba una fuerte reja de hierro;

podía oír con facilidad de aquí lo que en la calle pasaba. Don Antonio, que así se llamaba nuestro estudiante, vino á ella una noche que eligió oscura, por convenirle la soledad para la ejecución de la fábula que formaba en su agudo ingenio. Buscó para que le acompañasen algunos amigos, cuáles sabios, cuáles valerosos, que de entrambos géneros necesitaba. Con éstos hizo el ruido á los principios que le pareció bastaría para que despertase si durmiese, y habló el mismo don Antonio, por que, conociéndole en la voz, abriese algún postigo, como lo hizo, obligado de la curiosidad de los celos, cosa que ya otras veces había ejecutado deseoso de averiguar hasta dónde era su competidor favorecido. Cuando le tuvieron ya despierto y les pareció que era forzoso que los oyese, uno de ellos, su nombre don Lope, que tenía adquirido el crédito de eminente judicial, dijo, alzando los ojos al cielo, como quien lo hacía acaso, y en alta voz que pudo ser bien oído:

—Oid, señores: raro prodigio y portento digno de vuestra admiración, ¿no veis aquella estrella que mirando al Oriente, encendida y sangrienta, esparce una larga cola que la revuelve al Mediodía?

—No la vemos, respondieron los demás; ¿dónde está?

—Pasó, replicó el por sólo un Dios: silencio, señores; caros amigos, atención; escuchen, que importa, alcen los ojos y veránla enfrente de la chimenea de esta casa donde posa don Juan de Toledo.

Aquí entonces acudió don Antonio, diciendo:

—Sí, por Dios, ya la he visto.

Y luego los demás conformaron con él, y con grande fuerza procuraron saber de don Lope, como de tan grande astrólogo, su significación y efetos. El entonces suspirando, sin responder á sus preguntas, decía:

—¡Ay, mocedad mal lograda, oh hados, oh estrellas, tan presto habéis de arrebatat de nuestros ojos el honor de nuestra nación y la envidia de los extranjeros! Haz prevención, ¡oh madre Española, de lágrimas, que con brevedad perderás el hijo que, dando aumentos á tu estimación y crédito, realizaba tu nobleza.

Volvieron á importunarle con resolución, él, sin responderles, dejó la calle, y todos caminaron en su seguimiento.

Nuestro mal atinado caballero hizo mucho en restituirse á las sábanas, impedido con el espanto, y sin poder unirse más con el sueño, engendró varias fantasías, todas mortales, desatando tal vez unos suspiros vehementes.

Abrasado de esta congoja madrugó más aquel día, y hablando con los vecinos sobre este particular, como todos estuviesen prevenidos, le confirmaron el miedo, sin hallar en el más amigo un desengaño piadoso, que á tan miserable estado llegan los que aborrecen con desprecio la salud de la corrección.

Buscó en sus casas á don Antonio y á don Lope, y hablándoles en el caso se le negaron, pero con tanto artificio, que pudo entender él que lo hacían por su consuelo; mas como la importunación creciese y ellos no desearan más que darle aquella

pena muy penada, le dijeron que, considerando el lugar donde el cometa se había mostrado, y tener él tanta sangre de la casa real, parecía que amenazaba su cabeza.

Y aumentaron á esto que la muerte había de ser violenta y con hierro, y concluyendo con la palabra común de los astrólogos, *Sed Deus super omnia*, le despidieron.

Milagro fué y singular maravilla que no expirase entre sus brazos; mas considerando que el sabio tiene sobre las estrellas imperio y que él podía desmentir á los hados si, obediente á la prudencia, huyese las ocasiones de peligro conocido haciendo retirar á sus pensamientos, dió orden nueva en el proceder de su vida. Puso en su amor arrepentimiento y templanza en sus deseos, recogíendose todos los días antes que el sol, haciendo máscara de su miedo la ficción de un achaque que publicaba tener.

Consiguió con esto don Antonio lo que deseaba, porque, sin recelo de ser espiado, venía todas las noches á la calle, y la dama, con la misma seguridad, le hablaba, porque antes les había acedado infinitos gustos con sus persecuciones y porfiada asistencia.

Entretenimiento era de muchos este suceso, porque no le sabían pocos, y les duró largos días, hasta que se hizo en su persona una experiencia admirable, descubriéndose por ella un caso inopinado, porque, estando en duda en cuál de los dos vicios pecaba más don Juan, en la vanidad ó en el miedo, se halló ser más vano que temeroso, porque, habiendo él mirado á la muerte con tanto

respeto, y hecho, por huirla, grillos de su reclusión, como le dijese (que así lo piensa el vulgo) que los cometas solamente amenazan muerte de reyes y grandes príncipes, le pareció que, si acababa sus días debajo de esta constelación, confirmaba la opinión que en el mundo se tenía de su nobleza (que así lo pensaba él), y animándose (¡oh espantosa y no creída resolución!), se determinó á, no sólo huir las ocasiones de este naufragio, antes bien á buscarlas con mucha solicitud, empezó á salir de noche con todo aparato marcial, y paseando varias esquinas y calles de la ciudad, emprendía á las pendencias que todos le excusaban por conocerle y prevenir la causa que á tan bárbaras contiendas le conducían. De este modo se le pasaron algunos días, y engendrando con los sucesos mayor confianza, se despeñaba á más graves peligros.

Sucedió, pues, que haciéndose por entonces unas levas de soldados en Castilla, llegó á Toledo un capitán á levantar gente; juntósele, como sucede siempre, la más perdida y viciosa del lugar; padecían algunos de éstos extrema necesidad, y pareciéndoles que era mayor gallardía tomarlo que pedirlo, se salían, en tiñéndose la luz, á desabrigar á todos los que podían. Acertó á encontrarse una noche con una cuadrilla el ya precito caballero; rogáronle fuese cortés, y él, juzgando de sí que era el que ganó á Méjico (estableciendo á los españoles, monarquía de los antiguos desconocida y de los modernos envidiada), desnudó su acero, y llamándolos pícaros en gavilla, les tiró muchas cuchilladas; pero como uno de ellos fuese

animoso y se le entrase con una estocada, cayó en tierra, acabando con el ser loco y empezando á parecer cristiano, porque, invocando el nombre de Jesús, pedía muy aprisa que le confesasen.

Así estaba cuando, por su dicha, pasó el Alcalde Mayor, que, reconociéndole, hizo que le llevasen luego á su posada, acompañándole él en persona, donde nunca pudo conseguir dél que le dijese el principio de aquella pendencia. Viéronle los cirujanos y médicos, y haciéndole prevenir con los Sacramentos, declararon ser mortal la herida, mandando que nadie le visitase y que se tuviese gran quietud y silencio. Abrazaba él estas nuevas con altísimo deleite, diciendo que la entrada y salida en este mundo á todos era común, cuya felicidad no consistía en el más ó menos de su duración, sino en que el fin fuese glorioso. Que estaba muy agradecido al cielo porque, siendo un caballero, aunque ilustrísimo, particular, había hecho en su muerte las prevenciones que en las de los monarcas, y que así se conformaba con su voluntad, indigno y reconocido. Que había de dejar muy encargado en su testamento á todos los caballeros de su linaje que procurasen siempre que en sus muertes hubiese antes prevención de cometas, porque era cosa que importaba mucho á la autoridad, y que mientras no saliese la rehusasen ó morirían en su desgracia. Que sentiría mucho que en aquel tiempo muriese en España alguna persona de sangre real, por que sus émulos no pusiesen en duda que era él por quien había salido. Así desvarió algunos días, lleno de tanto gusto de su muerte que él mismo fué medio

de su vida, porque la mejoría y entera sanidad caminaron aprisa; púsole esta nueva en tan apretado desconsuelo, que por ella pudiera conseguir lo que tanto deseaba. Mas Salazar, atreviéndosele justamente, le dió luz en sus desvaríos, refiriéndole desde su principio el asunto de don Antonio y lo oculto de la ingeniosa burla; y lleno de honrada cólera, proseguía:

—¿Hasta cuándo habéis de ser (¡oh vano señor!) no sólo fábula de un pueblo, como otros, sino de toda una provincia? ¿No os lastimáis de veros el principal entretenimiento de España, y que pasen vuestros errores impresos en la primera parte de vuestra vida á las últimas tierras que ha descubierto la osadía de nuestra nación, y aun ahora son más viciosas vuestras altiveces, porque os ha faltado la disculpa de la poca edad: la juventud en variados vicios se despeña, que después el tiempo corrige; mas como los años no hacen efecto de enmienda, parece que en vos sólo vienen al aumento de su número. Hasta aquí todos los naufragios que habéis padecido eran capaces de consuelo, porque los daños fueron en el dinero; mas ya que se atreven á la vida, ¿qué os prometen ellos?, ó vos de ellos ¿qué os prometéis? Considerad que el caer un hombre en el desprecio del pueblo es un extraño género de infamia que nunca se restaura, porque en aquellos que una vez reconoció por culpados, aun de su arrepentimiento presume mayor culpa; tan destituido estáis de amigos que os desengañen, que me he pasado esta vez del puesto de siervo vuestro al de padre y consejero piadoso, y no atrevido, aunque por vos cualquiera de estos

dos nombres recibiría con voluntad como mi corrección hiciese efecto.

Tiernos abrazos con lágrimas en los ojos dió á Salazar don Juan, y, como pecador convertido, reconoció los engaños del siglo, dando á entender que, pues tomaba el Cristo, que el sermón había hecho efecto; mas como se melancolizase más de lo que se pretendía, por divertirle el mismo padre que predicó, prosiguió con la lección tantas veces interrumpida:

«Llegó con el martes el ocio de los jueces y ministros de nuestro tribunal, porque sólo tres días en la semana asistían á esta ocupación. Yo, libre, quise emplear los ojos en cosa que de presente fuese entretenimiento y para lo de adelante mérito (tal es todo género de estudios); fuíme á palacio, y, discurriendo por sus patios, reparé en el mayor, por ser allí la concurrencia del pueblo. Dí oídos á la plática de algunos mal contentos, que luego se atrevieron á la censura del gobierno de aquel principado, siendo sus reprehensiones injurias de Apolo, fuente de la sabiduría, á quien tocaba la enmienda y perfección de esta república. En muchas cosas en que yo alabanza, hallaba culpa, y cualquier premio puesto en manos del tercero era injusto en su opinión. Castigaban severos algunas acciones, á su parecer, perezosas en el cumplimiento de la paz y la guerra, sin penetrar si en aquel descuido estaba oculto mayor cuidado, y debiendo esperar la satisfacción de sus dudas en los sucesos futuros, querían que se les revelase aquello cuya felicidad consistía en el silencio. Todos los yerros atribuían al príncipe y

á sus privados, y los aciertos á otros, á quien aplaudían en posición de ellos, ó, más ciegamente, á la fortuna. Deseaban mudanza en el estado presente, como si fuera más cierto mejorarse que no empeorarse, pidiendo con voz de salud de la patria, si no su ruina, su menor bien, porque de las mismas cosas y sujetos se infería que no podía ser tan bueno lo que sucediese. Estos hombres inútiles y ociosos eran en aquella corte escándalo y peligro, porque con ánimo mal afecto sembraban nuevas falsas, ya haciendo perdidas las armadas de Apolo, que después parecían victoriosas, y ya rompidos los ejércitos que habían castigado con templanza soberbias y desprecios de inferiores, porque este príncipe, dueño de tanto mundo como alumbraba, no aspira á más empresa que á la universal quietud. Despertábase con esto turbación en los ánimos, que engendraban odio y desesperación, que, á no llegar tan presto el desengaño, se pudiera temer del vulgo alguna resolución dañosa. Parecióme que de esta plática no se me seguiría fruto y que para contarme entre los culpados bastaba ser oyente, y retirándome, deseé, contra mi natural (con nadie cruel), castigo ejemplar en aquellos hombres en beneficio de la quietud pública y seguridad del príncipe. Así pasé las horas de la mañana; las que se siguieron después no sabía en qué trataba de ocuparlas en el campo, en cuya vista siempre hallé admiración y deleite, cuando al doblar de una esquina vi un papel puesto en alto, en que con letras grandes llamaba un autor de comedias á la de un ingenio hasta entonces no acreditado. Yo, que siempre juzgué este

ejercicio por loable y reverencié entre sus profesores á los eminentes, mudé asunto y determiné oirla, caminando á la parte donde se representaba; apenas pudiera cómodamente hallar asiento si no me socorriese un compañero que se ocupaba en mi ejercicio. Plauto y Terencio, juntos en un lugar descubierto al vulgo, estaba allí (según se decía) para descomponerle sólo con los movimientos del semblante y malograr el estudio ajeno, porque llevaban duramente la introducción de nuevas plumas, queriendo ser solos y no competidos. La mayor parte de los mejores asientos ocupaban sus confederados, que venían con la misma intención, repartiendo también por los puestos ínfimos algunos inquietos, que con la menor seña suya tocasen los instrumentos viles que para este efecto traían. El poeta solicitaba en el vestuario al autor que empezase luego, interés de entrambos, porque no les cogiese la noche con un auditorio armado para su ruina, pues sería entregarse conocidamente al peligro. Yo, atento á lo que pasaba, recogido en mi silencio, esperaba el suceso con no poco miedo, cuando los músicos, cantando, dispusieron el auditorio. La comedia, apacible y entretenida, deleitó; la fábula, si no mucha, seguida hasta su fin con propiedad y unión de sus partes, de tal modo las abrazó, que, no dejando vacío algún lugar, siempre tuvo los ánimos suspensos, no desmereciendo el mismo aplauso por el ornamento del verso, que siendo en lo común fácil y en ocasiones sentencioso, cumplió con lo que debía, con que justamente mereció el título de buena, ya que no de admira-

ble; verdad es que como este suceso fué contra la esperanza que el sujeto que la escribió daba, mereció más por la misma razón que antes desmerecía, pasando con breve término á ser causa para la estimación la que lo fué para el desprecio. Satirizó en ella las costumbres de Terencio y Plauto, debajo de una alegoría tan descubierta, que para con el pueblo habló más claro que si los señalara con sus propios nombres; yo culpé su inmodestia, cuando el que estaba á mi lado me satisfizo diciendo que los dos le habían provocado con iguales y aun mayores injurias. Admiré mucho que entre los ingenios grandes se hiciese la guerra con armas tan indignas de su autoridad, enseñando ellos mismos el camino al vulgo por donde les ha de perder el respeto, porque sólo con referirles lo que los unos á los otros se dicen, los ofende con sumo desprecio, y quisiera ser medio para unir sus voluntades y enmendar sus lenguas; pero desesperé de esta empresa por no tener la autoridad bastante para efectuarla, siendo más cierto sacar de todos ofensa que agradecimiento. Entonces me desengañé de que la naturaleza de los mortales, combatida de vehementes y afectuosas pasiones, en todas partes es una, y que en un hombre, quitando ó poniendo algo en los accidentes, se ven todos, consolándome de la vida y sucesos que tuve en mi patria, y disponiéndome á proseguir en ella animoso y constante, pues los defectos y vicios en cualquier provincia son comunes á sus naturales, como las virtudes. Retiréme á mi posada, y en ella hallé cartas de Trajano Bocalini pidiéndome le avisase las nuevas que co-

rían en esta corte para publicarlas después á su modo, quitando ó aumentando; pero yo, que siempre aborrecí estos pregoneros de engaño, que con apasionado juicio procuran escurecer, ya en el ánimo, ya en el cuerpo, las virtudes y fuerzas de los extranjeros, sordo á sus ruegos, desprecié el responderle por no desacreditar mi pluma en su correspondencia, pareciéndome que hacía injuria á mi patria en la comunicación de aquel que ha querido enriquecer sus escritos con lo que ha robado de sus glorias. Con esto, entregándome al sueño, desaté el alma en su ocio de los cuidados de la vida.

RESIDENCIADOS DEL MIÉRCOLES

Con el aurora salí de mi posada el siguiente día para prevenir con tiempo las cosas pertenecientes á mi obligación, y apenas pude satisfacer á la menor parte de ellas, cuando Garcilaso, presidente, y Cervantes, relator, entraron solos, y con mucha prisa, y luego en su seguimiento los demás, porque habiendo de salir una hora antes que los otros días á ver cierta fiesta pública, la anticipaban para que los negocios no la perdiesen, ayudando á esto la consideración de que todos los dependientes de este juicio venían muy lejos, y contra su voluntad, porque son muy pocos los que se hallan con tan justificada vida que con libertad se pueden ofrecer á la residencia de ella. Trataron primero de algunas cosas que convenían á la reformation de las costumbres, procurando emendar en las vidas de los

presentes las de aquellos que los han de suceder, tocando tanto en los extremos de rigor, aun en las materias menores, que más parece que trataban de alterar que de reprimir los ánimos, porque algún paso libre se le ha de permitir á la naturaleza para sus obras forzosas, contentándose con dejarla menos imperfecta, pues llegar á ponerla en la última pureza tiene tanto de imposible cuanto lo es traducirla en divina de humana, abreviando distancias tan infinitas, milagro que sólo el autor de entrambas puede obrarle. Empezóse á despachar la causa de una mujer, que con buen talle y curioso aliño se presentó cubierto el rostro en todas sus facciones, cuyas costumbres, aunque más escondidas, el relator manifestó con estas palabras:

—Córdoba, que habiendo sido feliz madre de valientes plumas y espadas, con las unas su fama ha volado á lo más alto del cielo, y con las otras se ha hecho lugar por toda la tierra, es la patria de los industriosos años de la residenciada. Su estado, de gente noble, alcanzó en sangre lustre suficiente, que acompañado de la mediana riqueza que posee, de nadie debe ser despreciado, ni despreciador, porque puesto en medio de los dos extremos, puede admitir á los menores, y cabe al lado de los más altos. Su belleza es tanta, que, aun referida, pone á peligro la libertad de los ánimos castos, tales que, alcanzando privilegio contra los años, con treinta que hoy tiene, hace ventaja á los más bellos quince que se conocen; el manto que la cubre el rostro es para nosotros pequeña defensa, y me admiro cómo ya convertido

en ceniza por los mismos ojos que esconde, no descubre en ellos el instrumento de su castigo y el de nuestro deleite y daño, porque su rostro, ilustrado en sus facciones con un espíritu valiente en todas igual, apenas es visto cuando deja en el más valiente corazón, si no amor declarado, aquel dudoso que se forma de la contienda que pasa entre el apetito y la razón, donde las más veces ella es la vencida.

En ingenio perfeto en sus obras piensa con sutileza y dispone con facilidad, alentando más en ambas partes el ornato de las palabras de que se halla tan rica y artificiosa, que parece que naturaleza la previene las más propias significativas y suaves, ayudándose la lengua en su elegancia de la de los ojos, que aún muda ella la de ellos, bastara á reducir las piedras, tanto, que quien la mira y escucha no duda entregársele, sino á quién será antes, á la elocuencia ó á la belleza, porque ninguno es tan desvanecido que no reconozca de sí que es pequeño triunfo para entrambas juntas, y aun para la menor de ellas, siendo esta distinción dificultosa, porque en la opinión común tiene igualdad conforme, y aun entre sí mismas, en todo aquello que no es contender por su gloria particular, se unen y abrazan: culpada en el generoso delito de la vanidad, no conoce más gloria que ser amada, y ambiciosa de los sacrificios vanos, que, engendrándose en el fuego, se desvanecen en el viento (tales son los suspiros de los amantes); ha puesto la felicidad en el número, siendo su mayor deleite el común aplauso, librándola su condición, manjar suave en las lisonjas,



que, engañada, no sólo admite, más solicita. Sus premios libra en las palabras, sin recibir tampoco mayores servicios, porque con estas exteriores muestras de voluntad se satisface. Todas las edades le han sido tributarias; ni la senetud, por fría, ni la infancia, por inocente, se le han huído, recibiendo ella gozo, aun con tan inútiles despojos, por ser éstos, para el amor, los unos, frutos pasados, y los otros, no maduros. Jamás desdeñó para su amante á ninguno, aunque le hubiese la naturaleza infamado con algún defecto conocido, porque con el mismo rostro que á los más realzados méritos admite las imperfecciones, hasta á los lampiños de barba y cabeza, vulgarmente llamados, unos, capones, y otros, calvos, sutilizando más este extremo, porque aun de su mismo sexo gusta de ser querida, oyendo con mucho gozo de boca de otras mujeres requiebros y ternezas; que de ella algunas se han apasionado tanto, que haciendo de los estrados palestras, y de los chapines armas, con espíritu varonil, contendieron sobre la competencia de su favor; pero ella, corriendo más adelante con su presunción vana, quiere de los brutos reverencia, regalando á cualquier perrillo que se le inclina, para obligarle á que prosiga. Resistese á las bodas de muchos que la han pedido por no sujetarse á la voluntad de un hombre solo, perdiendo con su compañía la obediencia de los demás, privándose por este vano asunto de los frutos de Venus y gozo de la sucesión. Para tener suspensos á tantos amantes sin perderlos, ha sido necesario todo su ingenio, con quien tan sutil procede, que cuando llegan á tocar el desengaño, del

mismo saca nueva cautela, con que los aprisiona con mayor fuerza, pareciendo imposible su libertad. Con esto causa la desdicha de muchos, siendo la suya la mayor de todas, porque como aventura su reputación, más pierde que adquiere.

Pareció á los jueces que el proceder de esta dama era digno de ejemplar castigo, y así decretaron que los hados la prevengan para novio un marido necio, pobre y celoso, y tan soberbio, que aunque tenga estos defectos, no haga estimación de las partes de ella.

Y apelando del auto, recurrió á la piedad de Apolo, y él dijo que dejasen aquella mujer en su íntegra vanidad, ó castigasen á las demás, porque en esta parte, más ó menos, todas eran unas.

Visitóse luego un privado de un gran príncipe, y acusósele de que pudiendo en el tiempo de su felicidad beneficiar á sus amigos, no lo hizo; y los jueces, más severos que otras veces, le condenaron por diez años á las galeras de cortesano ambicioso y desvalido, y que no los quebrantase, so pena de cumplirlos doblados.

Suplicó para la persona real de Febo, y él, por castigarle más, ordenó que le restituyesen á su primera privanza, donde muriese despedazado de la envidia.

Los hombres de negocios de Génova que residen en la corte de España acusaron á cierto género de naturales de ella porque habían introducido hacer mercadería sus propias mujeres y contratar con ellas, llevando á más de ciento por uno, y pidieron que con brevedad se pusiesen las manos en el remedio. Pedro de Liñán lo contradijo,

dando razones fundamentales, y de ellas se sacó el alma de este decreto: Que la república Española conservase estos maridos de la casta como potros de Córdoba, porque las mujeres de los tales restituyen á la patria algo de lo mucho que llevan de ella estos sutiles extranjeros, y á ellos se les puso perpetuo silencio y se les condenó en las costas del proceso y del camino.

Otros dos negocios se trataron en secreto, y el uno de ellos fué tan largo, que ocupó la última hora, y aún no quedó determinado de los jueces, que salieron tan ásperos, que apenas los ministros inferiores osábamos pasar los ojos de la parte donde ellos tenían los pies.

Hallábase Salazar con algún sentimiento en la vista, y por no dar aumento á su daño, con licencia de su dueño, se retiró bien contra su voluntad, que entretenido en lo que leía, le daba el agradecimiento en el aplauso.

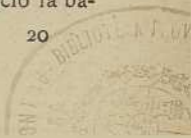




IX

Refiérese el último suceso que nuestro Puntual tuvo en Toledo, y el modo de su expulsión.

CONVALECIÓ don Juan del cuerpo y del entendimiento, bien que en esta segunda parte volvió á recaer muy presto, obediente á las estrellas que le inspiraban afectos de ambición gloriosa, proponiéndole siempre medios desiguales de los fines, de donde se seguía quedar ridículo en todos sus asuntos. Volvió á dar vista al lugar, y entregándose de nuevo á las conversaciones comunes y particulares, sirvió otra vez al pueblo de vergonzosa fábula, porque de las obras mismas que él hacía con vanidad sacaba risa y desprecio (error es en que los más tropezamos creer que todas nuestras acciones son bien recibidas, cerrando con esto la puerta al desengaño y á la enmienda). Estaba ya el cielo ofendido de sus robos y quería con su castigo dar á otros escarmiento. Llegó á la ciudad un caballero de la de Sevilla, pasajero á la corte, y por entretenerse, jugó una noche con don Juan, saliéndole tan costoso el pasatiempo, que perdió dos mil escudos; venía alumbrado de la sutileza del Puntual, y atento al proceder y estilo que con él tuvo, reconoció la ba-



jeza de su trato, de que le nació osadía para pedirle que le restituyese su dinero; pasaron de las lenguas á las manos, y de las palabras á las obras, saliendo al campo otro día sobre el caso; no fué por entonces el suceso sangriento, porque el desafío se hizo con tanta publicidad, que antes que llegasen á medir las espadas, hubo quien los compusiese.

El sevillano pasó á Madrid con el sentimiento de su pérdida y deseoso de hacer la venganza con más cumplida satisfacción, buscando el modo que en el lugar conveniente referiremos. Don Juan se quedó en su casa, aumentado en infamia y prosperidad, y haciendo cada día nuevas ostentaciones, pregoneras de sus vicios. Banqueteaba á muchos, que en su mesa mordían más en su opinión que en los manjares; entre estos festines hizo en la huerta del Rey uno espléndido y regalado, en que se hallaron algunos de los que él contaba por amigos, y con ellos mujeres licenciosas, que acuden á estas ocasiones llamadas de la esperanza del premio. Cantaron sus criados y bailaron ellas antes de la comida, haciendo el sitio ameno, mayor el deleite, que compitiendo con los instrumentos provocaba á igual suspensión; quiso oír al mejor de sus músicos un romance grave que, obediente, templando las cuerdas y entonando la voz, dijo así:

En la más bella serrana
que Manzanares venera,
crédito de nuestro siglo,
de los pasados enmienda,

sus ojos valientes rayos,
vierten ya lágrimas tiernas,
que por buscar su reposo
en ellas su opuesto engendran.
De ardientes llamas espira
suspiros que al viento entrega,
con que la espera del aire
es ya duplicada espera.
Celebra así de su esposo
las funerales exequias
solicita y afectuosa
y nunca bien satisfecha.
Si tan veloz no volara,
oh cuánto al sueño debiera,
porque con sus fantasías
vivo se le representa.
Maravilloso es amor,
pues hace su ardiente fuerza
que la imagen de la muerte
á un muerto la vida vuelva.
Despierta con la codicia
de gozar su amada prenda,
y abraza los vientos vanos
que después hierre con quejas.
A tanto llanto vertido,
imita en lágrimas bellas
de tal modo, que parecen
repetidas, siendo nuevas.
Ya es del amor que la causa,
la suspensión conveniencia,
porque aun su fuego peligra
sí en tantas aguas navega.
Bien pudieran por ser sangre

(¡oh inexorables estrellas!)
redimirle de la muerte,
si en ella piedad hubiera.
De la tórtola examina
las celebradas endechas,
á quien vencer, no imitar,
su fe manda, y ella intenta.
Liberal de cuanto pudo
(por más consuelo ó más pena),
por dilatarle la vida
no perdonó diligencia.
Tantas defensas previno
contra la muerte y sus flechas,
que si alguna ofensa tuvo
fué el sobrarle las defensas.
Desengaño conocido
de nuestra mortal miseria,
pues tal vez las prevenciones
dañan con lo que aprovechan.
Más le quiere cuanto más
volverle á gozar no espera,
que amar contra la esperanza
es de amor alta fineza.
En él imagina siempre,
porque con esta asistencia,
ya que le perdió la vista,
vuelve á cobrarle la idea.
Doliente en el lecho yace,
del alma y del cuerpo enferma,
que quien tanto bien perdió
¿qué mal habrá que no tenga?
Socorra, ¡oh cielos piadosos!
su daño vuestra presencia,

que han menester mucho cielo
las soledades de Antenia.

Siguióse la comida luego, que la hizo admirable, no tanto la suntuosidad del gasto como el silencio con que fué servida, porque como se acu- diese á las peticiones de todos con tanta puntuali- dad que las señas tenían fuerza de palabras, ex- cusadas éstas, cesaba el ruido y se cumplía con las obligaciones; las ceremonias de la cortesía es- tuvieron cumplidas, y demás de las comunes que halló la prolijidad de los caballeros antiguos, se platicaron allí otras modernas, de que nuestro Puntual fué pesado autor. Los aparadores repre- sentaron ostentación y grandeza, porque para este efecto trajo de Madrid mucha plata alquilada, queriendo que tuviese voz de suya con los presen- tes. Las mesas estuvieron puestas con mucha no- vedad, donde la limpieza y buen olor fué pasto del alma, como los manjares del cuerpo, gozando los oídos de la música de las aves; los ojos, de la vista de las flores; las narices, de su regalado ol- fato; las manos, del tacto femenino; la boca, del gusto de la bebida y comida; con que á un mismo tiempo se hizo á todos los sentidos copioso y re- galado plato.

En medio de la pompa de este vano deleite, llegó el justo castigo dél tan olvidado cuanto le era de- bido, porque al tiempo que se retiraban las me- sas, entraron, acompañados de mucho pueblo, dos aguaciles de Corte, que diciendo ser orden del Consejo la que traían, sin escuchar ruegos ni in- tercesiones, le embargaron todos los bienes que

parecieron ser suyos, y llevándole á su posada, hicieron lo mismo de los que en ella hallaron; y luego, con toda brevedad, se entraron con él en un coche, sin permitir que le acompañase más que un criado para el servicio de su persona.

Caminaron con él largas jornadas hasta sacarle del reino y ponerle en la raya de Valencia, donde un escribano le notificó no entrase en él sin licencia de Su Majestad, so pena de la vida. Y con esto le dejaron y se volvieron. Fué el caso que el caballero andaluz que salió tan lastimado de sus manos dió parte en Madrid á los superiores del vicioso trato de nuestro Puntual, y así, por excusar escándalo y peligros, se decretó expelerle de esta república, siendo el título de su destierro por mal entretenido. Valióse por medio de Salazar de algunos brazos poderosos, que no fueron bastantes para conseguir la restitución de su persona, aunque la de sus bienes sí, porque parecía extremo de rigor dejarle tan desnudo y despojado. Perdidas las esperanzas por entonces, y animado con su buen ingenio, que en todas partes se sabía hacer lugar, se consoló en su no esperada desdicha, protestando de nuevo la enmienda de sus vicios, cuyo conocimiento le hacía más culpable. Paseó los reinos de la Corona de Aragón con variedad en los sucesos de su jornada, para cuya narración prevendré más delgada la pluma, si ya no son para los oídos de los sabios (aun referidas locuras tan bárbaras) oprobios y ofensas; y por divertir las ahora, sirva de fin esta silva, cuyo asunto es celebrar la fe de dos amantes firmes, ofendidos de la fortuna:

Espejo hacen del mar los Pirineos
á su monstruosidad, no á su belleza,
si no juzgan verdad forma tan rara,
el fuego y aire sirven de trofeos
á la tierra elevada en tanta alteza,
que á un tiempo al cielo embiste y dél se ampara.
Naturaleza, aunque con nadie avara,
aquí más liberal puebla sus cumbres
con alentadas flores,
lucidos y curiosos moradores,
que sirviendo igual gloria á dos sentidos,
los dejan halagados y vencidos.
Levántase en sus faldas
otra montaña de edificios bella
donde, no sin envidia de los cielos,
ó sin admiración cuando ésta falte,
es cualquier chapitel plateada estrella,
su nombre Perpiñán, que con sus muros
se opone á la francesa gallardía,
y enfrena su coraje y osadía,
término allí del español imperio;
que en otro nuevo mundo no le tiene,
antes sobrado dél, reinos desprecia,
y abundante en coronas se detiene,
ó por verlas mejor, ó no pisarlas,
siendo esto no respeto,
sino con más decoro despreciarlas.
Aquí blando sujeto
fueron dos fidelísimos amantes
de los duros estragos de Cupido,
adúltera deidad superticiosa,
de vanos sacrificios ambiciosa.
Rolanio, que pudiera

por su valor luchar con los gigantes
que intentaron tener cetro en la esfera,
aquellos, cuyos miembros arrogantes
establecieron montes,
en quien halla la vista
con más capacidad los horizontes.
Este, pues, éste amaba
de Amarilis la ínclita belleza.
Vanaglorioso de tan alto empleo
y á despreciar su vida reducido,
por no perder un paso en lo adquirido,
Amarilis, que en todo fué diamante,
en el pecho constante
y en el rostro brillando luces bellas,
su fe correspondía,
y en fértiles ardores le encendía,
que producen de sí nuevos ardores,
rejuvenece el fuego, y los verdores
de la luciente llama
sirven de eterna luz para su fama,
con que amor acredita
su poderosa mano:
allí vencedor noble y no tirano,
que adonde abraza igual correspondencia
adquiere generoso
la victoria sin sangre y sin violencia;
mas ¡ay! que, cauteloso,
el padre de Amarilis solicita
dilatárles la paz que da Himeneo
y mal lograr la unión de su deseo.
Ausentóse el amante y vió los campos
que Manzanares baña,
Manzanares que hospeda en sus riberas

el sol de Austria y la deidad de España,
feliz competidor de las esferas,
espejo inquieto del que en él se mira,
veloz y cristalino caminante.

Aquí, pues, el amante
su alma con los vientos comunica
en suspiros que ofrece,
y oyendo sus razones,
los peñascos parecen corazones,
tanto los enternece,
quejoso muchas veces repetía,
húmeda ya la voz y presa en llanto,
presa y atada tanto
que apenas los conceptos desataba,
bella Amarilis, en quien naturaleza
llegó á formar su última alabanza;
y la desconfianza
de hacer segunda vez igual acierto,
¿cómo puedo vivir sin ver tus ojos?
¿cómo puede formar voces el alma,
que no suenen á quejas,
á quejas tan amantes y tan fieles
que se vea en el propio sentimiento
tu única belleza,
mi singular firmeza,
la una admiración y la otra ejemplo;
una de castos ojos,
y otra de grandes ánimos?
Aquí entre los naufragios y borrascas
del plebeyo bullicio
adonde el cortesano está sediento,
no del agua que vierte por los ojos,
sino del vano viento,

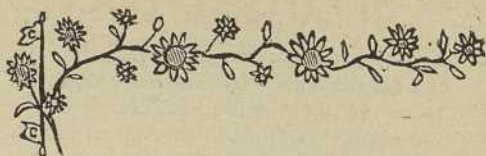
autor de sus estragos,
causa de sus enojos;
aquí, pues, entre bárbaros horrores
de confusión tan ruda,
tu nombre hago sonar claro y distinto,
que como el sol esparce los nublados,
así tu nombre dulce
todas las otras voces,
y mucho más las duras, las atroces,
por no tener con él correspondencia
no me quiero quejar, no, del ausencia,
pues mi amor purifica
tanto, que para en algo merecete
la debo el mayor mérito:
crezcan, pues, mis fatigas,
y como el fruto entre las ramas bellas
crezcan también mis méritos en ellas.
Mas ¡ay!, que es imposible,
que nadie para ti se halle con méritos,
basta que haga menores sus deméritos.
Así el amante fiel sus quejas pierde,
siendo interés del río
que halla en ellas su aumento
como en su blando suspirar el viento.



COMEDIA

DE

LOS PRODIGIOS DEL AMOR



COMEDIA DE LOS PRODIGIOS DEL AMOR

Las personas que hablan en esta comedia.

EL DUQUE POLIDORO.

CLENARDO, criado de Polidoro.

EL MARQUÉS FABRICIO.

AURELIA, mujer del Marqués.

CELIO, criado del Marqués.

CONRADO, caballero inglés.

FELICIA, hermana de Conrado.

LUCRECIA, en hábito de hombre.

CELAURO, hermano de Aurelia.

JORNADA PRIMERA

EL DUQUE POLIDORO y CLENARDO.

POL. Téngome de embarcar aunque la saña
del mar sobre los cielos esparcida
castigando las peñas desengaña
la ambición de los hombres, atrevida;
sírname de sepulcro esa montaña
de olas que se opone, inadvertida
y licenciosa, al sol y á las estrellas,
por ser espejo de sus luces bellas.

CLEN. Vuelve los ojos á tu Aurelia hermosa,
que en los suyos te ofrece un mar de llanto
que si á embarcar te vas, en su copiosa
corriente puedes, sin recelo tanto.

POL. Ella es quien me despide rigurosa
con sus desdenes, cuyo horror y espanto
hacen tan impaciente su belleza,
que es más tranquilo el mar en su fiereza.

CLEN. ¿Cómo en quien es tu hermana hallas des-
que te puedan dejar tan doloroso? [denes

POL. De prudente sospecha te previenes,
siendo aun hasta en las dudas ingenioso,
y porque pienso que á escucharme vienes
mucho más condolido que curioso
de mi dolor, suspende los oídos.

CLEN. La rémora serás de mis sentidos.

POL. Nápoles, ciudad de Italia,
que por su ornato y belleza,
á no ser más feliz Roma,
del mundo fuera la reina,
fué mi patria, en quien fortuna
en naciendo me dió herencia
abundante, que aún me fué
en la cuna lisonjera.

Yo soy Polidoro, el Duque
que por ser en la opulencia
de estados al rey igual
le desvelo en su grandeza.

Tuvo Federico el Conde
por hija á la hermosa Aurelia,
en cuyos ojos süaves
nació la común ofensa.

Cuantos la ven la imaginan
parte de la primavera,
copia del sol y prodigio
de las ciudades y selvas,
porque en sus ojos alum bran

dos animadas estrellas,
que, no solamente inclinan,
pero arrebatan y fuerzan.
Sus manos son lo más culto
de la nieve que en las sierras,
como ésta rústica vive
menos blanca y más soberbia.
Esta que fué inexorable
de tanto amante á las quejas,
que en los oídos candados
puso, y en los ojos flechas.
Adoró el Marqués Fabricio,
su igual en sangre y hacienda,
á quien aumentaron lustre,
blasones de armas y letras.
A todos hieren sus ojos
tanto, que aun su hermano intenta,
Celauro, nombre de amante,
si vana, forzosa empresa.
La parte niega de hermano,
por ser su esposo, mas ésta,
en lo mismo que se imitan,
los bellos rostros confiesan.
Yo y el Marqués competimos,
y aunque inferior á mis fuerzas,
derribó mis esperanzas
su industriosa diligencia.
Siendo terceros sus hados,
llegó al tálamo con ella,
robándola á mi esperanza
que la llamaba su prenda.
Paso en silencio furios
bárbaros de mi impaciencia,

por no ver en ti dudosa
verdad que en mí fué tan cierta.
Adoleció en breves días
Aurelia, en quien la sangrienta
parca artífice de injurias,
fué ocaso de su belleza.
Esto fué (raro prodigio)
cuando en brazos de la negra
noche, el gran Febo espiraba,
porque entrambos soles mueran.
Ya de una bóveda triste
huésped, la que halló en la esfera,
asiento se prometía,
y aún fué presunción pequeña.
Su hermano, su esposo y yo
quedamos con tan desiertas
almas, que á no ser divinas,
á lo mortal se rindieran.
Mas yo, que intenté de amor
sutilizar las finezas
y llegar á parte donde
aun el discurso no llega,
del que era del templo guarda,
luego aquella noche mesma
compré el cuerpo, que, aunque helado,
fuego esconde y luz alienta.
Que él poniendo en lugar suyo
otro, dejar satisfecha
la diligencia pretende
más activa y más resuelta,
porque como en lo mortal
tan pequeños rastros quedan
de la vida, será fácil

equivocarse en las señas.
Yo, pues, con tan dulce peso,
sin que persona lo entienda
de mi casa, en ella escondo
el bien que el alma aposenta.
En un lecho suntuoso
le pongo, siendo decencia
justa, si inútil regalo,
aunque inútil no lo era,
porque apenas allí estuvo
horas breves, cuando empieza
á moverse algo espaciosa,
y á quejarse con voz lenta.
Abre los ojos y extraña
el lugar, y la extrañeza
que ella del lugar recibe,
vengo yo á recibir de ella.
Llenos de un gozoso espanto
di mil nudos á mi lengua,
porque allí mi ingenio duda
lo mismo que experimenta.
Conocimos que fué engaño
de los médicos que, ciega
su imperiosa presunción,
lo que no entiende gobierna.
Previno en su testamento
que su cuerpo no le abrieran,
de tanto mal temerosa,
para tanto bien profeta.
Allí con todo secreto
la tuve, hasta que las bellas
galas de Abril en su rostro
volvieron á cobrar fuerzas.



Ufana y reconocida
al beneficio se muestra,
tan igual en su decoro,
que agradece siendo honesta.
Yo, que violar sus virtudes
excusé, por que no sean
deleites de mi apetito
injurias de su vergüenza
á vivir ya me dispuse
casto y limpio en su presencia,
temeroso de su ira
y avaro de su belleza.
Así á su esposo le usurpo
sus regalos y ternezas,
gozando, aunque no la gozo,
de que otro no goza de ella.
Pero por que tanto tiempo
vivir no puede encubierta,
si no es poniendo á peligro
felicidad tan inmensa,
vestidos del traje inglés,
porque sabemos su lengua,
ir á Bristol decretamos,
puerto suyo y ciudad bella.
Ya la primavera ilustre,
dón noble de las estrellas,
ornato verde y lucido,
pompas de montes y vegas,
desvanecida y hermosa,
aunque arrogante, deleita,
que es la vanidad delito
disculpable en la belleza.
Con ocasión tan süave

nos embarcamos, que entrega
mar serena, en quien los vientos
respiran y no pelean.

Yo truje en joyas y en oro
tanta parte, que pudiera
satisfacer de otro Midas
la voluntad avarienta.

En la casa de Conrado,
que liberal nos alberga,
dándonos con igualdad
cama rica y fértil mesa,
dos años hemos vivido
haciendo que Londres crea
que ingleses y hermanos somos
(tal es del arte la fuerza).

El Polidoro en Claudino
mudé, y á mi amada sirena
el nombre de Aurelia en Laura,
laurel en la resistencia.

Llegó aquí ayer una nave
de la Francia, y entre nuevas
varias, del Marqués Fabricio
trujo la muerte violenta,
que en desafío campal,
dando fin á su edad tierna,
acreditando su fama,
honró la marcial palestra.

Entendíolo Aurelia, á quien
pedí que, pues ya dispensan
los hados en nuestras glorias
con tan liberal clemencia,
que se despose conmigo,
y ella, aún dudosa, recela

verdad que muchos afirman,
culpa la fama y no aceta.

La certidumbre del caso
más purificar intenta,
haciendo sus dilaciones
verdugos de mi paciencia.

¿Qué puedo esperar, Clenardo,
sino es que estas olas tengan
en su golfo el puerto mío,
pues nõ le alcanzo en la tierra?

CLEN. Aquí viene Conrado.

CONR. ¿Ahora quieres
entregarte á las olas enemigas,
de quien no es justo que piedad esperes
sino aumento mayor de tus fatigas?
Su tempestad soberbia consideres:
¿en que te has de embarcar, si las amigas
naves se amparan de este puerto grave?

CLEN. Mis brazos y mis pies serán la nave,
sus olas infelices van creciendo
y á la vista del puerto fluctuando
aquella nave está que, ya rompiendo
sus costados, la gente va nadando.

POL. Tomar con elección propia pretendo
para mi bien el mal que están llorando
y quisieran huir, pues que mi suerte
libró mis esperanzas en la muerte.

CLEN. Suspenso estoy de lo que ahora veo,
aunque con lo que oí nada me admira,
que arrastrado un amante del deseo
de su apetito ardiente rabia espira.

POL. Permitidme que aumente su trofeo
al ambicioso mar; caiga su ira

sobre mi obstinación desesperada.

CLEN. Ya se anegó la nave desdichada:

POL. ¡Oh, bien dichosos, vuestra feliz suerte
de mí será adorada y pretendida!

¿Cómo puede ser mal el de la muerte
si en él viene el postrero de la vida?

CONR. ¿Cómo tu propia hermana pueda hacerte
tan grave injuria?

POL. Ella es mi homicida.

CONR. Vuelve á los ojos con que por ti llora
competencias y excesos del aurora.
Dos cuerpos aquí el mar vertió en la orilla.

POL. ¡Jesús, Jesús!

CONR. ¿Enfrénate su espanto?

POL. El ver su destrucción en parte humilla
mi enojo, que la mar castiga tanto.
Ya más quiero temerla que seguirla;
retroceda el deseo, que en mi llanto
bastante mar producen mis enojos.
¿Qué le voy á buscar, si está en mis ojos?

CONR. ¿Quién serán estos dos en quien la suerte
inconstante en el bien, jamás segura,
aun en el propio mar que les dió muerte
no quiso concederles sepultura?
El rigor que usó en ellos le convierte
en piedad de Claudino, pues procura
con este ejemplo refrenar sus bríos,
si hay enmienda en tan vanos desvaríos.

FABR. ¡Ay, cielos!

CONR. Ya parece que respira
el uno de ellos y á los cielos llama.

FABR. Yo, que estrago seré de vuestra ira,
serviré de escarmiento con mi fama.

CONR. ¡Con qué terneza el mísero suspiral

FABR. ¿Que el mar de estos trofeos no se infama?
Si no es que en verme amante vano y ciego,
sus aguas indignó contra mi fuego.

CONR. Ya puesto en pie, más fuerte y animoso,
al compañero con su voz alienta.

FABR. Celio: ¿no me respondes?

CEL. Que aun piadoso
te pude hallar después de la tormenta,
que á la vista del puerto el proceloso
mar no quisiese hacer tan vil afrenta:
¡Viven los cielos!...

FABR. Calla.

CEL. Ello es forzoso.

FABR. Sí, que en ti es natural el ser gracioso.

CEL. Con la mar, con persona tan aguda
te veniste á poner en ocasiones,
que, quieta ya tal vez, tal enojada,
es campo de cautelas y traiciones,
criatura que del mismo sol se enfada
sin respetar sus altas perfecciones,
tan glotona, tan bárbara y tan fiera,
que se engulle una armada toda entera.
Suele la tal, no pienses que son graves
hipérboles; no busco modos nuevos,
los más días sorberse un par de naves,
que no se paga de menores huevos.
La historia de Leandro ¿no la sabes?
desde entonces persigue á los mancebos,
y al fin quiere pasar en cualquier cosa,
como ella es tan salada, por graciosa.

CONR. Mísero navegante que rompiendo
el campo hermoso de este mar perjuro,

con sus bárbaras olas contendiendo,
sales, si fatigado, del seguro,
que me digas cortés sólo pretendo,
quién eres y qué buscas, que te juro
que me ha obligado tu persona y traje
á darte en mis paredes hospedaje.
Siempre á los extranjeros inclinado
con piadosas entrañas los recibo.

FABR. Embajador sin duda despachado
del cielo, aunque de carne estás vestido,
de tu liberal ánimo obligado,
luego quiero mostrarme agradecido,
atento escucha.

CONR. De tu voz pendiente
tendrá aún el mar su bárbara corriente.

FABR. En la bellísima Italia,
señora feliz un tiempo
del mundo, y ya ¡gran desdicha!
sierva de los extranjeros,
entre infinitas ciudades,
Nápoles admira al cielo,
si opuesta en los edificios,
reconocida en los pechos.
Nací en ella generoso
de sangre, y rico heredero
de estados que en su opulencia
magnificencia me dieron.
Yo soy el Marqués Fabricio,
que desde los años tiernos
traté las armas, y pude
hacer alas de su peso.
La hija de Federico
el Conde que dió sujeto.

viviendo á sus alabanzas,
y muerta á mi llanto eterno,
fué mi esposa. ¡Ay qué difícil
será vencer el afecto
de mi dolor! ¡mal podré
ser elocuente en el miedo!
Gocéla tan breves días,
que me ofrecieron los cielos,
para desdichas estables,
los deleites pasajeros.
Celauro, de ella infeliz
hermano, amante no menos
que yo, con tenerle atado
aquel natural derecho,
mis lágrimas acompaña,
no cortés ó lisonjero,
porque sobre el ser hermano
llora como amante tierno,
á quien Lucrecia persigue,
nobilísima en ingenio,
beldad y sangre; mas tanto
valor entrega al desprecio.
Apenas al de su fin
siete días sucedieron,
loco estoy, si entre los días
las noches del alma cuento.
Cuando yo y Celauro hicimos
este juramento ciego,
compelidos ó inspirados
de un espíritu violento,
de dar vuelta á todo el orbe
de la tierra, pretendiendo
ver si en tanto mundo había

quien la igualase en los méritos,
y que de aquella que fuere
su retrato, sea el primero
que la viere fiel esposo,
siendo noble en nacimiento.
Celauro empezó por tierra
su jornada, y yo al soberbio
mar embestí, arrebatado
de otro más noble elemento.
Siguió á Celauro después,
ó raro ó valiente efecto
de amor, Lucrecia, que, amante,
se niega á padres y deudos.
Trasladada en nuestra forma
varonil, y haciendo esfuerzo
contra su naturaleza
tierna, y en años bien tiernos.
Yo he visitado del mundo
mucha parte, no pudiendo
entre maravillas tantas
anegar este deseo.
Hallé en todas las provincias
en ánimos extranjeros
la piedad que hoy en ti alabo,
y feliz experimento.
El mundo admira mi empresa.
Sólo en Francia un caballero,
lo que todos con aplauso,
lo recibió con desprecio.
Desafiéle en campaña
sobre el caso cuerpo á cuerpo,
adonde él muerto quedó,
y yo en opinión de muerto,

porque con tantas heridas
escapé, que el mundo lleno
está de la muerte mía,
y el ser falsa es lo que siento.
Desde Francia pasé á Flandes,
donde me embarcó el deseo
de ver si esta fantasía
pudiese sentir efecto.
Y á la vista de Bristol,
cuando parecía que el puerto
nos convidaba súaue,
se lo contradijo el viento.
Lo demás, siendo testigos,
tus ojos, en vano puedo
referirles con la lengua
tanto mal como ellos vieron.
Verdad es que á mis desdichas
perdono, y aun agradezco
sus rigores, pues serán
de nuestra amistad el medio.

CONR. Señor: una pobre mesa
sin platos de ostentación
donde la buena intención
todas sus faltas confiesa.
Un abrigado aposento
para el invierno inhumano,
y otro á quien es en verano
blando adulator el viento.
También algunos criados
que en mi servicio se emplean,
que aunque ellos muchos no sean,
son nobles y bien tratados.
Cama limpia, sin el viento

de ornato vano y costoso,
 que sirve más al reposo
 que no al desvanecimiento.
 Amigos tales (excedo
 al rey en este caudal),
 que ser de ellos liberal
 más que de mí propio puedo.
 Esforzar la pretensión
 de este pecho valeroso,
 asunto bien generoso,
 aunque parece ilusión.
 Esto puedo prometer,
 y esto nunca ha de faltar.

FABR. A más largo desear
 excede vuestro ofrecer.
 ¿Quién sois en Londres?

CONR. Conrado:

un ilustre caballero,
 á cualquier noble extranjero
 naturalmente inclinado.
 Que esta única fineza,
 en todos tiempos igual,
 me hace más natural
 donde hay mayor extrañeza.

CEL. Este debe de ser vano,
 seguirle pienso el humor.
 Trasládase en el valor
 vuestro un ánimo romano.

CONR. ¿Quién es éste?

CEL. Es un criado
 que mi fortuna ha seguido,
 cuyo ingenio entretenido
 fué alivio de mi cuidado.

Halléle en Francia, y sabiendo
que era florentín, conmigo
le truje á mi noble abrigo,
su elección agradeciendo.

CONR. ¿Qué es lo que sabéis hacer
con más arte y propiedad?

CEL. ¿Queréis que os diga verdad?

CONR. Eso pretendo.

CEL. Comer.

Este es, señor, un oficio
que en el pecho le aprendí,
y se ha mejorado en mí
con el continuo ejercicio.

CONR. Mucho me habéis alegrado;
gozoso en extremo quedo,
por ser oficio en que puedo
teneros siempre ocupado.

CEL. Pues si es que en oficio tal
ocuparme bien podéis,
yo sé que os admiraréis
de ver tan largo oficial.

CONR. ¿Qué partes pertenecientes
son á oficio tan grosero?

CEL. Las mismas que al zapatero:
estas manos y estos dientes.
Voyme á vuestra casa.

CONR. Ya
os guío.

CEL. No es menester,
que si allí hemos de comer
mi hambre me guiará. *(Vase Celio.)*

CONR. El criado es ingenioso.

FAB. Contra mi suerte importuna,

báculo de mi fortuna
y centro de mi reposo.
Que todo este precio cabe
digno de admirarse en él
que es en las veras tan fiel
cuanto en las burlas süave. (*Vase.*)

Entra POLIDORO y AURELIA.

POL. No vuelvo para que creas
que he de rendirme en despojos,
siempre á los tiranos ojos
que en mis injurias recreas.
Ya sabes cuánto por mí
pena Felicia, la hermana
de Conrado, á cuya vana
queja, aún el rostro escondí.
Pues ya más reconocido
para enmienda de mi estado,
lo que en ti he desesperado
seré en ella agradecido.
Tu esposo murió, y triunfante
yo vencí tu tiranía,
con que has perdido en un día
á tu esposo y á tu amante.

AUR. Algún término darás
al tiempo que yo procuro
hacer más firme y seguro
este lazo.

POL. No hables más.
Adiós, ingrata, á quien di...

AUR. Si dices la vida, advierte
que es mucho mayor la muerte

con que te vengas de mí.
 En la primera ocasión
 que se confirme esta nueva
 seré tuya.

POL. En vano prueba
 á cobrarme tu prisión.
 Pájaro soy fugitivo
 que á la libertad volvió
 y los vientos alegró
 en plumas, y en voz lascivo.

AUR. ¿Cómo pudieron tus labios,
 que en ocasiones mejores
 pronunciaron mis honores,
 ejercitar mis agravios?
 Para matarme injuriada
 (con este fin lo intentaste)
 del sepulcro me robaste,
 donde estaba venerada.
 Y así lloraré ofendida
 de tu término tirano,
 porque me ha vuelto tu mano
 á la injuria y no á la vida.
 Vete, cruel, que si fuiste
 tan aleve contra mí,
 yo me quitaré por ti
 lo propio que tú me diste.

Entra CONRADO.

CONR. Dame los brazos, Claudino,
 que en verte alegre y templado
 de aquel ímpetu pasado,
 más á quererte me inclino.
 Sabe que los que volvió

á la orilla el mar tirano,
 cuyo rigor inhumano
 tu ánimo corrigió,
 fueron Fabricio, el Marqués,
 señor de los que venera
 Nápoles más, y aún debiera
 rendirse el mundo á sus pies.
 Y el otro, Celio, un criado
 suyo ingenioso y discreto,
 cualquiera á ellos sujeto
 digno de ser venerado.

POL. Pues ¿muerto el Marqués no había?

AUR. ¿Cómo? ¿El Marqués no murió?

POL. La voz común se engañó
 que en esta opinión vivía.

CONR. Ya es mi huésped, y pues vos
 tanto á la nobleza amáis
 os suplico que le hagáis
 luego una visita. Adiós. (*Vase.*)

AUR. Aquí verás cuán prudente
 anduve en la suspensión
 de tu vana pretensión
 bárbara, loca, impaciente.
 Bien te puedes entregar
 todo á Felicia en sus lazos,
 pues á mi esposo en mis brazos
 hoy me le arroja la mar.
 Y recibirle es forzoso,
 en ellos contenta él,
 porque no he de ser cruel
 con quien el mar es piadoso.

POL. ¿Dónde vas?

AUR. Ya no eres dueño

de mi libertad; yo voy
á Fabricio, suya soy.

POL. ¡Aurelia!

AUR. Tu amor fué sueño;
ya vuelve á encenderse en mí
el primer fuego, que tanto
me abrasó.

POL. Basta mi llanto
contra él y contra ti.
Espera, ingrata.

AUR. ¿Qué quieres?

POL. Que me escuches.

AUR. Ya no puedo
ni quiero.

POL. ¡Aurelia, yo me muero!

AUR. Con justo castigo mueres. (*Vase.*)

POL. A un mal no prevenido,
porque jamás de mí fué recelado,
los hados me han traído,
celoso he de morir y despreciado,
impío fué en la piedad Clenardo y ciego,
pues me libró del agua para el fuego.
Por más desdicha mía,
ó por más crueldad de la que infamas
con esta tiranía,
amor, dejé las olas por las llamas.
Ya serán mis cenizas escarmiento
á los amantes, y materia al viento.
Yo soy aquel osado
que pasé los umbrales de la muerte,
y entre su horror helado
busqué la autora de mi ingrata suerte,
restituyendo á la naturaleza

con tal prodigio su mayor belleza.
Quedó así disculpada
la muerte, porque muerto no la había;
naturaleza honrada,
porque cobró lo más que ella tenía;
yo sólo, dando aumento á justos llantos,
pierdo en lo mismo en que se ganan tantos.

Entra FELICIA.

FEL. ¿Cómo en tanta soledad?

POL. Por contemplaros mejor.

FEL. Tratarse debe á mi amor
con más llaneza y verdad.

POL. Amor permítele aquí
medicina á mi tormento.
No adora mi pensamiento
otra luz; vuestro nació.

FEL. Extraño la novedad;
de lenguaje habéis mudado,
que jamás vuestro cuidado
dió premio á mi voluntad.
Laura debe de haber hecho
buenos oficios por mí,
porque siempre conocí
seguridad en su pecho.

Entra AURELIA.

AUR. Apenas de este lugar
partí, cuando, ya celosa
de ver á Felicia hermosa
en él, le vuelvo á ocupar,

- que, desde aquí retirada,
mi ofensa tengo de ver.
- FEL. Tan dichosa vengo á ser,
que vivo de ti adorada.
- POL. Felicia: la suerte mía
otro premio no pretende.
- FEL. ¡Qué fácil conquista emprendel
por lo que es suyo porfía.
Temo que estos nuevos lazos
me engañan y me recrean.
- POL. Testigos quiero que sean
de mi verdad estos brazos.
- AUR. Oye, hermano, escucha, espera,
detente.
- FEL. ¿Tú no solías
alentar las ansias mías,
apacible y lisonjera,
como de intercesora?
(¡Oh, costoso desengaño!),
Tú vuelves, por mayor daño,
á ser de mi mal autora.
- AUR. No estoy en tiempo que pueda,
Felicia, satisfacerte.
- FEL. Llegue á mis brazos la muerte,
pues tanto bien se les veda.
Mas, si no es afición vana
la tuya, poco te importa
cumplir con lo que te exhorta
tu altiva y soberbia hermana.
- AUR. Yo sé que tengo en mi hermano
quien me adora y me obedece.
- FEL. Posible es que no merece
mi mano tu ingrata mano.

Miras al rostro á tu hermana
 por si te da la licencia,
 dejadme un poco paciencia
 que sois medicina vana.
 Desanudad los engaños
 ¡oh, huéspedes cautelosos!,
 siempre en mi daño ingeniosos
 aumentando nuevos daños.
 Cuando por mí intercedía
 tu hermana, dabas respuesta
 que razonable y honesta
 entonces me parecía.
 Diciendo ser riguroso
 el ofender á mi hermano
 porque debes á su mano
 este hospedaje amoroso.
 Mas esta vez que de ti
 salió el hacerme favor,
 pudo tu hermana.

POL. El rigor
 suspende.

FEL. No estoy en mí.
 ¿Cómo entre hermanos hay celos,
 y se vive de esperanzas,
 satisfacción y venganzas,
 sobresaltos y recelos?
 Ya es vuestro amor extrañeza,
 justas sospechas me dais,
 porque el límite pasáis
 que os puso naturaleza.
 No sois hermanos, que al suelo
 ofendéis con este engaño,
 y si lo sois, por más daño,

injuriáis á suelo y cielo.
 Que esos, de la voluntad
 vuestra agravios y favores
 son los indicios mayores
 que hay contra vuestra hermandad.
 Tan loca estoy (bien se muestra,
 poca, en fe, tan ofendida),
 que pues me quitáis la vida,
 os he de expiar la vuestra.

POL. Sin duda somos perdidos,
 porque de ésta la violencia,
 y del Marqués la presencia,
 son contrarios conocidos.
 Ausentarnos es forzoso.

AUR. Es aumentar el indicio;
 piénsalo bien con tu juicio,
 prudente cuanto ingenioso.
 Ven, y el mar sosegaremos
 de Felicia.

POL. ¡Es imposible!

AUR. Todo en amor es posible;
 que es gran vencedor de extremos.
 Si ya feliz amante
 solícito deseas
 templar estas borrascas,
 vencer estas tormentas,
 no está el puerto seguro
 en elegir la ausencia,
 si es que han de ser sus pasos
 crédito á las sospechas.
 Busca luego á Felicia,
 y con igual fineza,
 puesto en mí el pensamiento,

en ella me requiebra.
Que, aunque Felicia á voces
publique allí la lengua,
si Aurelia dice el alma,
mía será la empresa.
Mira lo que te fío,
no pidas mayor muestra,
pues me arriesgo á perderte
porque tú no me pierdas.
Camina diligente
para que así prevengas
veneno á su esperanza
y á nuestro engaño fuerzas.

POL. Ya que á tu gracia vuelvo,
y veo que me acetas,
aun no podré, burlando,
representar la ofensa.
Haces tu fe culpable,
(no sé cómo ser pueda
que, constante, me adores,
si, alevosa, me entregas?

AUR. La industria prevenida
tan vil nombre no tenga;
debiéndome alabanzas,
me injurias con afrentas.
Con fuerzas superiores
te ofrezco á la pelea
armado, y no vendido;
ni me culpes, ni temas.
Camina, parte.

POL. ¡Ay, cielos!
¡cuánto al alma le pesa!
¡qué cruel me despides

y qué ufana te quedas!

AUR. ¿Por qué, fortuna aleve,
de tal modo me estrechas,
que es en mí el menor daño
esta bárbara prueba?
Mas yo que ya he vencido
las mortales tinieblas,
¿qué horror habrá que admire,
qué espanto habrá que tema?
Han hecho en mí los hados
todas sus experiencias,
mi valor desconoce
ya la naturaleza,
que desmentir los celos
por conservar la prenda
de donde nacer pueden
es superior fineza.
Que estimo á Polidoro
de modo que, aunque sea
mi ofensa el conservarle,
adoraré mi ofensa.
Satisfacer procuro
con esto aquella deuda
que al crédito es dudosa
cuanto á la verdad cierta.
Que yo por más hazaña
tengo, y así se crea,
romper sombras de celos
que las mortales nieblas. (*Vase.*)

Entra FABRICIO y CELIO.

FABR. Hémonos, pues, convenido
yo y Conrado en este modo.

CEL. Para escucharte acomodo
toda el alma en el oído.

FABR. Que saldrá en mi compañía
á rodear á Inglaterra,
por si en su distrito encierra
el fin de mi fantasía.
Y que si en su campo alcanza,
acaso, á tener de aquella
que adoró la imagen bella,
asunto de mi esperanza,
aunque con la sangre real
se halle esta mujer unida,
aventurando su vida
pondrá término á mi mal.
Sólo exceta una mujer
á quien yo aun no he de mirar.

CEL. Respeto debes guardar
á su noble proceder,
que si tan infeliz fuese
que en la que él adora viese
de la que busco un traslado,
no sólo haré oposición
á su intento, antes, rendido,
humilde y agradecido,
ayudaré su intención.
Que debo á su cortesía
la más única fineza,
seguro que no hay belleza

que iguale á la empresa mía.
 Que ya estoy desesperado
 de conseguir mi deseo,
 aunque la luz que allí veo
 dice que voy engañado.

Sale AURELIA.

- AUR. Si tanto me retiro de Fabricio
 podráme hacer el miedo sospechosa,
 y así, por desmentir tan fuerte indicio,
 le quiero hablar gallarda y animosa.
- FABR. ¡Cielos! yo os agradezco el beneficio,
 que liberalidad tan generosa,
 sólo es de vuestra mano. Ya yo veo,
 ¡oh Celio! satisfecho á mi deseo.
 Aquella hermosa inglesa es el retrato
 que busco, y tan igual, que en sus facciones
 y en su metal de voz, imita el grato
 original de tantas perfecciones.
- AUR. Huya el miedo de mí, sólo el recato
 quede, que, ennobleciendo las facciones
 con un rojo color, esmalte sea
 de quien vergüenza, y no temor, se crea.
- FABR. Hermosa luz, que imitas la riqueza
 del ídolo del alma á quien la suerte
 trató con tal desprecio y aspereza
 que ya en pálida sombra se convierte.
 Ruego al cielo se goce tal belleza,
 sin que pueda violar jamás la muerte
 cor torpe injuria y bárbaros agravios
 la púrpura animada de tus labios.
 Púrpura sí animada, en quien vistosas

heces de amor con majestad asisten,
 que viéndose tan graves como hermosas
 con lo mismo que halagan, se resisten;
 que tus labios, que son entre las rosas
 reyes felices, púrpura se visten,
 sin exceder lo justo de las leyes,
 que la púrpura es traje de los reyes.

CEL. La purpúrea lisonja me contenta,
 y te juro, señor, que no me admira
 ya, después que en palacio se aposenta,
 que la púrpura adorne á la mentira.

FABR. Tu boca, de alabanzas avarienta,
 del celo que en mí culpa, se retira.

CEL. Mi boca ignora el adular süave,

FABR. Pues olvide el comer si eso no sabe.

AUR. Señor Marqués: si no como debía
 he con los parabienes celebrado
 vuestra venida, no á la cortesía
 culpéis, que siempre tuvo este cuidado.
 erró mi cortedad, que, por ser mía,
 siendo mujer, también me ha disculpado,
 y algo en sí encierra de feliz la culpa
 que se lleva consigo la disculpa.

En lo que el ser quien soy me permitiere
 pondré en vuestro servicio diligencia
 si nuestro hospedador Conrado diere,
 cabeza de esta casa, la licencia,
 con hados más felices os prospere
 el cielo, que os esconde su clemencia.

Laura es mi nombre, y de Claudino her-
 adiós.

|mana,

{Vase Aurelia.}

CEL. Breve oración, y cortesana.

- FABR. Como rayo que baja sacudido
de negra nube á castigar el suelo,
queda el árbol más alto convertido
en brasas vivas que después son hielo,
así yo, de la voz postrera herido,
perdí todas las fuerzas del consuelo,
llamas espiro, y competir pudiera
en fuego sino en término á la esfera.
¡Ay, Celio, que la hermana de Claudino
la misma es que me vedó Conrado,
y ella retrato fiel de aquel divino
sol que se puso cuando más dorado
este fin la fortuna me previno
siendo de ella trofeo, en mi cuidado.
Cielo: bien dicen que eres de diamante,
pues eres tan cruel con un amante.
Cumplir con la amistad es ya forzoso,
y más la obligación del juramento,
entregando infeliz y valeroso
mi alma al fuego y mi esperanza al viento.
Firme tengo de estar y no quejoso
en mi resolución; yo fui instrumento
con estos pies de la desdicha mía,
que el mal volaba cuando de él huía.
¡Para esto de la mar vencí los bríos
y me di liberal á su fiereza!
- CEL. Constante y firme sufre los desvíos;
de la fortuna; ultraja su vileza.
- FABR. Sin duda por mayores daños míos
soy elección de la naturaleza,
para ser ejemplar de los amantes
que fueren infelices y constantes.

SEGUNDA JORNADA

CONRADO y FABRICIO.

FABR. ¿Cuándo podré con actos generosos
igualar de tu amor las gallardías,
asuntos liberales y piadosos?

CONR. Señor Marqués: curiosas cortesías
mi ánimo sencillo las ignora,
sino es que por ser vuestras ya son mías.
Porque con vuestro trato se mejora
mi rudo ingenio, que en su luz se baña,
siendo ya de tal sol feliz aurora.
Mas porque el amistad cándida extraña
el trato lisonjero, voy al caso:
mi corazón es vuestro, y no se engaña.
Ya os dije, ¡oh fiel Fabricio! que me abraso
en los ojos de Laura, en quien el cielo
se mostró tan hermoso como escaso.

FABR. A renovar empieza el desconsuelo
de mis desdichas. ¿Si podré escucharle,
sin que, culpando al cielo, mida el suelo?
Ya yo no puedo menos de entregarle
toda el alma en los míseros oídos
y en mi dolor mi fe sacrificarle.

CONR. Esta, que en el triunfar de mis sentidos
sólo puso el estudio, y no en premiarlos,
que de este bien los tiene despedidos,
pues su deleite fué tiranizarlos,
yo también gozaré con tiranía
lo que ella, agradecida, debe darlos.

FABR. Parece que se ausenta helada y fría
el alma de mis miembros. ¿Ya que espero?

CONR. Si os divertís, perdéis la cortesía.
Claudino salió hoy con el primero
rayo del alba á caza, y, en su ausencia,
robar la joya que me niega quiero.
Yo la he solicitado en su presencia,
y aunque se la he pedido para esposa,
tal bien dilata y muere mi paciencia.

FABR. Pues ¿caber puede en tu alma generosa
forzar la hermana de tu amigo?

CONR. Tanto
vence de amor la llama poderosa,
de más que si es mi intento honesto y santo
y me entrego en sus brazos su marido,
antes que no la ofendo, la adelanto.
Parece que á esta noche la ha vestido
más negras sombras mi deseo y que viene
á dilatar el ocio del sentido.
Amor que me ha injuriado me previene,
y á la satisfacción sólo el cuidado
contra Claudino prevenir conviene.
Si acaso se volviere ya cansado
de la caza, saldrásle tú al camino,
muerta la voz y el ánimo alterado,
y diciéndole: «Ven, noble Claudino,
que le importa á mi honor tu noble espa-
fingirás un suceso peregrino, [da»,
y rodearás con él esta murada
ciudad, hasta que muestre el alba fría
el Abril que en sus nácares traslada.
Este es el patio, aquella puerta es mía,
y la otra del cuarto de Claudino.

émula generoso del aurora,
 premio indigno de efectos tan viciosos
 las bebe con los labios ambiciosos;
 ya ella le dice injurias,
 y él requiebros suaves,
 queriendo en la amorosa competencia
 hacer con esto dulce la violencia.
 Yo, amante perezoso,
 ¿ningún remedio intento?
 Perdóneme el sagrado juramento,
 que los amantes son privilegiados,
 y nunca están seguros,
 mientras más fieles son, de ser perjuros.

Sale CONRADO.

- CONR. ¿Cómo podré, Fabricio,
 no quejarme de pecho tan villano?
- FABR. Por mí lo dice, que escuchó mis voces.
- CONR. Yo las tinieblas abrazaba en vano
 del oscuro aposento,
 y en la idea que finge el pensamiento
 mi dulce bien buscaba
 cobarde y animoso.
 Llegué al desierto lecho,
 campo que pensé hacer de mis victorias,
 y es ya de mi dolor con sus memorias.
 Por más asegurarme,
 saqué una luz, de que iba prevenido,
 y la de Laura les saltó á mis ojos.
 No estaba Laura allí. ¿Quién habrá sido
 aquel ladrón feliz de su riqueza?
 Ya la naturaleza

queda desamparada;
sin competencia el sol, sin luz los cielos,
y yo entregado al rayo de los celos.

FABR. Aun éste es menor daño,
porque antes yo sólo la perdía
con injuria y afrenta.

CONR. Di: ¿cuál mano violenta,
ó, por mejor decir, mano dichosa,
si ella se le ha ofrecido,
tanto habrá merecido?
¿Qué cuenta podré dar de ella á su hermano,
ó cuál me daré á mí que soy más parte,
pues vivía gozoso
asido á la esperanza
de ser su fiel esposo,
y pasé en tiempo breve á la mudanza
de tan mísero estado,
en que á mis ojos de su vista privo
como que el mismo dueño, fugitivo
va de su esclavo huyendo?
¡Oh ladrones de amor y de sus glorias!
Restituidme el bien que me llevastes
ó llevadme con ella.
¿Por qué con tanta prisa, aurora bella,
á la tierra amaneces?
Mi afrenta no pasara
sin testigo tan claro,
¡oh amor!, con todos liberal y avaro
solamente conmigo.
Ya acompaña mis lágrimas la aurora,
que en lo mismo que llora y amanece
su compañero á mi dolor ofrece.

Sale CELIO.

FABR. Celio: ¿dónde con tal prisa?

CEL. Atención, ¡por Cristo santo!

FABR. Suspender, á fe, mi llanto
y del aurora la risa.

CEL. Como ayer, nuestro Claudino
fué á ser médico en las selvas,
porque para matar mucho
no hay mejor estratagema.
Hecho un cazador Adonis,
que en venablo y galas lleva
en ellas al campo envidia
y en él la muerte á las fieras.
Su hermana, más cazadora,
pues haciendo arcos las cejas,
y sus bosques las ciudades,
tanto mata cuanto encuentra,
porque las valientes niñas
que en sus ojos aposenta
en tan pequeña distancia
gozan dilatadas fuerzas.
Por no dormir en su cuarto
sola, acomodarse intenta
en el de Felicia hermosa:
dos soles en una esfera.
Allí las dos han pasado
noche apacible y risueña,
bien parlada y mal dormida,
y con esto satisfecha.
A mí me dieron el cargo
que el almuerzo les prevenga
por su cuenta, que soy solo

ministro en las diligencias.
La bucólica instrucción
que me dieron estas reinas,
cuanto breve, es compendiosa,
gratificadme en undiencia:
un pernil de olor tan noble
que, aunque los dientes le ciernan,
imaginen las narices
que le están comiendo ellas.
Ordenan que le acompañe
un capón que tierno sea,
tanto, que aun los mismos huesos
sepulcro humano merezcan.
Sin examinar las manos,
si es que eran limpias ó puercas,
que le amasaron, pan tierno
piden, y que sazón tenga.
Vino del país de España,
porque ya las damiselas,
por no ser irracionales,
de hacer la razón se alegran.
Frutas, cuantas lleva el tiempo,
así verdes como secas,
hasta aquellas que se arman
de cáscaras de madera.
Esperadme aquí los dos
á que con la bota vuelva,
que en saludar los amigos
consumiremos la media,
que en todo bueno oficial,
aunque la sed esté muerta,
de un amigo la salud
hace oficio de pimienta. (*Vase.*)

CONR. Burlóme el tiempo, Marqués.
 Poco la industria aprovecha
 mientras los hados, injustos,
 en mi bien no se conciertan.
 No nació para mí Laura;
 esto es sin duda (¡ay estrellas!);
 no goce mayor piedad
 la vida que la paciencia. (*Vase.*)

FABR. ¿Cómo á tantos sobresaltos
 ha de estar mi alma sujeta?
 Quiero á Conrado contarle
 que es Laura mi propia idea.
 Mas si es la que él me excetó,
 servirá esta diligencia
 de tenerle sospechoso
 para que su vista pierda.
 ¿Qué he de hacer? Pasen los tiempos
 veloces, porque, en sus vueltas,
 ó vendrá el fin de mi vida,
 ó el remedio de mis penas. (*Vase.*)

POLIDORO *en hábito de cazador.*

POL. Perdonad, verdes riberas,
 si os dejó por el amor
 aquel noble cazador
 que almas hiere en vez de fieras.
 Quiero volverme á entregar
 á quien me quita el vivir,
 que me deleito en morir
 mucho más que no en matar.
 A la puerta me ha nacido
 del que adoro el sol hermoso,

ufano y vanaglorioso,
porque á servirle ha salido.
No sé yo qué busca ó quiere;
el morir le satisface
si en el propio lugar nace,
adonde, como yo, muere.
El con castigo forzoso
muere, y yo con rigor fiero,
porque yo de amante muero,
y él se muere de envidioso.
Envidioso de la hermosa
Aurelia (beldad valiente),
en quien siempre está creciente
la hermosura de la rosa.
Ya ella viene; en mis enojos
sus ojos han de templar,
que allí pienso restaurar
las pérdidas de mis ojos.

Entra AURELIA.

AUR. Cazador que descuidado,
vuelves á quien no viviera,
si hacer manjar no supiera
á su alma de tu cuidado.
En mis brazos te recibo.
Mas Felicia viene allí.

Entra FELICIA.

POL. Siempre se arma contra mí
el cielo airado y esquivo.
Disimular es forzoso.

¡Ay!, mi Felicia, ya veo
 logrado un feliz deseo,
 por nacer de ti, dichoso.
 Vuelvo á tus ojos, y á mí
 en ellos vuelvo la vida.

FEL. Alma aleve y fementida:
 no soy la misma que fui.
 Si tú fiel amante fueras
 no usaras de tu albedrío,
 y sin voluntad del mío
 esa caza no emprendieras.

POL. ¡Oh si este enojo durase!

AUR. Estamos en un deseo.

POL. ¡Que cuando en tu amor me empleo,
 así tu hielo me abrase!

FEL. Qué aún te ha quedado osadía
 para ejercitar los labios
 autores de mis agravios?

POL. Escucha, Felicia mía:
 cuando yo hallar entendí
 en tus brazos mi sosiego,
 rayos ardientes de fuego
 estás arrojando en mí.

FEL. Mis brazos no los mereces.

POL. Bien los merece mi amor.

¡Cielos, dure este favor!

AUR. Lo que yo les agradeces.

FEL. Yo me he de justificar;
 hacer juez tu hermana quiero.

POL. Yo de mi justicia espero
 que no me ha de condenar.

AUR. No podrá en mí la pasión
 más que la razón, hermano.

- POL. Sé que no me saldrá vano
el fin de mi pretensión.
- FEL. Juzga si su atrevimiento
merece el favor que pide.
- POL. Antes que lo juzgues mide
la voluntad y el intento.
- AUR. Hermano: mucho quisiera
excusarme de ser juez.
- POL. Tú lo has de ser esta vez.
- AUR. Oye, y la sentencia espera:
juzgo que no has merecido
ser de Felicia abrazado.
- FEL. Tu hermana te ha condenado.
- AUR. Es un desagradecido.
- FEL. ¡Tanto puede la verdad!
- POL. Mejor dirás mi desdicha.
No pensé tener tal dicha,
¡oh dulce riguridad!
Confieso, hermana, mi error,
y, pues, le confieso así,
abogar debes por mí,
no me niegues tu favor.
- FEL. Tu misma humildad bastara
para que tu ruego oyera,
sin que necesario fuera
que tu hermana lo mandara.
Sino que tan cuidadoso
desde ayer sigue mi hermano
mis pasos, que no es en vano
el vivir él receloso.
Temo que nos halle aquí,
si sospecha mis cuidados,
por mi desdicha abrazados,

tanto, que no estoy en mí.
Aun se puede recelar
que nos escuche.

AUR. Atención.

Entra CONRADO.

CONR. Esta es mi resolución:
yo no tengo que esperar.

FEL. Ya de esta vez soy perdida.

POL. Aquí estamos á tu lado.

FEL. Si viene determinado
á poner fin á mi vida.

CONR. Con vuestra licencia quiero
hablar un poco á mi hermana.

FEL. No fué mi sospecha vana.
Sin duda á sus manos muero.

POL. En esta pieza primera
nos quedamos; si algo hubiere
alza la voz.

FEL. Quien se muere
de miedo favor no espera.

AUR. Sin duda que por aquí
se pondrá fin á mis celos,
si él tiene ya estos recelos
duélase el amor de mí.

(Vanse Polidoro y Aurelia.)

CONR. Ya que estamos tan solos,
que este grato silencio
es todo el conveniente
á mi amante deseo,
no ha de alterarse, hermana,
tu ánimo si intento

lo que de tu discurso
vendrá á ser lo más lejos.
Permito á tu sospecha
cualquier delito feo,
que cuanto imaginare
mal de mí, se lo absuelvo.
Mas porque solicito
dilatár con rodeos
perezosos mi vida,
si yo en algo la espero,
amante soy de Laura,
¡ay! que soy te confieso
cenizas de sus ojos
y estrago de su fuego.
Pero, pues tú no dudas
de mí lo que te cuento,
voy á la que importara
callarlo, mas no puedo.
Yo pienso que su hermano
se te inclina, y no pienso
que habrá para mi llaga
más süave remedio.
¡Oh, quién hallara ahora
sin oídos al cielo,
por no tener testigo
tal de tan vil precepto!
Para que yo no hablara
lo que deseo y temo,
tragáranme los mares,
ó los volcanes fieros.
Pero ¿por qué los busco,
si conmigo los tengo,
los unos en los ojos,

los otros en el pecho?
 Hermana: si él te quiere,
 que le quieras te ruego,
 y si hasta en esto alcanza,
 hago del ruego imperio.
 De esto respuesta alguna
 de tu boca no espero,
 porque es fuerza negarlo,
 aunque gustes de hacerlo.
 Basta que la intención
 de mi alma te revelo,
 no es al amor difícil,
 todo lo puede el tiempo.

FEL. Como ya tras la breve
 luz que causa el violento
 relámpago que nace,
 celebrado de truenos,
 turbando nuestras almas
 dos sentidos, y viendo
 en una noche oscura,
 se siguen sombra y miedo,
 así yo quedo ahora
 confusa, y no me atrevo
 á desatar mis dudas,
 que antes las acrecienta.

Salen POLIDORO y AURELIA.

¿Escuchastes, amigos,
 el caso?

POL. Y bien atentos,
 con pesar de mi alma.

AUR. Hoy renacen mis celos.

FEL. Pues yo no me aseguro,
que en Conrado contemplo
por experiencias largas
alto y profundo ingenio,
que de esta estratagema
se vale, pretendiendo
hacer verdad su duda,
y explicar sus recelos.
Si él se hallare acosado
tanto de este deseo,
él sabrá referirlo,
como yo obedecerlo.
Ruego á amor me lo mande
segunda vez, que en esto
traerá á mis esperanzas
ocioso y dulce puerto. (*Vase.*)

AUR. Ruego al amor que antes
que se doble á tus ruegos,
me entregue aquellas sombras
adonde estuve un tiempo.
Que en vida tan amante
vivir apenas puedo,
estrecha en la esperanza
dilatada en los celos. (*Vase.*)

POL. Ciego: que en ingeniosos desvarios
el honor de tu imperio está fundado,
disculpa del error más despeñado,
vencedor noble de animosos bríos.
Por ti, por quien de los peñascos fríos
se ve el ardiente fuego alimentado,
sin que le valga al pez su campo helado
ni al ave el muro de árboles sombríos,
el cristal de unos ojos por humano

socorro da á los míos blando y puro
 fuego en que bebo mi mayor sosiego.
 ¡Oh efecto digno sólo de tu mano!
 Mientras más fuego bebo, más procuro,
 que por ti soy hidrópico del fuego. (*Vase.*)

Sale FABRICIO y CELIO, y enséñale un retrato.

- FABR. Por esta copia en que el pincel valiente
 robó de Aurelia cuanto no fué vida,
 donde, aunque ya es pasada, está presente
 con el rigor del arte traducida,
 tal, que hasta el sabio que la mira siente
 que no murió, sino que conducida
 á este lienzo su espíritu recibe
 y en tan pequeño espacio mata y vive,
 verás que no hace á Laura diferencia,
 sino en el ser inglés ó ser toscano
 el traje que la sabia Providencia
 magnífica en las dos mostró su mano,
 hizo comunicable su opulencia
 en dos provincias, y al mortal humano
 linaje el bien duplica, porque el suelo
 vea en carne caduca luz del cielo.
 Parece que arrebatas los sentidos
 y que entre los colores enmudeces;
 ya me habrá acreditado en tus oídos
 esto que con tus ojos ver mereces.
- CEL. De tan altos milagros oprimidos
 á un tiempo los humillas y ennobleces,
 en que al discurso tanto le despeño,
 que aun la verdad que toco juzgo sueño.
- FABR. Pues cuanto esta sombra se parece
 siendo de Aurelia á Laura, pues tan vivo

el Duque Polidoro se me ofrece
 en su hermano Claudino, y más activo,
 cuanto la vista de ella me enriquece,
 en desesperación triste recibo
 tanto en la dél, aunque por desamable
 no ha perdido el efecto de admirable.

CEL. Entre estas maravillas es forzoso
 perder la admiración y hacer desprecio
 de cuanto después viere.

FABR. Tu curioso
 y agudo ingenio con razón le precio.

CEL. Cuanto es visitar mundo provechoso,
 sabio en escuela, tal se hace el más necio,
 mucho es lo que se ve, mas si lo cuenta
 hombre de habilidad, más lo que aumenta.
 Yo de estas novedades me recreo,
 y aunque me admiro, hacerlo no debía,
 si en mi pequeño mundo siempre veo
 mayores variaciones cada día,
 en tan copioso plato mi deseo
 satisface las ansias que traía; [mira.
 sobre esto no hay mentir, pues tanto ad-
 que la misma verdad huele á mentira.
 Que me han estos sucesos limitado
 de modo que, con ser yo hombre ingenioso,
 á mentir con aseó algo inclinado
 y en lo sutil del arte bien curioso,
 no sólo á no mentir soy condenado,
 sino á con la verdad ser mentiroso,
 sólo quitando de esto (hacerlo espero)
 mentiré pareciendo verdadero.

FABR. Intérprete ha de ser este retrato
 entre mí y Conrado; mostrar quiero

por él cómo es su Laura hermosa el grato
 asunto de mi empresa y por quien muero;
 de este modo lo digo con recato,
 porque con el silencio desespero,
 sus ojos vean mi mal, éntre atrevido,
 aún por más noble puerta que el oído.
 Oye, que él viene allí, y antes que él viene
 esta resolución en mí animosa.

CONR. Siempre el cielo en tus brazos le previene
 su ocio al alma, y su quietud dichosa,
 noble Fabricio.

FABR. A ti solo conviene
 la gloria de virtud tan generosa;
 ya mi deseo al cielo te pedía.

CONR. Sin duda, á un mismo tiempo nos oía.

FABR. Escucha, atento, un poco.

CONR. Mis oídos
 sólo á tu voluntad tengo obedientes,
 y en ellos los demás de mis sentidos,
 que no han de ser en esto diferentes.

FABR. Si á darme tanto aplauso prevenidos
 vienen, respiraré de las ardientes
 ansias de amor, y en ti hallaré sosiego,
 cansado de surcar ondas de fuego.
 Como tú justamente has deseado
 saber si merecía la belleza
 de mi difunta Aurelia este cuidado,
 ó si al mérito excede la fineza,
 para ser desde hoy más de ti culpado,
 esa copia te doy de la riqueza
 de sus ojos, verás tu desengaño,
 y serán los testigos de mi daño.
 Mirale bien despacio y sea contigo

el cielo, que yo voy por un forzoso
ruego que ya es imperio en ser de amigo.

(Vase.)

CONR. Mas si yo por mi mal fuese curioso,
que puedo recelar que no prosigo,
ver quiero este adorado y prodigioso
rostro en que dió el amor el instrumento
para tan generoso atrevimiento.
¡Ojos! ¿si os engañáis? ¿si habéis mentido
al alma? No: de Laura es el retrato;
sólo contradicción hace el vestido,
que altera el uso de la patria grato;
Aurelia dice aquí, y algo ofendido
del tiempo está con su belleza ingrato;
su misma antigüedad mi intento niega,
que en las dudas vacila, y no sosiega.
El es, sí, de su esposa, que ha intentado
Fabricio en pretender que yo le vea;
ya conmigo se halla disculpado [plea,
de esta arriesgada empresa en que se em-
mas ¡ay! que éste en mi Aurelia halló el
que fabricaba en su amorosa idea, [traslado
ya ve en ejecución su fantasía,
que ésta, en vez de ilusión, fué profecía.
Quiso que de este modo lo entendiese
Fabricio, porque Laura fué excetada
en mi promesa, y que su pena viese
más dicha mientras menos explicada,
para que yo en los celos padeciese
lo que él en su intención desesperada,
que igual fuego nos quema riguroso,
á él desesperado, á mí celoso.
Si ser pudiera liberal amante,

el juramento hecho le absolviera,
 y dándole mi acción fiel y constante
 en su amistad vivir mi amor hiciera.
 ¡Ay, si la resistencia del diamante
 á mis entrañas trasladar pudiera
 por vencer este amor que está conmigo,
 ó no sentir la pena del amigo!

Entra POLIDORO á sus espaldas.

POL. ¿Qué hace divertido, así al decoro
 falta de la asistencia? ¡Ay, si es aquella
 la imagen de la esquiva en quien adoro
 que tanta luz no es de menor estrella,
 como en tal copia goza aquel tesoro,
 que aun no le copia el sol por no ofendella!
 El se va tanto en ella divertido,
 que mi voz y mis pasos no ha sentido.
 (*Vase Conrado.*)

AUR. No lisonjea el corriente
 cristal sus ardientes labios
 tanto cuando los agravios
 ejercita Julio ardiente.
 No alegra tanto la aurora,
 primer aliento del día,
 los campos cuando le envía
 perfumes y gracias Flora.
 No es tan süave la tierra
 al que desde el mar incierto
 salta á besarla en el puerto,
 ocio dulce de su guerra,
 cómo lo es para mí verte,
 fiel amante Polidoro,

porque en tus brazos adoro
la suspensión de mi muerte.

POL. Calla, sirena engañosa,
á quien el nombre se debe
cuanto de hermosa de aleve,
culpa más fea en la hermosa.
Con falsos halagos vienes
á recibirme en tus brazos
cuando los últimos lazos
de la muerte me previenes.
Cuando yo á Conrado veo
(¡duro crimen á mis ojos!)
imperar en los despojos
que negaste á mi deseo.
Por establecer tu engaño
vienes con esta cautela,
que tan sutil se desvela
en tu provecho y mi daño.

AUR. Polidoro, di: ¿qué furia
te instruye tan vano error
que á mi honesto y casto amor
injustamente le injuria?
¿Yo á Conrado di en despojos
parte aun de la sombra mía?
Sin duda á tu fantasía
consultas más que á tus ojos.

POL. Sí, porque en sus manos vi
tu retrato.

AUR. ¿Cuál?

POL. Aquel
que me le has negado infiel
cuando fiel te le pedí.

AUR. ¿Es éste?

- POL. El mismo, señora.
- AUR. ¿Cómo en sus manos le viste?
- POL. ¿En qué este engaño consiste?
- AUR. Siempre tu juicio empeora.
- POL. No está la falta en mi juicio,
ó era éste ó un traslado
de él con perfección copiado.
- AUR. Más se acrecienta mi indicio.
Polidoro, vuelve en ti.
- POL. No infames mi juicio tanto;
verdad digo.
- AUR. De este encanto
pienso saldremos así.
Otro como éste tenía
mi esposo, el Marqués Fabricio,
y pienso no es vano indicio.
- POL. Prosigue, ¡por vida mía!
- AUR. Que consigo le ha traído
y por sus manos llegar
pudo á Conrado,
- POL. Dejar
quiero mi queja al olvido.
Tu discurso es verdadero,
ó el más verosímil es;
pondré en mi boca á tus pies
el alma.
- AUR. Al fin, lisonjero.
Si tú me amaras de veras
mi honestidad no infamaras.
- POL. Con apariencias tan claras
no sé yo lo que tú hicieras.
- AUR. Quiero excusarte el camino

de estas dudas, el retrato
te doy.

POL. ¡Oh suceso grato!
El mal el bien me previno.
Cuando más desesperado
de este favor, le poseo,
y aunque en mis manos le veo
nunca fué más estimado.

AUR. Con el recato procede
que es justo, porque á Fabricio
no le demos nuevo indicio
que aumentar su incendio puede.

POL. Serás de mí obedecida
tanto cuanto eres amada.

AUR. No hagas del retrato espada
del cuello de nuestra vida. (*Vase.*)

POL. ¡Cuánto, fortuna estudiosa
nuestros discursos prefieres,
porque revelar no quieres
tu orden siempre intenciosa!
Tú me ofreces este día
(el dón y el modo te alaba)
lo que menos esperaba
y lo que más pretendía.
Yo de ti solía burlarme,
mas ya llego á conocer
que es muy grande tu poder,
pues tanto pudiste darme.
Mas ¡ay! que en esto el rigor
bien de Aurelia temer puedo
si á tú poder le concedo
lo que debo á su favor.
¡Oh, copia en quien de mi mal

la causa viva se ve,
decidme cuándo seré
dueño del original!

Entra FABRICIO.

FABR. Claudino es éste. ¿Qué hace
tan suspenso y divertido?
Culpa Conrado ha tenido,
y de mí el origen nace,
que el retrato que le dí
sin gusto mío le dió.

POL. Fabricio es éste. ¿Si vió
lo que me ocupaba aquí?
Quiérole dar á entender
que no le he visto, y dejar
tan peligroso lugar
en que me puedo perder.

Entra CONRADO y vase POLIDORO.

FABR. Conrado viene, y se va
Claudino. Sabrá Conrado
cuánto me tiene agraviado.

CONR. Ya Fabricio solo está.
Este retrato disculpa
tus finezas, cuando hubiera
culpa en amor, y él no fuera
de sí mismo la disculpa.
¿Qué te admiras?

FABR. De que vi
como este otro retrato
en Claudino, y con ingrato
nombre tu honor ofendí,

porque pensé que le habías
enajenado.

CONR. Fué engaño.

FABR. Ya lo dice el desengaño.

CONR. Sin duda, Marqués, dormías.

FABR. Loco estoy, y mi locura
graves fundamentos tiene;
solicita me previene
triste fin mi mente dura.
Dos cosas me dan cuidado:
la una, que no ha hecho efecto
este retrato perfecto,
como yo quise, en Conrado.
La otra, de quién sería
el retrato que en Claudino
vi, que tanto á aquel divino
original parecía.
De su hermana podría ser;
mas, si de su hermana fuera,
el inglés traje vistiera.
¡Cielos! ¿queréisme perder?
¿Por qué causa retrató
en toscano hábito á aquella
que es imagen de la bella
luz que matando murió?
¡Oh discurso peligroso,
iracesible y pesado,
cuanto más examinado
te hallo más dificultoso!
Si me engañaron rendidos
mis ojos, siempre quejosos,
ya tendré por sospechosos
aun á mis propios sentidos.

Entran CLENARDO y AURELIA.

CLEN. Ya tengo nave segura
 en que poderte embarcar,
 por ver si nos da la mar
 ó la muerte ó la ventura.
 Mi dueño y tu caro hermano
 quiso la nueva te diese.

AUR. Porque deudora te fuese
 en todo, y no será en vano,
 si alcanzo feliz un día,
 á tu lengua y á tus pies
 debo este bien.

CLEN. Premio es
 grande el de tu cortesía.

AUR. ¿Quién es dueño de la nave?

CLEN. Larga relación te hiciera
 si Conrado no viniera.

AUR. Calla, que el caso no sabe.
 Vete. Adiós.

(Vase.)

CLEN. Quede contigo.

AUR. Tiempo es en que he menester
 todo su amparo y poder
 contra tan fuerte enemigo.

Entra CONRADO.

CONR. Señora: por quien amor
 se anima á causarme enojos,
 haciendo tus bellos ojos
 verdugos de su rigor,
 isla troyana ciudad

el fuego que la abrasó
en sus muros admitió
con religiosa piedad,
mis bienes, menos seguros
están de quien ya me privo,
porque en mi pecho recibo
más fuego que ella en sus muros.
Mi propio estado no entiendo,
porque, con loco furor,
estando alentado amor
estoy del mismo muriendo.
Aurelia hermosa, el engaño
basta ya.

AUR. ¡Cielos, perdida
estoy ya!

CONR. Aurelia querida;
no solicites mi daño.

AUR. Yo ya he sido descubierta,
pues éste Aurelia me llama;
sin duda que habló la fama
en mi daño firme y cierta.

CONR. Aurelia hermosa: que fuiste
de Italia ilustre ornamento,
¿qué alma ó qué pensamiento
no humillaste ó no rendiste?
Pues que me rindas á mí
no es mucho.

AUR. Perdida estoy,
de Italia sabe que soy.

CONR. No muera quien vive en ti.

AUR. ¡Oh quién se arrojara al mar
sin más nave que sus brazos,
procurando en los abrazos

de la muerte descansar!
 Si soy conocida ya,
 ¿qué espero sino la muerte?

CONR. ¿Cuándo, Aurelia, merecerte
 mi fe constante podrá?

Mas, ¡ay! bella Laura mía,
 perdona, que te llamaba
 Aurelia, y robado estaba
 de una ciega fantasía.

Perdona, que en el error
 viene tu propia alabanza.

AUR. ¿Dime cómo?

CONR. En confianza

de ser la causa tu amor.

El retrato de su esposa
 me dió Fabricio el Marqués,
 liberalidad notable
 por ser copia de su bien.

Ayer le tuve en mis manos,
 y en él mismo tuve ayer
 beldad que, á faltar la tuya,
 durara en ella la fe.

Mas siéndote parecido,
 tanto que tu imagen es,
 adoré en él tus milagros
 y en otra te idolatré.

Era Aurelia el nombre suyo,
 y bien me puedes creer
 que, aunque hice el yerro en el nombre,
 en la intención acerté.

Vestida al traje de Italia
 estaba, y yo que entregué
 mis sentidos á esta copia

por serlo de ti tan fiel.
Durando aún la suspensión,
contigo, señora, hablé,
y con el retrato á un tiempo,
que una misma cosa es.

Al retrato llamé Laura
el tiempo que le miré,
y ahora Aurelia llamaba
á quien es Laura y laurel.
Equivocóse la vista,
que estas burlas sabe hacer
la sutil naturaleza,
de todas las artes rey.

Ya es tiempo, dulce enemiga,
de hacerme parte en tu bien,
por que como infiel no muera
quien te ha querido tan fiel.

Apacible determina
lo que en mí debes hacer,
no acabe desesperada
un alma que tuya es. (*Vase.*)

AUR. ¡Qué confusa, qué suspensa,
en este trance me hallél
¡Qué equivoco tan pesado,
el juicio temí perder!
Ya no es tiempo de más pruebas,
porque romperé la ley
del amor, que las injustas
no se han de obedecer.
¡Oh, nave, aunque lleves alas,
pesada te juzgaré,
que aun en hombros de los vientos
torpe me has de parecer!

Llévame donde sosiegue;
mas ya tal bien no tendré,
donde muera más despacio,
que no será poco bien. (*Vase.*)

TERCERA JORNADA

CELAURO *solo.*

Después que expiró el amado
sol de mi hermana y que el suelo
se vió de luz despojado,
émulo del sol del cielo,
todo el mundo he visitado.
No me ha podido estorbar
este asunto singular
que mi amante pecho encierra
lo dilatado en la tierra,
lo tempestuoso en la mar.
Solicito noche y día
sigo sin hacer mudanza
del vano error que me guía
en hombros de mi esperanza,
sombras de mi fantasía.
¿Qué importa que me levante
con el ánimo constante,
la voluntad atrevida,
si he de dar mayor caída
de esta esperanza gigante?
Trújome aquí mi deseo,
y ya me vuelve á sacar
con más ansia el mismo empleo,
ó si ya me diese el mar

mi descanso en su trofeo.
¿Si habrá sido más dichoso
Fabricio, y halló el hermoso
traslado que se me niega,
y en lo mismo que él sosiega
se me esconde mi reposo?
Goce la felicidad
que le dispusiere el cielo,
que yo, unido á la igualdad,
seré contra el mar y el suelo
tenaz en mi voluntad.
La muerte de mí buscada
se me esconde dilatada,
y es que pienso que en mi vida,
como no se ve temida,
procura hacerse estimada.
Y si el venir con tan leve
paso la da estimación
en mí, ya su honor me mueve,
deberá á su dilación
lo que á su horror no le debe.
¿Quién los huéspedes serán
que para mi nave están,
que con tanta diligencia
de la tierra la clemencia
dejan y á la mar se van?

Entran GLENARDO y AURELIA.

AUR. ¡Gracias al cielo que espero
contra asombros de mi esposo,
un mar grato y lisonjero,
porque, menos proceloso
le hallaré cuando más fiero!

- CLEN. Este es quien te ha de llevar
en la nave; éste en el mar
grato pasaje te ofrece.
- CELA. ¡Qué nuevo sol me amanece,
su luz tengo de adorar!
- CLEN. Señor: esta dama hermosa,
de los tres, un pasajero
vuestro ha de ser.
- CELA. Bien dichosa
nave y feliz marinero
yo con carga tan preciosa.
En ella me ofrece el cielo
bien que busco fatigado
por el mar y por el suelo.
Esta es la copia y traslado
del sol.
- AUR. ¿Qué temo ó recelo?
Aquí se me representa
mi hermano Celauro.
- CELA. Atenta
escucha, señora mía.
Oye, por Dios.
- AUR. Este día
nuevo mal se me presenta.
- CELA. Yo tuve una hermana hermosa
que no compitió contigo
por ser una misma cosa,
á quien el hado enemigo
robó floreciente rosa.
Nápoles perdió en su muerte
(siendo iguales en la suerte)
su adorno, y yo mi esperanza.

AUR. Ya murió; mi confianza
presto en humo se convierte.

CELA. Todo el mundo he visitado
buscando si hallar podía
quien fuese de ella traslado,
y en ti hallé (¡dichoso día!)
su original igualado.
Desde hoy serás de mi nave,
huésped no, dueño süave,
y cierta seguridad
contra la desigualdad
del mar tempestuoso y gravel
Ven, y de ti lo presumas
que pondrás con beldad tanta
al leño en el agua plumas,
donde aún ha de hallar tu planta
obediencia en las espumas.
Ven, que en ti pienso embarcar,
si tanto puedo alcanzar,
premio debido á mi celo,
toda la envidia del cielo,
toda la quietud del mar.

AUR. ¿Podréis dilatar, señor,
la partida?

CELA. Disponed;
leyes ponga vuestro amor;
mandado favoreced,
que esta es la merced mayor.

AUR. Pues, señor, por breves días
entretened la jornada.

CELA. Entre las corrientes frías
mi nave estará clavada,
porque á mandárselo envías.

Ya ausenta la blanca aurora
mis sombras, ya se mejora
mi estado y naceñ mis bienes,
si acaso nobleza tienes
yo te robaré, señora. (*Vanse los dos.*)

AUR. Fortuna: ¿de ti qué bienes
espero? en mi mal qué medio,
si un peligro por remedio
de otro su igual me previenes?
Con mi injuria te convienes
con quien, sin hacer mudanza,
que ésta en mi mal no se alcanza
(caso aleve más que sabio);
fortaleciendo mi agravio
ultrajas á mi esperanza.
Pues que con tantos rigores
me contrastan tus violencias,
sujeto soy de experiencias,
sin duda de tus errores;
esta vez, aun de las flores
mi esperanza despojaste,
que, airada, aún no perdonaste
un dón tan breve y pequeño
que hasta la vida del sueño
de este engaño me quitaste.
Huyendo voy de mi esposo
y en brazos doy de mi hermano,
con que la muerte la mano
muda, no el golpe forzoso,
que en un principio dichoso
un fin desdichado viene;
lo que aparente conviene
es dañoso en lo importante,

porque tu mano ignorante
 más daña en lo que previene.
 De la tierra huyendo al mar
 voy, y hallo en él mayor guerra,
 porque en el mar y en la tierra
 descanso no pueda hallar,
 ¿qué elemento querrá usar
 piedad, dándome sosiego?
 si entre lágrimas me anego,
 ¿en quién pondré la esperanza,
 si hasta el viento, que es templanza
 del fuego, me aumenta el fuego? (*Vase.*)

Entra FABRICIO y CELIO.

FABR. Yo me tengo de partir
 donde muera con decencia,
 porque infama una paciencia
 larga y un vano sufrir.
 Postas busca.

CEL. En coche iremos.

FABR. Es mi cólera mayor.

CEL. Si tienes mucha, señor,
 las postas excusaremos.
 Porque perezosa siente
 (tanto es fogosa y tirana)
 una cólera mediana
 la posta más diligente.
 Y si es que respeto de ella
 todo ha de ser perezoso,
 un coche es lo provechoso,
 procurando entretenella.

FABR. ¿Admite entretenimiento
 la cólera?

- CEL. Pocas veces.
- FABR. Pues di, ¿qué remedio ofreces á este volcán que en mí siento?
- CEL. Divertir en varias cosas tu solícito deseo, y no dar sólo á un empleo tus potencias ingeniosas. Esta ciudad damas tiene, cuanto graciosas gentiles, en cuyos rostros Abriles amor lisonjero viene. Desempéñate, señor, de esa vana fantasía, y tendrás más de un buen día, que es lindo jugar amor. Sírvate mi desenfado de ejemplo.
- FABR. ¡Ay, quién pudiera vivir de modo que hiciera breve paz con su cuidado!
- CEL. Di, ¿por qué no has de poder, cuando Celio te promete ser tu Mercurio alcahuete con una y otra mujer? Quédese aquí, porque viene, si no me engañé, Conrado.

Entra CONRADO.

- CONR. Quejoso estoy y agraviado.
- FABR. Mi paciencia se previene.
- CONR. ¿Así de mi voluntad os ausentáis fugitivo,

armado de ánimo esquivo
contra mi sinceridad?
¿Dónde vais? ¿Qué necesita
vuestra persona en mi casa?
¿En qué se ha mostrado escasa?
¿qué os defiende y os limita?
Que aunque es tan estrecho, creo,
si es que sois agradecido,
que vuestro ánimo ha podido
esparcirse en mi deseo.

FABR. Ya es imposible, Conrado,
no declararme contigo,
que tan generoso amigo
no ha de quedar mal premiado.
Sabe Dios, cuya verdad
tiene eterna certidumbre,
que en él cómo es todo lumbre,
se ve con más claridad,
que de tu casa ausentarme
culpa es que siento, de suerte
que sólo puede la muerte
castigarme y consolarme.
Y esto creerme podrás,
sin que á tu amor haga ultraje,
que te pago el hospedaje
con no recibirle más.
Ya, como habrás entendido,
Laura es de Aurelia retrato;
huyo por no ser ingrato,
ó por no morir rendido.

CONR. Fabricio: tan abrasado
en vuestro amor me tenéis,
que hasta esa acción me debéis,

con que me habéis obligado.
 Sabed que yo determino,
 si el cielo me ayuda en tanto,
 acabar con este encanto
 que no dilata Claudino.
 Hacerle quiero una fiesta
 en el campo, adonde iremos
 juntos, y común haremos
 la vista de la floresta.
 Por fuerza le he de obligar
 allí á que case su hermana,
 que tanta promesa vana
 me ha de cumplir ó pagar.
 Ella de vos y de mí
 elegirá el que quisiere,
 y si la suerte os cupiere,
 no diré que la perdí.

FABR. Esa gallarda hidalguía
 es quien más me hace temblar,
 porque yo no he de estragar
 vuestra mucha cortesía.
 Quedaos con Dios á gozalla.

CONR. Esto ha de ser.

FABR. No es razón.

CONR. Ponéis á mi corazón
 en más confusa batalla.

FARR. No me tengáis por grosero.

CONR. Esto por mí hacer tenéis.

FABR. ¡Cuánto conmigo podéis!

CONR. A fe que es más lo que os quiero.

(Vase Conrado.)

CEL. Bien me parece el partido.
 Conrado es tu amigo fiel;

no puedes perder en él
más de lo que estás perdido.
Podría ser que la fortuna
sentenciase en tu favor,
aunque su áspero rigor
tan bárbaro te importuna.

FABR. Bien sé qué fortuna es.

CEL. ¡Oh, señor, no definamos!
bien con lo que fuese estamos,
pesadumbre no me des,
porque las definiciones,
enimas y cosi cosas,
y cierto modo de glosas,
es muy para pedantones.

FABR. No murmures, que es de viles
y hombres bajos.

CEL. ¡Ay qué pocos
son los altos; los más locos
se hacen con esto sutiles.
Gusto en el ingenio siento
en murmurar, y me ofrece
tal deleite, que parece
sorna del entendimiento,
porque mientras más murmuro,
por más murmurar me muero.

FABR. Ya desde hoy te considero
ingenioso y no seguro. (*Vase.*)

Entra CELAURO solo.

CELA. Rey ciego, autor generoso
de estragos de almas vencidas
en tu fuego introducidas

más valiente que piadoso.
 ¿Por qué, igualmente pujante,
 rindes (rapaz atrevido)
 la púrpura del vestido
 y la del bello semblante?
 Que á tu carro por trofeos
 llevas con desprecio atados
 los espíritus osados
 y los constantes deseos.
 ¿Quién, mártir de tus sospechas,
 tributo no te ha rendido?
 ¿Qué ingenio ilustre y lucido
 no fué blanco de tus flechas?
 ¿Cuándo se verá ocupar
 mi nave de mi sosiego,
 y volar ardiente en fuego
 hecha esfera por la mar?
 ¿Cuándo, Laura hará süave
 que el viento más insolente
 respire tasadamente
 lo que pudiere la nave?
 ¡Qué será mirando en ella
 la púrpura y el jazmín,
 ver embarcado un jardín
 y navegar una estrella!
 Entonces el cielo amigo
 del mar seguro estará,
 porque no le buscará
 cuando le tiene consigo.

Entra FELICIA.

FEL. ¿Qué quiere este forastero?
 Sospechas he recibido;

esto ha menester enmienda.
 Mi hermano es bien entendido,
 remediaré mi partido
 sin que ésta mi pecho entienda.
 Hanme dicho que traéis
 preciosas mercaderías.

CELA. Lo que perdieren por más
 vos de valor las daréis.
 Cuanto ha tejido la seda
 y hermosado los colores
 veréis con nuevos primores
 sin que Abril vencerlos pueda.

AUR. ¡Qué bien me entendió mi hermano!

CELA. Esta disimula, y quiso
 la otra engañarme; su aviso,
 aunque sutil, saldrá en vano.

FEL. Estos han disimulado;
 sin duda es otro el secreto.

CELA. Que es de la nave os prometo
 el aparato extremado.

AUR. Allá te pienso llevar
 á feriar algo.

FEL. ¡Ay alevés
 labios, temo que me llesves
 más á vender que á comprar!

AUR. ¿Qué dices?

FEL. Que iré contigo.

AUR. Adiós, buen mercante. (*Vase.*)

CELA. Adiós. (*Vase.*)

FEL. ¡Qué falsos! Se van los dos;
 pues no lo serán conmigo.

Entra LUCRECIA en hábito de hombre.

LUCR. ¿Dónde me llevas, amor,
á visitar tantos climas,
si en lo propio que me animas
descubres más tu rigor?
Yo, Lucrecia, la heredera
de los estados mayores
de muchos grandes señores
que Italia estima y venera,
con Celauro, el heredero
del gran Conde Federico,
tan gallardo como rico
y valiente caballero,
para mi mal me crié,
pues luego que discurrí
tal bien en él conocí,
que tenazmente le amé.
Mas él, ciego y loco amante
de Aurelia, su propia hermana,
hizo mi pretensión vana
cuanto la suya ignorante.
Murió Aurelia; mas la suerte
en esto no me ayudó,
pues mi vida no empezó
en el golpe de su muerte,
que, negándose á mi vista
y á la patria, anda el ingrato
buscando un vivo retrato
de ella (¡bien vana conquista!).
Embarcóse dando al mar
peso de fuego invencible,
con que pareció posible

más pelear que navegar.
 Yo le sigo en otra nave
 sin descubrir de él memoria,
 porque tan pequeña gloria
 aún en mi dicha no cabe.
 Quiere en mi navegación
 acompañarme una gente
 que aquí vive.

Entra AURELIA y CLENARDO.

- AUR. Diligente
 eres en cualquier acción.
 ¿Qué? ¿tenemos otra nave?
- CLEN. Tan hermosa, fuerte y bella,
 que habitar puedes en ella,
 que es su alabanza más grave.
- LUCR. ¿No es ésta Aurelia? ¿Qué veis
 ojos? Decid: ¿qué miráis?
 Todo el tiempo que dudáis
 á la verdad ofendéis.
- CELA. ¿Cuándo habemos de partir?
- LUCR. Mañana al anochecer.
- CLEN. Gran recato es menester.
- AUR. Dél me pienso prevenir. (*Vase Aurelia.*)
- CLEN. Aquí concertó conmigo
 verme á estas horas el dueño
 de la nave.
- LUCR. ¿Si fué sueño?
 ¿Si vi lo propio que digo?

Va á entrar CLENARDO.

- UCR. Caballero.
- CLEN. ¡Oh, señor!

Vuestra persona buscaba,
que ahora no me ocupaba
otro cuidado mayor.

LUCR. ¿Quién era esta dama hermosa
que con vos estaba aquí?

CLEN. ¿Vístesla?

LUCR. Sí, ya la vi
con atención cuidadosa.

CLEN. Es la que habéis de llevar
con vos, que ella, yo y su hermano
somos los tres.

AUR. Hará humano
su rostro al airado mar.
Decidme cómo se llama.

CLEN. Laura.

LUCR. ¿Y su hermano?

CLEN. Claudino.

LUCR. El caso es más peregrino
que ha celebrado la fama.
¿De qué reino es natural?

CLEN. De éste, que inglesa nació.

LUCR. El cielo la concedió
hermosura al sol igual.
¿Para cuándo es la partida?

CLEN. Mañana en la noche.

LUCR. Adiós.

CLEN. Fiad de mí, que en los dos
lleváis gente agradecida. (*Vase.*)

LUCR. ¡Oh cuánto precio vertiera
por comprar esta ocasión
Celauro, en que la pasión
suya dulce fin tuviera!
Que entre lo que ha visitado

(notable dicha he tenido)
 á Bristol no haya venido
 á dar fin á su cuidado.
 Yo, para que jamás pueda
 la copia que busca hallar,
 la he de arrojar al mar,
 aunque bien no me suceda.
 Tráguela el mar inclemente
 cuando de celos me abra so,
 y sea de Laura ocaso
 el que de Venus fué oriente.
 Llena de ardiente recelo
 contra su beldad me incito,
 que para mí fué delito
 lo que por dón la dió el cielo.
 Al fin yo la he de entregar
 del mar bravo á la aspereza,
 porque en su misma belleza
 echo mi fuego á la mar. (*Vase.*)

Entran CONRADO y CELAURO.

- CONR. Esta es la costumbre mía,
 sea mercante ó caballero,
 si entra en Londres extranjero.
- CELA. Grande es vuestra cortesía.
- CONR. Mi huésped habéis de ser,
 aunque sólo un día sea.
- CELA. Queréis que en esto se vea
 vuestra piedad y poder.
- CONR. No doy á la vanidad
 nada; no es ostentación
 esta noble inclinación

que en mí engendra la piedad,
que en mí tan dulce ejercicio
(calidad de mi nobleza)
obra es de naturaleza,
no estudio del artificio.

CELA. Si sólo el ánimo os mueve
de esta virtud la templanza
bien de la honesta alabanza
el justo premio se os debe,
que con tantas amistades
hechas con tal cortesía
sois ¡qué gran mercadería!
mercader de voluntades.
Yo á los ingleses gloriosos
nombres y títulos di
porque en ellos conocí
siempre ánimos generosos;
mas hoy, con tal perfección
esta virtud en vos veo,
que me despierta el deseo
á su honrada imitación.

CONR. ¿Por qué el agradecimiento
prevenís al beneficio
y á tan breve sacrificio
dais con la alabanza aumento?
Si eso despertarme es
á magnificencia igual,
no puedo ser liberal
tanto como vos cortés,
porque la naturaleza
os dió, como experimento,
mayor agradecimiento
á vos que no á mí riqueza. (Vase.)

CELA. ¡Cuánta variedad encierra
el mundo! Esto habré sacado
también de haber penetrado
tanto mar y tanta tierra.
Peregrina condición;
qué fácil el mundo fuera
de visitar como hubiera
muchos de esta inclinación.
Esta casa es, ó me engaño,
en quien visité la bella
Laura, consiguiendo en ella
dulce fin á un largo daño.
Esta es la que he de llevar
conmigo, y á lo que entiendo,
de éste debe de ir huyendo,
y á él se la vendré á robar.
Si en sus paredes recibo
amparo, ¿cómo podré,
adulterando la fe,
ser ladrón y fugitivo?
Si con aleve amistad
así me niego á mi honor,
aprobaré con mi error
de París la liviandad.
No he de esperar á obligarme
más de lo que ahora estoy,
pues por estos pasos voy
á perderme y no ganarme.
Desde que juramentados
yo y el gallardo Fabricio
vemos mundo, que á ejercicio
tal, nos proponen los hados,
nuevas jamás he tenido

de él, ni aun rastros de su nombre,
 hasta que ayer, viendo un hombre,
 juzgué serle parecido.

Fué en el templo, y al volver
 á hablarle, me hallé ocupado,
 de modo que á este cuidado
 no pude corresponder.

Quiero cercar la ciudad
 por ver si en ella le veo,
 satisfaré en mi deseo
 la deuda de su amistad.

Y también me excusaré
 de obligación tan pesada.

Laura: tú has de ser robada.

Laura: yo te robaré.

Entra FABRICIO.

FABR. Poco habrá que acompañado
 Conrado de un hombre entró
 aquí, que me pareció
 ser de Celauro traslado.
 Miréle cuando pasaba
 con los sentidos atentos,
 y aun hasta en los movimientos
 airosos le retrataba.

¿No es aquél? Cielos: haced
 á Fabricio este favor,
 premiad su piedad y amor
 con tan singular merced.
 Celauro, hermano.

CELA. Querido
 Fabricio: en mis brazos siento

nuevo espíritu y aliento;
gran bien me has restituído.

FABR. ¿En qué, amigo?

CELA. Sólo en verte
ya con gloria tan ufana,
no la llamaré temprana,
aunque hoy me asalte la muerte.
Dos bienes, Bristol, te debo:
haber visto en ti el retrato
de mi hermana, en cuyo grato
rostro mi vida renuevo,
y volver la posesión
á mis brazos de mi amado
Fabricio, con que he llegado
al fin de mi pretensión.

FABR. ¿Cómo á esta casa viniste?

CELA. Porque su dueño, Conrado,
hoy en ella me ha hospedado.

FABR. Gran virtud en él asiste.

CELA. Generoso natural,
el límite humano pasa,
si se halla de éste en la casa
hospedaje universal.

Entran LUCRECIA y CONRADO.

CONR. Por un día, ello es forzoso,
mi costumbre no alteréis.

LUCR. Al fin conmigo queréis
mostraros noble y piadoso.

FABR. ¿Quién acompaña á Conrado?

CELA. Un mancebo de buen brío.

FABR. Si no fuera desvarío...

CELA. Decid lo que habéis pensado.

FABR. Que era Lucrecia juzgara.

CELA. Con extremo la parece.

FABR. Ser estimado merece
por imitación tan rara.

CONR. ¡Oh Fabricio!

FABR. ¡Oh fiel Conrado!

Celauro mi hermano es
este que á mi lado ves,
que hasta en él me has obligado.

LUCR. ¡Cielos! ¿Celauro está aquí?
¿Y con él Fabricio? Hallé
el bien que tanto busqué
donde menos lo creí.

CONR. Ahora por más dichosas
tendré estas pobres paredes.

FABR. Es multiplicar mercedes
vuestras manos generosas.
Igualar la obligación
apenas puede el deseo,
que admiro por lo que veo
vuestra interior perfección.

LUCR. Aquí tengo de espiar
á Celauro y ver su intento.
¡Ay, perdido pensamiento,
los celos me han de matar!

Entra FELICIA.

FEL. Señor y hermano: oye...

CONR. Advierte
que vienes con inquietud.

FEL. Pide gran solicitud
el caso; está en él tu suerte.

A Laura y Claudino oí
 hablar, señor, disgustados,
 y en sus conceptos preñados
 un grave engaño advertí.
 Hacia este aposento vienen;
 solos todos les dejemos,
 y en este otro escucharemos
 hasta ver el fin que tienen.
 Retiraos todos conmigo,
 que con esto excusaréis
 el ir al campo; hoy sabréis
 la verdad.

CONR. Vamos contigo. (*Vanse todos.*)

Entran POLIDORO y AURELIA.

AUR. Escucharás las razones
 y verás los fundamentos
 que aumentan nuestros tormentos
 tan confusas dilaciones,
 y advertirá el desengaño
 ese discurso ingenioso.

POL. Darte oídos es forzoso
 por tu gusto, aunque en mi daño,
 que, como de obedecerte,
 trato con limpia verdad,
 no hallaré dificultad
 en abrazar á la muerte.
 No sé si estamos aquí
 con seguridad.

AUR. Yo creo
 que hallé parte á mi deseo
 la más conveniente.

POL.

Di.

AUR. Después que con mi belleza
fui la suspensión de Italia
(dulce mentira á los ojos,
que en mi opinión no fué tanta),
ya por mi estrella, ó por justas
razones que el cielo guarda
secretas, porque es difícil
penetrar causas tan altas,
¿qué desdichas, qué inclemencia
poderosas y tiranas
contra mi pecho inocente
no han desnudado las armas?
Caséme con el Marqués
Fabricio, y di á su esperanza
muerte con su posesión,
tan breve como estimada,
porque, como sabes, luego
los accidentes me asaltan
de un mal que pareció ser
instrumento de la Parca.
Entregáronme al sepulcro,
donde tú, que hasta en las aras
de la muerte, al ciego amor
sacrificar no dudabas,
tan liberal como amante,
del que era del templo guarda,
compraste el cuerpo, que fué
de amor prodigiosa hazaña.
Llevásteme á tus paredes,
hallándome yo en tu casa
de la razón ignorante
y contra toda esperanza.

Allí, con los saludables
beneficios de tu grata
mano, recobré los bríos
de mi juventud gallarda.
Halléme en la obligación
mayor que se escribe ó canta
en poema ó en historia
por el raro modo extraña.
Yo á mi esposo y á mi hermano,
porque el descuido culpaba
de haberme dejado viva
entre las sombras tiranas,
cobré odio y á ti amor
casto, que finezas tantas
los mármoles del sepulcro
adonde estuve abrasaran.
Por excusar los peligros
huímos de toda Italia,
y hasta en el traje y la lengua
hicimos luego mudanza.
Aquí, en casa de Conrado,
hemos tenido tan varias
tormentas, que sólo el cielo
bien las sabe que las causa.
La asistencia de mi esposo
tú sabes si ha sido larga;
cuánto nos sigue Felicia,
cuánto Conrado contrasta.
Si huir queremos, las naves
que para hacerlo se hallan
son de Celauro y Lucrecia,
que es armar nuevas borrascas.
¿Adónde iremos, en tiempo

que el mar y el suelo nos faltan,
 teniendo al cielo ofendido
 con pretensiones tan varias?

POL. ¡Justa admiración recibol
 ¿Cómo escuchánete el alma
 en desampararme duda
 cuando tú de hacerlo tratas?
 ¿Posible es que á Polidoro
 podrás dejar, que te amaba,
 cómo tú misma confiesas,
 que eso te hace más ingrata?
 ¿Cómo ha podido ofenderte
 una voluntad tan casta,
 si aun no el labio, aun el deseo,
 no tocó tus manos blancas?
 ¿Héme opuesto yo á tu honesta
 virtud, con que á las pasadas
 matronas y á las presentes
 diste envidia en tu alabanza?
 Pues lo más, porque importuno
 ¡ay cielo! es por la temprana
 muerte de tu esposo, á quien
 de suceder me alegrara.

Salen TODOS.

FABR. ¡Oh cobarde sufrimiento,
 dejadme, porque en la fama
 vuestra pereza no sea
 el asunto de mi infamia!
 ¡Ladrón de los bienes míos,
 hoy morirás!

POL. ¿Qué? ¿aquí estabas
 oyéndome?

- FABR. Y los presentes,
que de mi agravio se espantan.
- POL. ¿Agravio es restituir
la vida á quien tu ignorancia
la quitó? Di: ¿vienes loco?
¿Quién te ciega ó quién te engaña?
- FABR. Aunque el suceso después
bueno ha sido en tus entrañas,
nunca fué el intento limpio,
pues mi muerte deseabas.
- POL. Dejando los accidentes,
vengamos á la justicia.
Tu esposa ha vivido honesta,
sin tratar yo de inquietarla.
- FABR. Mira: ¿qué es lo que pretendes?
- POL. Restituir á mi alma
este milagro del mundo
en su fe y en mi desgracia.
- CONR. ¡Oh prodigios del amor!
Teatro ha sido mi casa,
siendo el autor la fortuna
de esta aguda y sutil farsa.
- CELA. ¡Cielos! las cosas que toco
aún fuera para soñadas.
Excesos y maravillas.
Dame los brazos, hermana.
Que si haber hallado en ti
la copia tuya estimaba
tanto, siendo tú la misma,
¿cuánta gloria tendrá el alma?
- (Dale la mano.)
- POL. Yo, Felicia, pagar quiero
esa voluntad gallarda,

y á tu hermano el hospedaje
generoso...

FABR. Bien le pagas.

LUCR. No han dado fin los prodigios
del amor, aún no se acaban:
yo soy Lucrecia; yo soy,
Celauro, de ti olvidada.
Por ti he visto cuantas tierras
baña con perlas el alba,
y en todas ellas por ti
dió á mi llanto la ventaja.

CELA. Sola esta mano, señora,
puede satisfacer tantas
forzosas obligaciones,
que así quiero acreditarla,
para que tengan con esto
más con el alma inclinada
fin *Los prodigios de amor*
que ambiciosos de alabanza.

FIN



INDICE

	Págs.
PRÓLOGO.	VII

EL CABALLERO PUNTUAL

PRIMERA PARTE

Tassa.	5
Aprobacion del doctor Gutierre de Cetina.	6
Aprobacion de fray Manuel de Espinosa. .	6
El Rey.	8
Priuilegio de Aragon.	11
Al excelentissimo señor don Luys Fernandez de Cordoua, Cardona y Aragon..	14
I. Cuéntanse los humildes principios del Caballero Puntual y la causa de su perdición.. . . .	15
II. El Caballero Puntual llega á la Corte y acomete la aventura del acompañamiento de un entierro.	25
III. Cuéntase la famosa aventura que le sucedió al Caballero Puntual en el generoso convite que hizo á unos caballeros amigos.. . . .	39
IV. Nuestro Puntual se atreve á salir de ronda con la capa de un amigo suyo, que tenía el hábito de Santiago, y aquella misma noche engaña á un alguacil y á una dama cortesana..	51
V. El Caballero Puntual pierde la salud, y procede con tan prolijos térmi-	

	Págs.
nos en su enfermedad, que, ofendidos y cansados sus mayores amigos, hacen plato de sus locuras.	63
VI. Visita nuestro Caballero á unas damas principales, y hállase en un estrecho peligro, de que después sale victorioso.	71
VII. Llega toda la Corte á conocer á nuestro Puntual, y escribense los muchos caminos por donde se burlaban de su persona.	83
VIII. Hállase nuestro Caballero en un convite que un letrado hace en una huerta á los Poetas más famosos que entonces estaban en la Corte, y pasa con ellos cuentos de mucho entretenimiento y risa.	101
IX. Hacen los Poetas una comedia de repente, y en ella le dan parte á nuestro Caballero, de donde se le sigue una burla tan pesada, que, afrentado, huye de la Corte y muere del sentimiento.	149

EL CABALLERO PUNTUAL

SEGUNDA PARTE

Tasa.	167
Privilegio, el Rey.	169
Aprobación de don Luis Varona Zapata.	172
Aprobación del Licenciado Alonso Illescas.	173
Aprobación de Tomás Gracián.	174
Al excelentísimo señor don Francisco de Sandoval y Rojas.	174

SALE NUESTRO PUNTUAL DE SEVILLA PARA MADRID

I. Refiérense los sucesos del camino, y último fin de la jornada.	117
---	-----

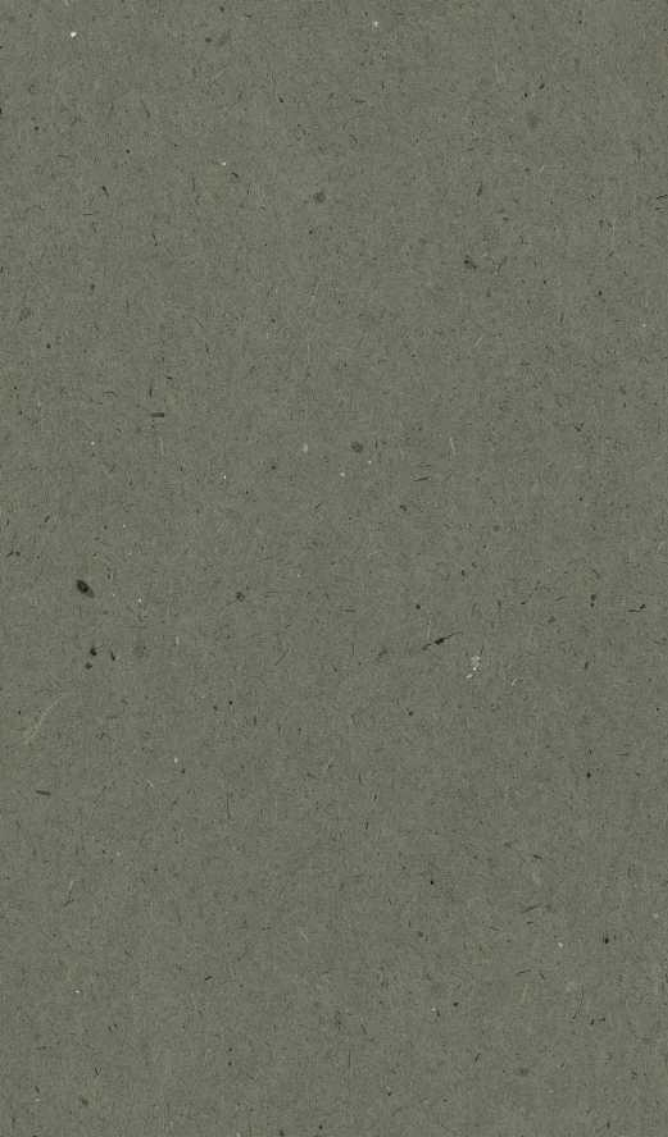
II.	Nuestro Puntual se retira á su posada, y en ella á la cama, donde entretiene la noche, oyendo una prudente y sutil novela.	185
III.	Convida el Puntual el jueves Santo á comer unos amigos, y ellos le pagan el regalo en una graciosa y aun pesada burla.	199
IV.	El Puntual deja la Corte por la villa de Alcalá, y en ella se hizo más célebre por la graciosa invención de un nuevo embuste.	211
V.	Los caballeros de la Escuela y de la villa hacen una graciosa burla al Puntual, y él se retira á la soledad de una aldea.	217
VI.	Vuelve nuestro Puntual á Alcalá, en cuyo asiento reposa breve tiempo, obligándole á dejarle el verse acometido con segunda burla.	243
	El curioso.	251
VII.	Un mesonero de la Corte hace un sutil embuste contra nuestro Puntual, que le deja, aunque muy corrido, no muy desengañado.	257
VIII.	Despierta nuestro Puntual con un vano recelo á un ingenioso toledano, para que le arme una burla graciosa y fácil que resultó en su peligro.	287
IX.	Refiérese el último suceso que nuestro Puntual tuvo en Toledo, y el modo de su expulsión.	305

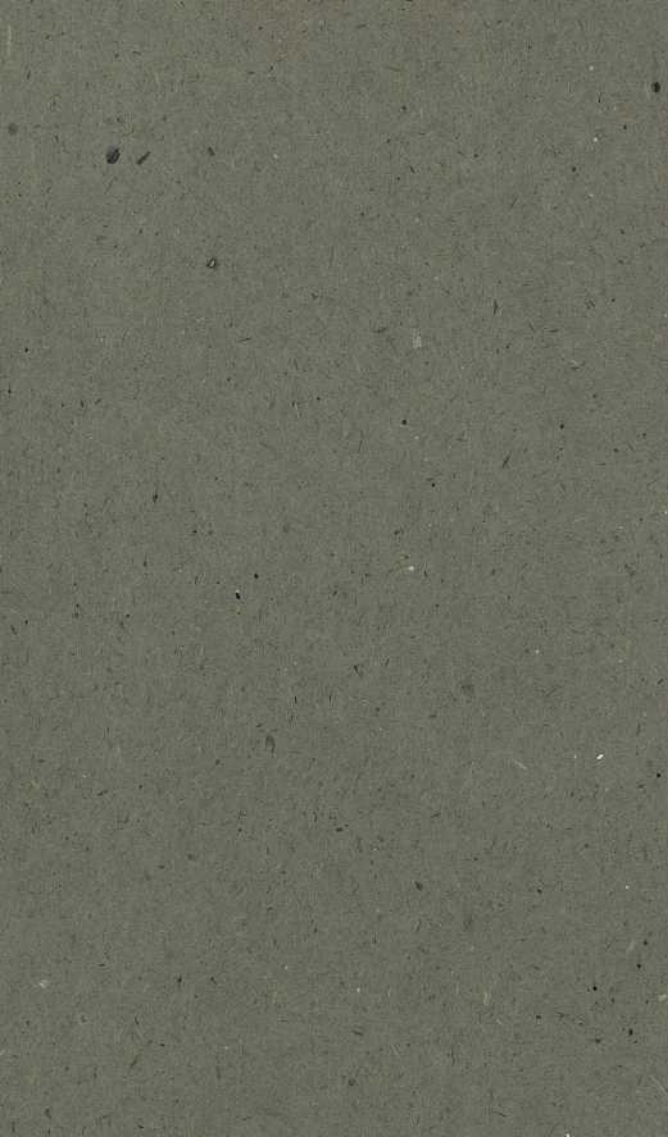
COMEDIA DE LOS PRODIGIOS DEL AMOR

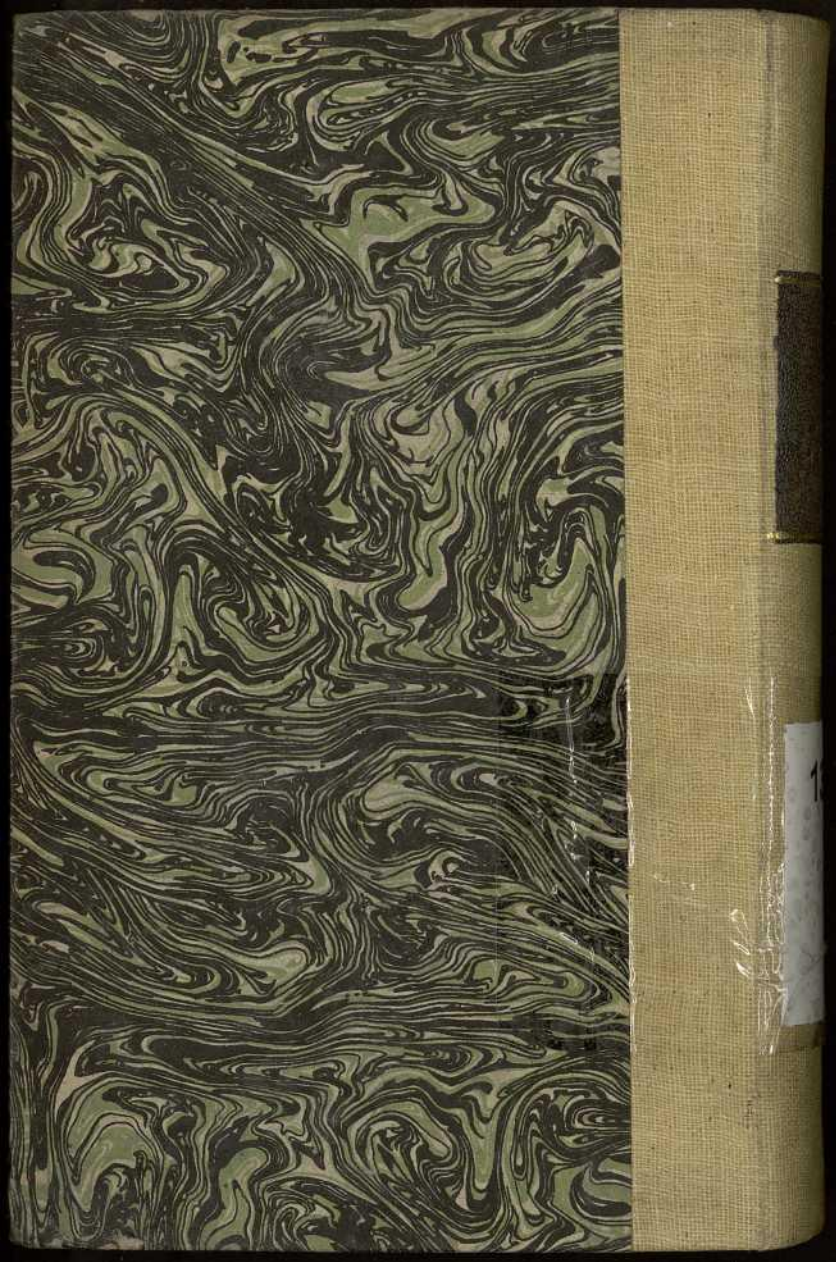
Jornada primera	317
Jornada segunda.	347
Jornada tercera	376











SALAS

OBRAS

1370/2